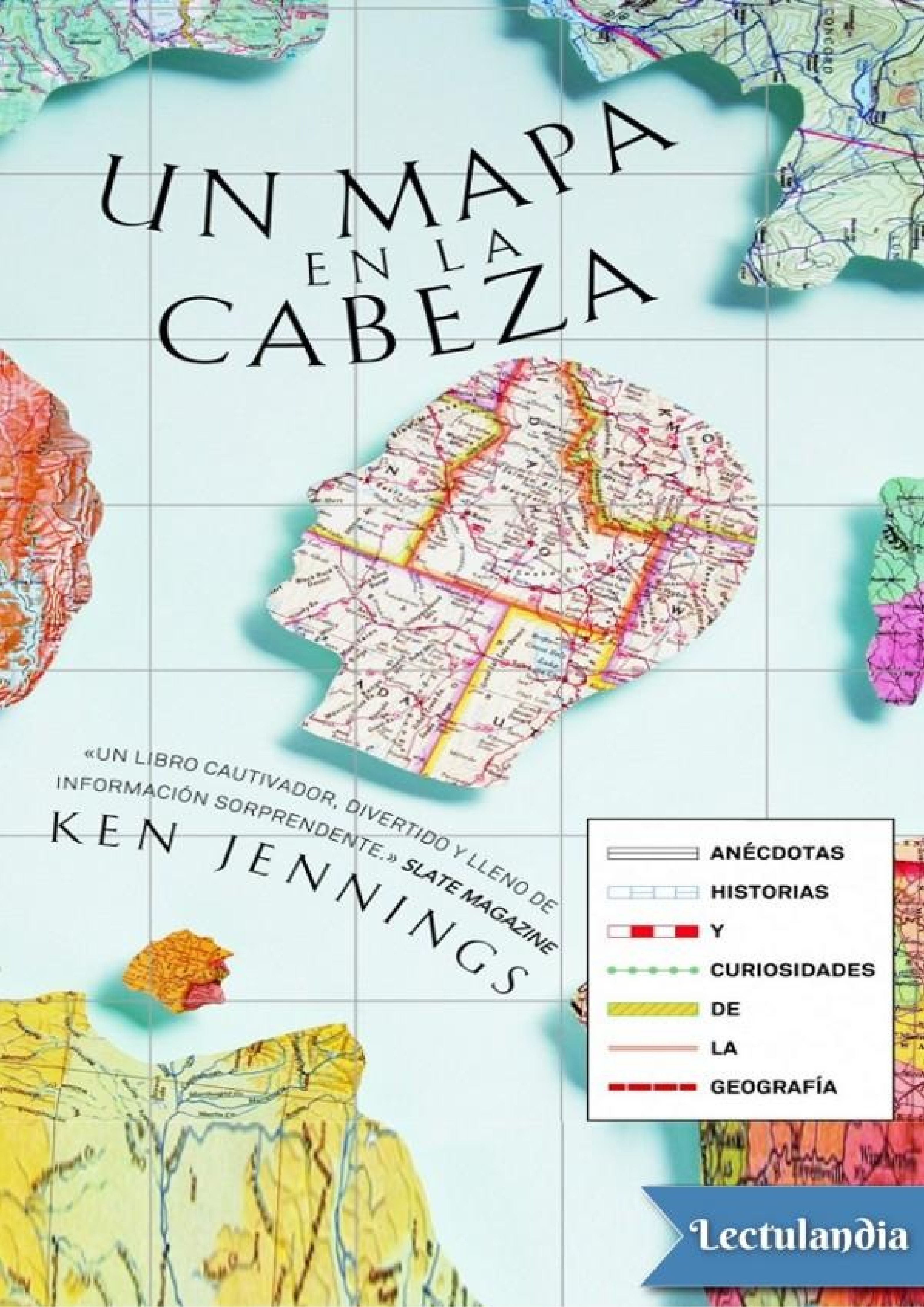

UN MAPA EN LA CABEZA
«UN LIBRO CAUTIVADOR, DIVERTIDO Y LLENO DE INFORMACIÓN SORPRENDENTE.» SLATE MAGAZINE
KEN JENNINGS
ANÉCDOTAS
HISTORIAS
Y
CURIOSIDADES
DE
LA
GEOGRAFÍA
Lectulandia

¿Por qué nos fascinan tanto los mapas? Un libro único y sorprendente sobre las curiosidades, historias y anécdotas presentes en los mapas y en la capacidad que ha tenido la cartografía para transformar el mundo. En el caso de que se haya preguntado alguna vez cuántas cosas se pueden hacer con un mapa, este libro de Ken Jennings es su libro. Ahora bien, un libro que va a desbordarle completamente porque lo que es seguro es que nadie había pensado que las posibilidades eran infinitas.

Desde el arranque, en el que el autor pone en relación perfiles geográficos que están alejadísimos pero que son idénticos, vamos de sobresalto en sobresalto. En el libro se encuentran todas las rarezas relacionadas con mapas: los cartógrafos de tierras imaginarias, los «roadtrippers», los amantes de la latitud, los afines a la longitud, la vida de los tipos que se dedican a Google Maps… Destaca, por ejemplo, la asistencia de Jennings al concurso interestatal de expertos en geografía o el grupo de tipos (escapados de un libro de Pynchon) que se dedican a estudiar al milímetro el sistema interestatal de carreteras, intentando buscar un error en los mapas…

Todo esto trufado con cientos de anécdotas sobre los mapas del pasado, su imprecisión, su utilidad, su exhibición como medio de prestigio, las técnicas de elaboración y conservación, la aplicación de la fotografía y de las matemáticas…

Lectulandia

Ken Jennings

Un mapa en la cabeza

Anécdotas, historias y curiosidades de la geografía

ePub r1.0
Rob_Cole 08.02.2016

Título original: *Maphead. Charting the wide, weird, world of geography wonks*
Ken Jennings, 2011
Traducción: Jorge Paredes
Retoque de cubierta: Rob_Cole

Editor digital: Rob_Cole
ePub base r1.2

A mis padres.

Y al niño del mapa.

Capítulo 1

EXCENTRICIDAD

excentricidad. f. *Geom*. Distancia entre el centro de la elipse y uno de sus focos.

Mi pasión es la geografía[1].
PAT CONROY.

Dicen que no eres realmente adulto hasta que te llevas la última caja con tus cosas de casa de tus padres. Si eso es cierto, creo que seré eternamente joven y despreocupado como Dorian Gray mientras el cartón se enmohece y se deshace en casa de mis padres. Ya sé que los desvanes y sótanos de todos los padres del mundo tienen su correspondiente número de trastos, pero la montaña de cajas de dos metros y medio de altura que ocupa una parte del garaje de mis padres no es el típico montón de cachivaches. Parece más bien el almacén de la última secuencia de *En busca del arca perdida*.

La última vez que estuve en casa, me adentré en el caos con la esperanza de rescatar un cubo de plástico con Legos de mi infancia. Para disgusto de mi hijo de seis años, no lo encontré, pero me sorprendió toparme con una caja con mi nombre en el lateral, escrito con la cuidadosa caligrafía de mi yo adolescente. La caja era como un yacimiento arqueológico de mi adolescencia y mi niñez, empezando por cintas recopilatorias de R. E. M. y ejemplares de la revista *Spy* en la parte superior, estratos de novelas de *Star Trek* y cómics de *Thor* a continuación y, en el fondo, mi mayor obsesión juvenil: un ejemplar del *Hammond's Medallion World Atlas* de 1979.

No me esperaba la emoción proustiana que experimenté al sacar el enorme libro verde del fondo de la caja. Las motas de polvo iluminadas por los rayos del sol detuvieron su danza; un coro etéreo empezó a cantar. Cuando tenía siete años, ahorré mi paga durante meses para comprar ese atlas, y se convirtió en mi posesión más preciada. Recuerdo que, a veces, permanecía en la cabecera de mi cama por las noches, junto a la almohada, donde la mayoría de los niños colocaban su juguete favorito o su oso de peluche. Hojeando sus páginas, pude ver que mi atlas había sido tan querido como cualquier peluche: los caracteres dorados de la cubierta acolchada estaban desgastados, las esquinas estaban abolladas, y la tapa estaba tan dañada que la mayor parte de Sudamérica se había desprendido y se había colocado boca abajo.

Todavía hoy sigo reconociendo de buen grado que soy un poco fanático de la geografía. Sé cuáles son las capitales de los estados —eh, incluso las de los estados australianos—. Lo primero que hago al entrar en una habitación de hotel es sacar la revista para turistas con su porquería de mapa de la ciudad. Mi lista secreta de los viajes que quiero hacer antes de morir no está compuesta por lugares aburridos como

Atenas o Tahití. Quiero visitar sitios singulares, apartados de los caminos trillados, como Weirton, en Virginia Occidental[2] (la única ciudad de Estados Unidos que tiene frontera con dos estados además del suyo), o la isla Victoria, en el territorio autónomo canadiense de Nunavut (donde se encuentra la mayor «triple isla» del mundo, es decir, la mayor isla en un lago de una isla en un lago de una isla[3]). Pero mi amor infantil por los mapas, empecé a recordar mientras hojeaba el atlas, era mucho más que una rareza ocasional. Me obsesionaban.

En aquel entonces, podía pasarme literalmente horas mirando mapas. Era un lector rápido y voraz, plenamente consciente de que una nueva página de Roald Dahl o de la Encyclopedia Brown solo me duraría unos treinta segundos. Sin embargo, cada página de un atlas representaba un tesoro casi inagotable de nombres, formas y lugares, y me encantaba aquella sensación de profundidad y minuciosidad. Los viajeros regresan muchas veces a sus lugares favoritos, piden el mismo plato en el mismo café y contemplan la puesta de sol desde el mismo mirador. Yo, como viajero asiduo desde mi sillón, podía hacer lo mismo y disfrutar de la familiaridad de las vistas, sorprendiéndome siempre por detalles nuevos. Ver cómo Ardmore, en Alabama, está a tan solo una treintena de metros de su vecina Ardmore, en Tennessee, mientras que entre Saint George en Alaska y Saint George en Carolina del Sur hay una distancia de 6925 kilómetros. Ver cómo la costa con forma de encaje de la península de Musandam, en el extremo septentrional de la nación árabe de Omán, es un intrincado copo de nieve fractal que se extiende al estrecho de Ormuz. A los niños les encanta buscar nuevos detalles minúsculos en un océano de complejidad. Se trata del mismo principio que ha hecho que se vendan tropecientos millones de libros de *¿Dónde está Wally?*

Los cartógrafos tienen que saber que, para muchos amantes de los mapas, los detalles no son un medio sino un fin. El globo terráqueo que hay ahora mismo a la derecha de mi escritorio es bastante compacto, pero en él tienen cabida toda clase de aldeas remotas del oeste de Estados Unidos: Cole, Kansas; Alpine, Texas; Burns, Oregón; Mott, Dakota del Norte (con una población de 808 habitantes, más o menos la misma que una o dos manzanas del Upper East Side de Manhattan). Incluso Ajo, en Arizona, ha pasado el corte, y ni siquiera se incluye como pueblo; oficialmente se trata de un «lugar designado por el censo» (CDP por sus siglas en inglés). ¿Qué tienen en común todos esos lugares, aparte del hecho de que nadie los ha visitado jamás sin haberse quedado antes sin gasolina? En primer lugar, todos tienen nombres cortos y bonitos. En segundo, cada uno de ellos es la única población en muchos kilómetros a la redonda. Así que ocupan perfectamente un espacio vacío en el globo terráqueo, de manera que hacen que el conjunto parezca más repleto de información.

Pero también recuerdo un instinto contrario en mi joven mente: una pasión por la forma en que los mapas podían sugerir aventuras al insinuar lugares inexplorados. Joseph Conrad escribió divinamente acerca de este impulso al inicio de *El corazón de las tinieblas*:

> Cuando era pequeño tenía pasión por los mapas. Me pasaba horas y horas mirando Sudamérica, o África, o Australia, y me perdía en todo el esplendor de la exploración. En aquellos tiempos había muchos espacios en blanco en la Tierra, y cuando veía uno que parecía particularmente tentador en el mapa (y cuál no lo parece), ponía mi dedo sobre él y decía: «Cuando sea mayor iré allí[4]».

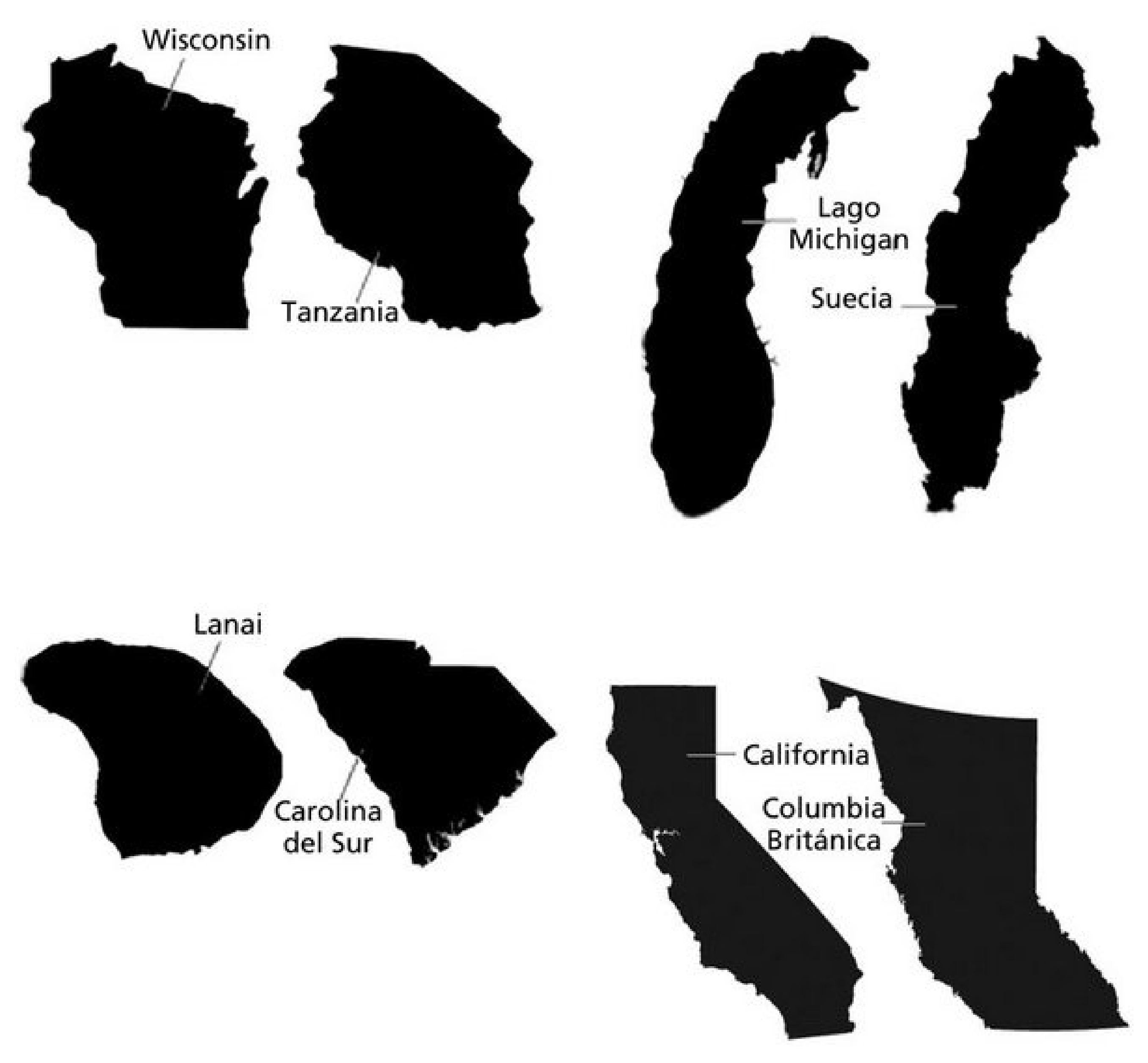
Cuando *yo* era «pequeño» en el mapa seguía habiendo (y hay) algunas zonas en blanco: Siberia, la Antártida, el interior de Australia[5]. Sin embargo, sabía que esas lagunas no estaban vacías simplemente porque eran accidentadas y remotas; estaban vacías porque en realidad nadie quería vivir allí. Eran lugares de la Tierra que, en fin, eran una porquería. Así que yo nunca puse el dedo en los glaciares de Groenlandia y dije: «¡Iré allí!» como el Marlow de Conrad. No obstante, me gustaba que existieran. Incluso en un mapa en el que figuraban lugares tan pequeños como Ajo, Arizona, quedaba siempre algo de misterio.

Y luego estaban aquellos asombrosos nombres de lugares. Durante las horas que pasaba enfrascado en los mapas, murmuraba secretamente para mí: los nombres de los ríos africanos («Lualaba… Jumba… Limpopo…»), los picos de los Andes («Aconcagua… Yerupajá… Llullaillaco…») y los condados de Texas («Glasscock… Comanche… Deaf Smith…»). Eran contraseñas secretas para adentrarse en otros mundos, en muchos casos más mágicos, estoy seguro, que los lugares en sí.

En mi primer atlas, debajo de cada mapa había unas listas escritas con letra diminuta en las que aparecía la población de miles de pueblos y ciudades, y yo las estudiaba minuciosamente en busca de lugares ridículamente poco poblados como Scotsguard, Saskatchewan (número de habitantes: 3) o Hibberts Gore, Maine (número de habitantes: 1[6]). Soñaba con vivir un día en uno de esos lugares seductores; una vida solitaria, sin duda, pero ¡imagínate qué nivel de celebridad! ¡El único habitante de Hibberts Gore, Maine, es mencionado específicamente en el atlas mundial! Bueno, casi[7].

Las formas de los lugares me parecían tan atrayentes como sus nombres. Sus perfiles estaban llenos de personalidad: Alaska tenía un perfil regordete que sonreía benévolamente hacia Siberia; Maine era un guante de boxeo; Tailandia tenía una cola de mono. Admiraba los territorios toscamente rectangulares como Turquía, Portugal y Puerto Rico, los cuales me parecían robustos y respetables, pero no así lugares rectangulares más definidos como Colorado o Utah, cuya perfección geométrica hacía que pareciesen adiciones falsas y forzadas al mapa nacional. Notaba inmediatamente cuándo dos zonas tenían contornos parecidos —Wisconsin y Tanzania, el lago Michigan y Suecia, la isla de Lanai y Carolina del Sur— y decidía que, de algún modo, tenían que ser almas gemelas geográficamente hablando. Hoy en día, cuando veo la Columbia Británica en un mapa, sigo pensando que se trata de una versión más robusta y musculosa de California, y que los canadienses tienen que ser

más robustos y musculosos que los californianos.



Separadas al nacer.

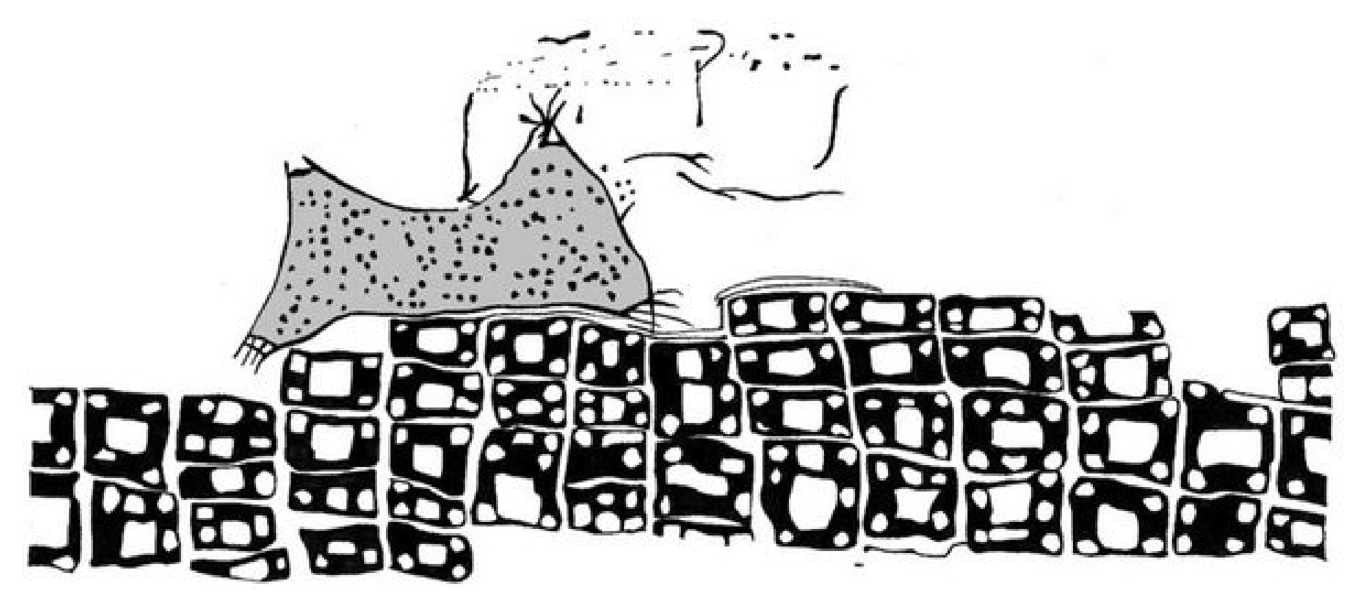
Para mí, aquellas formas de los mapas tenían vida propia, independiente de su territorio. Mirar fijamente un mapa durante mucho tiempo era como repetir una palabra una y otra vez, hasta que desaparece su significado. Para mí, Uruguay dejaba de representar una nación real; era solo *aquella forma*, aquella lágrima ligeramente torcida. Veía aquellas formas incluso después de cerrar el atlas, impresiones visuales que seguían flotando en los ojos de mi mente. Los nudosos paneles de madera de pino que recubrían el dormitorio de mis abuelos en el piso de arriba estaban llenos de curvas y espirales que me recordaban a fiordos y lagunas lejanas. El charco de un aparcamiento era el lago Okeechobee o el mar Negro. La primera vez que vi a Mijaíl Gorbachov en televisión, recuerdo que pensé inmediatamente que su famosa marca de nacimiento era *exactamente igual* que el mapa de Tailandia[8][9].

Cuando tenía diez años, mi querido Hammond no era más que uno de los atlas de la colección que había en la estantería de mi habitación. Mis padres los llamaban mis «atli», aunque ya en aquel entonces estaba bastante seguro de que la forma del plural no era la correcta. Atlas de carreteras, atlas históricos, atlas de bolsillo. Ojalá pudiera decir que examinaba mis mapas con la penetrante mirada de un científico, fijándome en las cuencas, la deforestación y la densidad de población, y diciendo cosas que sonasen bien como «Ajá, esa debe de ser una zona de subducción». Pero me temo que no era esa clase de aficionado a los mapas. Al principio no era consciente de las referencias ecológicas, geológicas e históricas de los mapas; simplemente me sentía atraído por su amplitud, su tipografía minúscula y su clasificación metódica. A mi padre también le gustaban los mapas, pero prefería el atlas británico negro de la sala de estar, una edición de la década de 1970 de la editorial Philip en la que todos los mapas eran «hipsométricos». Los mapas hipsométricos son aquellos que representan el terreno con colores vivos: verde para las elevaciones pequeñas, marrones y púrpuras para las grandes. Le gustaba poder ver cartografiada la topografía, pero yo prefería los nítidos mapas políticos publicados por Hammond o National Geographic, en los cuales las ciudades y pueblos destacaban claramente con su territorio sombreado suavemente, y las fronteras estaban delimitadas en tonos pastel.

De hecho, hoy en día siguen sin gustarme los mapas hipsométricos. Me parecen aburridos y anticuados, como los que uno esperaría ver desplegados en una pizarra por un profesor rancio de los años sesenta[10]. Pero hay algo más. Debo admitir que los mapas me siguen gustando por su orden y sus detalles tanto como por lo que pueden mostrarnos del mundo real. Un buen mapa no es solo una representación útil de un lugar. También es por sí mismo un bonito sistema.

Los mapas son más antiguos que la escritura, por lo que, lógicamente, en el mundo de la cartografía no existe un informe escrito sobre un hito comparable a la manzana de Newton, ni de un cazador-recolector diciendo: «Eh, cariño, hoy he dibujado el primer mapa del mundo». Cada cierto tiempo, las publicaciones científicas e incluso los titulares de los periódicos anuncian a bombo y platillo el reciente descubrimiento del «mapa más antiguo del mundo». Pero, tanto si el nuevo mapa más antiguo es una pintura rupestre en España, un colmillo de mamut grabado en Ucrania, o petroglifos en una roca del río Snake en Idaho, los hallazgos tienen siempre una cosa en común: un grupo de eruditos enojados que afirman que no, que no se trata de un mapa; es un pictograma, un dibujo del paisaje o un artículo religioso, pero no un *auténtico* mapa. Cuando se desenterró una pintura críptica en el yacimiento neolítico de Çatalhöyük en Anatolia en 1963, su descubridor, James Mellaart, afirmó que el artículo religioso de ocho mil años de antigüedad era un mapa de la zona. Aseguraba que los recuadros que recordaban a fichas de dominó, dibujados en la parte inferior de la pared, representaban el pueblo, y la forma puntiaguda y moteada de color naranja que había encima tenía que ser el cercano volcán Hasan Dag con sus dos cumbres gemelas. Los cartógrafos se volvieron locos,

y los historiadores peinaron el dibujo en busca de pistas sobre las erupciones históricas en la zona. Solo hay un problema: investigadores posteriores han concluido que aquella cosa moteada probablemente no *pretendía* ser un volcán; se trata de una piel de leopardo extendida[11]. No se trata de lava brotando, sino simplemente de unas garras. Ergo, el mural nunca fue un mapa. La embarazosa incapacidad de los arqueólogos para distinguir un leopardo de un volcán es fruto del mismo síndrome que me llevaba a mí a ver líneas de costa en los paneles de madera de casa de mis abuelos. Se denomina «cartacacoethes»: la incontrolable tendencia a ver mapas en todas partes.



El mural de Çatalhöyük. ¿Volcanes o leopardo? Tú decides.

Muchos de los primeros protomapas sí que tienen ciertas similitudes con la cartografía moderna, pero se trata de una línea borrosa: su importancia fundamental era probablemente artística o espiritual. Las características fundamentales que hoy en día asociamos a los mapas evolucionaron de forma gradual a lo largo de milenios[12]. Por ejemplo, encontramos por primera vez direcciones cardinales en mapas de Babilonia grabados en tablillas de arcilla de cinco mil años de antigüedad, pero luego no aparecen distancias durante otros tres mil años; el ejemplo más antiguo del que disponemos es un plato de bronce de la Dinastía Zhou en China. Tuvieron que pasar varios siglos hasta encontrar el mapa de papel más antiguo, un papiro griego que representa la Península Ibérica de la época de Jesucristo. La rosa de los vientos aparece por vez primera en el Atlas Catalán de 1375. Los mapas «coropléticos», aquellos en los que las zonas están coloreadas para representar valores diferentes a escalas diversas, como los mapas rojos y azules de la noche electoral, se remontan solamente a 1826[13].

No obstante, si bien el «descubrimiento» histórico de los mapas fue un proceso lento y gradual, la forma en que los modernos locos por los mapas descubren los

mapas de pequeños recuerda más bien a cómo debieron de descubrir el fuego los hombres de las cavernas: como un relámpago. Ves ese primer mapa y tu mente cambia por completo, probablemente para siempre. En mi caso, el mapa decisivo fue un puzle de madera de los cincuenta estados de Estados Unidos que me regalaron por Navidad cuando tenía tres años; uno de esos en los que Florida está decorada con palmeras y Washington con manzanas. Sorprendentemente, en mi puzle, Nebraska tenía un dibujo de una familia de cerdos. Las dos penínsulas de Michigan estaban unidas en una sola pieza, lo cual hizo que durante años creyese que Michigan era una única masa de tierra abultada con forma de bolso de señora.

Para otros niños fue el globo terráqueo del despacho de papá, el atlas desplegado sobre la moqueta del salón, o el mapa gratuito de una gasolinera durante unas vacaciones en Yosemite. Al parecer, muchas de las obsesiones norteamericanas por los mapas del siglo XX empezaron en el mismo sitio en el que fueron concebidos muchos norteamericanos: el asiento trasero de un Buick. Pero, fuese cual fuese el mapa, bastaba con uno. La cartofilia, el amor por los mapas, es un amor a primera vista. Debe de ser algo predestinado, escrito en los cromosomas.

Ha sido así durante siglos. ¿Que cómo era el mapa de madera con el que perdí mi virginidad cartográfica cuando tenía tres años? Se les denominaba «mapas diseccionados» y datan de la década de 1760, época en la que constituían un juguete enormemente popular. Son los antepasados de todos los puzles modernos[14]. Para los niños de la época victoriana, el primer mapa era habitualmente el que aparecía en la Biblia de la familia o del colegio, ya que a menudo el mapa de Tierra Santa era la única nota de color en un vasto océano de estirpes y contemplaciones. ¡Nada como un árido sermón de dos horas sobre el Libro de las Lamentaciones, para que un sencillo mapa pareciese de repente algo fascinante en comparación! Aquella única página atrajo probablemente más atención juvenil que todo el resto del libro sagrado; Samuel Beckett bromea en *Esperando a Godot*, cuando dice que sus dos personajes, Vladimir y Estragón, nunca han leído los evangelios, pero recuerdan perfectamente que el mar Muerto era «azul pálido[15]». Joseph Hooker, el gran botánico británico, escribió en una ocasión a su íntimo amigo Charles Darwin que su primer contacto con los mapas había sido un «mapa del mundo antes del diluvio» en la escuela dominical, el cual, decía, se había pasado estudiando años durante su «tierna infancia[16]». Aquel mapa despertó en él un interés en la exploración y la ciencia que conservaría toda su vida, durante la cual ayudó a Darwin a desarrollar la teoría de la evolución.

En el siglo XX, cuando los niños ya pasaban menos tiempo delante de las Biblias, el consabido mapa colgado en la pared de la clase ejercía la misma función: algo que mirar cuando el aburrido monólogo sobre fracciones o sobre *Johnny Tremain* empezaba a transformarse en «bla, bla, bla», el zumbido sin palabras del profesor de un especial de televisión de *Snoopy*. De hecho, me he dado cuenta hace poco de *por qué* me sé todas las capitales de los estados de Australia: en segundo curso, mi pupitre estaba al lado del tablón de anuncios en el que estaba colgado el mapa del

mundo. Mi cabeza estaba a escasos centímetros de Darwin, Adelaida y, hum, Hobart. (¿Lo veis? Todavía me acuerdo). En cambio, si hubiera sido un poco más alto, probablemente sería un experto en Indonesia o en Japón.

Hace poco, estaba llevando a mi amigo Todd al aeropuerto, y, mientras me contaba los planes de sus vacaciones, se reveló como un fanático de la geografía. (Por cierto, conocía a Todd desde hacía años, pero fue en ese momento cuando descubrí que aquello era algo que teníamos en común. La gente aficionada a los mapas a veces vive metida en el armario durante años, ya que, al parecer, la cartofilia es uno de los últimos amores cuyo nombre no se atreven a pronunciar). Alardeaba de que, gracias a los años que había pasado enfrascado en los atlas durante su infancia, todavía podía decir de carrerilla los nombres de todas las capitales del mundo, de manera que así fue como pasamos el resto del trayecto. Ambos descubrimos que las capitales que se nos resistían no eran las más desconocidas (¡Bujumbura, Burundi! ¡Puerto España, Trinidad y Tobago!), sino más bien importantes ciudades europeas como Bratislava, Eslovaquia, y Kiev, Ucrania. ¿Por qué? ¡Porque esas ciudades habían cometido el crimen de convertirse en capitales nacionales *después* del final de la Guerra Fría, cuando Todd y yo ya no éramos niños de nueve años que memorizaban mapas! Aparentemente, nuestros conocimientos de geografía son como los conocimientos de los ordenadores personales de tus abuelos: acaban en 1987.

Sospecho que Todd y yo no estamos ni mucho menos solos en esto; que el hambre de mapas (¿mapetito?) de mucha gente llega a su punto álgido en la infancia. Ello se debe en parte al hecho de que nadie está jamás tan obsesionado por *algo* como un enloquecido niño de siete años; estoy seguro de que esta semana mi hijo Dylan piensa en dinosaurios más de lo que cualquier paleontólogo adulto ha pensado jamás. La semana que viene probablemente se tratará de naves espaciales, plantas carnívoras o coches deportivos.

Sin embargo, parece que los mapas tienen algo que los hace especialmente irresistibles para los niños. Veamos: francamente, los hobbies nostálgicos son adoptados por personas de mediana edad como una forma de avergonzar a los hijos adolescentes. Es entonces cuando papá se obsesiona de repente con el Dixieland jazz, observar pájaros, o elaborar cerveza en el sótano. Eso no pasa con el amor por los mapas, el cual se adquiere en la época en la que tomas sidral o no se adquiere nunca. De hecho, recuerdo que mi pasión por los mapas se enfrió repentinamente alrededor de la pubertad; enseguida descubres que saberse los nombres de todas las Antillas Holandesas no te hace tener éxito con las chicas. En la universidad, durante una breve temporada tuve a un agradable aunque empollón compañero de habitación canadiense llamado Sheldon. (Nota: ¡primer nombre de bicho raro no inventado para esta historia!) Sheldon se mudó al apartamento el 1 de septiembre y, para cuando llegamos los demás, ya tenía el salón, la cocina, las habitaciones y todo el piso

empapelado con docenas de mapas del *National Geographic*. Puse los ojos en blanco y me resigné ante el hecho de que no íbamos a ver ni a una sola chica en el apartamento jamás. Pero en tercer grado, estoy seguro de que aquello me habría parecido alucinante, y le habría hecho jurar cruzando los meñiques que sería mi mejor amigo para toda la vida y dibujar detallados mapas de Costa Rica en su cartera del colegio.

En la escuela primaria estaba convencido de que era el único del mundo que se sentía así. Estaba seguro de que ninguno de mis amigos se iba corriendo a casa después de clase para mirar sus atlas. Desde entonces, me he vuelto vagamente consciente de que eso, sea lo que sea, existe: que a una pequeña parte de la humanidad le apasiona la geografía con sorprendente intensidad. Veo en el programa de Oprah a una niña de tres años capaz de señalar todos los países en un mapamundi y pienso: eh, así era yo. Leo que un miembro del Extra Miler Club ha visitado los 3141 condados de Estados Unidos, o que un antiguo mapa de la Batalla de Yorktown se vende en una subasta por un millón de dólares y me pregunto: ¿de dónde sale eso? Viendo la historia de mi vida, mi *Retrato del autista adolescente*, es fácil darse cuenta de que esos apasionados de los mapas son de mi tribu, pero me quedo perplejo ante la cultura tribal y la religión que compartimos. ¿Por qué los mapas significaban y, supongo que significan todavía, tanto para mí? Al fin y al cabo, los mapas son simplemente una forma de organizar información; no son algo que normalmente provoque una afición obsesiva. Nunca he oído que alguien profese un amor especial hacia el sistema decimal de Dewey. Nunca he conocido a un fanático de los gráficos circulares. Supongo que los índices cumplen su función correctamente, pero ¿inspiran devoción?

Tiene que haber algo innato relacionado con los mapas, con esa forma concreta de representar nuestro mundo y nuestra relación con él, que nos hechiza, que nos atrae, que nos impide mirar a cualquier otra parte de la habitación si hay un mapa en la pared. Quiero llegar al fondo y saber qué es. Lo veo como una oportunidad para explorar uno de los últimos «espacios en blanco» que nos quedan a los geógrafos y cartógrafos aficionados: el misterio que impulsa nuestra absorbente obsesión por los mapas. Iré allí.

Capítulo 2

DEMORA

demora. f. *Mar*. Dirección o rumbo en que se halla u observa un objeto, con relación a la de otro dado o conocido.

El individuo no se distingue de su lugar. Es el lugar[17].
GABRIEL MARCEL.

El álter ego de James Joyce, Stephen Dedalus[18], se aburre en clase de geografía; los nombres de lugares en América le resultan muy lejanos. Sin embargo, no hay problema cuando los nombres son *suyos*, cuando son de su entorno natal. En la primera página de su libro de texto escribe:

Stephen Dedalus.
Clase de geografía.
Clongowes Wood College.
Sallins.
Condado de Kildare.
Irlanda.
Europa.
El Mundo.
El Universo.

De pequeño, me gustaba escribir mi dirección utilizando una jerarquía parecida, aunque aparentemente yo era más fanático del espacio que el pequeño Stephen, así que mi dirección incluía algunos pasos («El Sistema Solar, Brazo de Orión, Galaxia de la Vía Láctea, Supercúmulo de Virgo») que él pasaba por alto. Estoy seguro de que la minuciosidad de mi dirección en los sobres del correo irritaba al cartero, pero a mí me encantaba. Una de las preguntas fundamentales de la infancia es «¿Dónde estoy?». Y los niños quieren saber la respuesta a todos los niveles, desde el más local hasta el galáctico.

«¿Qué era lo que nos identificaba como geógrafos encubiertos, tal vez ya de niños, mucho antes de ser capaces de poner nombre a nuestra pasión secreta?», se preguntaba Peirce Lewis, en aquel entonces presidente de la Asociación de Geógrafos Norteamericanos, durante un discurso pronunciado en 1985[19]. El «amor visceral por los mapas» es solo una parte de la ecuación, dijo. «La segunda, común a todos nosotros, es la *topofilia*, una pasión igualmente visceral por la Tierra; más concretamente por algún lugar mágico o adorado en la superficie de la Tierra».

La palabra «topofilia», del griego «amor al lugar», fue popularizada por el geógrafo Yi-Fu Tuan[20] en un libro escrito en 1974[21][22]. Cuando leí por primera vez sobre ese concepto, experimenté una sacudida de reconocimiento y aceptación, como un paciente al que por fin se le diagnostica correctamente una enfermedad poco común. Había sentido aquella sorprendentemente intensa vinculación con el paisaje durante toda mi vida, pero era un alivio tener por fin un rimbombante nombre griego al que agarrarse. Lewis decía que él se había fraguado como geógrafo en las dunas de arena blanca de las orillas del lago Michigan donde había pasado las vacaciones de pequeño. Mi paisaje primigenio fue el noroeste del Pacífico donde me crie: los frondosos pastos de la granja de mis abuelos en el valle del río Willamette en Oregón, y especialmente los bosques de cedros y abetos regados por la fina lluvia del estado de Washington, más al oeste, tan cubiertos de musgo y helechos que, incluso en invierno, su suelo es de un color verde tan intenso como el que normalmente solo se ve en los libros infantiles sobre dinosaurios. Si me conectasen a uno de esos monitores que hay en los hospitales, me imagino que el gráfico de los latidos de mi corazón sería exactamente como la pálida silueta de las montañas Olímpicas que puede verse al otro lado del estrecho de Puget en un día soleado. Bueno, en realidad no. Sería encantador, pero probablemente fatal.

Los jóvenes topófilos son moldeados especialmente por los entornos en los que se dan cuenta por vez primera de que *tienen* un entorno: dejan huella, como les sucede a las aves de corral. Los patitos siguen al primer objeto en movimiento que ven después de salir del cascarón. Si es su madre, perfecto; si no, se convierten en los patitos que vemos siguiendo a cerdos o tractores en las noticias cómicas de los domingos por la mañana. Cuando tenía siete años, mi familia se mudó de Seattle a Seúl, en Corea; desde entonces he vivido por todo el mundo, desde Singapur a España, pasando por Salt Lake City. Todos esos lugares tienen paisajes peculiares y hermosos, que van desde junglas tropicales a llanuras de sal de apariencia marciana, y yo los exploré encantado, pero ya era demasiado tarde. Otra parte del mundo ya había dejado huella en mí. Enamorarse de lugares es como enamorarse de personas: puede suceder más de una vez, pero nunca es como la primera.

Aquellos primeros paisajes son los mapas sobre los que vaga mi mente incluso cuando duermo. Raramente sueño con el cubículo del despacho en el que trabajé durante años o con la casa en la que vivo actualmente. Es mucho más habitual que mis sueños transcurran en escenarios más primigenios: la cocina de mis abuelos iluminada por el sol, los pasillos de mi escuela primaria. Y, en mis sueños, la geografía es un elemento inusitadamente vivaz. Al despertar, casi nunca recuerdo a la gente que aparecía en mis sueños o la serie de acontecimientos que tenía lugar en ellos, pero siempre tengo una sensación muy nítida de dónde estaba y en qué dirección viajaba. Años después, aún puedo recordar sueños que tenían lugar en barrios inexistentes de grandes ciudades como Seattle, San Francisco o Nueva York. En esos sueños, navegaba siempre con una idea muy concreta del punto del mapa de

la ciudad en el que me encontraba, y siempre, por supuesto, con la absoluta certeza del soñador, de que había estado allí antes muchas veces.

Evidentemente, no todo el mundo piensa de ese modo. Todos tenemos nuestros propios sistemas de archivo. Probablemente un aficionado a la historia ordenará las cosas cronológicamente. («Veamos, debía de tratarse del verano de 1984 porque los Colts ya estaban en Indianápolis, pero *La hora de Bill Cosby* todavía no se había estrenado…»). Los aficionados a los concursos que conocí cuando participaba en *Jeopardy!* destacan en ellos gracias a su gran memoria asociativa; poseen un talento innato para almacenar y recuperar datos nuevos por temas. Cualquier dato anecdótico sobre, pongamos, cacahuetes, se adhiere a su engranaje cerebral porque se vincula a grupos de datos de temática parecida, datos sobre circos y Jimmy Carter y mantequilla de cacahuete, que a su vez se relacionan con Annette Funicello y George Washington Carver, y así sucesivamente.

Pero algunos de nosotros organizamos el mundo según la ubicación.

«Ojalá me dieran un dólar por cada vez que un estudiante ha venido a mi despacho y me ha dicho: "Siempre me ha encantado la geografía, y siempre me han encantado los mapas, desde que era pequeño"», dice Keith Clarke, profesor de geografía de la Universidad de California, Santa Bárbara, autor de la columna «Ask Dr. Map» en la revista del American Congress on Surveying and Mapping. «Mi teoría es que se trata de personas que razonan espacialmente».

La capacidad espacial es bastante fácil de medir; probablemente en todos los test de inteligencia que has realizado había una serie de problemas de rotaciones y secciones transversales que provocaban dolores de cabeza, diseñados para evaluar tu capacidad espacial. Las personas con esa habilidad tienen muchas más probabilidades que el resto de acabar dedicándose a las matemáticas o a carreras científicas, incluso cuando lo que se controla es la inteligencia general. Probablemente serán ingenieros, geólogos, arquitectos, o incluso dentistas, ya que en los exámenes de odontología se hacen muchas preguntas espaciales. A nadie le gusta que, en plena endodoncia, el dentista le pregunte: «Espere, ¿qué muela decía que era? No me acuerdo… ¿podría girar la cabeza en la misma dirección que la mía?».

Las máquinas y los molares probablemente les resultan más sencillas a las personas con un sentido espacial desarrollado, pero para ellas los mapas *realmente* cobran vida. Se enfrascan en el mapa de forma diferente a los demás. Son capaces de proyectar su punto de vista en los puntos y líneas, e imaginar nítidamente qué aspecto tendrá el territorio. Bartolomé de las Casas, biógrafo de Cristóbal Colón, escribió que el primer viaje transatlántico del explorador fue inspirado por una carta de navegación que le había enviado el matemático italiano Paolo Toscanelli. «Aquel mapa hizo arder la mente de Colón», escribió De las Casas[23]. «No le cupo duda de que debía encontrar aquellas tierras en él señaladas[24]». Está claro que Colón era una de esas personas que ven un mapa y se introducen en su mundo inmediatamente, y ello cambió el curso de la historia.

No todo el mundo tiene ese don, por supuesto. Si has estado alguna vez diez minutos delante de un centro comercial, alargando el cuello en varios ángulos en un vano intento de ver si Sbarro's está a tu izquierda o a tu derecha, sabes que es una experiencia frustrante[25]. Las personas, especialmente los niños, que viven esa experiencia una y otra vez no querrán leer mapas por simple diversión. Los evitarán a toda costa. Cuando los cartófilos siguen el río Zambezi con el dedo en un mapa de África, pueden imaginarse que van en balsa por los serpenteantes meandros de la selva, y el estruendo de las cataratas Victoria creciendo hasta alcanzar proporciones ensordecedoras con el agua salpicándoles…, pero si para ti el río se empeña en ser una sinuosa línea azul en el mapa no es lo mismo.

Pero no tienes que desesperarte cada vez que te pierdas en el centro comercial. «Hay pruebas contundentes de que podemos aprender esas habilidades», dice David Uttal, profesor de psicología y pedagogía de la Northwestern University. «El potencial de la gente está terriblemente infrautilizado».

Estudio tras estudio, los pésimos intérpretes de mapas y los que tienen una pésima capacidad espacial «han respondido positiva y rápidamente a intervenciones relativamente sencillas», explica Uttal. Esta es la jerga académica para decir que «la práctica conduce a la perfección». Si evaluamos la capacidad espacial de un grupo de estudiantes universitarios de primer año y repetimos la evaluación después de que hayan seguido un breve curso introductorio sobre gráficas de ingeniería, veremos que sus resultados mejoran notablemente. Un famoso estudio realizado en 2000 mostró que el cerebro de los taxistas londinenses que habían aprobado «El Conocimiento», un examen de habilitación que exigía un conocimiento enciclopédico de las calles de la ciudad, presentaba un hipocampo considerablemente mayor que el de los londinenses corrientes[26]. (El hipocampo, una estructura con forma de caballito de mar en el lóbulo temporal del cerebro, es el centro de la función de navegación). De hecho, el hipocampo de los taxistas continuó creciendo cuanto más tiempo siguieron trabajando. Al parecer, el tamaño importa.

«Cuando la gente dice que no sabe leer mapas, pienso que simplemente prefieren no hacerlo», dice Uttal. «Hay muchas cosas que ahora mismo no puedo hacer, pero podría si me diesen dos semanas para aprenderlas».

He decidido probar la máxima de las dos semanas en mi mujer, Mindy. Mindy, que conste, es una mujer maravillosa en todos los sentidos. Cada mañana, pájaros cantores entran por la ventana de nuestro dormitorio para ayudarla a vestirse, y sus amigos del bosque trinan con ella alegremente mientras prepara el desayuno. Pero —¿cómo lo diría?— el sentido de la orientación no es una de sus principales virtudes. En un reciente viaje a París, hizo que tomáramos el metro en la dirección equivocada tantas veces que acabé asumiendo las labores de guía a pesar de que era la primera vez que yo estaba en la ciudad, mientras que ella había vivido allí. Su asombrosa imprecisión, sin embargo, tiene una aplicación útil: si me pierdo conduciendo siempre puedo preguntarle qué dirección cree que deberíamos tomar en un cruce y así

girar *exactamente en la dirección opuesta*. Pero hemos programado un viaje para visitar a unos amigos en Washington D. C., y estoy decidido a darle a Mindy una segunda oportunidad. Así que saco un mapa de carreteras un viernes por la noche (¡los fines de semana en casa de los Jennings pueden ser desenfrenados!) y estudiamos el terreno. Orientarse en el centro metropolitano de D. C. puede ser una pesadilla, con todas esas avenidas diagonales con nombres de estados que confluyen en otras calles en ángulos extraños. (Los científicos saben que los humanos no somos excesivamente buenos asimilando diagonales —en el cerebro tenemos neuronas predispuestas a las estructuras horizontales y verticales cuyo número supera ampliamente a las diagonales—)[27][28].

Pensamos pasar gran parte del viaje en el National Mall, el cual constituye un escenario perfecto para la prueba: pequeño, concurrido, ordenado, con puntos de referencia destacados en cada punto cardinal[29][30]. En el mapa tomamos nota cuidadosamente de dónde están los monumentos y las paradas de metro, así como del orden de las calles.

Nos entrenamos sin cesar. «¡Mindy, estás en el Museo del Aire y del Espacio frente a la Galería Nacional! ¡Señala el Capitolio! Correcto. ¿En qué dirección está el monumento a Lincoln? ¡Correcto!».

Suena la música de *Rocky*. Saltamos a la cuerda y boxeamos con piezas de carne.

Este pequeño ejercicio no nos lleva dos semanas; tal vez le dedicamos una hora. Pero David Uttal resulta estar en lo cierto. En D. C., una Mindy preparada me guía a mí y a los niños a la Casa Blanca, al monumento a Washington y a muchas muchas zonas de restaurantes smithsonianos. Una vez, al salir del metro en Federal Triangle, me desoriento y, tras un momento de titubeo, empezamos a andar en dirección equivocada. Mindy se detiene y cierra los ojos fuertemente como un Jedi utilizando la Fuerza. «¿Los Archivos Nacionales no están por aquí?», pregunta, señalando a nuestra espalda. No le creo, pero cuando llegamos a la esquina me doy cuenta de mi error.

«¡Ajá, tenía razón yo!», dice regodeándose, henchida de autoridad. «Esto me hace pensar que en realidad mi sentido de la orientación no es tan malo. Si me preocupase por ejercitarlo un poco…». Me imagino que, como el corazón del Grinch, su hipocampo aumentó tres tallas ese día.

Si le enseñas un mapa a un niño de tres años, ¿qué dirá? Aunque no haya recibido ninguna formación concreta, probablemente entenderá básicamente que el mapa representa un lugar. Por lo general, el niño o la niña no tendrá ni idea de qué lugar se trata; una investigadora señaló que un mapa de Chicago se confundía a menudo con África, mientras que un mapa del estado de Pennsylvania, de donde procedían los jóvenes sujetos que utilizaba en su experimento, fue identificado por uno de ellos como un mapa que representaba «California, Canadá y la costa Norte[31]». Les

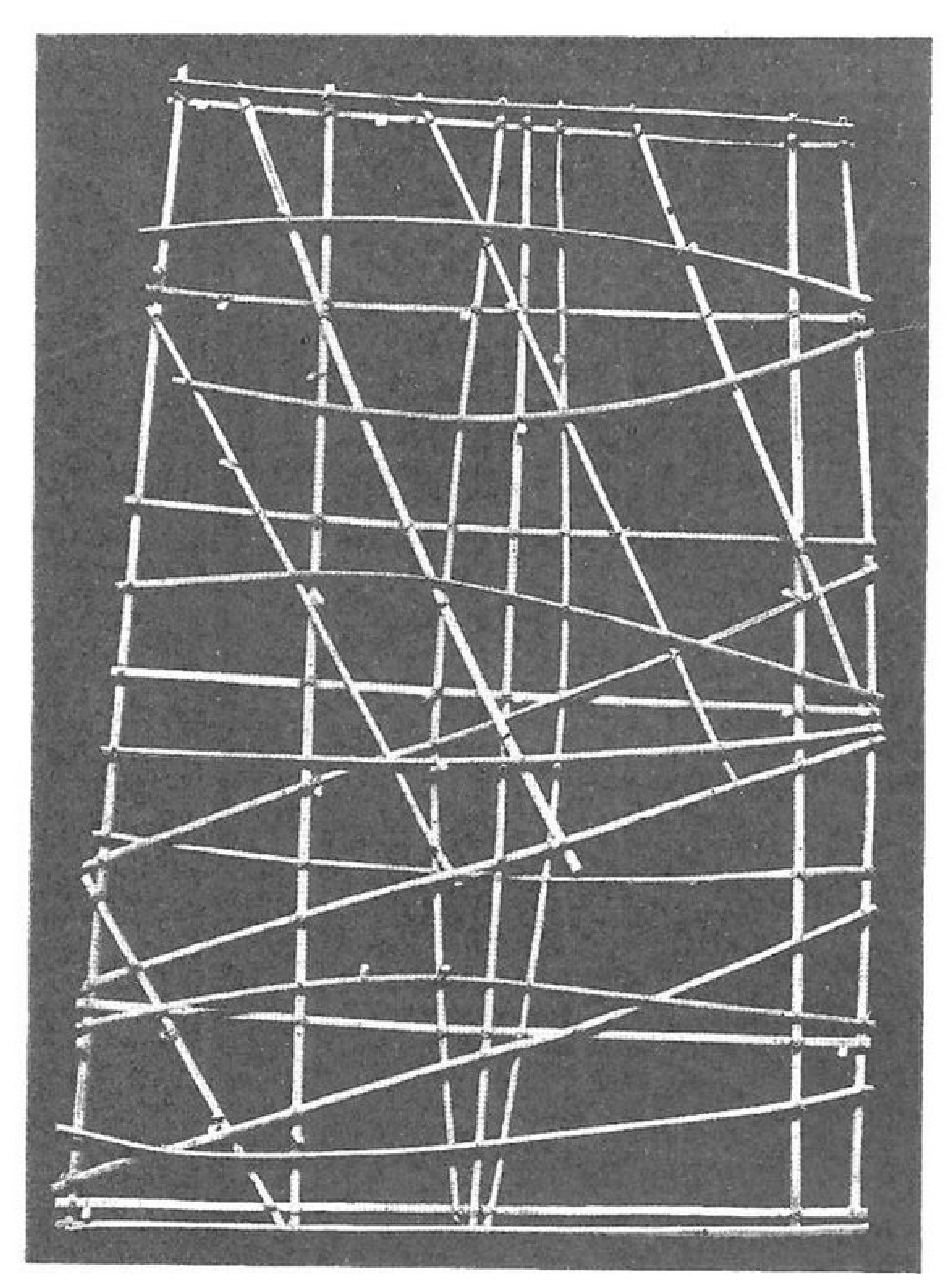
costará entender el ángulo (una vista aérea de un aparcamiento rectangular puede confundirse con una puerta), la representación (el hecho de que los estados tengan colores diferentes no tiene mucho sentido para ellos) o la escala («¡Esa línea no puede ser una carretera! ¡Mi coche no cabría!»). Sin embargo, todos entenderán que es una especie de dibujo de un lugar, y que puede usarse para moverse por él. Cualquiera con menos de tres años, y eso que los niños no pueden siquiera captar la idea de que un trozo de papel pueda representar un área. Si les enseñamos a niños muy pequeños un objeto en dos dimensiones como una sombra o una foto, extenderán sus manos para tocarlo como si fuese real y sólido. Tiene sentido; supongo que las representaciones en dos dimensiones, como los mapas y las fotos, son innovaciones bastante recientes. Evolutivamente, nuestros instintos todavía no están a la altura.

El hecho de que niños muy pequeños pudieran entender mapas sin ninguna formación previa llevó a los científicos a concluir, durante muchos años, que había algo innato en el proceso cartográfico —básicamente, que todas las personas, independientemente de la cultura, nacen con la capacidad de interpretar los mapas—.[32] Sin embargo, nuevas investigaciones sugieren que eso no es del todo cierto —no todo el mundo traza mapas—. Actualmente, los antropólogos están empezando a entender que gran variedad de artefactos de todo el mundo —los *quipus* incas, las estacas *toas* de los aborígenes del sur de Australia, los *lukasa* o tableros de memoria de la tribu africana Luba— tenían cierta trascendencia geográfica, pero están muy lejos de cualquiera de las cosas que hoy denominaríamos mapas. Una de las curiosidades preferidas de los amantes de los mapas es el *rebbelib*, o mapa de palos de los habitantes de las islas Marshall. Se trata de unos entramados de hojas de cocotero y conchas que parecen lo que el profesor utilizaría para cartografiar la isla de Gilligan, pero que son en realidad mapas detallados de las olas del océano utilizados por los navegantes de canoas marshaleses durante siglos. Resulta extraordinario que aquella gente pudiera pilotar en mar abierto de atolón a atolón guiándose únicamente por patrones del oleaje, pero también es interesante el hecho de que no se haya encontrado ni un solo mapa del Pacífico realizado por cualquier otra de los centenares de culturas isleñas. Al parecer, algunos pueblos se desenvuelven sin mapas escritos[33].

«Es posible que trazar mapas sea algo tan innato como leer», apunta Uttal. «Esto es algo muy complejo: obviamente, leer textos *no* es innato, pero el lenguaje en el que se basa sí lo es».

Entonces, ¿qué partes de la cartografía podrían ser tan instintivas como el lenguaje y no innovaciones culturales (bastante recientes)? Bien, todos hacemos mapas mentales y modelos de nuestro entorno que almacenamos en nuestra cabeza. No obstante, denominar «mapa» a esas construcciones puede resultar equívoco, ya que nuestros mapas mentales no tienen mucho en común con los de papel. No son estáticos; no son réplicas a escala de la topografía real; no se basan en símbolos y, en

algunos casos, ni siquiera contienen puntos de referencia. (Tampoco puedes doblarlos descuidadamente y meterlos en la guantera). Cuando le pido a mi amigo Nephi Thompson, la persona con más sentido de la orientación que conozco, que describa cómo ve con los ojos de su mente su mapa mental, me dice: «Es como un juego de disparos en primera persona, una perspectiva directa. No es una visión a vista de pájaro».



Un mapa micronesio: las pequeñas conchas son islas y los tallos de bambú representan corrientes.

Obviamente, los humanos han hecho mapas mentales desde millones de años antes de hacer mapas escritos. La primera vez que un homínido peludo decidió

modificar su ruta de caza para evitar un obstáculo o un depredador, estaba dibujando un mapa mental. De hecho, cuando en 1940 se acuñó el término «mapa cognitivo», no se utilizaba para referirse a los humanos, sino a la asombrosa capacidad de las ratas de laboratorio para salir de un laberinto[34].

Es bien sabido que los animales pueden realizar hazañas desde el punto de vista de la orientación que hacen que hasta los más hábiles rastreadores humanos parezcan en comparación niños de cuatro años que tratan de golpear una piñata con los ojos vendados en una fiesta de cumpleaños[35].

Las crías de tortuga boba marina, inmediatamente después de salir del huevo en Florida, se embarcan en un viaje de 1300 kilómetros por el Atlántico Norte, llegando nada menos que a la costa africana antes de regresar a casa una década más tarde. Lo hacen en solitario, salen cuando miden menos de cinco centímetros y no se pierden. Los científicos han trasladado a osos pardos a cientos de kilómetros de su hogar en los bosques de Minnesota y han visto cómo la mayoría regresa enseguida. En 1953, un ornitólogo británico llamado R. M. Lockley se enteró de que un amigo suyo, el clarinetista norteamericano Rosario Mazzeo, llegaba en avión a Boston al día siguiente. Lockley aprovechó la ocasión para entregarle a Mazzeo dos pardelas de la isla de Man, unas aves marinas cuya capacidad de orientación había estado estudiando. «Aquella noche subí al avión con las aves bajo mi asiento», escribió Mazzeo a su amigo más adelante. «Solo una sobrevivió al vuelo». (Nota mental: no dejar nunca a un instrumentista de viento al cuidado de mis mascotas la próxima vez que me vaya de la ciudad). Soltó al pájaro superviviente en el extremo oriental del Aeropuerto Internacional Logan de Boston, y vio cómo se alejaba volando en dirección al mar. Menos de dos semanas después, el ave reapareció en su madriguera británica. El asombrado científico, que no había tenido noticias de Mazzeo desde su partida, dio por sentado que este se había visto obligado a soltar al pájaro en algún lugar de Gran Bretaña, pero aquel mismo día le llegó una carta desde Estados Unidos en la que Mazzeo describía la breve visita de la pardela a Boston. El pájaro había conseguido volver a casa antes que el correo, recorriendo 5140 kilómetros en tan solo dos días y medio.

No todas las hazañas relacionadas con la memoria espacial consisten en largas migraciones sacadas de una película de Walt Disney. El *Bathygobius soporator* es un pequeño pez tropical que se encuentra habitualmente en los fondos rocosos de la costa atlántica[36]. Al verse amenazado en una poza de marea, bien sea por un depredador o por el descenso del nivel del agua, tiene un destacable mecanismo de defensa: huye saltando disparado por los aires, como James Bond desde el asiento eyector de su Aston Martin. Quien haya tenido un pez de colores suicida de pequeño sabrá que la puntería en el salto no siempre es una de las especialidades de los peces, pero el *Bathygobius soporator* siempre cae justo en otra poza (más segura). En ocasiones llega a dar seis saltos seguidos hasta llegar a mar abierto. Obviamente, el pez no puede ver más allá de su poza, entonces, ¿cómo da esos saltos de fe? Los

planifica con antelación. Cuando la marea está alta aprovecha para explorar los alrededores, así que sabe —y recuerda— dónde es probable que se encuentren los puntos seguros cuando baja.

Pero el simple hecho de que un animal pueda orientarse de manera ciertamente impresionante no significa que ello se deba a la presencia de un sofisticado mapa cognitivo. La pardela del clarinetista, por ejemplo, atravesó un territorio que no había visto nunca, el Atlántico Norte. Es obvio que volaba por instinto, no guiada por un mapa mental fruto de la experiencia. Sabemos que muchas aves migratorias utilizan la posición del sol como brújula, así como las vistas e incluso los olores de los hábitats que se encuentran en su camino. Las crías de tortuga son sensibles a minúsculas variaciones en el campo magnético de la Tierra; puedes hacer que una tortuga boba cambie de dirección en una piscina colocando cerca imanes potentes[37].

Nosotros, los humanos, empleamos muchas de las herramientas de los animales para orientarnos, solo que no somos tan buenos a la hora de utilizarlas. No tenemos magnetita en el pico como las palomas mensajeras, pero por lo demás los principios son los mismos. Fijémonos, por ejemplo, en mi reciente viaje a Washington, D. C. con la familia.

- El primer día, fuimos andando desde el metro hasta el Museo del Aire y del Espacio, y luego al Museo de Historia Natural. Para volver al metro, no volvimos sobre nuestros pasos. Calculamos mentalmente las distancias y las direcciones que habíamos recorrido y nos dispusimos a caminar directamente hacia el metro. Especies animales como los cangrejos violinistas o las ardillas de tierra pueden hacer algo análogo, solo que con mayor exactitud. Una hormiga, por ejemplo, puede vagar sin rumbo a lo largo de doscientos metros (lo que a escala humana equivale a correr un maratón) y luego, regresar en línea recta desde cualquier punto exactamente al lugar de partida. A esto se le denomina «integración del camino», y es una habilidad crucial para los animales que se alimentan de forraje, los cuales vagan por un vasto territorio en busca de comida, pero que necesitan regresar a su guarida en cuanto han encontrado suficiente alimento.
- Cada vez que comprobábamos nuestra ubicación mirando dónde nos encontrábamos en relación a la Cuenca Tidal o al monumento a Washington, estábamos imitando otro truco habitual de los animales: el uso de puntos de referencia. Muchas especies de arrendajos y cascanueces, por ejemplo, son «acumuladoras de alimento», es decir, almacenan pequeñas porciones de alimento hasta en ochenta lugares distintos durante un solo invierno. Esas aves dependen enormemente de puntos de referencia para recuperar las provisiones escondidas; si se

alteran las referencias visuales cercanas, el alimento se perderá para siempre.

- Llegamos incluso a utilizar métodos de orientación celestes rudimentarios durante nuestro viaje, igual que la pardela de la isla de Man. ¿En qué dirección se encuentra el sol a última hora de la tarde? Vale, entonces la Casa Blanca está hacia allí.

Al final del día conocíamos el terreno bastante bien; hasta Mindy podía encontrar el camino entre dos de los monumentos que habíamos visitado sin tener que recurrir a puntos de referencia o a una brújula solar. Es difícil saber con exactitud qué animales pueden hacer lo mismo. No les podemos preguntar directamente. Actualmente, la opinión generalizada es que los mamíferos, y probablemente incluso algunos insectos, como las abejas, son capaces de pensar en términos de modelos cartográficos. En un experimento realizado tanto con perros como con chimpancés, un animal acompaña al investigador y se esconde comida en varios puntos dentro de un recinto[38]. El animal es conducido a uno de los escondrijos y luego otra vez al punto de partida; a continuación es conducido a otro escondrijo y de nuevo al punto de partida, y así sucesivamente. Por supuesto, cuando se suelta al animal, este logra encontrar la comida con mucha mayor eficacia que otros sujetos que no realizaron el recorrido previamente. Sin embargo, lo que resulta más interesante es que el perro o el chimpancé no recorren los pasos del investigador entre la comida y la «casa». De hecho, inventan nuevas rutas eficaces para dirigirse a los escondrijos cercanos sin tener que volver nunca al punto de partida.

«Cada especie es buena en su especialidad» en lo que respecta a la orientación, dice David Uttal. «No estamos en el peldaño más alto de la escala evolutiva». Probablemente esto cae por su propio peso, puesto que un salmón real puede nadar 2575 kilómetros contra corriente hasta el lugar de su nacimiento simplemente siguiendo su instinto, mientras que a un humano a menudo le cuesta enormemente encontrar su coche en un aparcamiento tras pasar diez minutos en un supermercado. «Sin embargo, tenemos algo que ninguna otra especie tiene: cultura. Podemos intercambiar información, y ello nos proporciona una flexibilidad asombrosa».

Aquí es donde entra en juego la realización de mapas. Cuando los humanos sacamos información de los mapas mentales y la plasmamos sobre papel (o sobre la pared de una cueva o sobre una tablilla de arcilla), la cosa cambia sustancialmente. Cierto, una abeja puede compartir información geográfica con su colmena mediante un pequeño baile, pero según Karl von Frisch, ganador del premio Nobel gracias a su interpretación del baile de las abejas, este solo presenta tres componentes: la dirección en que se encuentra el alimento en relación al sol, su distancia y su calidad. Los mapas que elaboramos para otros humanos son mucho más versátiles. El mismo mapa de Sudáfrica que yo utilizaba de pequeño para imaginar aventuras del estilo de Tarzán, podría ser utilizado por un ecologista para estudiar el uso de la tierra, por un

turista para planificar un safari, o por un estratega militar para planear un golpe de Estado o una invasión. Tiene miles de rutas potenciales, no solo una.

Existen multitud de maneras posibles de transmitir a los demás la información geográfica de tu mapa mental: una descripción escrita, gestos, letras de canciones, teatros de marionetas. Sin embargo, los mapas resultan ser una forma enormemente intuitiva, compacta y convincente de comunicar dicha información. Hacer hincapié en que no son «innatos» parece casi decir que los mapas son un accidente, producto de docenas de decisiones culturales arbitrarias. Creo que esto es un error. El simple hecho de que los mapas no sean innatos no significa que no sean óptimos, o incluso inevitables.

Viajemos mentalmente en el tiempo por un momento hasta mediados del siglo pasado. Hoy en día la imaginería orbital se encuentra en todas partes y se da por sentada, pero antes de que empezase la carrera espacial, ningún terrícola había visto nunca nuestro planeta desde arriba —es decir, como si de un mapa se tratara—. Si uno se fija en las películas y cómics de ciencia ficción de aquella época, verá que la Tierra se representa casi siempre como el logotipo de Universal o como el mapamundi colgado en la clase de un colegio: *sin ninguna nube encima*. ¡No teníamos ni idea de qué aspecto teníamos vistos desde fuera! Como especie, éramos el equivalente al famoso personaje cómico de Dave Chappelle: Klansman, el ciego que no sabe que es negro.

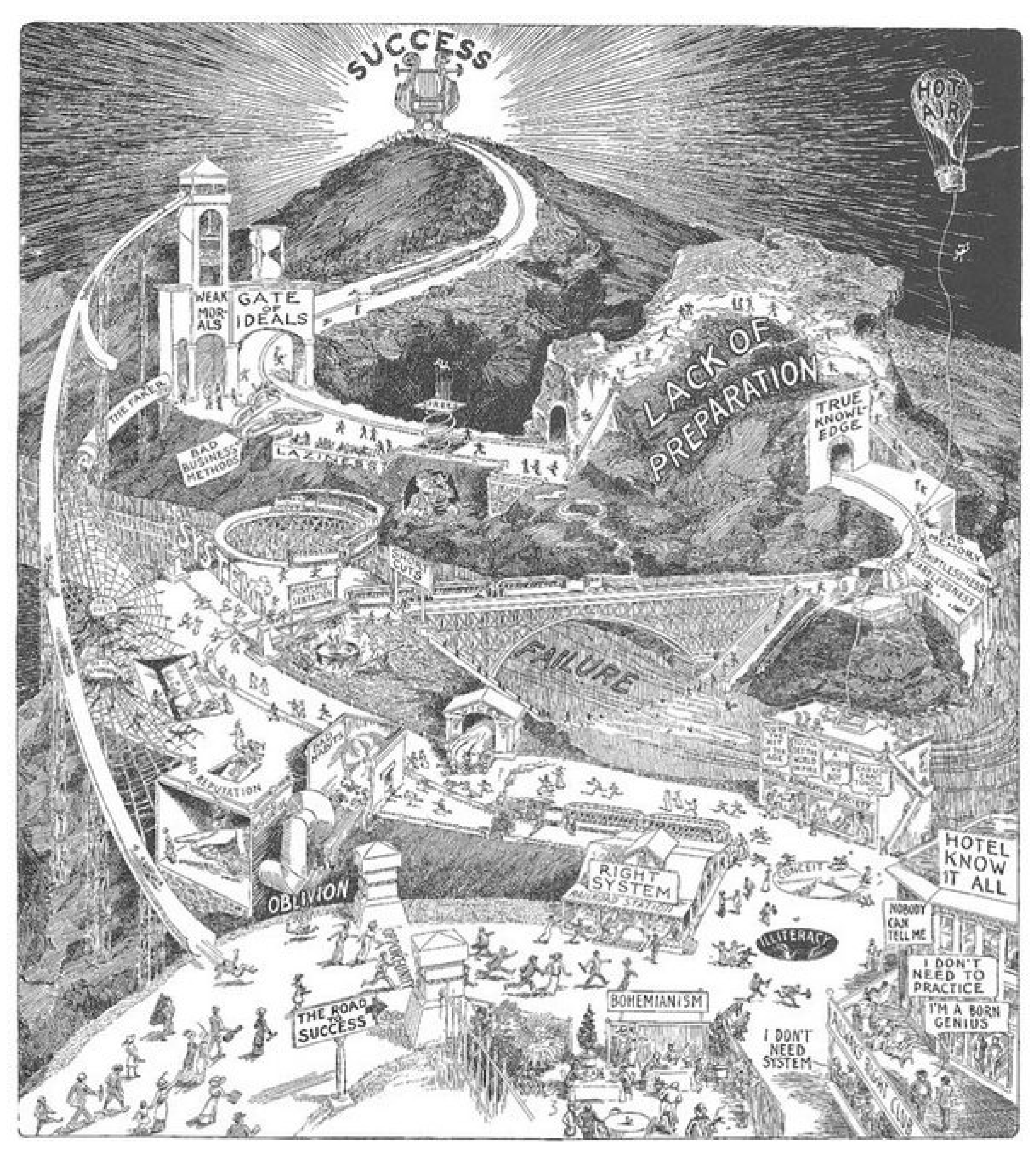
Sin embargo, cuando John Glenn se convirtió en el primer norteamericano en orbitar alrededor de la Tierra en 1962, miró sorprendido hacia abajo y comunicó a la estación de Bermudas: «Puedo ver todo el estado de Florida extendido como si fuera un mapa[39][40]». Pensemos en lo que eso supone en cuanto a la fidelidad de los mapas: al ver la imagen real por primera vez, lo primero que se le ocurrió a Glenn fue compararla con su representación en un mapa. Con aquella frase certificó que los mapas llevaban siglos ofreciendo una imagen básicamente *correcta* de Florida. Esto me hace pensar que es injusto calificar a los mapas de simples convenciones culturales. Es cierto, algunos de los datos concretos que damos por sentados pueden ser arbitrarios, —el ángulo de visión, líneas de puntos que representan carreteras, agua, etc.—, pero no así el hecho de que nosotros, como especie, dependamos enormemente de representaciones pictóricas de la superficie de nuestro mundo. Determinan nuestra forma de pensar. Si los mapas no existieran habría que inventarlos.

Esto se demuestra también en nuestra compulsión a darle a *todo* —no solamente a los datos espaciales— forma cartográfica. Durante siglos, los ilustradores han dibujado mapas alegóricos, los cuales combinan de forma esquizofrénica la belleza y el detalle de la ilustración clásica con la bobalicona sutileza de un programa infantil de los años ochenta[41]. En la década de 1700, era popular representar el romance como una carta de navegación: ¡cuidado con las Rocas de los Celos y los Bancos de la Perplejidad durante tu travesía rumbo a la Tierra del Matrimonio! Los navegantes

desgraciados acabarían abandonados en el Fuerte de los Solteros, en el golfo con el desafortunado nombre de Golfo del Amor Propio. La época de la ley seca nos ofrece mapas de la línea ferroviaria de la Templanza, en la cual la Gran Ruta hacia la Destrucción puede parecer divertida mientras avanzas resoplando a través de la Villa de los Cigarrillos o del Lago de la Botella de Ron, pero que enseguida se desvía hacia los estados de la Esclavitud, la Depravación y la Oscuridad. Una de las ilustraciones más populares de la década de 1910 fue «La Ruta del Éxito», la cual representaba un camino lleno de trampas a través de Malos Hábitos, Vicios y el Carrusel de la Presunción, y en la que solo el túnel del Conocimiento Verdadero permite atravesar la montaña de la Falta de Preparación y llegar a la Puerta de los Ideales (ver página siguiente).

Una historieta reciente de Matt Groening actualiza este mapa al siglo XXI. Ahora, el camino conduce a los aspirantes a través del prado del Desánimo Paterno y el Río de los Guiones no Vendidos, hasta la Casa de las Arrugas donde se encuentra la Torre de la Fama Efímera… el cual, por desgracia, va a parar directamente a un largo tobogán en el que se lee «Fracaso de Ventas del Segundo Disco, Novela, Obra o Película Seguido de una larguísima caída al Fondo* (*Adicción a las Drogas Opcional)».

¿Por qué este impulso a convertir cualquier faceta de la vida en un viaje cartografiable? ¡Diablos! ¿Por qué ver la propia vida como un viaje hacia el Paraíso, del mismo modo que la representaban siempre los mapas cristianos medievales? Esa metáfora no se encuentra en ningún lugar de la Biblia. (Bueno, eso no es exactamente cierto. Estoy seguro de que existen numerosos versículos que hablan de seguir el camino correcto y cosas así. Pero, por lo que yo sé, en ningún sitio Dios les dice a los hijos de Israel: «En verdad os digo que la vida es una carretera. Sí, tenéis que recorrerla aunque os lleve toda la noche»).



La ruta del éxito, el mapa alegórico más popular jamás dibujado. ¡Cuidado con la rampa de la Moral Distraída!

Durante mucho tiempo culpé a escritores como John Bunyan y Dante de esta alegórica forma de *cartacacoethes*. Desesperados por extraer un argumento de un tema lo más lóbrego y didáctico posible —las dificultades de llevar una vida merecedora de alcanzar el paraíso—, se enfrascaban en la narración de una búsqueda, un «peregrinaje», y los cartógrafos rápidamente siguieron su ejemplo[42]. Me pregunto cómo habría cambiado la historia si Bunyan o Dante hubieran optado por

representar la vida no como un viaje lineal a través de un territorio geográfico, sino como algo un poco más holístico, como por ejemplo una biblioteca o un bufé (¡*La comida del peregrino*!). ¿Cómo sería la civilización occidental en ese universo alternativo? ¿Valoraríamos cosas diferentes, nos fijaríamos objetivos diferentes, si la metáfora geográfica que rige nuestra cultura fuese sustituida por otra cosa —recetas en lugar de mapas y libros de cocina en lugar de atlas? ¿Los famosos superficiales seguirían diciendo a los entrevistadores que «ahora están en buena posición»? ¿O dirían cosas como «ahora estoy en el puesto de gofres, Oprah»? («¡Estás comiendo, chica!». El público aplaude respetuosamente).

Es posible, pero creo que seguiría habiendo personas como yo que verían todo a través del filtro de la geografía, por la forma espacial en que están conectados nuestros cerebros. El sentido del lugar es demasiado importante para nosotros. Cuando la gente habla de su experiencia con las noticias que han marcado su generación (el asesinato de Kennedy, la llegada del hombre a la Luna, el muro de Berlín, el 11 de septiembre), siempre las centran en dónde estaban cuando se enteraron. Yo estaba en la cocina, yo en el gimnasio, yo conduciendo hacia el trabajo. Para la explosión del *Challenger* no tiene ninguna relevancia que yo estuviera en la cafetería de mi escuela primaria cuando me enteré, pero de todas formas, así es como recuerdo aún el hecho y como se lo explico a los demás. Mencionar el lugar hace que nos sintamos conectados, situados en la historia. Y los mapas son una forma demasiado conveniente y tentadora para entender el lugar. En ellos hay una dualidad. Casi todos los mapas, ya sea el de un centro comercial, el de una ciudad, o el de un continente, nos mostrarán dos tipos de lugares: lugares en los que hemos estado y lugares en los que nunca hemos estado. Lo cercano y lo lejano coexisten en el mismo marco; nuestro mundo aparece indudablemente ligado a lo nuevo e inesperado. Con solo una mirada podemos conocer cuál es nuestro lugar en el universo, nuestro potencial para salir a ver cosas nuevas, y el camino de vuelta a casa.

Cuando mi familia se trasladó al extranjero en 1982 para que mi padre pudiese entrar a trabajar en un despacho de abogados coreano, echaba de menos mi arraigado hábitat del oeste del estado de Washington. En muchos sentidos, Corea del Sur era el polo opuesto de Seattle: calurosa en verano, seca en invierno, con cigarras crujientes bajo los pies en lugar de babosas viscosas. El aire de Seúl estaba tan contaminado que desarrollé una convincente tos de fumador a la tierna edad de ocho años. Antes del final de la Segunda Guerra Mundial, Corea había sido una colonia japonesa y la península había sido despojada de bosques para contribuir a la masiva expansión industrial y militar de Japón. Las ordenadas hileras de espinosos pinos replantadas asiduamente por el gobierno coreano parecían frías falsificaciones comparadas con los frondosos y majestuosos bosques del noroeste del Pacífico.

A pesar de todo, me encantaba, pero tenía la profunda sensación de que me

habían trasplantado; es difícil no sentirse como un extranjero en tierra extraña cuando eres el único niño norteamericano en un enorme complejo de apartamentos coreano. Los expatriados se crecen ante esta fuerte sensación de estar fuera de sitio, y ello les lleva a unirse en comunidades muy cerradas. Sin embargo, esto también los aísla de su tierra natal. Mi familia pasaba más o menos un mes de vacaciones cada verano en Estados Unidos, el tiempo suficiente para recordarnos lo que nos estábamos perdiendo, antes de tener que meternos llenos de nostalgia en un avión de vuelta a… ¿dónde? ¿A casa? Durante la década siguiente, cuando la gente me preguntaba de dónde era, respondía automáticamente «Seattle», a pesar de que nunca pasaba allí más de dos o tres semanas al año. Era antes de la explosión del *grunge* y nadie consideraba Seattle un sitio especialmente guay, así que no era una pose; simplemente no quería tener que dar explicaciones de por qué, a pesar de las apariencias, un niño blanco afirmaba ser coreano. La socióloga Ruth Hill Useem acuñó el término «niños de la tercera cultura» para referirse a los nómadas confundidos ante su nacionalidad como yo, porque, decía, fusionamos nuestra cultura natal con nuestra cultura de adopción, lo cual da como resultado una cultura totalmente nueva y mezclada[43]. Pero yo no me sentía necesariamente como un apátrida. Sabía dónde estaba mi hogar, solo que no vivía allí.

Nunca he pensado en ello hasta ahora, pero mi obsesión por los mapas coincidió casi exactamente con nuestro traslado al extranjero. La noticia de la mudanza no me traumatizó; simplemente me provocó una insaciable curiosidad. Aquel verano, cuando volvía en coche con mis padres de ver una película (por extraño que parezca estoy seguro de que se trataba de *Tod y Toby* de Disney), mi hermano y yo les acribillamos a preguntas sobre el inminente traslado: ¿En qué país íbamos a vivir? ¿En qué ciudad? ¿Había *dos* Coreas? ¿Íbamos a la del norte o a la del sur? Atravesar un océano hacía que me sintiera como un explorador; quería mapas que me explicasen aquel mundo que de repente se había hecho más grande. Compré mi primer atlas en la única librería inglesa de Seúl a los pocos meses de llegar. Pero también sé que pasé igual de tiempo mirando mapas de Estados Unidos, mirando hacia atrás. Los mapas se convirtieron en una forma de conectar de nuevo con el país que había dejado atrás. Y no solo con el noroeste del Pacífico, sino con todo el país, incluso con lugares que no había visto nunca. Me indignaba que un atlas infantil que me habían regalado solo mostrase tres ciudades de todo el estado de Delaware (todavía puedo nombrarlas: Wilmington, Dover y Newark).

Cuando por fin cayó en mis manos un mapa de carreteras de Estados Unidos de la editorial Rand McNally, disfruté muchísimo con sus detalles, planeando viajes imaginarios por lo que parecían autopistas, a diferencia de los barrios urbanos angostos y ruidosos donde nos encontrábamos. Recitaba los nombres de las minúsculas ciudades de Delaware como si se tratase de los nombres más exóticos imaginables: Milford, Laurel, Harrington, Lewes[44]. Para mí, al otro lado del mundo, eran exóticos. Avancemos dos décadas. Mindy y yo estábamos viviendo felizmente

asentados en Salt Lake City, pero de repente me encontré trabajando desde casa y nos dimos cuenta de que, como resultado de ello, en realidad podíamos vivir en cualquier sitio que nos gustase. ¿Nueva York? ¿Europa? ¿Adónde irías si pudieras ir a cualquier lugar? Habíamos visitado Seattle un par de veces y, astutamente, yo siempre había organizado las visitas en época de verano, cuando a Seattle le gusta engañar a los forasteros y deja de lloviznar durante tres semanas al mes. A Mindy le encantó: no estaba «marcada» por el noroeste del Pacífico como yo, pero empezaba a calar en su interior. Propuse hacer un viaje a Washington y Oregón para ver qué nos parecería mudarnos allí. Era mayo y todo —incluso el aparcamiento del hotel en el que nos alojábamos— olía a lluvia y a cedros. Nueve días más tarde hicimos una oferta para comprar una casa en las afueras de Seattle, en la que seguimos viviendo felices hoy en día.

«El arraigo», escribió Simone Weil, «es tal vez la más importante y menos reconocida necesidad del alma humana[45]». Tuvieron que pasar veinticinco años —más tiempo que la pardela de la isla de Man, e incluso que la tortuga boba marina—, pero finalmente encontré el camino de vuelta a casa.

Capítulo 3

FALLA

falla. f. *Geol*. Quiebra que los movimientos geológicos han producido en un terreno.

¡Por el pueblo de Bolivia![46]

RONALD REAGAN, brindando en Brasilia en 1982.

El primer día del semestre de primavera de 1983 en la Universidad de Miami, el profesor asociado David Helgren se sacó de la manga un test en su clase introductoria de geografía[47]. Entregó a cada uno de sus 128 alumnos, en su mayoría estudiantes de negocios y humanidades, un mapamundi en blanco. Tenían que señalar la ubicación de treinta lugares distintos, los cuales iban desde los más obvios (Miami, Londres, el sur del Pacífico) hasta los que en aquel momento merecían el interés de la prensa (la URSS, las islas Malvinas), pasando por otros ligeramente más exóticos (Nueva Guinea, El Cairo). No era necesario que los alumnos escribieran su nombre en el papel, pero se les pidió que intentaran hacerlo lo mejor posible.

El doctor Helgren, que tenía cinco años de experiencia explicando geografía a alumnos de primero, no esperaba que los estudiantes le apabullasen con sus grandes conocimientos de geografía mundial. Por regla general, los profesores de geografía son bastante cínicos por lo que respecta al dominio de la geografía de la gente. ¿Cuándo ibas al colegio suponías que tus maestros chismorreaban sobre tu ineptitud en salas de profesores llenas de humo? Pues bien, probablemente tenías razón. Si los resultados eran lamentables, al menos el departamento podría utilizarlos para solicitar un aumento de los fondos universitarios para la enseñanza de la geografía. Helgren podía realizar un examen parecido al final del semestre para evaluar su mejora. Al fin y al cabo se estaba planteando concederle una plaza de titular pronto.

Sin embargo, cuando salieron los resultados, incluso Helgren se sintió un tanto escandalizado. Pensaba que había sido bastante indulgente al calificar los mapas, pero aun así, más de la mitad de sus alumnos no había podido ubicar Chicago. O Islandia, o Quebec, o la selva tropical amazónica. Menos de uno de cada tres sabía dónde estaban Moscú y Sidney. ¡Incluso once de sus estudiantes de Miami se habían equivocado al situar Miami! Es difícil imaginar una pregunta más fácil en un test de este tipo que la ciudad en la que viven todos los estudiantes, a menos que añadas otras dos —«tu culo» y «un agujero en el suelo»— y des por buenas todas las respuestas que no los sitúen exactamente en el mismo sitio. Helgren envió los deprimentes resultados al decano y a otras personas del campus, pero no obtuvo respuesta. Dio por hecho que allí acababa la historia.

Un mes más tarde, el periódico de los estudiantes publicó un pequeño artículo

sobre el test, la primera ficha de dominó de la increíble cadena de acontecimientos que cambiaría por completo la vida de Helgren. Los dos periódicos locales de Miami se hicieron eco de la historia aparecida en *The Miami Hurricane* y enviaron reporteros a entrevistar a Helgren. Este, viendo que aquello era una oportunidad para hablar bien de su asignatura, se explayó ante los dos periodistas denunciando los problemas generalizados de la enseñanza de la geografía en Estados Unidos. El día siguiente era 14 de febrero, día de San Valentín. Se armó la gorda.

«Era un día sin noticias destacables», recuerda David Helgren. «Era martes. ¿Nunca te has fijado en que los martes no hay noticias?».

Décadas después de su escarceo con la fama, he seguido la pista a Helgren hasta su casa de Salinas, California, situada sobre un risco desde el que se divisan kilómetros de campos de fresas y lechugas. Basta entrar en su casa para adivinar su especialidad académica: los desiertos africanos y la arqueología, pues está llena de cuernos de antílope y máscaras tribales. («Mi mujer es afrikáner», dice, y yo me pregunto por un instante si, en su lugar, sería capaz de resistir la tentación de decirle a la gente: «Mi mujer es bóer»). Sobre la mesa del salón en el que hablamos cuelga una piel de cebra.

Ahora, a los sesenta y dos años, Helgren es un hombre grande, con penetrantes ojos azules y barba blanca, y acaricia a su gato pensativamente mientras habla, como el villano de una película de James Bond.

«Así que en cuanto me levanté aquella mañana empecé a recibir llamadas. Los periódicos de Londres me estaban telefoneando antes de las siete, porque están en una zona horaria diferente. ¡No sabía qué diablos estaba pasando! Ningún periódico me había entrevistado en mi vida. Yo era un profesor universitario que llevaba una vida recluida».

Al parecer, *The Miami Herald* había titulado su artículo «¿Dónde está Londres? El 42% de los estudiantes de la UM preguntados no lo sabe». Cuando ese titular salió a la luz, los periódicos británicos se abalanzaron sobre la noticia, la cual se fue extendiendo también por Estados Unidos a medida que el sol avanzaba hacia el oeste. Al poco rato, todas las emisoras nacionales querían una entrevista. Los encargados de las relaciones con los medios de comunicación de la universidad, sobrepasados por la situación, llamaron a Helgren presa del pánico. «Me dijeron: “¡Ve a tu despacho e intenta parecer respetable!”. Así que pusieron delante de mí un globo terráqueo y colgaron un mapa en la pared. Me puse una corbata, cosa que no suelo hacer». Se pasó todo el día aleccionando seriamente a los equipos de los informativos de televisión sobre la importancia de la geografía. Dio la casualidad de que el equipo de cámara de la filial de la NBC en Miami formaba parte de un equipo de informativos internacional que estaba de permiso tras cubrir información sobre la contra en Nicaragua.

Fueron muy espabilados. Tras obtener las declaraciones de Helgren se apresuraron a acudir a la gigantesca piscina situada en el corazón del campus de la Universidad de Miami y empezaron a preguntar a atractivos jóvenes en bañador dónde estaba Chicago. Mientras la cámara rodaba, un despreocupado pero musculoso joven les dijo: «Bueno, no sé dónde está, pero lo puedo buscar». ¡Oro periodístico!

A Helgren lo metieron en un avión con destino a Nueva York —*Good Morning America* había decidido hacer un especial sobre el analfabetismo en materia de geografía—. Mientras volaba, las tres cadenas de Miami estaban emitiendo la noticia, y prácticamente todos los periódicos del mundo en lengua inglesa preparaban un artículo o una regañina en forma de editorial sobre la «crisis». Johnny Carson hacía chistes sobre mapas en sus monólogos. A la mañana siguiente, Helgren era la noticia más importante de la que disponía *Good Morning America*, así que se le asignó el momento de más audiencia de la mañana: las ocho y diez. Exactamente a la misma hora, el programa *Today* emitía fragmentos de la entrevista de la NBC de la noche anterior. Fuese cual fuese el canal que estuvieran sintonizando los norteamericanos, estaban viendo a David Helgren[48].

Tras mostrar el fragmento del guaperas tontorrón bronceado que confesaba no saber dónde estaba Chicago, Bryant Gumbel del programa *Today* señaló mirando a la cámara: «Bien, ya saben, allá abajo algunos la llaman “Universidad del Bronceado”».

¡Glups! Cuando Helgren regresó a Miami, los residentes tenían preparadas las antorchas y los tridentes. Su mujer recibió llamadas anónimas amenazantes en el teléfono de casa. «¡Mi hija no es boba!», bramó una madre. «¡Voy a hacer que le despidan!». El rector calificó el incidente de «muy desafortunado», y un grupo de estudiantes de derecho amenazaron con demandar a Helgren, a la universidad, e incluso a Bryant Gumbel por la pérdida de ingresos futuros que indudablemente acabarían sufriendo. («¿Por qué no te hicieron socio el año pasado, Bob? Por lo de siempre, ya sabes. Bryant Gumbel»). El personal de relaciones públicas del campus había estado aquel año trabajando para dar una nueva imagen de Miami, preocupada desde hacía tiempo por su reputación como universidad de juergas, y presentarla como «una universidad global en una ciudad global», así que el circo mediático apareció en el peor momento posible. Un periodista ofendido llegó a comparar *el caso Helgren* con el famoso caso acaecido una década antes en el cual un investigador de Miami secuestró a una joven a punta de pistola y luego la enterró en una caja de fibra de vidrio en la Georgia rural[49].

«Estaba jodido, tanto en la institución como en la ciudad», me dice Helgren. Han pasado veinticinco años, pero sigue pareciendo completamente apabullado al describir su involuntario suicidio académico, provocado por unos cuantos estudiantes ineptos y un día sin noticias. «En cualquier otro campus, aquello no habría sido un problema. Esa es la peculiaridad de Miami. Es la parada de los monstruos de la cultura norteamericana».

A pesar de que a Helgren se le había concedido una beca de un cuarto de millón

de dólares para realizar sus investigaciones —«más de lo que nadie había obtenido jamás en toda la universidad», dice— y aspiraba a un ascenso, al año siguiente se enteró de que perdería su empleo en mayo. Un colega que había salido en su defensa en los medios de comunicación, Jim Curtis, fue despedido un mes más tarde. La universidad negó que todo el jaleo de la ignorancia de los mapas tuviera que ver con sus despidos. Como premio de consolación, al menos la historia de Helgren permitió que el *National Enquirer* publicara un bonito y riguroso artículo sobre el analfabetismo geográfico. Apareció justo entre un artículo sobre una mujer turca cuya mano izquierda pesaba 18 kilos y una entrevista con un experto que afirmaba que el 20% de los perros y gatos de Estados Unidos son alienígenas venidos del espacio.

David Helgren no fue el primero en descubrir que mucha gente es malísima en geografía, desde luego. De hecho, la ignorancia geográfica está tan arraigada en nuestra cultura que se ha convertido en un recurso fácil de la comedia a la hora de parodiar a un mastuerzo, igual que se muestra a un personaje vestido con un barril sostenido por tirantes para representar la pobreza. En *Los caballeros las prefieren rubias*, Marilyn Monroe insistía en que quería visitar «Europa, en Francia»; cincuenta años más tarde, Sacha Baron Cohen utilizó exactamente el mismo chiste en *Da Ali G Show*, irritando al guía turístico de la ONU al quejarse de que África no fuese miembro de las Naciones Unidas. Joey, de *Friends*, pensaba que los Países Bajos era donde vivía Peter Pan, y en una ocasión Bart Simpson se sorprende al descubrir en el globo terráqueo de su hermana Lisa un extenso país situado en el hemisferio sur llamado «Rand McNally».

Las burlas a los zoquetes cartográficos se remontan siglos atrás. Podría pensarse que, en la provinciana época de 1600, *todo el mundo* estaría un poco pez en geografía, pero ello no impidió que el educador francés Denis Martineau du Plessis llenase el prólogo de su libro *Nouvelle Géographie*, escrito en 1700, de historias de incultura cartográfica propias de Joey Tribbiani[50]. Cuenta la historia (probablemente apócrifa) del embajador inglés en Roma al cual, en 1343, le llegaron rumores de que el Papa había regalado las «islas afortunadas» (así era como se conocía en aquel entonces a las islas Canarias) al conde de Clermont. Dando por sentado que las únicas islas *verdaderamente* afortunadas eran las islas Británicas, el indignado embajador se apresuró a ir a Londres para decirle al rey que un conde francés iba a apropiarse de Inglaterra. Reírse de los ingleses era un pasatiempo popular en Francia, tanto antes como ahora, pero Du Plessis también se mofa de sus compatriotas y cita a mandatarios franceses que se preguntaban qué río cruzaba el Pont Euxin («Pont Euxin» era el antiguo nombre con el que se conocía el mar Negro, no un puente) y daban por hecho que los moros procedían de Morea (otro nombre del Peloponeso, en Grecia[51]).

Obviamente, este tipo de bromas no habrían sido nunca metáforas cómicas si no hubiera en ellas algo de verdad. Los funcionarios auténticos del gobierno, y no solo los embajadores apócrifos de la época del Renacimiento, cometen pifias geográficas

constantemente. En su autobiografía, Henry Kissinger cuenta la historia de la visita de cortesía del primer ministro de Mauricio a Washington en 1970[52]. Por alguna razón, el confundido Departamento de Estado informó al presidente de que iba a reunirse no con el líder de Mauricio, una minúscula isla tropical del océano Índico, sino con el de Mauritania, una extensa nación del Sáhara que había roto recientemente relaciones diplomáticas con Estados Unidos. Esta inverosímil situación propia de *I love Lucy* dio pie, como era de esperar, a un enredo cómico: ¡el presidente Richard Nixon inició la conversación sugiriendo que el primer ministro *de un valioso aliado de América* restableciese relaciones diplomáticas con Estados Unidos! Así, dijo, podría ofrecerle sus conocimientos y experiencia en agricultura de secano. El desconcertado mauriciano, que procedía de una exuberante nación selvática, no tenía demasiado interés en la agricultura de secano, así que intentó cambiar de tema y le preguntó a Nixon acerca de una estación de seguimiento espacial estadounidense en su país. Nixon, perplejo, garabateó algo en un cuaderno y se lo entregó a Kissinger. La nota decía: «¿Por qué diablos tenemos una estación de seguimiento espacial en un país con el que no tenemos relaciones diplomáticas?».

Durante la carrera electoral de las elecciones presidenciales de 2008, ambas campañas incurrieron en errores geográficos infantiles que podrían haber salido de la pluma de cualquier escritorcillo de comedias de situación. En un mitin en Beaverton, Oregón, Barack Obama dijo a la audiencia: «Durante los últimos quince meses, hemos viajado hasta el último rincón de Estados Unidos. He estado en cincuenta y siete estados. Solo me falta uno[53]». (Al parecer, estaba evocando el episodio de *Friends* en el que Joey se autoproclama ganador en el juego organizado por Chandler consistente en nombrar todos los estados, logrando una puntuación de 56). Más adelante, John McCain, al ser preguntado por un entrevistador de una emisora de radio española si invitaría al presidente de España José Luis Rodríguez Zapatero a la Casa Blanca, se mostró dispuesto, haciendo hincapié en «la importancia de nuestras relaciones con América Latina[54]». (¡Eh, igual que en el episodio de *Arrested Development* en el que Gob cree que su hermano ha huido a «Portugal, allá en Sudamérica»!). Por no hablar del informativo de la Fox en el que se reveló que Sarah Palin creía que África era un país y no un continente[55]. Ya ves, es una Ali G de carne y hueso, solo que —¡un respeto!— con unas gafas más elegantes. En las escasas ocasiones en que un político muestra dominio de la geografía, se le trata como a un bicho raro. Una de las habilidades favoritas de Al Franken que le gusta exhibir en las fiestas ha sido siempre dibujar a mano alzada un mapa casi perfecto de Estados Unidos, destreza que ha utilizado durante la cobertura de las elecciones para el «Informe del fin de semana» de *Saturday Night Live* y en *Comedy Central* causando gran sensación[56]. En 1987, dejó asombrada a la audiencia de Letterman dibujando rápidamente con rotulador uno de sus mapas en menos de dos minutos. Cuando el antiguo humorista fue elegido senador en 2008, lo que antes era un truco tonto pasó a considerarse una patriótica muestra de amor hacia la cultura americana y

se convirtió en una parte central de los actos de campaña y de la captación de fondos. Sin embargo, sigue provocando el mismo efecto en el público: gritos ahogados de asombro ante el hecho de que un senador de Estados Unidos *sea capaz de saber cómo es Estados Unidos*[57].

¡Queda demostrado que la ignorancia en materia de geografía es un grave problema social cuando hasta a las candidatas a Miss USA Adolescente se las acribilla a preguntas sobre el tema! En 2007, a Caite Upton, de Carolina del Sur, le preguntaron: «Encuestas recientes revelan que una quinta parte de los estadounidenses no sabe situar Estados Unidos en un mapamundi. ¿A qué crees que se debe esto?». Upton acabó en cuarto lugar en el concurso de belleza, pero su respuesta la convirtió de la noche a la mañana en una celebridad mundial.

«Personalmente creo», respondió con absoluta seguridad, «que los americanos de Estados Unidos son incapaces de hacer esto porque… eeeh, algunas personas fuera de nuestra nación no tienen mapas y, eeeh, yo creo que nuestra educación, como en Sudáfrica e Irak y en todas partes, como así como… y creo que deberían… Nuestra educación… aquí en Estados Unidos debería ayudar a Estados Unidos, o debería ayudar a Sudáfrica, y debería ayudar a Irak y a los países asiáticos, de manera que seamos capaces de construir nuestro futuro, para nuestros hijos[58]».

En el muy visitado vídeo de YouTube, hasta al presentador Mario López le cuesta evitar una sonrisa burlona ante el gratuito «para nuestros hijos» encajado a la fuerza al final, mientras aparta compasivamente el micrófono.

Pero los educadores también están preocupados, y llevan así un tiempo. En 1857, Andrew Dickson White, que sería cofundador de la Universidad de Cornell, fue encargado de evaluar el nivel de geografía de los estudiantes de segundo de la Universidad de Michigan. Michigan estaba muy orgullosa del programa de geografía de sus institutos públicos, pero White escribió que «en la inmensa mayoría de mis alumnos no había rastro de verdadero conocimiento de geografía física, y muy poco de geografía política[59]». White pidió a sus alumnos que tirasen las listas para aprender de memoria nombres topográficos y consultasen atlas, cosa que hicieron con gran éxito. Durante la Segunda Guerra Mundial, un profesor de Harvard llamado Howard Wilson apareció en *The New York Times*, insistiendo en que los elevados conocimientos geográficos de los alemanes proporcionaron a los nazis ventaja sobre Estados Unidos. «No se puede contar con analfabetos geográficos para alertar a la opinión pública sobre los factores geográficos, tanto en tiempos de guerra como de paz[60]», declaró indignado. Dicho de otro modo, ¡si no estudias los mapas lo suficiente, estás estudiando para Hitler! Hojeando números atrasados de *The Journal of Geography*, una revista educativa, encuentro habitualmente una serie de artículos que se lamentan del penoso estado de los conocimientos de geografía. A David Helgren no le habrían sorprendido sus descubrimientos si hubiera leído un estudio realizado en 1950 por un profesor de Oregón llamado Kenneth Williams, el cual sometió a sus alumnos de primero a la prueba del mapa en blanco con resultados

parecidos: menos de la mitad de los estudiantes pudieron situar Wisconsin en un mapa de Estados Unidos, y tan solo una tercera parte pudo localizar New Hampshire[61]. En una escuela, el 15% se equivocó al situar su propio estado.

Lo destacable de estas historias es la sorpresa que muestran siempre los periodistas y educadores ante la ineptitud de los niños. Esta manida noticia de un perro que muerde a un hombre sigue situándose en primera plana, incluso después de un siglo de desgaste. ¿Por qué? Hasta cierto punto, ¿no sería noticia únicamente que los niños empezaran de repente a responder *correctamente* las pruebas con mapas?

Parte de la culpa puede atribuirse a la tendencia, tanto en el mundo académico como en los medios de comunicación, a hacer que los lectores se sientan atraídos por sucesos nada sorprendentes a base de concederles una importancia desmesurada. Además, los periodistas suelen estar «en el ajo» como los profesores de geografía en cuanto a conocimientos cartográficos, puesto que periodismo es una de las pocas carreras en las que todavía se tiene en cuenta y se valora el conocimiento del mundo[62]. Y dado que el periodismo y el mundo académico son mundos un tanto aislados y privados, los artículos son escritos por personas que *están* verdaderamente sorprendidas de que un estudiante universitario no pueda encontrar Kenia o Chile en un mapa; ¡en sus atípicas burbujas de conocimiento geográfico, *todo el mundo* se luciría en el test! Algunas personas con obsesiones raras son plenamente conscientes de que sus conocimientos los hacen diferentes (por ejemplo, mi amor infantil por los mapas). Sin embargo, otras asumen alegremente que todo el mundo comparte su fanatismo, como probablemente sabrá quien haya tenido alguna vez un compañero de habitación en la universidad cuyo grupo preferido era Rush.

Es fácil ver por qué esas historias son también populares entre los lectores —hacen que nos sintamos mejor—. Los periodistas seleccionan cuidadosamente los estudios en busca de puntos que hagan parecer a los sujetos lo más tontos posible. Tres cuartas partes de los alumnos de David Helgren sabían dónde estaban las Malvinas, pero eso no es ningún escándalo. De hecho, parece bastante razonable. En cambio, lo que se mencionó en el titular fue la mitad de los estudiantes que no supo encontrar Londres. Dichos estudios habitualmente plantean al menos una tarea aparentemente fácil, como ubicar Canadá o el océano Pacífico, que una pequeña minoría no logrará realizar correctamente a pesar de todo. Incluso aunque solo el 10% conteste de manera incorrecta, ello ocupará una parte muy importante del artículo, el cual nos permitirá asombrarnos de que esos niños bobos puedan fallar una pregunta que nosotros sin duda habríamos acertado, independientemente del hecho de que la inmensa mayoría de los preguntados conociesen la respuesta. En una cultura en la que la ignorancia geográfica se utiliza como recurso cómico para expresar estupidez, nadie está dispuesto a admitir cierto desconocimiento sobre el tema.

Pero hay otra forma de explicar la infecciosa persistencia del mito de la incultura en materia geográfica, y es un poco más aleccionadora.

¿Y si esta historia se ha mantenido durante siglos porque cada generación ha visto

con sorpresa que los conocimientos geográficos de la generación venidera son *aún peores* que los suyos? Dicho de otro modo, ¿y si estamos empeorando constantemente?

No es difícil encontrar pruebas que apoyen esta idea pesimista. En la entrevista concedida al *Times* en 1942, Howard Wilson se lamentaba ante el hecho de que el norteamericano medio no «entendía la relevancia» de lugares como Dakar y el Cáucaso. Olvidemos la «relevancia»; dudo que muchos estadounidenses puedan decirte siquiera en qué continente se encuentran. Rick Bein, de la Universidad de Indiana, llevó a cabo recientemente una continuación a su estudio, quince años después de su investigación masiva sobre los conocimientos geográficos de los estudiantes de primero realizada en 1987[63]. Indiana había puesto mucho empeño en mejorar la enseñanza de la geografía durante ese intervalo, así que Bein esperaba un gran avance en los resultados. Sin embargo, los resultados empeoraron un 2%. En su mayoría, los estudiantes que supieron responder fueron aquellos que se habían desplazado muchas veces o habían viajado; los que habían asistido a clases de geografía no obtuvieron mejores resultados que los que no. Dicho de otro modo, las grandes iniciativas estatales no habían servido más que para maquillar la situación. Según recientes sondeos de National Geographic, uno de cada diez estudiantes universitarios estadounidenses no es capaz de encontrar California o Texas en un mapa, un índice diez veces peor que el reflejado en el estudio del doctor Williams en 1950[64].

Hay maneras obvias de explicar el continuo declive de los conocimientos geográficos. A los geógrafos les gusta culpar a la revolución de los programas docentes de los años sesenta y setenta, la cual sustituyó las clases específicas de historia y geografía de la escuela primaria por una insulsa amalgama denominada «estudios sociales». La adopción de los estudios sociales fue el resultado bienintencionado del personal académico de una amplia variedad de ciencias sociales con la esperanza de que los chicos descubriesen su campo preferido: la antropología, la economía, las ciencias políticas, etc. Sin embargo, un efecto secundario del nuevo programa fue que las clases dedicadas específicamente a la geografía desaparecieron prácticamente de los colegios del país. Estados Unidos es actualmente el único país del mundo desarrollado en el que un estudiante puede pasar de preescolar a los estudios de posgrado sin haber abierto nunca un libro de geografía.

De manera que los niños pasan menos horas lectivas con mapas que nunca. Esa brecha generacional se transforma en una enorme parte del problema: en nuestra memoria cultural, la geografía se convierte en aquella cosa que estudiaban nuestros padres o nuestros abuelos. La asociamos con polvorientos mapas desplegados en la pizarra, con lectores de Dick y Jane y con los simulacros de «duck and cover[65]». En la serie de televisión *Mad Men*, ambientada a principios de los años sesenta, el protagonista, Don Draper, muestra orgulloso un gran globo terráqueo no solo en la habitación de su casa, sino también en su despacho. Se trata de un hábil truco de

diseño de producción que indica inmediatamente a los espectadores de menos de treinta años: ¿veis lo antigua que es esta serie? *¡La gente aún tenía globos terráqueos!* Convencer a alguien hoy en día de que la geografía es un campo serio e importante, es un poco como obligarle a asistir a clases para aprender a reparar una máquina de escribir o un fonógrafo.

A los norteamericanos parece que, en concreto, la geografía se les hace cuesta arriba. En 2002, National Geographic realizó un sondeo entre personas en edad universitaria en nueve países diferentes, evaluando el conocimiento de nombres de países, geografía actual y habilidad para interpretar mapas[66]. Ningún país respondió a la perfección, pero los que obtuvieron la puntuación más alta —Suecia, Alemania e Italia— contestaron correctamente alrededor del 70% de las preguntas. Los estudiantes de Estados Unidos, con un lamentable 41%, quedaron en penúltimo lugar (¡gracias, México!). Dichos resultados son parecidos a los apreciados por los investigadores cuando comparan a los estudiantes estadounidenses con los del resto del mundo en otras materias, como matemáticas y ciencias, así que tal vez no sean más que un síntoma del bajo nivel de nuestro programa educativo en general. «La geografía es simplemente una manifestación más de que los norteamericanos no saben *nada*», dice David Helgren encogiéndose de hombros. «Odio decirlo».

Pero no es difícil imaginar que pueda haber algunas peculiaridades geográficas que hagan que los estadounidenses estén a la zaga en conocimiento global. Una es nuestro aislamiento —si sales de Francia y conduces diez horas hacia el este puede que llegues a cruzar cinco naciones diferentes. Si conduces hacia el este desde El Paso, Texas, diez horas después no habrás llegado ni siquiera a Houston. Los estadounidenses no sabemos demasiado de otras naciones porque nos resulta muy fácil fingir que no existen, igual que Rosencrantz dice que no cree en Inglaterra en la obra de Tom Stoppard *Rosencrantz y Guildenstern han muerto*. («¿Es una conspiración de los cartógrafos?», pregunta mordazmente su amigo Guildenstern)[67]. Si los estadounidenses queremos ir a la montaña, al desierto o a la playa, no tenemos que tomar un vuelo internacional: lo tenemos todo aquí mismo. Nuestro aislamiento no es solo un accidente geográfico; fue prácticamente una declaración de principios en el momento de su fundación. Las primeras personas que se asentaron aquí, lo hicieron para romper cualquier conexión con el resto del mundo, así que la forma de abordar la geografía de los estadounidenses ha sido siempre expandir nuestras fronteras, no estudiar las antiguas. La interconexión global del mundo moderno no nos resulta fácil de entender.

Estos factores internacionales también influyen en el declive. Durante gran parte del siglo XX, la amenaza comunista de la época de la Guerra Fría hizo que la geopolítica pareciera atractiva y urgente: los departamentos de las universidades no podían asumir el aluvión de candidatos, y los Peace Corps de Kennedy estaban formados en gran medida por estudiantes de geografía[68]. Muchas embajadas de Estados Unidos tenían incluso «agregados geográficos» entre su personal, cuyo

trabajo consistía en controlar los mapas locales[69]. La caída de la Unión Soviética destruyó de manera asombrosamente inesperada esta visión del mundo propia de un tablero de Risk, y, sorprendentemente, el aumento de las tensiones mundiales posterior a 2001 no ha suscitado un auge en el interés por la geografía. Arthur Jay Klinghoffer, profesor de ciencias políticas en la Universidad de Rutgers[70], sostiene que la geografía parece menos relevante que nunca en un mundo en el cual los actores no estatales —entidades maleables como los grupos étnicos, por ejemplo— son tan poderosos e importantes como los que tienen gobiernos y fronteras. ¿En qué lugar de un mapa puedes señalar a Al-Qaeda? ¿O Google, o Wal-Mart? En todas partes y en ninguna.

Otra de las razones del descenso de los conocimientos de geografía puede estar más cerca de casa. Los niños de hoy en día viven cada vez más en un mundo sin lugares, sin explorar personalmente lugares geográficos reales de ningún tipo. En lo que constituye una de las grandes ironías del pasado siglo, muchos estadounidenses se trasladaron de las ciudades superpobladas a los suburbios con el fin de «conectar de nuevo con la naturaleza», pero esos sueños de una vida rural libre de preocupaciones no se hicieron realidad; la proliferación de fríos suburbios modernos tiene muy poco de tranquilidad o de naturaleza. Hemos optado por formas de vida aisladas —aislados por el coche, por la televisión, por el iPod, por Internet o por el teléfono móvil— que nos separan de nuestro entorno, que consideran *cualquier* clase de desplazamiento o interacción con nuestro entorno como un mal necesario.

Y los niños se llevan la peor parte[71]. No es solo la tecnología la que les impide avanzar, sino también nosotros, sus bienintencionados padres. El 71% de nosotros íbamos al colegio andando o en bicicleta, cosa que hoy en día solo hace el 22% de nuestros hijos. El radio alrededor de casa dentro del cual se les permite jugar se ha estrechado hasta ser una novena parte del que era en 1970, pero, de todas formas, con sus vidas sobrecargadas de actividades, tampoco es que les dejemos mucho tiempo para explorar; entre 1981 y 2003, el tiempo libre de los niños se redujo nueve horas semanales. ¿Y por qué no les dejamos deambular por ahí? Los padres estadounidenses citan a menudo el «miedo a los desconocidos», ignorando al parecer que solo 115 niños norteamericanos son raptados por desconocidos cada año, lo que equivale a prácticamente uno entre un millón; no es algo que debería determinar una forma de vida. Con todo, el 82% de las madres estadounidenses alegan la preocupación por la seguridad como la razón que las lleva a prohibir a sus hijos salir de casa. Dear Abby instó recientemente a los padres a que hicieran una foto a sus hijos *cada mañana* antes de ir al colegio, de manera que dispusieran siempre de una foto actualizada al minuto en caso de secuestro. Eso no es ser padres protectores, es ser padres guardaespaldas.

Yo mismo soy parte del problema; este párrafo en concreto lo estoy escribiendo únicamente porque he sentado a mi hija frente al televisor para que vea *Yo Gabba Gabba!*, mientras que treinta años atrás mi madre probablemente me habría dicho

«Ve a jugar afuera». Sin embargo me preocupa lo que mis hijos se están perdiendo al vivir en este nuevo mundo apocado en el que los niños no pueden pasar un día de verano al aire libre construyendo fuertes y subiéndose a los árboles. Una madre de Columbus, Misisipi, saltó a los titulares en 2009 cuando la policía la acusó de poner en peligro a su hijo de diez años simplemente por permitirle recorrer 500 metros para asistir a un entrenamiento de fútbol[72]. Si dejar a tus hijos andar solos 15 minutos es un hecho delictivo, me pregunto cuántas cadenas perpetuas simultáneas estarían cumpliendo mis padres. Mis hermanos y yo corríamos por ahí libremente, incluso en Seúl, como si fuéramos los reyes de la ciudad, con ocho o nueve años. Conocíamos los atajos de los callejones, las rutas de autobús y metro, las tiendas locales que vendían los chicles más raros con sabor a crema de manos y los aperitivos de calamares, y los mejores lugares para parar un taxi bajo la lluvia.

A mi educación en Seúl le debo el sentimiento de pertenencia y de dominio propio de Batman y del que me siento orgulloso, que he experimentado en las muchas ciudades en que he vivido desde entonces.

Actualmente, estamos empezando a ver los efectos en la sociedad a medida que la primera generación de niños extremadamente sobreprotegidos alcanza la edad adulta. Sabemos que su estilo de vida sedentario ha provocado altos índices de obesidad y otros problemas de salud. Sabemos que son adictos a la tecnología y que emplean todo su tiempo libre —¡una media de nueve horas diarias!— mirando fijamente pequeñas pantallas brillantes. Sabemos que no son precisamente un modelo de autosuficiencia —de hecho, empresas como Merrill Lynch y Ernst & Young ofrecen información laboral a los padres de sus empleados adultos, ya que aquellos están cada vez más involucrados en las negociaciones a la hora de la contratación[73].

Sin embargo, la conciencia geográfica colectiva de esta generación está en peligro tanto como su independencia emocional o su índice de masa corporal. Los chicos recluidos de hoy en día sienten muy poca vinculación con la naturaleza y el paisaje. En 2002, un estudio reveló que los niños de ocho años podían identificar más variedades de Pokémon que de especies auténticas de su zona. Mientras tanto, la mayoría de las actividades al aire libre —acampada, pesca, excursiones, visitas a parques nacionales y bosques— se reducen constantemente alrededor de un 1% al año[74]. Según los guardas forestales y los encuestadores, la generación del *boom* de la natalidad sigue saliendo al exterior, pero no así sus hijos y nietos. Al no habérseles dado rienda suelta para explorar su entorno y encontrar el camino a casa, las respuestas de estos niños al hecho de tener que orientarse en el mundo real se sitúan en algún punto entre la incomodidad y el más absoluto terror. Un artículo publicado en *Harvard Magazine* sobre los alumnos de primero de 2009 relata la historia de una estudiante nueva que se aventuró en el metro de Boston y sufrió un ataque de pánico en un cruce del subterráneo[75]. Al no estar segura de si debía girar a la derecha o a la izquierda, llamó a —¿quién si no?— su padre que estaba en Chicago, el cual le dio la respuesta.

Y transmitirán su ineptitud a sus hijos. Un reciente estudio de la Universidad de Hertfordshire, en Inglaterra, reveló que las madres británicas actualmente se niegan a permitir que sus hijos exploren el campo porque ellas mismas se consideran negadas en geografía[76]. «Ninguna de las madres con las que hablé sabía leer un mapa», declaró el autor del estudio. «No sabían hacer rutas circulares o decidir por dónde es seguro ir en bicicleta». Si, tal como afirmaba Peirce Lewis, el amor a la Tierra es lo que aproxima a la gente a la geografía, entonces la materia está en peligro. Nos estamos convirtiendo en una sociedad, no de topófilos sino de topófobos. Pero tal vez la disciplina de la geografía estaría en peligro de todas formas.

Durante siglos fue considerada uno de los pilares de una buena educación liberal, tal como ilustra la famosa frase del filósofo Edmund Burke: «La geografía es una materia terrenal, pero una ciencia divina[77]». Ningún poema o historia «puede leerse con aprovechamiento… sin la ayuda y los conocimientos de esta noble ciencia», escribió entusiasmado Wye Saltonstall en el prólogo a su traducción inglesa del atlas de Mercator en 1653. Hoy, sin embargo, solo una de las mejores universidades de Estados Unidos según el *U. S. News & World Report* tiene un departamento de geografía. (La Universidad de Chicago dispone de un «comité» formado por ocho personas). Esta tendencia se remonta a 1948, cuando el rector de Harvard James Conant proclamó: «¡La geografía no es una materia universitaria!»[78] y suprimió el departamento. La mayoría de los campus siguieron su ejemplo al poco tiempo.

El declive de la geografía en el mundo académico es fácil de entender: vivimos en una época cada vez más especializada, y la geografía es una disciplina generalista. Imagínate al pobre geógrafo intentando explicarle a alguien en una fiesta universitaria (o incluso a un funcionario indiferente) qué estudia exactamente.

—Geografía en griego quiere decir «escribir sobre la tierra». Estudiamos la tierra.

—Vale, como los geólogos.

—Bueno, sí, pero a nosotros nos interesa todo el mundo, no solo las partes rocosas. Los geógrafos también estudiamos los océanos, los lagos, el ciclo del agua…

—Así que es como la oceanografía o la hidrología.

—Y la atmósfera.

—Meteorología, climatología…

—Abarca más que la geografía física. También nos interesa cómo se relacionan los humanos con su planeta.

—¿En qué se diferencia de la ecología o de las ciencias medioambientales?

—Bueno, las engloba. Engloba aspectos de ellas. Pero también estudiamos las vertientes sociales, económicas, culturales y geopolíticas de…

—Sociología, económicas, estudios culturales, ciencias políticas.

—Algunos geógrafos se especializan en diferentes regiones del mundo.

—Ah, vale, aquí también tenemos programas de estudios asiáticos, africanos y latinoamericanos. Pero no sabía que formaran parte del departamento de geografía.

—Es que no es así.

(Silencio).

—Entonces, ¿*qué* es lo que estudias?

Fin de la escena.

Resulta engañoso pensar en la geografía como una disciplina única. En realidad se trata de la asignatura más interdisciplinar de todas, ya que se compone de *todas las demás disciplinas* vistas desde un punto de vista espacial, a través de la lente del lugar. Lenguaje, historia, biología, salud pública, paleontología, planificación urbanística: hay geógrafos que estudian todas estas materias y los aspectos geográficos que se enseñan en todas ellas. En un sentido, la ubicuidad de la geografía es un argumento en favor de su importancia, pero es también precisamente lo que hace que sea tan difícil definírsela a los funcionarios y tan fácil para las universidades no destinar fondos a su enseñanza y repartirlos entre otros departamentos.

De hecho, la pequeña obra en un acto de antes probablemente es demasiado optimista. La auténtica conversación en la fiesta universitaria sería más o menos así:

—La verdad es que soy licenciado en geografía.

—¿Geografía? ¡Vaya! Yo soy malísimo con los mapas. En cambio, apuesto que *tú* te sabes todas las capitales de estado.

(Al geógrafo se le congela la sonrisa y su ojo izquierdo empieza a temblar descontroladamente).

Los mapas son una parte enormemente importante de la actual crisis de identidad de la geografía. Aún en el siglo XVIII, geografía y cartografía eran sinónimos, términos intercambiables para referirse a la misma ciencia. El mundo todavía estaba siendo cartografiado y explorado, y los geógrafos eran quienes trazaban los mapas. Pero entonces la geografía empezó a convertirse en una disciplina académica holística y de camino al simposio sucedió algo curioso: los mapas dejaron de ser la parte central.

Esto sucedió por muchas razones. La más evidente es que el mundo había sido cartografiado a conciencia; hacer mapas no suponía ya ningún reto. Como resultado de ello, los geógrafos empezaron a considerar a los cartógrafos simples técnicos, no científicos o eruditos. En segundo lugar, en cuanto se empezaron a utilizar herramientas digitales como los sistemas de información geográfica (GIS) para gestionar los datos espaciales, centrarse en los mapas parecía algo anticuado. Por último, ha habido una tendencia académica a insistir en la poca fidelidad de los mapas: su bagaje cultural, su selectividad, los programas que los impulsaban. «Todos los mapas distorsionan la realidad[79]» es el lema que rige la obra clásica de Mark Monmonier, escrita en 1991, *How to Lie with Maps (Cómo mentir con los mapas).* Son artefactos que hay que deconstruir, como los textos literarios. Ya no está de moda considerarlos los cimientos autorizados de una ciencia.

Sin mapas nos perdemos, y algunas personas han afirmado que eso es exactamente lo que le ha pasado a la geografía académica en su nueva y menos cartográfica encarnación. «Esta es la principal publicación de la geografía académica

norteamericana», dice David Helgren, lanzándome el último número de *Annals of the Association of American Geographers*, que se encuentra sobre la mesa de su sala de estar, «y es aburrida. Es terrible. Si miras los títulos te entran ganas de dormir».

La hojeo. Me considero un tipo razonablemente culto y un grandísimo aficionado a la geografía. No obstante, la verdad es que no puedo mostrar demasiado entusiasmo por «Manifestaciones gráficas cognitivas perceptivamente destacables para lograr una eficaz conclusión espacial» o «Enfoque descendente del paradigma del factor estatal para su aplicación al análisis a macroescala del suelo». O incluso «Espacios prioritarios: La geografía de la construcción de viviendas soviéticas en Daugavpils, Letonia». ¿Por dónde empezar con tanto para elegir?

«¿Lo ves? Ni siquiera puedes leerlo. Inventan palabras nuevas a medida que escriben. Pero es el máximo exponente de la geografía académica. Estoy orgulloso de decir que he publicado en ella en dos ocasiones, lo que me convierte en cierto modo en una estrella. Sin embargo, nunca he sido un buen miembro de esa cultura. En vez de *Annals*, los llamo “anales” (de ano). Siempre he mantenido una actitud negativa hacia algunos de estos rollos, porque no hacían mejorar el mundo. Ni siquiera lo hacían más interesante».

Los lectores profanos tienden a sentirse aturdidos por la prosa académica en muchas materias, desde luego, pero la geografía tiene un problema de imagen adicional: la gente acude a ella porque espera aprender algo de mapas. Cuando unos padres te dicen que a su hija le gusta la geografía, lo que quieren decir es que «le gusta mucho mirar mapas», no que «sorprendentemente, muestra curiosidad por la construcción de viviendas en la Letonia de la época soviética». Cuando el presentador de un programa informativo explica que los niños de Estados Unidos fracasan en geografía, significa únicamente que no han sabido relacionar nombres de lugares con su situación en un mapa. Cuando David Helgren cuenta en la edición de julio de 1983 del *Journal of Geography* todo el circo mediático en que se vio envuelto, se cuida mucho de no llamar nunca a su prueba test de geografía: es un «test de topónimos». Nunca emplea la frase «analfabetismo geográfico», sino que prefiere hablar de «ignorancia toponímica».

Obviamente, se trataba de algo intencionado; a los geógrafos no les gusta que su campo de estudio se vea reducido a una lista de hechos que los niños puedan llegar a dominar. «Si te dijera que soy profesor de literatura no me preguntarías si sé deletrear», dice Doug Oetter, profesor de geografía en la Georgia College & State University. «Sin embargo, la gente se entera de que enseño geografía y me pregunta: “¿Cuál es la capital de Texas?”».

Se trata de una preocupación comprensible y, francamente, motivada por un siglo de enseñanza bastante lamentable de la geografía. Durante muchos años, cuando a los colegiales se les hacía estudiar geografía, estos se limitaban a memorizar largas listas de nombres: los cincuenta estados en orden alfabético, las montañas más altas del mundo. «Pensando en enseñarle la descripción de la Tierra solo se le enseña a

conocer mapas[80]», escribió el filósofo francés Jean-Jacques Rousseau en su novela *Emilio*. «Se le enseñan nombres de ciudades, de países, de ríos, que no concibe que existan en otra parte más que sobre el papel en que se le muestran. Recuerdo haber visto en alguna parte una geografía que comenzaba así: "¿Qué es el mundo? Es un globo de cartón". Esta es precisamente la geografía de los niños». ¿Quién no querría rebelarse contra eso e insistir en que la geografía debería ser algo más? Todavía en 2002, el estudio realizado por Rick Bein en Indiana reflejó que los estudiantes eran mejores identificando nombres de lugares que en lo tocante a habilidades básicas con los mapas. En términos lingüísticos, seguimos enseñándoles las palabras, pero no la gramática, para luego sorprendernos de que no sepan hablar el idioma.

Pero me pregunto si los geógrafos no habrán provocado en parte su marginación al rechazar los mapas —la única cosa que los legos en la materia saben de su disciplina— tan de plano. Un programa universitario de literatura no podría lograr respeto (o estudiantes, o financiación) si la actitud reinante hacia los libros fuera «Oh, ¿esas cosas viejas? Ya no las miramos». Peirce Lewis advirtió en 1985 de que los geógrafos desdeñaban el amor del público por los mapas y paisajes en perjuicio propio: «No conozco ninguna otra ciencia merecedora de tal nombre que denigre sus datos fundamentales denominándolos "simple descripción[81]"», dijo. Muchos geógrafos del mundo académico se dedicaron a su profesión a causa del amor por los mapas de su niñez; ahora deberían recuperarlo, aunque solo sea como droga iniciática. Una vez un estudiante está examinando un mapa, puedes profundizar en cómo la geografía *explica* dicho mapa: por qué esa ciudad está en ese río, por qué ese cañón es más profundo que ese otro, por qué la lengua que se habla aquí está relacionada con la que se habla allá; incluso tal vez, por qué esta nación es rica y esa otra es pobre. La cobertura mediática del analfabetismo en materia geográfica tiende a considerar dogma de fe que el hecho de que los colegiales no puedan localizar Canadá es un signo bíblico del Apocalipsis. En medio de toda la palabrería hay una pregunta que nunca se plantea: ¿podría tener razón el cachas de Miami? ¿Importa realmente que alguien que probablemente no irá nunca a Siberia no la pueda encontrar en un mapa? Al fin y al cabo, si realmente lo necesitas saber, siempre lo puedes buscar, ¿no?

Bueno, aquí hay un problema evidente: la gente *puede* buscarlo, pero eso no significa necesariamente que lo haga. Vivimos en un mundo cada vez más interconectado en el que los acontecimientos del otro lado del océano nos afectan en nuestras vidas cotidianas de innumerables maneras. El desplome de la economía griega puede afectar a mi plan de pensiones y retrasar mi jubilación. Una célula talibán de Pakistán puede afectar a mi seguridad personal mientras camino por Times Square. Un volcán en Islandia puede afectar a mis planes de volar a París durante las vacaciones de primavera. No se trata de hipótesis ficticias utilizadas en las clases de teoría del caos, como la de la maldita mariposa de China que siempre está moviendo un ala y provocando un huracán en la costa del golfo de México. Son concretas y

directas. Un día cualquiera, podemos oír una docena de acontecimientos de este tipo, cada uno de ellos vinculado al nombre de un lugar. Si sé dónde se encuentran esos lugares, puedo sintetizar y recordar los eventos que están teniendo lugar allí. Sin embargo, si no sé dónde están, se convierten en simples nombres que me resbalan. Irak es un sitio que está por ahí. Afganistán, lo mismo. ¿Están cerca el uno del otro? ¿Lejos? ¿Quién sabe?

En el pasado, la gente lo habría sabido. Durante la breve guerra de Crimea, el pueblo británico tenía un apetito insaciable de mapas de la zona y los compraba «hasta que cada aldea y sendero de aquel semidesértico y poco importante rincón del mundo nos resultaron tan conocidos como si se tratase de un condado inglés[82]», recordaba un escritor en 1863. La guerra de Secesión norteamericana también hizo que se vendieran innumerables mapas tanto en el Norte como en el Sur, y durante sus famosas charlas radiofónicas, Franklin D. Roosevelt instaba a menudo a los oyentes a que le siguieran en sus casas con sus mapas mundiales mientras describía acontecimientos en ambos frentes de la Segunda Guerra Mundial.

Esto no sucede con las lejanas guerras actuales. La mayoría de nosotros *podríamos* consultar un mapa, pero probablemente no lo haremos. En cambio, nos limitamos a tomar decisiones sin disponer de información; en las urnas, por supuesto, pero también decisiones a la hora de invertir, de consumir o de viajar. Algunos de nosotros obtendremos empleo en la administración pública o asumiremos cargos de índole nacional, así que algunas vidas empezarán a depender de las decisiones que tomemos. En su libro *Why Geography Matters (Por qué importa la geografía)*, el geógrafo Harm de Blij sostiene que los tres grandes desafíos occidentales de nuestro tiempo —el terrorismo islamista, el calentamiento global y el auge de China— son todos problemas geográficos. Una ciudadanía informada tiene que entender el lugar, no porque el lugar sea más importante que otros conocimientos, sino porque cimenta muchos de ellos.

Por otro lado, el análisis del señor guaperas de la piscina pasa por alto el hecho de que la comprensión de los mapas no es únicamente un campo académico abstracto, sino también una habilidad básica para la supervivencia en la vida cotidiana. Si los colegiales no pueden encontrar Europa en un mapa, probablemente se debe a que no ven demasiados mapas, y eso va a acarrearles muchas dificultades en su vida adulta. En 2008, un estudio diseñado por Nokia para promocionar nuevas aplicaciones de mapas reveló que el 93% de los adultos en todo el mundo se pierden regularmente, cosa que les hace perder una media de 13 minutos de su tiempo cada día[83]. Más de uno de cada diez no habían podido asistir a algún acontecimiento decisivo —una entrevista de trabajo, una reunión de negocios, o un vuelo— porque se habían perdido. En ocasiones, los resultados son aún más nefastos: si hacemos una búsqueda en cualquier archivo de noticias mediante frases como «error al interpretar un mapa», encontraremos casos de excursionistas perdidos en la nieve, mandos militares ordenando ataques aéreos sobre coordenadas equivocadas, cuadrillas de obreros que

cortan accidentalmente el árbol de Navidad de la ciudad, y los pobres chicos de *El proyecto de la bruja de Blair*. La soldado estadounidense Jessica Lynch, cuyo rescate de Irak fue anunciado a bombo y platillo en 2003, había sido capturada únicamente porque el agotado oficial al mando del convoy en que viajaba había interpretado mal un mapa y había tomado una carretera equivocada[84].

Por último, existe un conjunto de investigaciones cada vez más amplio que muestra que los problemas sufridos a causa del desconocimiento de los mapas no son más que un síntoma de un problema mayor. En 1966, los geógrafos británicos William Balchin y Alice Coleman acuñaron el término «graphicacy[85]» (visualidad) para referirse a la capacidad humana para entender cartas, diagramas y símbolos; el equivalente visual de la «literacy» (*alfabetidad*) y la «numeracy» (*aritmética*). Puede que «graphicacy» no sea precisamente fácil de pronunciar (y su antónimo, «ingraphicacy,» es aún más feo), pero hay un argumento convincente de que batallamos con el plano del metro por la misma razón que pasamos un mal rato con los gráficos de un PowerPoint y con las instrucciones de montaje de Ikea: nadie ha dedicado demasiado tiempo a enseñarnos a interpretarlos.

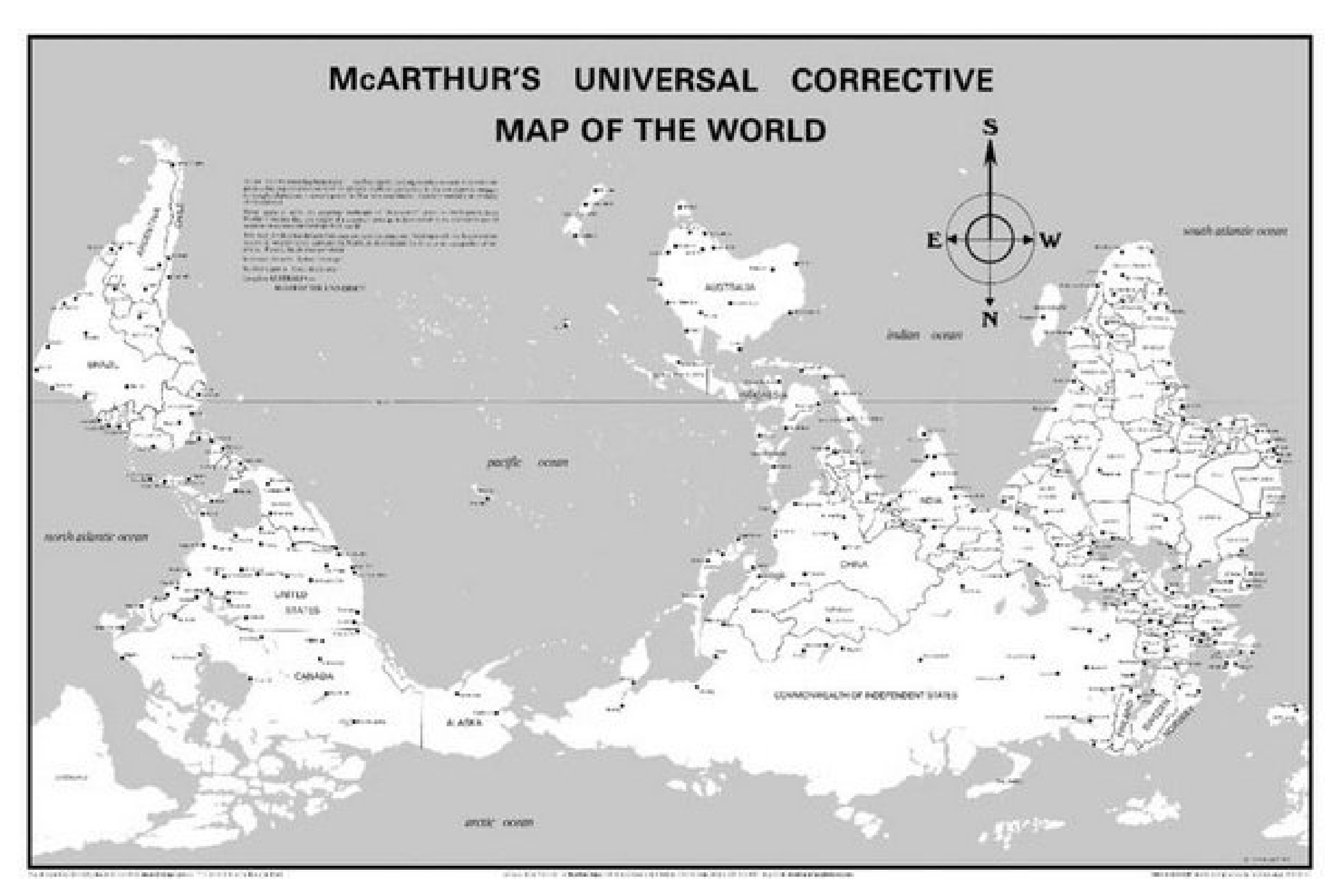
«Los institutos no valoran el pensamiento espacial en su justa medida», dice Lynn Liben, profesora de psicología en Penn State, entre cuyos muchos logros cabe destacar que asesoró a *Barrio Sésamo* en materia de geografía. «Nos centramos en el lenguaje y las matemáticas, y deberíamos centrarnos igualmente en el pensamiento y la representación espacial». Enseñar a trabajar con mapas ayuda a los chicos a agudizar todas las habilidades visuales que son cada vez más importantes hoy en día: el auge de los ordenadores significa que utilizamos interfaces espaciales y herramientas de visualización para realizar muchas tareas complejas que hace tan solo una o dos décadas habrían estado basadas en texto.

Tal vez por eso fracasó la geografía de la vieja escuela: no era más que una serie de listas de nombres y lugares. Cuando la perdimos nos dimos cuenta de que era mejor que nada, pero no era lo que los chicos necesitaban en realidad. Si yo me convertí en un loco de los mapas a causa simplemente de una habilidad innata para el pensamiento espacial, puede que esa sea la fórmula mágica para nuestra sociedad con deficiencias cartográficas. Imagínate el grito de guerra: «¡Educación espacial ya!», o tal vez «¡Todos somos niños con necesidades espaciales!». Tal como dice Peirce Lewis, hay muchas formas de enseñar a trabajar con mapas sin convertirlas en una letanía de «simples descripciones». En 1959, el psicólogo cognitivo Jerome Bruner se quejaba, igual que había hecho Rousseau, de que la geografía se enseñaba con demasiada frecuencia de manera pasiva, sin exigir razonamiento ni exploración alguna por parte de los estudiantes[86]. Se le ocurrió dividir un grupo de niños en dos clases. Una aprendería geografía estrictamente descriptiva: «que había ciudades arbitrarias en lugares arbitrarios junto a masas de agua arbitrarias y fuentes de suministro arbitrarias». A los alumnos de la otra clase se les entregó un mapa *en blanco*, como a la de David Helgren. Se les pidió que predijesen dónde se

encontrarían las carreteras, las líneas ferroviarias y las ciudades, y se les prohibió consultar libros y mapas. Tuvo lugar una discusión sorprendentemente animada y acalorada sobre teoría de transportes y, una hora después, Bruner accedió por fin a sus súplicas y les permitió comprobar sus predicciones en un mapa del Medio Oeste. «Nunca olvidaré a un joven estudiante», escribió Bruner, «señalando con el dedo la parte inferior del lago Michigan, gritando: "¡Yuju! ¡Chicago está al final del lago que señala hacia abajo!"». Algunos estudiantes celebraban haber acertado dónde estaba Saint Louis; otros se lamentaban de que Michigan se hubiese perdido la gran ciudad en el estrecho de Mackinac que ellos habrían fundado.

Bruner había conseguido coger aquello que menos valoramos —el mapa de nuestro territorio— y crear algo nuevo, convertirlo en una nueva aventura. Puedes hacer lo mismo simplemente dándole la vuelta, tal como apreció el escritor Robert Harbison al poner boca abajo un mapa de Gran Bretaña. «Sus significados han cambiado y su conjunto, como un todo fácil de captar, ha desaparecido[87]», escribió. «Ahora sus características tienen una explicación; así, las interrupciones de la costa de Gran Bretaña son provocadas por ríos, ya no son injustificadas». Hace poco, en una tienda de mapas encontré un mapa de pared hecho en Australia en el cual todo el mundo aparece invertido, de manera que Australia se sitúa orgullosa por encima del resto de los continentes inferiores, mientras que las superpotencias del hemisferio norte se hunden más abajo en el abismo[88]. A los habitantes del hemisferio sur sin duda les alegrará saber que durante un instante tuve una impresionante sensación de vértigo existencial mientras me planteaba esta visión australiana de nuestro planeta, el cual estaría sin duda gobernado por Yahoo Serious desde su cavernosa sala del trono en la ópera de Sidney. Pero también era estremecedor ver anotaciones familiares como «Japón» y «Mar Mediterráneo» impresas sobre nuevos contornos, como si todo el planeta hubiera sido redecorado de la noche a la mañana. Esto es lo mejor que puede hacer la enseñanza de la geografía: devolver a los mapas su capacidad de maravillar y su sensación de descubrimiento.

En 1984, David Helgren se encontró sin empleo, pero también se sorprendió cuando se le empezó a consultar como experto en enseñanza de la geografía gracias a su breve momento de fama en los medios de comunicación. «Era un campo en el que nunca me habría adentrado», me explica mientras damos buena cuenta de unos tacos en un pequeño restaurante familiar mexicano cerca de su casa. Empezó a dar cursos de perfeccionamiento a profesores y posteriormente fundó un centro de enseñanza de geografía en San José, donde se dedicó a la docencia durante las dos décadas siguientes.



El primer mapamundi con el sur en la parte superior, publicado por Stuart McArthur en 1979. Eh, Australia: si el sur es tan grande, ¿dónde está la Antártida?

«Escribí algunos libros de texto, y resultó que lo hacía bien. Es un mundo al que se supone que no van los geógrafos del mundo académico, porque es económicamente rentable. Se supone que los geógrafos académicos tienen que ser pobres, y la mayoría de ellos lo son. Sin embargo, yo acabé cobrando una bonita suma en concepto de derechos de autor durante treinta años». Hace tres años, los derechos de sus libros de texto le permitieron jubilarse anticipadamente de la docencia.

La fama de Helgren no habría durado mucho más de los 15 minutos asignados por Warhol, pero el «analfabetismo geográfico» sigue bajo los focos casi tres décadas después.

Él no creó el mito, pero fue quien lo llevó de las contraportadas de las publicaciones académicas a la primera plana de los periódicos nacionales, y a partir de allí se convirtió en un movimiento. Otras escuelas y encuestadores empezaron a realizar regularmente sus propios sondeos sobre conocimiento de nombres de lugares. *Good Morning America* contrató al antiguo colega de Helgren en Miami, Harm de Blij, como «editor de geografía» para sus emisiones en directo. En 1985, el juego de ordenador llamado *¿Dónde está Carmen Sandiego?*, lleno de datos geográficos y que venía con una copia de *El Almanaque Mundial*, se convirtió en el juego educativo más vendido de América. Un par de años más tarde, la PBS quería desarrollar un

programa de geografía para niños, pero no disponía de presupuesto para hacer una versión geográfica de *Barrio Sésamo* como Dios manda, así que la cadena adaptó el juego de Carmen Sandiego a un exitoso concurso televisivo que enseñó a los niños conocimientos básicos de geografía durante los cinco años siguientes.

Helgren también colaboró con la National Geographic Society, que en aquel entonces estaba sufriendo una cierta crisis de identidad: los geógrafos profesionales desdeñaban la revista por considerarla insuficientemente académica, y la virtud fundamental de la publicación —ofrecer fotos a todo color de lugares exóticos a los lectores legos en la materia— no parecía algo tan novedoso en 1984 como lo había sido en 1924. Como medio para que los jóvenes curiosos tuvieran acceso a fotos de mujeres en *topless* seguía sin tener competencia, pero probablemente ese mercado también se estaba estrechando (muchas gracias, edición de bañadores de *Sports Illustrated*). El alboroto generado por Helgren impulsó a la sociedad a asumir la nueva misión de mejorar la enseñanza de la geografía —presionando a Washington, desarrollando nuevos programas y proporcionando gratuitamente millones de mapas a los colegios—. En 2008, la National Geographic’s Education Foundation había destinado más de 100 millones de dólares a devolver la geografía a los colegios del país[89]. En el momento de su fundación, solo cinco estados exigían la enseñanza de geografía; actualmente, los 50 estados tienen un programa de formación en la materia. Sin embargo, más de la mitad de los jóvenes adultos encuestados en el último sondeo de National Geographic dicen no haber asistido nunca a un curso de geografía. Todavía no hemos cumplido el objetivo, pero —en gran parte gracias a la involuntaria fama de David Helgren— las personas más inteligentes de la nación están trabajando para solucionar el problema.

Ser aficionado a la geografía, o incluso ser un aficionado a la geografía tuerto en el país de los ciegos, no es fácil. De pequeño me sentía perplejo al leer que había adultos —¡adultos universitarios!— que no podían señalar Estados Unidos en un mapa del mundo. Estaba acostumbrado al hecho de que no todo el mundo compartiera mis pequeñas y raras obsesiones, pero la geografía era el único caso en que tenía que leer titular tras titular sobre el rechazo generalizado de Estados Unidos a aquello que a mí tanto me gustaba. Sin embargo, los locos por los mapas intentamos no tomárnoslo como algo personal. Puede que ello haga que algunos de nosotros seamos un poco pedantes al sentirnos claramente superiores al populacho que no podría distinguir Guinea Ecuatorial de Papúa Nueva Guinea aunque su vida dependiera de ello. No obstante, según mi experiencia, la mayoría de nosotros solo queremos ser amables: nos gusta indicar la dirección a turistas desorientados, decirles a nuestros compañeros de equipo del *Trivial Pursuit* que el mar Caspio es el lago más grande del mundo y explicar dónde está Bangladesh cada vez que la CNN dice que hay inundaciones otra vez. No somos tan útiles como en la época anterior a Google y al GPS, pero no vamos a cambiar ahora. En el fondo, creemos ingenuamente que *todo el mundo* puede enamorarse de los mapas igual que nos enamoramos nosotros. Lo

que pasa es que todavía no les han dado una oportunidad.

Capítulo 4

JALONES

jalón. m. *Topogr*. Vara con regatón de hierro para clavarla en tierra y determinar puntos fijos cuando se levanta el plano de un terreno.

Esa es la información que necesitamos. Muestra la historia y cómo encaja la gente en los lugares que ocupa. Nos cuenta lo que se borra y lo que lo sustituye. Estos mapas revelan lo fundamental más allá de lo superfluo[90].

BARRY LÓPEZ.

Para entrar en la sección de geografía y cartografía de la Biblioteca del Congreso, tienes que ensuciar Texas: en el suelo de baldosas de la entrada hay un detalle circular de un mapa geológico del estado de la estrella solitaria. Según el director de la sección cartográfica, el orgulloso nativo de Louisiana John Hébert, no es por casualidad. «Si alguien quiere, le animo a que lo haga»; aquí su suave acento cajún se detiene, y golpea el suelo con los pies, usando la región central de Texas para sacudirse el polvo de los zapatos. Aparte del brillo en la mirada al patear Texas, Hébert es un hombre de sesenta y tantos años de aspecto serio, con gafas bifocales redondas y una mata de pelo blanco rizado sobre su ceño frecuentemente fruncido. Sus cejas, sin embargo, conservan todavía algo de pimienta mezclada con la sal. Atravesamos la sala de lectura de los usuarios y cruzamos una serie de puertas de seguridad situadas en el otro extremo. «Ahora estás en mi mundo», dice. El mundo de Hébert, situado en el sótano del edificio James Madison, es una hilera de estanterías metálicas para mapas tan larga, que por un momento me deja sin respiración. Siempre experimento un cierto sentimiento de veneración en las bibliotecas, incluso en las de ciudades pequeñas que huelen como usuarios de Internet sin hogar. Estar tan cerca de tanta información cuidadosamente recopilada me provoca una extraña satisfacción al ver el alcance del ingenio humano, como la que probablemente sentirán otras personas al visitar la presa Hoover o la Gran Muralla China. Pero esta biblioteca es diferente de todas las que he visto; su extensión hace que parezca sacada directamente de un cuento de Borges. Puedo seguir las hileras de estanterías iluminadas por luces fluorescentes en cualquier dirección hasta un único punto en el infinito. Hay 8500 de esas estanterías, cada una de ellas con cinco cajones, dos campos de fútbol enteros solo para mapas. Y pesan mucho, por eso están dos pisos bajo tierra. «Tenemos que estar en esta planta», explica Hébert, «porque si estuviéramos en la sexta enseguida acabaríamos aquí igualmente». Se trata de la mayor colección de mapas jamás recopilada en la historia de la humanidad.

Los mapas han sido la llave maestra de Hébert a un mundo más amplio desde que era un niño que crecía en la región de los pantanos. Él y su hermano mayor

desplegaban una antena de radio desde la ventana de su habitación en su casa de Houma, en Louisiana, la ataban a un árbol en el solar vacío de al lado y se pasaban horas dando golpecitos al transmisor en código Morse. «Siempre tenía un atlas sobre mis rodillas», recuerda. «Porque, de repente, estaba hablando con Tamaqua, Pennsylvania, y, ¿dónde demonios está Tamaqua, Pennsylvania? ¿Dónde?». Mientras cuenta la historia, su dedo traza una autopista sobre un mapa de carreteras imaginario. Sin embargo cuando llegó a Georgetown en 1965 para trabajar en su máster, no había departamento de geografía —llevaban más de una década pasados de moda—. Estudió historia latinoamericana y ya estaba trabajando en la biblioteca cuando obtuvo el doctorado en 1972. Lleva aquí desde entonces.

La mayor parte de los 45 bibliotecarios del personal de Hébert no son geógrafos profesionales; su amor por los mapas se despertó viendo la importancia de la cartografía en sus respectivos campos, ya se tratase de historia del arte o relaciones públicas. Hébert no fue una excepción. «Los mapas me proporcionaron datos históricos que no había obtenido en los libros de texto», dice.

Efectivamente, parece que la historia nos rodea cuando empezamos a caminar entre las estanterías ordenadas geográficamente: primero los mapas mundiales, luego (de norte a sur): Canadá; los estados de Estados Unidos en orden de aparición, del Atlántico al Pacífico; América Latina; a continuación, cruzando el Atlántico, Europa y Asia; y luego África y Oceanía al final de la profunda y oscura sala. Es el mundo en miniatura, y Hébert muestra el celo de un misionero al enseñar su amada colección, no como si se tratase de un árido archivo académico, sino como un enorme tesoro oculto de la cultura americana, desde los primeros días de la conquista española hasta hoy. Hay mapas de la selva tropical de Brasil dibujados por el propio Theodore Roosevelt durante su expedición al «Río de la Duda» en 1913, que a punto estuvo de tener un final trágico[91]. Está la Welthauptstadt («capital mundial»). Germania, el proyecto de Albert Speer de un nuevo y renovado Berlín recuperado por las tropas norteamericanas tras la caída de la Alemania nazi. Están los mapas originales que dividían Europa al final de la Primera Guerra Mundial, traídos desde Versalles por el equipo de la Sociedad Geográfica Americana que acompañaba a Woodrow Wilson. «Tenemos los mapas militares originales de la Batalla de Chapultepec y de la Guerra Berberisca», presume Hébert, «así que puedo decir con toda justicia que tenemos los salones de Montezuma *y* las costas de Trípoli[92]». Si hay un especial del History Channel, aquí está.

Al parecer, prácticamente todos los personajes insignes de la historia tienen su aparición especial en los estuches de plástico de las estanterías de la sección de mapas. Mientras me guía, Hébert va dejando caer tantos nombres famosos que, con falsa modestia, empieza a anteponer las palabras «un tal» —«un tal Stonewall Jackson», «un tal Ferdinand Magellan»—. En una estantería señala bruscamente uno de los cajones superiores. «Ahí tengo a Lewis y Clark», dice de forma inquietante. Como por azar, abre otro cajón y me muestra un mapa colonial de Alexandria,

Virginia, anterior a la construcción de la ciudad. Es una lista poco interesante de los nombres de los terratenientes locales, y no sé muy bien por qué la miro. No cabe duda de que, en aquella época, la caligrafía de la gente era más bonita, supongo. Entonces veo en una etiqueta el nombre del autor del mapa: un joven agrimensor de Virginia que más adelante se dedicó a otras cosas. George Washington. Siento una pequeña punzada de vértigo, no solo por tener en mis manos un mapa realizado personalmente por el padre de la patria, el primer presidente, el mismísimo viejo de los dientes de marfil, sino también por el hecho de que este objeto de incalculable valor pase aparentemente inadvertido en un cajón sin descripción alguna («Virginia 3884.A»), perdido entre docenas de mapas similares.

La cantidad de artículos como este en la colección de la biblioteca es una clara muestra del papel omnipresente que, como *Zelig*, han desempeñado los mapas, siempre entre bastidores, en la historia del mundo[93]. Ya he descrito cómo el histórico viaje de Colón tuvo su inspiración en su estudio de un mapa de Paolo Toscanelli. Pero también tenemos el brote de cólera de Londres en 1854 que mató a cientos de personas hasta que un médico, John Snow, dibujó un mapa en el que demostraba que un único surtidor de agua era el origen de la enfermedad, fundando así la ciencia de la epidemiología. El desembarco de Normandía de 1944 fue posible únicamente gracias a la inesperada contribución de cartógrafos que atravesaron de noche sigilosamente el canal de la Mancha meses antes del Día D y cartografiaron las playas francesas[94]. Incluso el primer alunizaje se produjo gracias a los mapas. En 1961, el Servicio Geológico de Estados Unidos fundó una División de Astrogeología, la cual dedicó una década a realizar concienzudamente mapas lunares para planear las misiones del *Apolo*. La tripulación del *Apolo 11* estudió minuciosamente esos mapas a medida que su cápsula se aproximaba a la superficie lunar, de manera muy parecida a lo que hizo Colón durante su viaje[95]. Al parecer, los mayores logros de la historia de la humanidad han sido posibles gracias a la ciencia de la cartografía.

La Biblioteca del Congreso ha tenido mapas en su colección desde su fundación bajo la presidencia de John Adams; de hecho, en el primer envío de libros para la biblioteca, adquiridos en Londres en 1801, se incluían tres mapas y un atlas[96]. Había cien mapas en la biblioteca, situada entonces en el Capitolio de Estados Unidos, cuando la colección original ardió durante la guerra de 1812. Hoy en día, la colección alberga más de cinco millones y medio de mapas y más de ochocientos atlas, y Hébert, a pesar de ser muy exigente con las adquisiciones —«no compramos porquerías», asegura—, continúa incorporando entre sesenta mil y ochenta mil mapas cada año.

Proceden de todas partes. La biblioteca tiene empleados en El Cairo, Islamabad, Yakarta, Nairobi, Nueva Delhi y Río, recorriendo el mundo en busca de mapas. «No sabemos lo que va a entrar por esa puerta», dice Hébert. «Tenemos lenguas que no has visto nunca». Cada mapa cuyo registro se solicita en Estados Unidos pasa automáticamente a incorporarse a la colección. La ley determina que cada vez que

una agencia gubernamental publica un mapa debe depositar una copia en la Biblioteca del Congreso, y dichos mapas no están, por lo general, sujetos a derechos de autor, ya que son financiados mediante impuestos, lo cual los convierte en importantes recursos de titularidad pública. Los mapas gubernamentales más conocidos son probablemente los mapas topográficos «cuadrangulares» del Servicio Geológico de Estados Unidos (USGS, por sus siglas en inglés), cuyos bosques de color verde pálido y sus contornos burbujeantes están grabados permanentemente en el subconsciente de generaciones enteras de excursionistas. El USGS inició esta serie después de la Segunda Guerra Mundial —en lo que constituye un vestigio de su origen militar, las verdes zonas boscosas de los mapas siguen definiéndose oficialmente como «refugio para pequeños destacamentos de tropas»—, pero no se completó hasta 1992[97]. Actualmente, esos mapas representan cada arroyo, cada elevación y cada arboleda de los cincuenta estados a una escala de 1:24 000, lo cual supone una minuciosidad excepcional en la que cada milla de territorio ocupa casi tres pulgadas completas en el mapa. Si tuviéramos que desplegar mapas cuadrangulares para formar todo el país —incluyendo los mapas azules vacíos que representan el Gran Lago Salado del centro de Utah y que probablemente no se solicitan demasiado— la extensión que abarcaría sería de 238 por 116 metros, la superficie equivalente a tres manzanas de una ciudad[98].

Sin embargo, el USGS dista mucho de ser la única agencia federal que elabora mapas. En 2000, la Biblioteca del Congreso fue contactada por la Agencia Nacional de Inteligencia Geoespacial (NGA, por sus siglas en inglés), cuyo nombre parece propio de las series *24* o *Alias*, pero que es en realidad el brazo cartográfico del Departamento de Defensa. La NGA tenía 360 000 mapas depositados en una cámara de seguridad en Arizona de los que quería deshacerse, así que Hébert envió a un empleado para que echara una ojeada. Resultó ser una mina de oro: el 40% de los mapas eran nuevos, así que fueron enviados a la biblioteca para su archivo. Entre el material relegado por la NGA a una venta de mercadillo había material que cubría el territorio de Afganistán a escala 1:50 000 (lo que supone una minuciosidad exhaustiva, algo más de una pulgada por milla), el cual nadie consideraba ya de utilidad. Sin embargo, después del 11 de septiembre de 2001, dice Hébert, no pasó mucho tiempo antes de que el Departamento de Defensa llamase a su puerta, preguntando si por casualidad la Biblioteca del Congreso no tendría, por favor, algún buen mapa táctico de Afganistán… Los heroicos bibliotecarios custodios de los mapas volvieron a salvarle el pellejo al país una vez más.

La sección de geografía y mapas tiene una amplia variedad de usuarios. Algunas de las solicitudes son de vital importancia para la seguridad nacional, como en el caso de los mapas de Afganistán. Hébert dice que, últimamente, el Departamento de Estado ha estado examinando gran cantidad de mapas etnológicos de Irak a lo largo del tiempo; ¿dónde vivían históricamente suníes y chiíes? ¿Y los kurdos? (En fin,

supongo que más vale tarde que nunca). Otras solicitudes gubernamentales son mucho menos apremiantes: la petición más habitual de los miembros del Congreso consiste en un elegante mapa histórico de su distrito en tonos sepia que puedan colgar en su despacho. O tal vez quieren mapas de la zona que les permitan entender algún problema de su estado: recursos naturales en una reserva india, por ejemplo, o agresores sexuales que viven cerca de escuelas infantiles. En definitiva, si toda política es local, también lo es la geografía; al menos para algunos.

Para poder sacar material de la sección de geografía y mapas o de cualquier otra parte de la biblioteca nacional hay que ser un alto funcionario. Pero, incluso si no te planteas presentarte al Congreso o que te nombren miembro del Tribunal Supremo a corto plazo, puedes obtener un carnet de la biblioteca. Cualquiera puede. Es una tarjeta de lector gratuita, y, para su felicidad, los titulares pueden examinar los mapas en la sala de lectura. La mayoría de los usuarios presentes hoy, pasando silenciosamente páginas de atlas, son investigadores particulares de una u otra clase. Cuando la sección empezó a escanear sus mapas y a colgarlos en Internet en 1995, empezaron por lo que necesitaban los aficionados a la historia: la guerra de Secesión, luego las líneas ferroviarias, la revolución americana y la Segunda Guerra Mundial. Actualmente pueden consultarse en línea más de 20 000 mapas y cartas. Mis favoritos son los mapas panorámicos; preciosas litografías a vista de pájaro de ciudades y poblaciones de moda a finales del siglo XIX. En mi casa, encima del piano, tengo una reproducción de la vista panorámica de Seattle de Augustus Koch, de 1891, que se encuentra en la Biblioteca del Congreso.

Sin embargo, la consulta que Hébert recibe más habitualmente no es tan intelectual. «La mayoría de las veces viene gente que cree que existen mapas del tesoro», dice con una sonrisa compungida.

Los mapas piratas con que, de niño, corría mis propias aventuras, que contaban cuidadosamente los pasos desde el árbol retorcido hasta la gran X marcada en la arenosa costa de la isla, fueron una parte fundamental de mi historia de amor infantil con los mapas. «¿*Son reales* los mapas del tesoro?», pregunto ansioso.

Evidentemente, Hébert tiene cierta experiencia en responder a esta pregunta sin hacer estallar las burbujas de los niños con ojos como platos y los crédulos que quieren hacerse ricos rápidamente. «Yo diría que es bastante difícil decir que lo son», contesta evasivamente.

Traducción: no, no hay ni un solo caso documentado de que un pirata dibujase un mapa que conduce a un tesoro enterrado. Fue un recurso inventado por Edgar Allan Poe, Robert Louis Stevenson y otros escritores por el estilo, no por el capitán Kidd y Barbanegra. Tomo nota mentalmente para recordar no mencionar esto en la próxima fiesta de cumpleaños de mi hijo, la cual versará sobre bucaneros. Todavía no me he recuperado del patinazo que di hace unos meses cuando les dije a mis hijos que en el Polo Norte no hay tierra como en la Antártida, sino tan solo agua y hielo en el mar, lo cual generó algunas preguntas incómodas relacionadas con Papá Noel. En ocasiones,

una cartografía cuidadosa es buena para la imaginación, pero en otras es preferible el misterio.

Los visitantes de la sección de mapas vienen de todo el mundo. Hace poco, unos estudiosos volaron desde Pekín para examinar planos del siglo XIX de la capital de China porque Washington disponía de mapas mejores que los que podían encontrarse en su país. En 2001, un grupo de investigadores japoneses pasó por la biblioteca para ver qué podían encontrar sobre Ino Tadataka, el legendario superviviente de la época shogún cuyo equipo realizó el primer mapa moderno de Japón en 1821. Ese mapa se perdió posteriormente en un incendio, y los estudiosos modernos solo habían logrado localizar 46 de sus 214 páginas del tamaño de un tatami en el Museo de la Dieta de Tokio. Descubrieron asombrados que 207 páginas —casi un juego completo— habían estado criando polvo en la sección de geografía y mapas durante décadas y enseguida el gobierno japonés aportó un aval de un cuarto de millón de dólares para escanearlo y restaurarlo. El mapa resultante fue exhibido finalmente en un estadio de béisbol de Nagoya, extendido cuidadosamente a lo largo de la línea derecha del campo. Treinta y cinco mil personas hicieron cola para verlo. «Esta colección está llena de joyas como esa, esperando ser descubiertas», dice Hébert. De hecho, no hay ningún catálogo de la inmensa mayoría del material anterior a 1970; es demasiado. Millones de mapas permanecerán ocultos hasta que alguien los busque.

A veces, los visitantes extranjeros son funcionarios que tratan de resolver —o iniciar— una disputa sobre fronteras. Puede tratarse de una delegación de Corea del Sur que espera desacreditar las reivindicaciones japonesas sobre algún islote minúsculo del mar de Japón, o de un grupo de burócratas congoleños y ugandeses que se preguntan en qué punto del lago Alberto confluyen exactamente sus países.

«Habían ido a Bruselas, habían ido a Londres, y no lograron encontrar los mapas oficiales. Nosotros los teníamos», dice Hébert orgulloso. A finales de la década de 1970, Chile y Argentina estaban enzarzados en una disputa sobre quién controlaba el extremo oriental del canal Beagle, un canal estrecho que discurre entre las islas de Tierra del Fuego. Para Chile no se trataba solamente de un confuso tema de orgullo nacional, ya que si se trazaba la frontera pretendida por Argentina perdería su único acceso al océano Atlántico. La junta que gobernaba Argentina en aquel momento parecía dispuesta a ir a la guerra, negándose a aceptar una resolución del Tribunal Internacional de Justicia favorable a Chile, y estaba incluso preparando una invasión militar de las islas en disputa para diciembre de 1978.

En el último momento tuvo lugar una intervención diplomática llegada directamente del siglo XVI: intervino el Vaticano, y ambas naciones aceptaron que el Papa trazara la línea fronteriza. Durante el punto álgido del conflicto, las delegaciones chilena y argentina pasaron meses sentadas en mesas en lados opuestos de la sala de lectura de la sección de geografía y mapas, como dos pandillas enfrentadas en la cafetería de un instituto. Solicitaban los mismos mapas de Tierra del Fuego y los estudiaban cuidadosamente, sin saludar nunca al enemigo sentado al otro

lado de la sala. «Somos suelo neutral», afirma John Hébert, aunque tal vez sería más preciso decir que, durante unos cuantos meses, la frontera entre Chile y Argentina se extendía hacia el norte, a través del sótano del número 101 de Independence Avenue en Washington, D. C.

En un mapa, las líneas fronterizas pueden suscitar más emociones que cualquier otra información. El objetivo de muchos de los primeros mapas que se conservan era delimitar la propiedad, y las marcas fronterizas —pilas de piedras, por ejemplo, el equivalente humano de un perro que mea en un árbol— probablemente se remontan a milenios atrás. En la Europa medieval, el agrimensor era un personaje odiado, algo así como el «recaudador de impuestos» para los fabricantes de licor ilegal: un lacayo corrupto siempre tratando de machacar a los granjeros pobres. Su nuevo mapa puede quitarte parte de tu terreno, o puede hacer que aumenten tu alquiler o tus impuestos. En Polonia, los agrimensores eran tan temidos que ni siquiera la muerte ponía fin a su amenaza. Se decía que las parpadeantes luces provocadas por la combustión natural de gas metano —lo que conocemos como fuegos fatuos— eran los espíritus de cartógrafos muertos que vagaban de noche por el pantano[99]. ¡Niños, acabaos la col o vendrá el agrimensor!

Una bonita y marcada frontera y unos colores cuidadosamente elegidos pueden servir para unificar una nación, como sucedía en los mapas victorianos en los que hasta el último remoto rincón del Imperio británico estaba siempre pintado de rosa, para inculcar en generaciones de colegiales la firmeza y el alcance de la Corona (los estudiantes llamaban al imperio «los puntos rosas[100][101]»). Las fronteras de los mapas determinan también, con un solo trazo del bolígrafo, quién no está de nuestro lado: un enemigo del que protegernos o incluso un territorio que tal vez recuperemos algún día. No se trata solo de elevadas preocupaciones académicas. Google recibe tantas quejas acerca de las fronteras nacionales de sus mapas, que ha empezado a suministrar diferentes versiones según la procedencia de los usuarios: un usuario indio verá una frontera en un sitio, mientras que un paquistaní la verá en otro, y así todos contentos en su pequeño mundo de superioridad geográfica[102]. En 2006, cuando la ministra de Educación israelí, Yuli Tamir, anunció que los mapas de Israel presentes en los libros de texto situarían la frontera alrededor de Cisjordania, en lugar de mostrarla como un territorio israelí sin delimitar, los rabinos radicales anunciaron que Dios la castigaría por su blasfemia[103]. Todo esto no se puede explicar como una simple postura política; es una auténtica ofensa. La claridad y simplicidad de las líneas de un mapa puede hacer que se conviertan en símbolos poderosos.

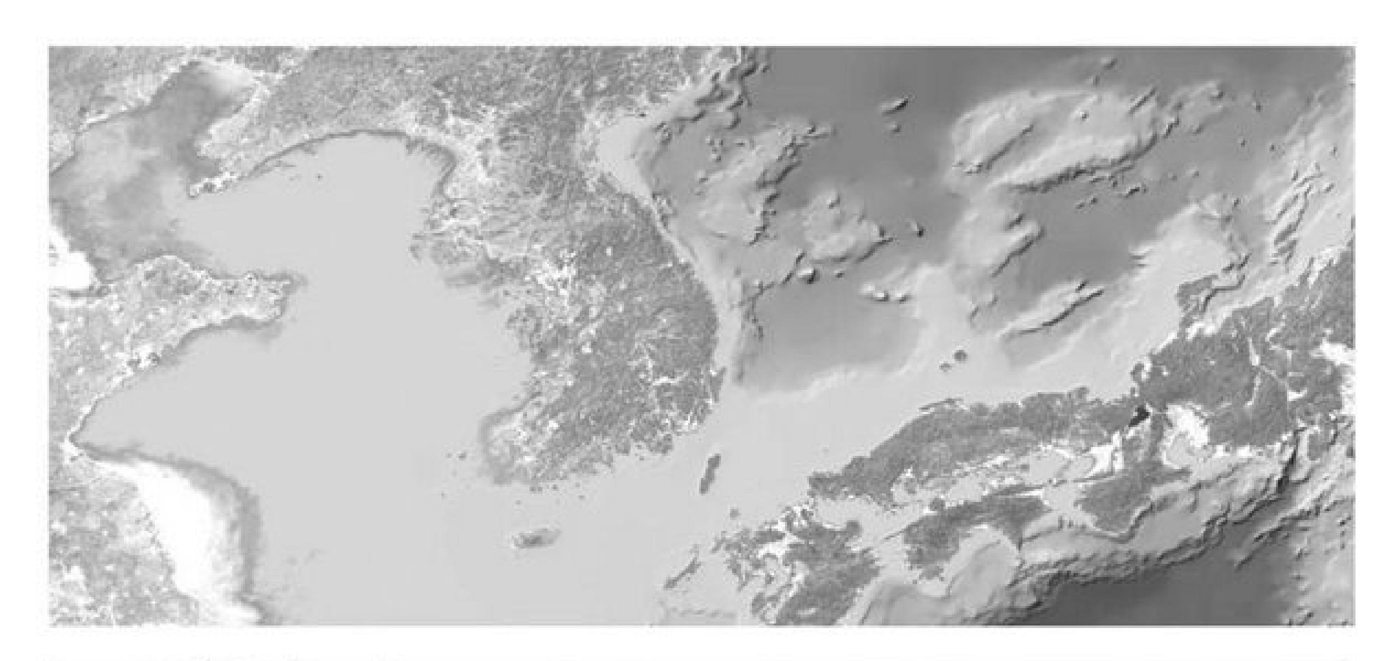
Las fronteras me han fascinado desde pequeño: recuerdo mantenerme muy atento durante las vacaciones de verano para poder apreciar el momento exacto en que nuestro Mercury Zephyr de 1979 cruzaba la línea que separa, pongamos, Washington y Oregón. Todavía hoy me gusta ver las fronteras cuando viajo; en persona, muchas revelan secretos que no se aprecian en el mapa. ¿Sabéis esa línea aparentemente recta de la frontera occidental de Manitoba, que hace que en el globo terráqueo

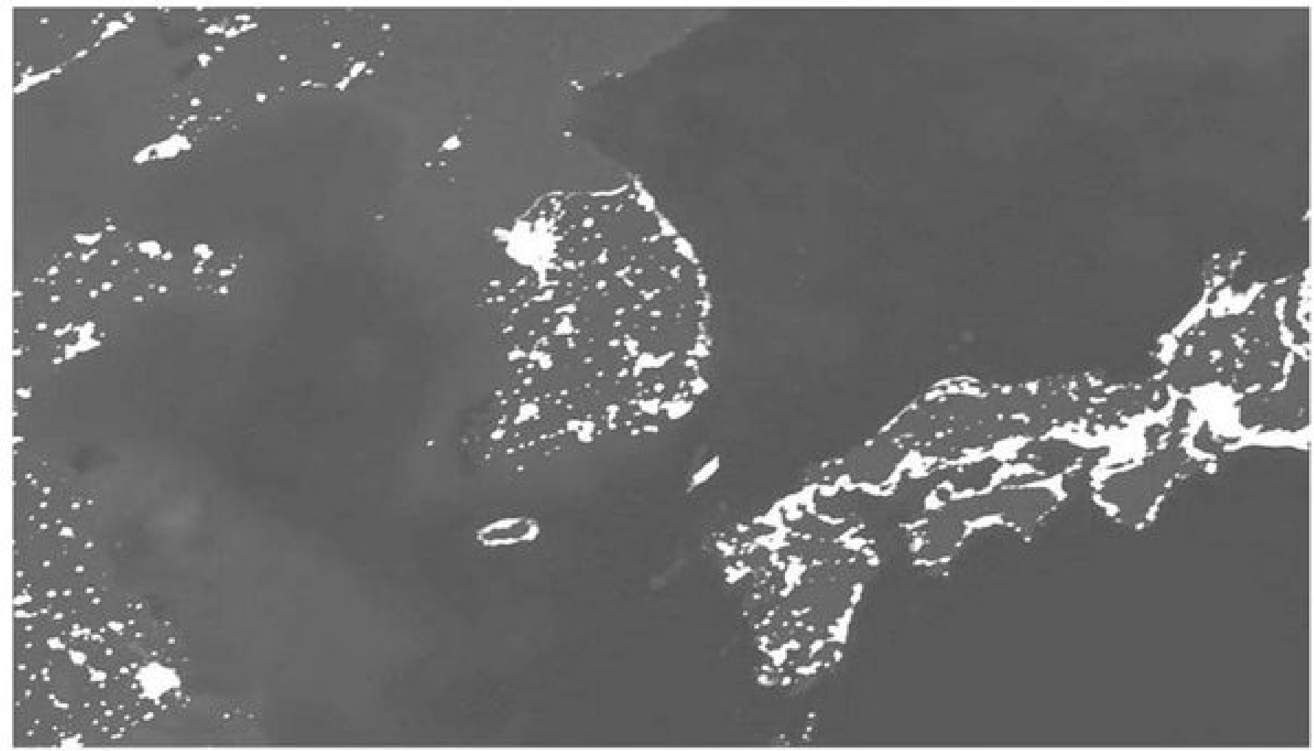
Saskatchewan sea un trapezoide muy llamativo? En realidad se trata de una línea en zigzag que recorre unos 32 kilómetros al norte antes de saltar bruscamente un escalón de 1,6 kilómetros hacia el oeste. La ciudad belga de Baarle-Hertog es aún más fascinante: está compuesta por no menos de 26 partes separadas de asentamientos belgas, gracias a una complicada serie de tratados medievales entre dos duques enfrentados, en medio de los Países Bajos. Algunas de esas pequeñas partes de Bélgica tienen a su vez pequeñas partes de los Países Bajos en su interior, lo cual crea una frontera extremadamente intrincada que divide algunas de las casas por la mitad, situando cada una en un país. La nacionalidad depende de dónde se encuentre la puerta principal, y se sabe que algunos habitantes «emigran» moviendo su puerta cada vez que cambian las leyes tributarias. Cuando cierran los bares y restaurantes de los Países Bajos, los dueños solo tienen que mover sus mesas a la parte belga del establecimiento y seguir sirviendo.

Continuando con mi búsqueda del paso fronterizo más exótico, le insistí a mi mujer que nuestro viaje a Tailandia del año pasado debía incluir una visita a los templos de Angkor en Camboya, en autobús. ¿Por qué? Porque siempre había querido saber qué sucede al pasar de un país en el que se circula por la izquierda (como Tailandia) a otro en el que se circula por la derecha (Camboya). ¿Habría un paso elevado? ¿Una rotonda? ¿Una interminable cadena de ridículos accidentes de circulación? Nos decepcionó ver que la frontera entre Aranyaprathet, Tailandia, y Poi Pet, Camboya, es una tierra de nadie sin tráfico a excepción de algún camión ocasional que avanza tras pasar la aduana. Puede que la mayoría de la gente no haga un viaje de cuatro horas en autobús a través de la selva tailandesa, pero sé que no soy el único que siente una emoción manifiesta en las fronteras. El monumento de las Cuatro Esquinas, donde confluyen Utah, Colorado, Arizona y Nuevo México, se encuentra en medio de ninguna parte. Sin embargo, doscientas mil personas viajan allí cada año para situarse con las piernas abiertas encima de una pequeña placa redonda y disfrutar de sea cual sea la extraña emoción que se siente al estar en cuatro estados a la vez[104][105].

Puede que las fronteras se creen de forma arbitraria, pero no siguen siendo arbitrarias mucho tiempo. El escritor de viajes británico Mike Parker ha señalado que la Tierra, vista desde el espacio, ya no es una «gran canica azul» utópica y sin fronteras en la que coinciden tanto las naciones como sus programas y sus formas de actuar[106]. Desde varios kilómetros de altura, se puede ver la línea recta donde la densamente arbolada Rusia occidental se encuentra con los pastos de vacas del este de Finlandia, o donde un tramo de las praderas de Montana coincide con las franjas de tierras agrícolas de regadío del suroeste de Saskatchewan. El ejemplo más dramático es la militarizada «zona desmilitarizada» entre las dos Coreas, a una distancia de tan solo media hora en coche del norte de Seúl, donde yo crecí. Durante el día, la escisión en la dividida península es casi invisible desde el espacio, pero por la noche, las ciudades de Corea del Sur están intensamente iluminadas, mientras que

la aislada y agrícola Corea del Norte está oscura, tan vacía como los más remotos parajes de Siberia o del Sáhara. La marcada línea entre la luz y la oscuridad recuerda a un apagón que avanza por la ciudad a medida que van fallando las redes eléctricas, solo que este apagón lleva produciéndose sesenta años. Por la noche, Corea del Sur no es una península, es una isla.





La doble vida secreta de Corea: península de día, isla de noche.

Puede que las fronteras nos separen, pero, paradójicamente, también son los lugares donde estamos más cerca unos de otros. Puede que las fronteras de un mapa empiecen siendo una forma útil de separarnos a Nosotros de Ellos, pero luego se convierten en símbolos de nuestra autocomplacencia; su propia existencia nos desafía

a que las crucemos. Derribar una frontera no tiene por qué ser el resultado de una invasión de hordas de bárbaros; cuando se produjo la caída del Muro de Berlín en 1989, este fue derribado alegremente a mazazos por la gente que vivía a ambos lados del mismo. Incluso Chile y Argentina firmaron un Tratado de Paz y Amistad en el Vaticano en 1984, poniendo así fin al secular conflicto sobre el canal de Beagle para siempre. Como cantaba Bob Dylan, «Pronto nos encontraremos en la frontera».

John Hébert es también presidente del Consejo de Nombres Geográficos de Estados Unidos, un organismo federal creado en 1890 por el presidente Benjamin Harrison para normalizar los nombres geográficos estadounidenses. Durante más de un siglo, el Consejo ha estado trabajando para solucionar las incoherencias y confusiones que pueden asolar incluso algunos de los lugares más importantes de la nación. Por ejemplo, la controversia del monte McKinley: en 1975, el estado de Alaska modificó oficialmente el nombre del punto más elevado de Estados Unidos y pasó a denominarlo «Denali», el nombre original del pico en lengua atabascana[107]. Sin embargo, el Consejo de Nombres Geográficos ha obstaculizado repetidamente la oficialidad de este nombre, gracias a la delegación del Congreso de Ohio, estado natal de William McKinley, la cual ha ido introduciendo cláusulas anti «Denali» en los proyectos de ley de presupuestos durante treinta años. Ocasionalmente, el Consejo lleva a cabo cambios globales, como en 1967, cuando 143 casos de infamante racismo fueron modificados de manera global en los mapas con la palabra «negro» (en la misma línea, más adelante «japo» fue sustituida por «japonés»). Obviamente, esto no acabó con todos los nombres incómodos presentes en los mapas. Los mapas cuadrangulares del USGS continúan estando repletos de Dago Springs, Chink Peaks y Polack Lakes, y tampoco es que «Dead Negro Creek» sea una gran mejora de todas formas[108]. No obstante, el objetivo clásico del Consejo es la corrección histórica, tanto si ello está en consonancia con la corrección política como si no. En 1983, por ejemplo, volvió a introducir el nombre «Whorehouse Meadow» (Pradera del Burdel) en el mapa de Fish Lake, Oregón, tras determinar que la mediocre alternativa de 1968, «Naughty Girl Meadow» (Pradera de la Chica Mala), era una censura inventada por los avergonzados funcionarios del parque[109]. Actualmente, dice Hébert, el trabajo del Consejo consiste sobre todo en tramitar peticiones de ponerle a cosas el nombre de Ronald Reagan. Aparentemente, entre McKinley y Reagan estamos empleando *mucho* tiempo y papeleo en el dudoso legado cartográfico de dos republicanos que gobernaron dos mandatos.

Desde que me gustan los mapas he sido un entusiasta de la toponimia: un estudioso de los nombres de lugares. Los mapas que no están salpicados de texto me parecen insulsos y solitarios —¿qué puede ser más impersonal que uno de esos mapas esquemáticos de escuela primaria de una región en los que solo hay dibujados unos cuantos tristes pozos petrolíferos y unas espigas de maíz para describir su industria y

su agricultura?—. Son abominaciones que hacen que los niños odien la geografía. Los nombres son la infusión alquímica que da vida al mapa. Puede haber poesía en las ondulaciones de una línea de costa, pero en Humpty Doo, Australia, Oaxaca, México, o Chililabombwe, Zambia, hay personalidad. El gran cartógrafo flamenco Abraham Ortelius estaba claramente de acuerdo conmigo. En su atlas de 1570[110], rotuló su imaginario continente meridional Terra Australis con atrayentes nombres como «Tierra de los loros», «Cabo de la Buena Señal» y «El río más dulce[111]». En realidad, nadie había estado jamás en aquellos lugares inexistentes, pero, eh, era eso o dejar toda una masa de tierra sospechosamente desnuda[112][113].

Todavía hoy siento una entrañable nostalgia cuando veo en los mapas nombres obsoletos como «Tanganica», «Ceilán» y «Honduras Británica»; nunca he estado en esos países, desde luego, pero sus nombres me trasladan directamente a la infancia tanto como el olor de la cafetería de un colegio o la melodía de piano de una canción de Air Supply. Planeo mis vacaciones cerca de lugares como Llanfairpwllgwyngyllgogerychwyrndrobwllllantysiliogogogoch, en Gales («La iglesia de Santa María en el hueco del avellano blanco cerca del remolino rápido y la iglesia de San Tisilo de la gruta roja», como todo buen aficionado a los concursos debería saber), y durante nuestro viaje a Tailandia me aseguré de que me hicieran una foto junto al cartel del tamaño de un edificio, que se encuentra en el ayuntamiento de Bangkok, y en el cual aparece el nombre completo de 163 letras de la ciudad. Los nombres no tienen que ser largos para ser memorables. Podrías pasar meses en Gran Bretaña visitando todas las calles y pueblos cuyos nombres parecen puestos por Benny Hill: Titty Ho, Scratchy Bottom, Wetwang, East Breast, Cockplay[114]. En un mapa de carreteras de Estados Unidos, todos los topónimos excéntricos parecen evocar historias populares de carretera: Cheesequake, Nueva Jersey; Goose Pimple Junction, Virginia; Ding Dong, Texas[115].

La mayoría de esos lugares adquirieron su nombre merecidamente. En Goose Pimple Junction[116] vivió una vez una pareja enfrentada cuyas sonoras obscenidades hacían que a los vecinos se les pusiera la piel de gallina. Cheesequake[117] no es más que una deformación de la palabra india lenape «Cheseh-oh-ke», que significa «pueblo elevado». Ding Dong, Texas, recibe su nombre de un cartel en el que aparecían dos campanas (se encuentra en el condado de Bell). Sin embargo, algunos nombres a veces parecen demasiado buenos para ser ciertos, y efectivamente, así es. Por ejemplo, el pueblo galés de 58 letras. Antiguamente se llamaba simplemente «Llanfair Pwllgwyngyll» hasta la década de 1860, cuando un sastre local emprendedor inventó el larguísimo nombre como un ardid publicitario con la esperanza de atraer ingresos procedentes del turismo (tal vez el pueblo necesitaba comprar una vocal[118]). Así, Llanfairpwll es el antecesor espiritual de todas las desesperadas localidades norteamericanas actuales que venden su alma y cambian de nombre por las empresas de Internet o los famosos. A veces los nombres de los

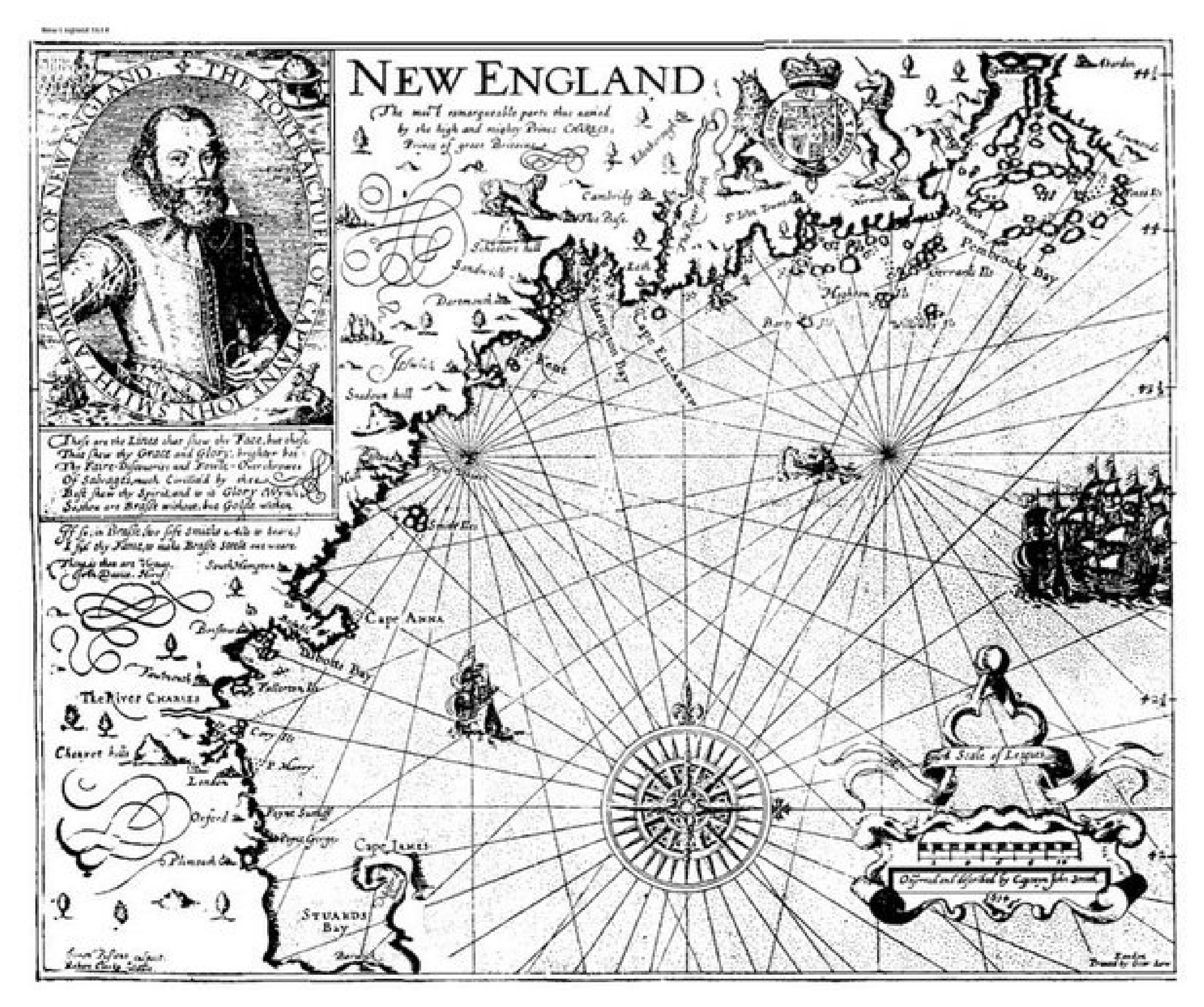
ganadores de concursos calan hondo: la antigua Hot Springs, en Nuevo México, se llama todavía «Truth or Consequences», más de treinta años después de que el concurso radiofónico que le dio nombre desapareciera de las ondas. La antigua Mauch Chunk, Pennsylvania, probablemente se llamará «Jim Thorpe» mientras el célebre atleta olímpico siga enterrado allí[119]. Sin embargo, lo más habitual es que el nuevo nombre se desvanezca casi tan rápido como los titulares. Half.com, Oregón, volvió a denominarse Halfway, Oregón, tan solo un año después del cambio[120]. Joe, Montana, ya ha vuelto a ser simplemente Ismay, Montana. Siempre he estado en contra de esos efectistas cambios de nombre; ¡los mapas son sagrados! ¿Acaso venderías un espacio para la publicidad en la ladera del monte Rushmore? Por eso aplaudí cuando, en 2005, la minúscula aldea de Sharer, Kentucky, rechazó la oferta de ganar 100 000 dólares si cambiaba su nombre por el de PokerShare.com[121]. Al parecer, los habitantes de la zona fundamentalista no simpatizaban en absoluto con las apuestas por Internet.

Sin embargo, la notoriedad que acarrea el nombre puede ser un arma de doble filo. Por cada Half.com, Oregón, recibiendo felizmente cheques y un nuevo laboratorio informático para el instituto de algún loco de Internet, hay una Butt Hole Road[122] en Conisbrough, South Yorkshire[123]. Cabbie Peter Sutton, que vive en esa carretera, declaró al *Daily Mail* que su descarado nombre le había resultado muy atrayente cuando se mudó allí; no podía creer que los anteriores propietarios se hubiesen marchado porque no les gustaba el nombre. Pero la novedad pasó pronto, gracias a la interminable serie de bromas telefónicas, transportistas escépticos y autocares cargados de turistas que posaban para hacerse fotos enseñando el trasero junto al cartel. La calle recibió su nombre de un bidón de agua de lluvia (o tonel)[124] comunitario que había en el lugar hace mucho tiempo, pero la historia no se impuso: en 2009, los vecinos reunieron la suma de 300 libras y la ciudad cambió el nombre por el mucho menos llamativo de Archers Way[125].

Los habitantes de Dildo, Newfoundland, se han mostrado más firmes ante la mirada del mundo. La ciudad cree que su nombre se debe a uno de los barcos o marinos españoles que exploraron por primera vez la costa rocosa. «Estoy segura de que existimos desde antes de que hubiera penes artificiales», dice la asistente del director de la oficina de correos de Dildo, Sheila White[126]. Los lugareños parecen sentirse muy orgullosos; de hecho, cada verano, durante las fiestas de Dildo, el tradicional desfile de barcos está encabezado por el capitán Dildo, una estatua de madera del viejo patrón de un barco pesquero. En la década de 1980, un electricista de Dildo llamado Robert Elford, presentó una solicitud para que la ciudad cambiase de nombre y pasase a llamarse algo así como «Pretty Cove» o «Seaview», pero sus vecinos de burlaron de su cruzada y enseguida desistió. Sin embargo, muchas otras poblaciones cercanas a Dildo han cambiado sus nombres para evitar las risitas de los forasteros: Famish Gut es ahora Fair Haven, Cuckolds Cove es ahora Dunfield, Silly

Cove es ahora Winterton y Gayside es ahora Baytona[127]. Los nuevos nombres son siempre un despropósito; suenan a escenarios inventados propios de tiras cómicas o culebrones. Algo importante se pierde cuando un auténtico pedazo de historia es sustituido por el anodino consenso de un concejo de vecinos.

Pensaréis que los nombres que aparecen en los mapas serían las partes más fáciles de poner correctamente, pero los conflictos y los acuerdos del Consejo de Nombres Geográficos desmienten esta idea. Los nombres no son neutrales; responden a un programa. En 1614, John Smith acuñó el nombre «Nueva Inglaterra» para referirse a la costa norteamericana que estaba explorando; su mapa de la zona no incluía deliberadamente emplazamientos o nombres nativos americanos. En lugar de ello, todos los lugares recibieron nombres británicos discretos y totalmente arbitrarios: Ipswich, Southampton, Cape Elizabeth[128]. La mayoría de los nombres propuestos por Smith no calaron, pero uno de los elegidos fue adoptado por los primeros colonizadores del *Mayflower* cuando fundaron allí su colonia seis años más tarde: Plymouth, un lugar al que los indios wampanoag llamaban, tanto entonces como ahora, «Patuxet».



En cierto modo, la costa sin colonizar de Maine está llena de encantadores pueblecitos ingleses. Además, con una ventaja adicional: ¡sin indios!

En 1854, sin ir más lejos, el capitán de navío Matthew Perry entró en la bahía de Tokio y regresó a Washington portando un mapa de Edo, en el cual todas las partes del puerto tenían nombres tan sospechosamente poco japoneses como «Mississippi Bay» y «Susquehanna Bay[129]». En el mapa, algunos islotes del canal de Uraga aparecían bajo el nombre de «Plymouth Rocks». «¡Mirad!», dicen los mapas ingenua e inocentemente. «¡Esos lugares *tienen* que pertenecernos! ¿Si no, por qué llevarían nuestros nombres?».

A los estadounidenses les cuesta entender el patriotismo que puede ir ligado a los nombres geográficos. Somos un país joven. Además, estamos acostumbrados, con nuestro ridículo estilo vaquero, a que todo gire a nuestro alrededor, así que podemos pasar por alto el hecho de que, por ejemplo, el golfo de México no se llame golfo de Estados Unidos (aunque, según John Hébert, ese es el tema favorito de una de las quejas habituales ante el Consejo de Nombres Geográficos). Si America Ferrera anunciase mañana que iba a cambiarse el nombre por «Canada», nos parecería bien.

Seguiríamos con nuestra vida. Sin embargo, en el resto del mundo, la toponimia es un tema de identidad nacional. Los atlas occidentales importados que veía de pequeño en las estanterías de Corea tenían tachadas siempre las palabras «Mar de Japón» de los mapas asiáticos y debajo se había escrito a mano el nombre tradicional coreano de «Mar de Oriente». A Grecia le indignó tanto el nombre de la nueva República de Macedonia (históricamente, Macedonia era una región del norte de Grecia) que votó en contra de la entrada de Macedonia en la OTAN en 2008. El mayor revuelo lo provocó (¡sorpresa!) Irán, después de que la edición de 2004 del *Atlas Mundial de National Geographic* añadiese entre paréntesis y en letra pequeña «Golfo de Arabia» junto al golfo Pérsico. Los iraníes sintieron que había una conspiración en su contra y perdieron la chaveta. «Bajo la influencia del *lobby* sionista de Estados Unidos y los petrodólares de algunos gobiernos árabes, la sociedad ha tergiversado una realidad histórica innegable», escribió el *Tehran Times*[130]. En Irán se prohibieron las publicaciones de National Geographic y sus periodistas fueron ilegalizados. Usuarios de Internet con recursos de la comunidad persa mundial enviaron miles de correos electrónicos a National Geographic, publicaron cientos de críticas airadas del atlas en Amazon, e incluso bombardearon Google con la frase «golfo de Arabia», de manera que el principal resultado de la búsqueda de esa frase es ahora una página que indica un falso error diciendo: «El golfo que está buscando no existe. Pruebe golfo Pérsico». National Geographic corrigió finalmente la edición, pero el tema todavía levanta ampollas en el Golfo[131]: Irán creó la festividad nacional del «Día del Golfo Pérsico» en abril para celebrar la nomenclatura, canceló los Juegos Islámicos Solidarios de 2010 cuando las naciones árabes pusieron objeciones a que la frase «Golfo Pérsico» apareciera en las medallas, y ha llegado incluso a desautorizar cualquier línea aérea que no utilice el nombre «correcto» en sus paneles informativos.

El equivalente estadounidense más cercano a esta especie de orgullo toponímico es la manera en que utilizamos los nombres de lugares para otorgar estatus de local o forastero en nuestras comunidades. ¡Pobre del turista que en Manhattan pregunte dónde está la «Avenida de las Américas» (el nombre oficial es tan largo que los neoyorquinos siguen llamándola «Sexta Avenida»), o pronuncie «Houston Street» como la ciudad de Texas! En mis pagos, los nombres mágicos son Puyallup, el suburbio de Tacoma en el que se celebra cada otoño la mayor feria estatal de Washington, y Sequim, la meca de los jubilados en la Península Olímpica. Pronunciar los nombres de esas ciudades tal como se escriben, implica mostrarse inmediatamente como un turista que no se entera de nada o, lo que es peor, como un inmigrante de California. (Podría decirte cómo es la pronunciación correcta, pero en tal caso, según la ley del estado de Washington, tendría que matarte).

En *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, el narrador recuerda que, para él, los nombres que aparecían en los mapas eran a menudo más mágicos que los lugares en sí. «Incluso en un día tormentoso, los nombres de Florencia o Venecia despertaban en mí el deseo de sol, de lirios, del Palacio Ducal y de Santa Maria del

Fiore[132]», dice. Los nombres le hacen creer que cada lugar que visite será «algo desconocido, diferente en esencia del resto», y se siente decepcionado cuando los visita en realidad. «Magnificaban la idea que me había hecho de ciertos lugares en la superficie del globo, haciéndolos más especiales y, por consiguiente, más reales». En una ocasión, un amigo cumplió el deseo de visitar Mongolia que había albergado toda su vida, y cuando volvió a casa, yo estaba ansioso por que me contase su viaje. «No es más que una aventura horrible», dijo para mi sorpresa. «La auténtica emoción está en tu cabeza: el nombre de la capital, "Ulan Bator"». Nada de lo que había visto en realidad podía estar a la altura de la extraña promesa de aquellas nueve letras. Sacudió la cabeza y dijo de nuevo lentamente: «Ulan Bator…».

«Conseguir que la gente sepa qué tenemos aquí es un reto decisivo», dice Hébert, señalando un mapa lunar soviético de los años cincuenta («¡El único de este hemisferio!») colocado encima de un archivador junto a un mapa en 3-D de Marie Tharp de la Dorsal Mesoatlántica. Dentro del armario hay una fascinante colección de mapas grabados en cuernos de pólvora, incluido uno con un mapa del puerto de La Habana que data de la época de la guerra franco-india. «Mi reto no es conseguir que entren aquí los amantes de los mapas. Es conseguir que vengan los demás, los que ni siquiera saben qué es un mapa».

Pam van Ee, una de las especialistas en historia cartográfica del equipo de John Hébert, me explica que uno de los mayores flujos de visitas de los trabajadores del Congreso se produce a las cuatro de la tarde de los viernes, puesto que los excursionistas de fin de semana recorren la colección en busca de mapas de senderos. Esto me sorprende incluso más que la idea de un congresista que visita la sección de mapas con la única finalidad de averiguar la ubicación de las escuelas públicas de su distrito. Aquí tenemos la colección de mapas más monumental de la historia de la humanidad, una colección que hace que la biblioteca de Alejandría parezca un bibliobús, y la utilizamos para apaciguar a madres de la Asociación de Padres y Profesores y para que los trabajadores del Capitolio puedan visitar las montañas Blue Ridge. Es como desperdiciar unos recursos casi sagrados, como hacer gárgaras con vino de misa. Pero recapacito un momento. Tal vez sea ese el poder de la colección, el hecho de que tanta gente pueda encontrar aquí exactamente lo que busca, sea cual sea su interés. Demuestra, por encima de todo, la versatilidad de los mapas y cómo todos dependemos de ellos de manera diferente.

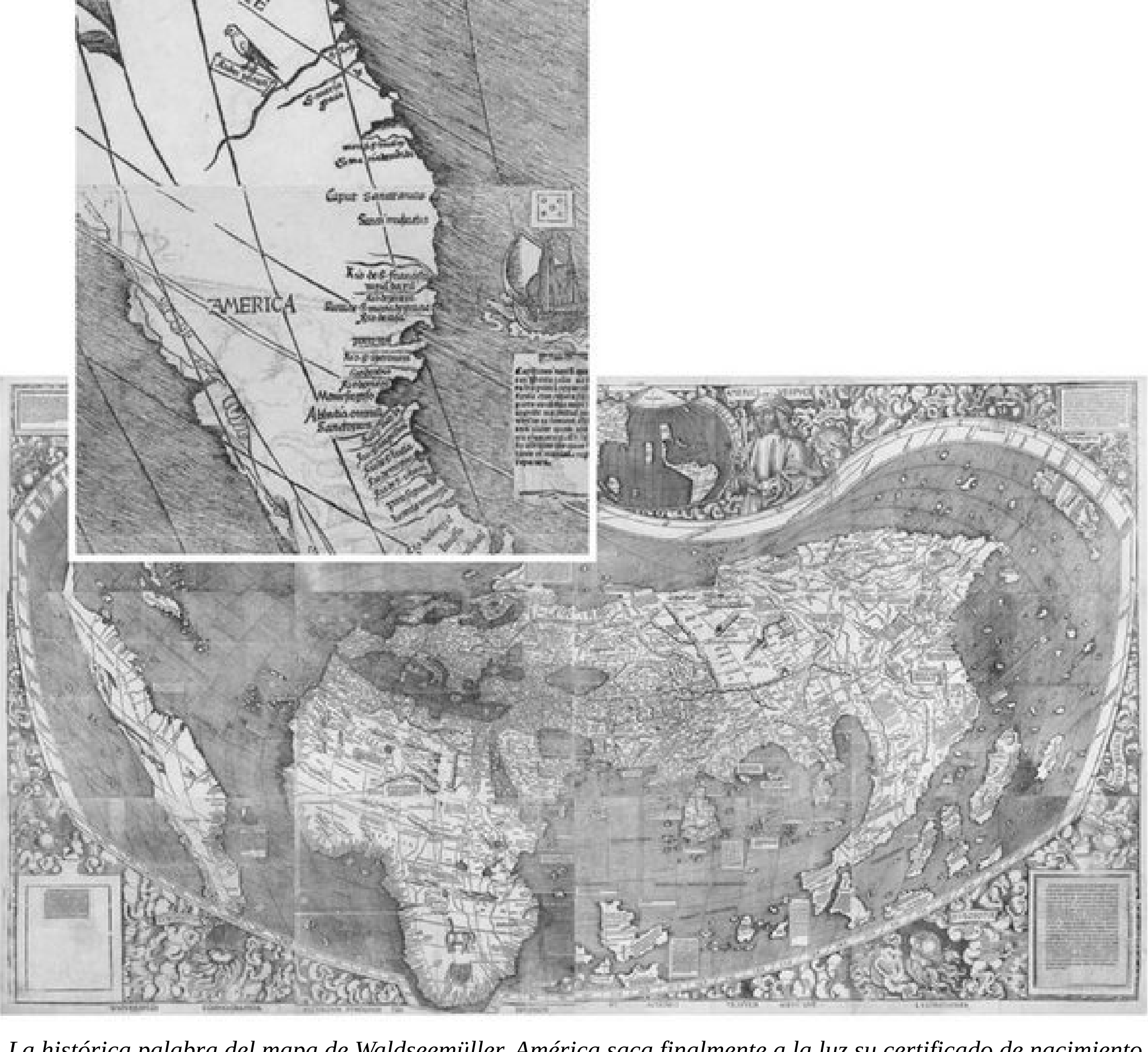
El mayor tesoro cartográfico de la Biblioteca del Congreso se encuentra en realidad en un edificio al norte de la cámara de John Hébert, en la grandiosa galería de exhibiciones del opulento Thomas Jefferson Building. En 2001, la biblioteca le pagó a un príncipe alemán la friolera de 10 millones de dólares (la mitad aportados por el Congreso y la otra mitad por donantes particulares) por la única copia que se conserva de un mapa del mundo de 1507 realizado por un cartógrafo llamado Martin

Waldseemüller.

¿Por qué el llamado mapa Waldseemüller alcanzó un precio casi diez veces superior al alcanzado jamás por cualquier otro mapa en una subasta? En primer lugar, durante siglos se creyó que el mapa se había perdido; de una tirada original de mil ejemplares, parecía que no había sobrevivido ni una sola copia. Algunos geógrafos habían llegado incluso a afirmar que el tan cacareado mapa no había existido nunca. «Ningún mapa perdido ha sido buscado con tanta diligencia como este», proclamó la Royal Geographical Society[133]. «El honor de ser el afortunado descubridor ha sido considerado desde hace mucho tiempo como el mayor premio posible… en el campo de la cartografía antigua».

Ese premio fue por fin reclamado por Joseph Fischer en 1901. El padre Fischer era un jesuita erudito que se encontraba investigando la antigua navegación vikinga cuando se topó con un cuaderno de mapas en la buhardilla de la torre sur del castillo de Wolfegg, cerca de la frontera entre Alemania y Suiza. Mientras pasaba las inmaculadas páginas, Fischer se dio cuenta de que había descubierto un tesoro perdido. El mapa representa un hemisferio oeste dividido en dos continentes, norte y sur, separados por un angosto estrecho y el mar Caribe. Hacia el oeste, hay un vasto océano que separa este nuevo continente de (una versión bastante esquemática de) Asia oriental. Y en la parte norte de la actual Argentina aparecía escrita una palabra profética: «América».

Todas ellas son imágenes familiares en un mapa del mundo actual, pero, en 1507, no eran solo inesperadas; eran revolucionarias. Cristóbal Colón se había ido a la tumba un año antes, convencido aún de que en sus cuatro viajes había visitado las Indias orientales, pero aquí aparecía un enorme continente que se extendía prácticamente de polo a polo entre Europa y Asia. Los europeos no atisbarían el Pacífico a través del istmo de Panamá hasta pasados cinco años; sin embargo, está en el mapa. La costa oeste de Sudamérica todavía no había sido explorada, pero la sencilla representación de Waldseemüller es extraordinariamente precisa en un radio de setenta millas en varios puntos clave, según me explica John Hébert.



La histórica palabra del mapa de Waldseemüller. América saca finalmente a la luz su certificado de nacimiento detallado, demostrando que el continente no nació en Indonesia o Kenia.

No cabe duda de que los académicos estudiarán la destacable verosimilitud del mapa durante años, pero lo que lo convierte en algo histórico y merecedor de fama —y la razón por la cual el Congreso aflojó la friolera de cinco millones para rescatarlo de la torre de su prisión alemana— es la palabra «América» en la parte inferior izquierda. No solo se trata del uso documentado más antiguo del término; el texto que acompañaba al mapa deja claro que, al escudriñarlo, estamos asistiendo a la acuñación de la palabra. «Una cuarta parte del mundo ha sido descubierta por Américo Vespucio», escribió Waldseemüller[134]. «Dado que tanto Asia como África recibieron nombres de mujeres, no veo por qué alguien habría de impedir razonadamente que se la llamase Amerigen —la tierra de Amerigo, como se la

denominó al principio— o América, a partir del nombre de su descubridor, Américo, un hombre de carácter perspicaz».

El biógrafo de Colón, Bartolomé de las Casas, insistía indignado en que el nuevo continente «se tendría que haber llamado Columba» en honor de su *verdadero* descubridor. Pero Vespucio era un tipo diferente de protoamericano, un *showman* dedicado de manera descarada a autopromocionarse. Era un mercader florentino que probablemente merecería ocupar un lugar secundario en la historia de la exploración por haber formado parte de un par de expediciones portuguesas a Brasil. Pero su (sin duda exagerada) narración de esos viajes cautivó a Europa, lo que da testimonio de una máxima publicitaria eterna: el sexo —incluso si escribes sobre él en latín— siempre vende.

A diferencia de los aburridos diarios de Colón autorizados para todos los públicos, las cartas de Vespucio son obsesivas y gráficas sobre el tema de la sexualidad de los nativos. «Son… excesivamente libidinosos», dice lascivamente, «y las mujeres más que los hombres; en aras de la decencia me abstendré de explicar con qué arte satisfacen su desmesurada lujuria[135]». ¡Sin embargo —afortunadamente para nosotros— no se abstiene durante mucho tiempo! «Para nosotros era motivo de asombro que no hubiese entre ellas ninguna que tuviera los pechos caídos, y aquellas que habían tenido hijos no se distinguían de las vírgenes por la forma ni por la reducción de su vientre; y en otras partes de su cuerpo se apreciaban cosas que no mencionaré por pudor. Cuando tenían ocasión de copular con cristianos, empujadas por una lujuria desmedida, se envilecían y se prostituían». ¡Atención, Europa: todas las mujeres caribeñas son *calientes*! ¡Y unas guarras de cuidado!

De las cartas de Vespucio se publicaron no menos de sesenta ediciones; de los diarios de Colón solo veintidós. Por tanto, podría perdonarse que Waldseemüller pensase que Américo era el que merecía llevarse los honores. Al fin y al cabo, Vespucio escribió que la tierra que había visitado (el «Nuevo Mundo», la llamó) «se encuentra rodeada por el océano por todas partes». Los lectores como Waldseemüller tenían la impresión —que resultó ser cierta— de que allí, más allá del horizonte, había un continente nuevo. Puede que el nuevo mapa no llegase nunca a España, que es donde vivió Vespucio hasta su muerte en 1512, así que probablemente murió sin conocer cuál sería su legado. ¡Y menudo legado! Esta estrella del rock del Renacimiento había logrado que se pusiera su nombre al 28% de la Tierra —*durante su vida*—.

Cuando dibujó su mapa, Waldseemüller extendió la proyección cónica utilizada por Ptolomeo en el siglo I a los nuevos confines de la Tierra, por lo que Europa, África y Oriente Próximo están bastante bien, pero Asia oriental y las Américas están distorsionadas, como si se las enfocase a través de un objetivo de ojo de pez. El efecto es curiosamente absorbente a medida que me acerco al mapa; surge de su vitrina para engullirme por todas partes como una alucinación de Hunter S. Thompson. La biblioteca no ha reparado en gastos para su conservación; la vitrina,

construida a imagen de las que albergan la Constitución y la Declaración de Independencia en los Archivos Nacionales, cuesta 320 000 dólares. El mapa se encuentra iluminado por una luz tenue detrás de un cristal de 2,5 centímetros, y en su interior el aire ha sido sustituido por gas argón inerte. En la vitrina está escrito con letras doradas: «Certificado de nacimiento de América».

El eslogan no es únicamente una forma políticamente ingeniosa de recaudar 10 millones de dólares por un solo mapa, sino también una declaración perspicaz sobre los mapas en general. La historia del mundo es una historia tanto de lugares como de personas; ciudades y naciones de origen oscuro cuando no ilegítimo, pero que más tarde alcanzaron su grandeza. El poeta cómico inglés E. C. Bentley observó una vez que «La ciencia de la geografía / Es diferente de la biografía: / La geografía va de planos, / Y la biografía va de paisanos[136]». El mapa de Waldseemüller —de hecho, toda la cámara maravillosa de John Hébert, con sus portulanos, panoramas y cuernos para la pólvora— nos recuerda que la historia va de ambas cosas. Hace que nos preguntemos: si un mapa puede cambiar el mundo, ¿qué pueden hacer cinco millones y medio?

Solo tienen poder si los utilizamos, desde luego. Me pregunto cuántos cajones polvorientos de la Sección de Geografía y Mapas albergarán tesoros ocultos como el que el padre Fischer descubrió en la buhardilla de un castillo alemán. Nunca lo sabremos si nadie mira. Mientras salimos de la exposición de Waldseemüller, nuestras pisadas resuenan en el suelo de mármol. Hoy, la extensa y levemente iluminada galería que alberga el mapa más valioso del mundo, está, a excepción de nosotros, completamente vacía.

Capítulo 5

ALTITUD

altitud. f. *Geom*. Distancia vertical de un punto de la tierra respecto al nivel del mar.

Más delicados que los de los historiadores son los colores de los cartógrafos.
ELIZABETH BISHOP.

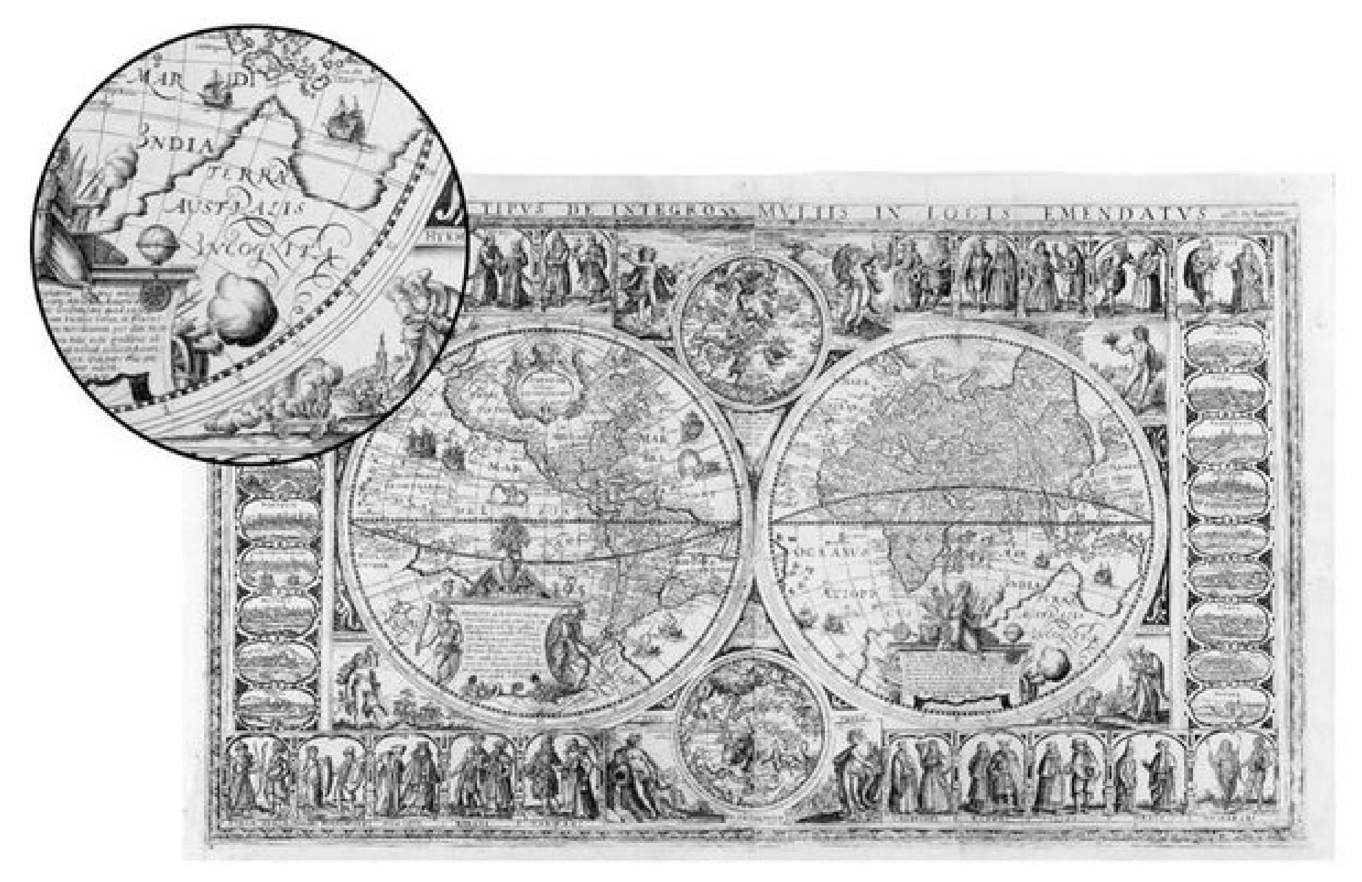
Lowther Lodge, una casa estilo reina Ana con suntuosos tejados y chimeneas, situada justo al sur de Kensington Gardens, en Londres, es desde hace un siglo la sede de la Royal Geographical Society de Gran Bretaña. Esta es la gente que envió a Speke y Burton Nilo arriba y a Scott y Shackleton al Polo Sur. Durante la época del imperio, siempre que un aguerrido británico de grandes bigotes regresaba a Londres tras correr alguna viril aventura en el extranjero, aquí era donde se reunía con sus colegas exploradores, los cuales se pasaban sus souvenirs, examinándolos con admiración a través de sus monóculos. Henry Morton Stanley les legó el salacot que llevaba cuando encontró a Livingstone. Tienen el sextante de bolsillo de Charles Darwin y las botellas de oxígeno de Edmund Hillary.

Normalmente, la sede de la sociedad no es accesible para quienes no son miembros de la misma, pero hoy las salas están llenas de gente. Durante los últimos tres años, la Royal Geographical Society ha sido la sede de la Feria Cartográfica de Londres, el mayor evento de Europa en el que comprar y vender mapas antiguos. Treinta y cinco vendedores exponen aquí sus tesoros cartográficos, procedentes de ambos lados del canal de la Mancha y de ambos lados del Atlántico: Atenas, Berlín, Nueva York, San Diego, Roma. Sobre las chirriantes tablas de madera del suelo del edificio victoriano se alinean mesas plegables y puestos improvisados, cubiertos todos ellos de miles y miles de mapas protegidos por fundas de plástico. Las muestras más coloridas cuelgan de las paredes sin seguir un orden concreto: la Australia continental se acerca a África Occidental y las islas Malvinas pueden verse a poca distancia de la costa de Francia.

El en su día desconocido pasatiempo de coleccionar mapas se ha convertido en los últimos treinta años en un gran negocio. Se espera que este fin de semana las ventas asciendan a 750 000 dólares, cifra récord de la feria[137]. «Hoy hay más *sociedades* cartográficas que coleccionistas de mapas cuando empecé», dice el vendedor de mapas de Chicago Ken Nebenzahl. Sin duda, los compradores que hay hoy aquí forman un grupo variopinto. Muchos son un ejemplo del típico coleccionista privado: mediana edad, hombre, con gafas, silencioso, tal vez un poco «obsesivo», por así decirlo. (Es un soleado día de junio, así que los fanáticos, al no llevar la prenda de vestir del mismo nombre, son un poco más difíciles de identificar)[138].

Pero también está el moderno con la cabeza rapada, camiseta de Eels y un enorme caniche marrón sujeto por una correa, por no mencionar a la glamurosa señora francesa con perlas, bolso Louis Vuitton y un bebé en un cochecito, que deambulan entre las pilas de mapas que se venden en las tiendas de Nueva York. Al primero lo califico mentalmente como un visitante curioso (este año la feria se ha publicitado ampliamente entre el público en general) y a la segunda como una muestra de las recientes incorporaciones a la escena cartográfica: el comprador rico y desconocedor del tema. Algunos van de intelectuales y se han subido al carro ahora que los mapas son antigüedades que están de moda o una posible inversión; otros están decorando un nuevo apartamento y creen que los mapas son bonitos. («¿Ese es un mapa de Borgoña de Ortelius de 1584? Me llevo tres. ¿Lo tiene en azul?»). Los vendedores de mapas a menudo sitúan sus tiendas cerca de mecas del turismo, y viven o mueren dependiendo de los compradores impulsivos, los cuales pagan cifras exorbitantes incluso por mapas históricamente irrelevantes siempre y cuando estén bien acabados y enmarcados y hagan juego con el sofá. Los coleccionistas, por su parte, desprecian a los desconocedores: *en realidad* no les importan los mapas, únicamente hacen subir los precios.

Pero Ian Harvey, encargado del puesto de la International Map Collectors' Society, no les culpa. «Si estás decorando, los mapas son, de largo, más baratos que los cuadros», dice. A diferencia de lo que sucede en el mundo del arte, los coleccionistas de mapas pueden encontrar bellas obras de los siglos XVII o XVIII por tan solo algunos cientos de dólares, mucho más que hace algunas décadas, pero todavía asequibles. De hecho, los mapas más atractivos son en ocasiones los más económicos. Eran populares, así que se realizaron muchas ediciones. «Los más raros son los deteriorados», dice Harvey. «Solo hay cuatro en el mundo, pero son feos». Los folletos de la feria alardean de que los precios de los mapas en venta van desde 10 hasta 100 000 libras, y no se trata simplemente de bombo publicitario. Muchos vendedores han traído cajas de cartón llenas de pequeños mapas a cinco y diez libras para que hurguen en ellas los buscadores de recuerdos, como si se tratase de discos de vinilo en un mercadillo. Massimo De Martini, de la Galería Altea, uno de los organizadores de la feria, ha traído el único artículo de seis cifras que veo a la venta: un impecable mapamundi de 1670 de Willem Blaeu, sin colorear y poco interesante para los ojos inexpertos. Me sorprende un poco cómo se trata aquí la mercancía de primera clase: este mapa cuesta tanto como un Bentley, pero está colgado con indiferencia en un rincón del stand de Altea entre otras docenas de mapas, como en un tenderete de Covent Garden.



Una copia italiana única en su especie del famoso mapamundi de Willem Blaeu valorada en 150 000 dólares. Fíjate en Terra Australis *en la parte inferior derecha, inexistente, pero, a pesar de todo, dibujada con un tamaño que hace que Eurasia y África juntas parezcan pequeñas.*

Me aproximo al Blaeu y estudio sus hemisferios atentamente, como si en algún lugar de su apretado texto se escondiese el secreto de por qué iba alguien a pagar 150 000 dólares por un viejo mapa. Conozco la respuesta evidente. Porque es excepcional y ya no se hacen mapas del siglo XVII, pero no me entra en la cabeza esa clase de amor por los mapas.

Yo me convertí en un amante de los mapas por su fidelidad, su exactitud, su fiable sentido del orden; cualidades todas ellas que brillan por su ausencia en estas antigüedades.

«¿Por qué mapas viejos?», le pregunto a Jonathan Potter, un veterano vendedor de mapas londinense al frente del puesto más grande de la feria. Potter anunció recientemente que se retiraba del mundo de la cartografía y ha puesto a la venta su prodigiosa colección, valorada en más de seis millones de dólares. Ríe, como si le hubiera sorprendido con una pregunta demasiado difícil de responder. «Bien, combinan todas las facetas del arte, historia, escasez, antigüedad, interés intrínseco; todo a la vez. No hay muchas cosas que tengan todo eso».

La antigüedad y la importancia histórica de estos mapas están sin duda detrás de

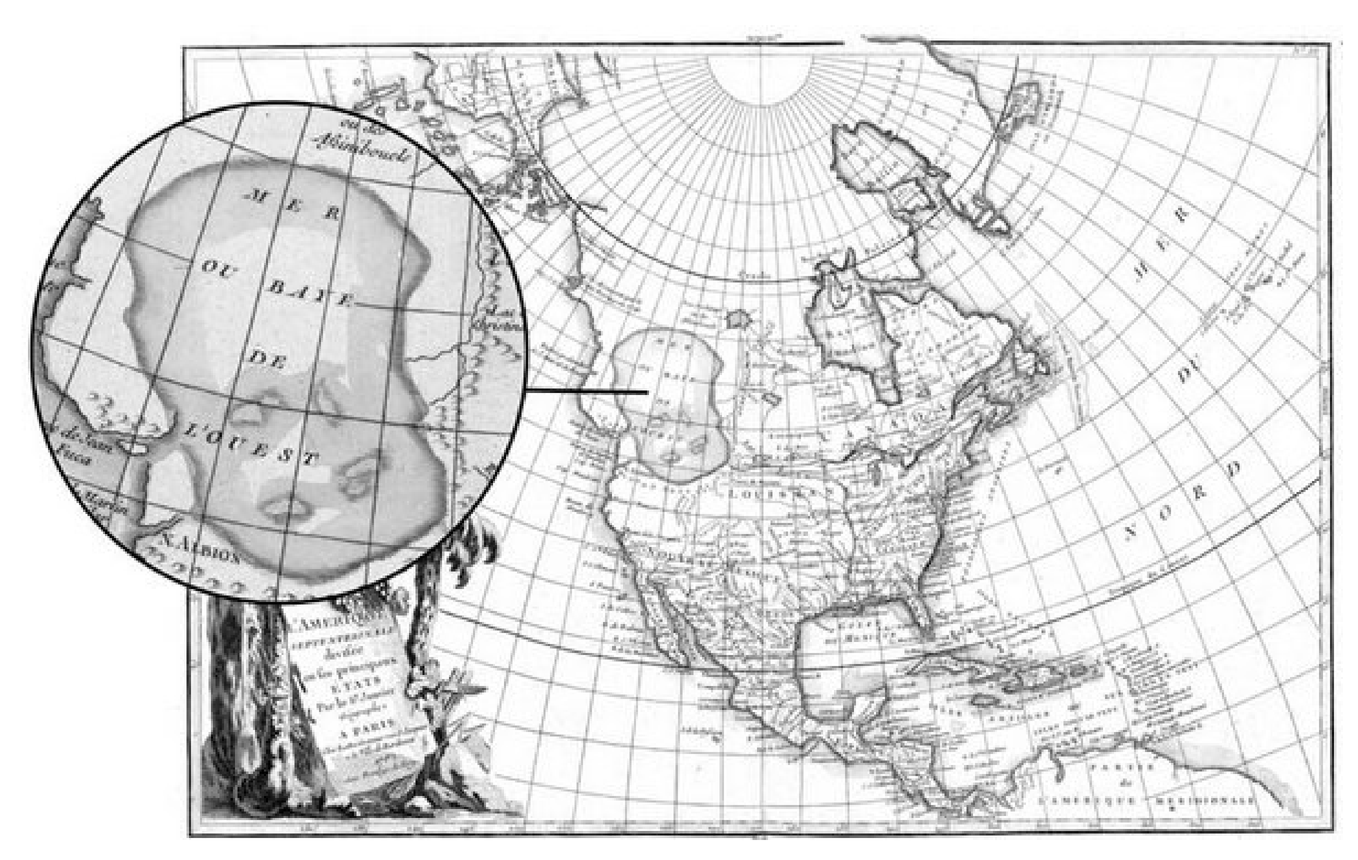
su popularidad. Los coleccionistas de mapas tienden a especializarse en un ámbito concreto: coleccionan únicamente mapas de Australia, por ejemplo, o de Escandinavia o de Texas. Y no se limitan a *acumular* como un hombre con un ovillo gigante en su desván; se convierten en autoridades académicas en su especialidad y estudian minuciosamente la época y la zona de la que proceden los mapas. El libro definitivo sobre irritantes temas cartográficos suele estar escrito no por un conservador o un profesor universitario, sino por algún aficionado entusiasta. En otras palabras, los coleccionistas de mapas son aficionados a la historia, y a menudo tienen mucho dinero. Los mapas más valiosos del mundo no son necesariamente los bonitos, sino más bien los que, como el Waldseemüller valorado en 10 millones de dólares de la Biblioteca del Congreso, cambiaron la historia de algún modo. En febrero de 2010, una casa de subastas de Maine vendió un mapa del sitio de Yorktown por 1,15 millones de dólares, cantidad récord pagada por un mapa en una subasta. El mapa está arrugado, dibujado de manera un tanto tosca, y no es especialmente colorido, pero eso no importa demasiado cuando descubres que era la copia personal de George Washington de su victoria más importante.

Pero no son únicamente los fríos datos históricos los que proporcionan encanto a los mapas antiguos. La mayoría de los mapas del mercado son, si lo piensas, relativamente recientes. Casi ninguno tiene más de 500 años, un breve instante en el transcurso del tiempo. Con todo, los mapas antiguos se nos presentan envueltos en un aura de lejano misterio y romance exageradamente desproporcionada respecto a su época real. Su manchado pergamino es del color rojizo de la arenisca y las vendas de las momias. Sus novedosas y ligeramente poco fidedignas costas parecen proceder de otro mundo: la Atlántida, tal vez, o el antiguo Mu. No son únicamente artefactos, son reliquias. National Geographic desveló recientemente una versión en «tono tierra» de su mapamundi estándar, basada en el tono descolorido de las viejas cartas de navegación. Concebido como una novedad, actualmente se vende más que la versión clásica azul que suele encontrarse en las aulas. El mensaje es claro: esperamos que nuestros mapas estén actualizados al minuto, pero también nos gusta que parezcan venerables.

Al estudiar el mapamundi Blaeu de seis cifras en el stand de Altea, mi vista se ve atraída inmediatamente hacia las partes que no son correctas, igual que, durante una conversación, te sientes incómodamente incapaz de dejar de mirar fijamente una verruga o una cicatriz. Australia está unida a Nueva Guinea y se extiende en dirección sur hacia el polo, formando una masa de tierra mayor que Asia a la que el cartógrafo denominó «Terra Australis Incognita». Una amplia franja imaginaria que atraviesa Canadá, el llamado estrecho de Anián, ofrece una ruta septentrional entre el Atlántico y Asia, el mítico «Paso del Noroeste» en cuya búsqueda perdieron la vida muchos europeos.

Pero, para el coleccionista, no son verrugas. El tiempo ha liberado a los mapas antiguos de los grilletes de tener que servir como objetos de referencia, así que sus

errores son muy valorados por los coleccionistas, del mismo modo que un error de impresión puede añadir uno o dos ceros al valor de un sello. Los catálogos de los comerciantes enumeran cuidadosamente estas pequeñas peculiaridades como algo que hace aumentar considerablemente su valor. «California aparece como una isla», dice la descripción de Altea de un mapa cercano del «Nuevo Mundo[139]». O «Australia está unida a Tasmania», o «los Grandes Lagos están abiertos por el oeste». Me siento un tanto alarmado al descubrir que, si miras la mayoría de los mapas franceses del siglo XVIII, mi Seattle natal está bajo el agua, formando parte de una inmensa «bahía del Oeste» forjada aparentemente por el océano Pacífico en Washington, Oregón, Idaho, Columbia Británica y Alberta.



Jean Janvier incluyó la «Baye de l'Ouest» en su mapa de Norteamérica de 1782. Puede que el noroeste del Pacífico sea húmedo, pero no tanto.

¿Por qué pagar más por un mapa equivocado? En parte se debe únicamente a su valor como algo novedoso: un mapa en el que California flota en medio del Pacífico es un excelente tema de conversación en un salón de Los Ángeles. Sin embargo, también es un encantador recordatorio de la imperfección y la ignorancia humanas. Nos recuerda que los mapas nunca son totalmente fiables, no deben confundirse nunca con el territorio real. Una vez dibujada en un mapa, una extravagante invención como la «bahía del Oeste» puede propagarse durante décadas como un virus en mapas posteriores, apareciendo incluso después de que las exploraciones hayan corregido la pifia original. La minúscula isla con forma de hoz de Mayda

apareció por primera vez en mapas del siglo XVI justo al suroeste de Irlanda; a medida que los océanos se fueron cartografiando más cuidadosamente, se fue moviendo gradualmente en dirección oeste, hacia las Bermudas. Sorprendentemente, permaneció así cuatrocientos años, haciendo su aparición final en el mapa de Rand McNally de 1906[140][141]. ¡Las montañas de Kong, una cordillera imaginaria de África Occidental, aparecieron en el *Goode's World Atlas* aún en 1995[142]!

El extraño movimiento hacia el oeste de Mayda no es inusual en los anales de las erratas cartográficas. Las asombrosas locuras de los viejos mapas siempre son empujadas hacia el borde del papel a medida que pasa el tiempo. El jardín del Edén empezó en Asia Menor y fue moviéndose hacia el horizonte hasta acabar totalmente fuera del mapa. Originariamente, se creía que las legendarias Siete Ciudades de Oro estaban situadas en una isla del Atlántico Norte[143], antes de ser reubicadas en las llanuras americanas para acabar finalmente en el Suroeste. Uno no puede más que admirar la obstinada confianza del cartógrafo, el cual no se dejaba nunca intimidar por las evidencias del mundo real. «Vale, así que nadie que haya ido a Turquía ha logrado encontrar el Edén donde lo dibujamos en el último mapa. Bueno, tiene que estar por ahí… ¿qué tal en Armenia? ¿Os parece bien Armenia? De acuerdo entonces». Es fácil ver este proceso como una metáfora de la todopoderosa razón que erradica la superstición del centro del pensamiento humano, echándola al cubo de basura de la historia, o si eres un poco más sentimental, de la tragedia de los sueños malogrados y la invención. Según esa escuela de pensamiento, la fulminante desaparición de Mayda del Atlántico Norte en 1906 equivaldría a la desilusión de un niño al reconocer a su padre bajo la barba de Papá Noel o a la luz de Campanilla apagándose porque el público se niega a aplaudir. En el caso de las Siete Ciudades de Oro —un ideal que se va desvaneciendo al pasar la frontera de la civilización hasta situarse en la parte más desolada e inhóspita del desierto— se podría incluso trazar un paralelismo con las interminables reubicaciones de los pueblos nativos a medida que los europeos avanzaban por el planeta.

Puede que esos viejos mapas parezcan tener más personalidad porque se atribuyen a personalidades reales. Esencialmente, los mapas modernos no tienen ningún origen: simplemente surgen —totalmente formados, como si procediesen de la mente de Zeus— en las pantallas de los ordenadores y en las mesas de liquidación de las cadenas de librerías. Son mapas de *algo* —la Toscana, la Antártida o Filadelfia— pero no de *alguien*. Como mucho, un entendido puede echar una ojeada a un atlas e identificar su origen editorial —Goode's, Hammond, Oxford University Press— a partir de la tipografía y de los colores, pero seguimos sin saber ni imaginar nada de las manos que lo elaboraron. Hoy en día podemos suponer (hasta cierto punto con razón) que en realidad no fue preparado por *ningunas* manos —que, en lugar de por hombres cuidadosos con gafas verdes dibujando con aerógrafo en su mesa de trabajo y grabando láminas de acetato con una plumilla, el mapa fue inmaculadamente concebido por la base de datos de un SIG. En cambio, los mapas de esta feria están

hechos *por alguien*. El nombre del cartógrafo aparece en grandes letras en cada cartel y al principio de cada entrada de catálogo: Pieter Goos, Nicolas de Fer, Thomas Kitchin. Nunca he oído hablar de esas personas; me suenan a los nombres falsos de los pasaportes de Jason Bourne. Sin embargo, el nombre del autor del mapa —Speed, Ortelius o Mercator— permite al vendedor aumentar el precio considerablemente. Es la teoría de autor de la cartografía. Recuerda a una época en la que los cartógrafos dejaban las huellas de sus dedos en los mapas, y hay que ser un entendido para distinguir a los artesanos de los verdaderos artistas. Por muy importantes que fueran en su campo, ninguno de esos cartógrafos adquirió notoriedad (a excepción tal vez de Gerardus «Eh, señoras, ¿les gustaría venir y echar una ojeada a mi proyección?». Mercator), pero en esta sala están los Maestros Antiguos: los Da Vinci, Rembrandt y Van Gogh de los coleccionistas de mapas.

Los antiguos cartógrafos merecen toda esta atención. Hoy estamos tan rodeados de mapas de calidad que tendemos a considerarlos algo normal. ¡Bueno, claro que mi tierra natal es así! Mírala, aquí está en Google Earth. Tal vez podamos recordar o imaginar una época en la que no había imágenes aéreas ni radares aerotransportados o GPS, pero hace 250 años, antes de que John Harrison inventase el cronómetro marino, los navegantes no disponían siquiera de una forma fiable de medir la longitud. Pensemos en eso un momento: la mejor tecnología de la Tierra no podía decirnos a qué longitud este u oeste nos encontrábamos en un momento dado. Eso es un pequeño obstáculo a la hora de dibujar un mapa fiable. Cuando Ptolomeo cartografió el mundo conocido en el siglo II, tuvo que basarse en narraciones orales y en una serie de suposiciones matemáticas aproximadas para calcular las distancias entre este y oeste. Como resultado de ello, alargó drásticamente el Mediterráneo haciendo que fuera la mitad de ancho de lo que es en realidad. Transcurrió un milenio sin que su método se mejorase, así que Colón se basó en la confusa matemática de Ptolomeo para calcular la distancia de su viaje a las Indias[144]. Estaba a unas diez mil millas de distancia y tuvo la gran suerte de que un enorme continente se interpusiera en su camino, pues de lo contrario nunca se habría vuelto a oír hablar de él.

Sin las modernas herramientas cartográficas, la escala puede resultar engañosa. Francis Billington era un adolescente cuando su familia desembarcó en Plymouth Rock en 1620, y los documentos de la época lo describen como el Bart Simpson de la colonia, un incorregible delincuente juvenil. Casi hizo volar por los aires el *Mayflower* en el puerto al disparar el mosquete de su padre dentro de un camarote en el que se almacenaban sílex y pólvora[145]. El 8 de enero del año siguiente, Francis se encaramó a un árbol de una colina cercana y se sorprendió al ver «un enorme mar» a cinco kilómetros de distancia. Este descubrimiento provocó gran emoción entre los colonos —¿podía tratarse del famoso Paso del Noroeste?—, pero cuando el ancho «mar de Billington» (como todavía se le conoce) fue explorado, resultó ser un estanque de tan solo dos metros de profundidad[146]. Ups.

Cuando soldados como Zebulon Pike y Stephen Long exploraron por primera vez

las elevadas llanuras de Kansas y Nebraska, pensaron que la región era «totalmente inapropiada para el cultivo y, por supuesto, inhabitable». Pike escribió que las llanuras «con el tiempo serían célebres como los áridos desiertos de África», y el mapa de Long llegó incluso a calificar a la zona como «el gran desierto americano[147]». En consecuencia, las llanuras se consideraron carentes de valor, y los colonos las evitaron durante décadas. Resulta que la visita de los exploradores había tenido lugar durante un periodo de sequía, y evidentemente no tenían ni idea de los vastos acuíferos subterráneos que hacían que la zona fuera ideal para la agricultura de regadío. Actualmente, la misma región es conocida como «el granero de América».

Si menciono estos errores, no es para desacreditar a los antiguos cartógrafos, sino para mostrar a qué se enfrentaban: escribían las primeras informaciones de cada cosa que veían. Su horizonte estaba a tan solo cinco kilómetros, y no tenían forma de traspasar los límites de su propio punto de vista. Hay que tener en cuenta el laborioso proceso que suponía realizar la primera exploración de una región utilizando la tecnología del siglo XVIII o XIX. En primer lugar, había que establecer una línea base: una distancia exacta entre dos puntos. Hoy en día eso se hace mediante láser; se mide el tiempo que tarda la luz en reflejarse en un prisma y, en cuestión de segundos, tenemos la distancia. Sin embargo, en aquella época implicaba recorrer el terreno pulgada a pulgada con una cadena de 20 metros, moviéndola como un árbitro de fútbol cada vez que se extendía por completo y poniendo siempre el máximo cuidado en mantenerla recta y a una altura constante (sobre caballetes de madera si era necesario). Trazar una sola línea de 11 kilómetros podía tardar semanas.

Y *entonces* empezaba realmente la diversión. Desde ambos extremos de la línea base se utilizaba un voluminoso instrumento llamado teodolito para medir el ángulo de un único punto —tal vez la cima de una colina, o el campanario de una iglesia lejana—. Con un poco de trigonometría básica, utilizando la longitud de la línea base y los dos ángulos se calculan las distancias que van de cada extremo al tercer punto. ¡Muy bien! ¡Acabas de delimitar un único triángulo! Ahora cogemos uno de los extremos y el nuevo punto de referencia, y hacemos de esa distancia la línea base de un segundo triángulo, y de uno de los lados de ese triángulo la base de un tercero, y así sucesivamente. Por favor, no te vueles los sesos si te digo que la Gran Medición Trigonométrica que cartografió la India Británica hace dos siglos necesitó de más de *cuarenta mil triángulos* y que un proyecto que debía durar cinco años se prolongó ochenta[148][149][150].

La medición india fue una tarea ímproba. Este tipo de triangulación ya es bastante difícil si estás cartografiando, pongamos, Devonshire. Resulta casi inconcebible en un subcontinente con selvas frondosas y las montañas más altas del mundo[151], donde las lluvias torrenciales podían interrumpir el proceso durante meses y había que sustituir constantemente a los topógrafos muertos a causa de la malaria. Donde no había puntos de referencia visibles en que fijarse se construían destartalados andamios de bambú, y muchos de los señalizadores situados en ellos caían y se

mataban[152]. James Rennell[153], el «padre de la geografía india», casi perdió la vida en la frontera con Bután en 1776 cuando su pequeño grupo de cipayos fue atacado por cientos de faquires sanniasis, los cuales habían estado sembrando el terror en los pueblos de la zona. Armado únicamente con un alfanje, Rennell avanzó a través de dos líneas de bandidos y volvió a rastras al campamento británico, sangrando copiosamente por al menos cinco heridas de espada, una de ellas de más de 30 centímetros. El médico más cercano estaba a casi 500 kilómetros, pero, de algún modo, Rennell se aferró a la vida, aunque después de sobrevivir al ataque nunca volvió a ser el mismo. Todavía más destacable es la historia de Nain Singh, el maestro de escuela butanés que pasó casi diez años explorando el «techo del mundo» del Himalaya para los británicos[154]. El acceso al Tíbet estaba prohibido a los occidentales bajo pena de muerte, pero Singh pudo atravesar la frontera clandestinamente y recorrer el camino de 800 kilómetros hasta Lhasa, donde se encontró con el Dalai Lama en persona. La rueda de plegaria budista de Singh tenía un compartimento para notas y una brújula; su rosario había sido manipulado para que pudiese utilizar las cuentas para contar sus pasos. En todos los lugares en que se detenía, utilizaba secretamente su sextante para determinar la latitud y ponía agua a hervir en una olla para medir la altitud. Aunque solo recibía veinte rupias al mes por todos sus esfuerzos, sus medidas constituyeron la base de los únicos mapas del Tíbet disponibles durante los cincuenta años siguientes. En 1877, la Royal Geographical Society le galardonó con la prestigiosa medalla Victoria «por haber contribuido a nuestro conocimiento positivo del mapa de Asia más que ningún otro individuo de nuestra época[155]».

Hoy en día, los coleccionistas de mapas son probablemente las únicas personas que pueden mirar un mapa y seguir viendo en él el heroísmo, el sacrificio —y a veces la sangre— empleados en su realización. No hay mejor sitio que la Royal Geographical Society para contemplar la cara humana de la cartografía. En el salón principal de la sociedad, el retrato pintado por John Singer Sargent de lord Curzon, explorador de Asia y virrey de la India, me observa serenamente desde su puesto sobre la gran chimenea de mármol. Detrás de mí hay una compleja reproducción a escala del *Discovery*, uno de los últimos barcos de madera de tres mástiles construidos en Gran Bretaña, el cual llevó en 1901 a Scott y Shackleton a la Antártida, continente del que, a la postre, ninguno de los dos regresaría vivo. A mi derecha hay un extraño óleo de Richard Francis Burton, iluminado en la oscuridad, acurrucado bajo una manta sobre el sucio suelo. El escenario puede ser una callejuela de La Meca o una celda, pero, sea lo que sea, mientras Burton mira fijamente con recelo al espectador, da la impresión de que preferiría estar en cualquier otro lugar.

Hay una curiosa desconexión entre los curtidos aventureros pintados en los cuadros y los hombrecillos apocados que recorren las salas y observan los mapas. Sin embargo, pensándolo bien, ¿es realmente tan grande la separación? Todo el valor demostrado bajo el sudor tropical en las mediciones indias estaba al servicio de la

trigonometría; es difícil ser más rarito. Eratóstenes, el cartógrafo que fue el primer hombre en medir con precisión el tamaño de la Tierra, era un *bibliotecario*. Los grandes marinos de la era de las exploraciones, a pesar de todas sus proezas navales, nunca habrían dejado sus casas de no haber sido también fanáticos de los mapas: Colón grababa mapas en la imprenta de su hermano en Lisboa («Dios me ha concedido el don del ingenio y la habilidad manual para dibujar esferas e inscribir en ellas los lugares, ciudades, ríos, montañas, islas y puertos correctos», escribió en una ocasión al rey de España[156]), y Vespucio era coleccionista de mapas desde su juventud[157]. Pensamos en la labor de los pioneros como una empresa propia de hombres duros y musculosos, pero en ella subyace algo de soledad y obsesión. ¿Qué es la exploración sino el impulso de ir a algún lugar en el que no hay nadie; donde, de hecho, *nadie* ha estado nunca?

En la pared de al lado de lord Curzon, Mindy señala una fotografía del *actual* presidente de la Royal Geographical Society. «¿Es una broma?», pregunta incrédula. No es otro que Michael Palin, de los Monty Python, el cual, le explico a Mindy, en los últimos años se ha convertido en un respetado trotamundos y documentalista de viajes. Es tan influyente que la industria turística habla de un «efecto Palin», un repentino flujo de turistas que llega a cualquier destino de los que aparecen en su programa de televisión[158]. Supongo que esto certifica la superposición de raro y explorador: si un icono de los obsesos raritos como Monty Python puede hacerse cargo de la Royal Geographical Society, entonces la exploración no es solamente algo propio de atletas y probablemente nunca lo fue. Sin embargo, Mindy no puede parar de reír ante la idea de que el «K-K-K-Ken» de *Un pez llamado Wanda* haya sido puesto al mando de la geografía británica. Supongo que entiendo su punto de vista; sería como si un inglés viniera a Estados Unidos y descubriese que William Shatner dirige la NASA.

Los mapas actualmente valiosos de la era del descubrimiento hicieron del mundo un lugar mucho mayor, pero el mundo del coleccionismo de mapas es en sí muy pequeño. «Es una subcultura minúscula», dice el vendedor neoyorquino Henry Taliaferro. «Yo soy un experto en mapas raros, pero decir que eres el mayor experto en mapas raros es como decir que eres el mejor bailarín de ballet de Galveston, Texas». Es un mundo aislado y endogámico en el que todos se conocen. Los vendedores venden mapas a los coleccionistas, pero puede que posteriormente se los recompren cuando un coleccionista se retira o decide perfeccionar su colección, y vuelve a vendérselos a otro. (Muchos de los mejores mapas expuestos hoy aquí pertenecen a coleccionistas particulares que han encomendado su venta). Los vendedores también venden a museos y bibliotecas; Nikolaus Struck, un tratante de mapas de Berlín, me cuenta que se gana la vida principalmente vendiendo a comisarios de museos. Por esta razón, las principales ferias cartográficas anuales —

Londres, Miami, París— son acontecimientos tan importantes: además de mercados son simposios, una oportunidad para que los colegas se reúnan e intercambien historias. «Por la noche salimos juntos a cenar y a tomar una copa», dice Massimo De Martini.

Pero ese mundo íntimo está cambiando. «Internet lo ha transformado todo», dice Paul Cohen, socio de Taliaferro. «Antes, los vendedores tenían un especial conocimiento». De hecho, muchos de ellos podían ganarse la vida como creadores de tendencias, guiando a una pequeña pero selecta clientela a través del complejo mundo de los grabados y los cartuchos. Actualmente, la balanza del poder se ha inclinado hacia el coleccionista: puedo entrar en Internet y comparar los catálogos de docenas de anticuarios. Ahora existen guías de precios y de estado de conservación. Resulta difícil ver esta proliferación de información como un problema, pero para los vendedores, acostumbrados como estaban a su posición de guardianes de la tradición cartográfica, es un trago amargo. «Antes los coleccionistas eran fieles», suspira Cohen.

Esa exclusividad hizo del mundo de los mapas raros un mundo lleno de secretismo, y los hábitos arraigados son difíciles de eliminar, como puedo comprobar cada vez que le digo a alguien del mundillo que estoy escribiendo un libro sobre mapas. Las historias se vuelven tan imprecisas como la costa suramericana en un mapa de Sebastian Münster; los labios se fruncen formando una única línea de latitud. Los comerciantes que tratan con coleccionistas adinerados no quieren que los vendedores rivales descubran su gallina de los huevos de oro y viceversa. Los coleccionistas no quieren que se conozca su particular lista de santos griales, por miedo a que se les presupuesten precios más altos cuando uno salga a la venta. Ni siquiera quieren que se sepa lo que ya tienen, y probablemente yo tampoco querría si tuviese piezas colgadas en mi estudio que cuestan más que mi primera casa. Especialmente si no estuvieran todas aseguradas. «Es casi como la relación confidencial entre un psiquiatra y su paciente», explica Cohen con total seriedad. «Lo que puedo decir es limitado, como alguien que ha sido acusado de un delito».

Al principio, esta reticencia me sorprende; según mi experiencia, el principal problema a la hora de conversar con los aficionados a un hobby es conseguir que *dejen de hablar* de su peculiar pasatiempo. No obstante, el saber cartográfico se ha guardado siempre con gran secretismo. En 1504, el rey Manuel I de Portugal decretó que a todo aquel que abandonase su reino con un mapa de Portugal se le aplicaría la pena de muerte[159]. Lo hizo por la misma razón que los vendedores de mapas mantienen hoy en día la boca cerrada sobre sus clientes: para proteger un monopolio comercial. El equivalente geopolítico de la carrera espacial en aquel momento era la «carrera especial» de la canela, la pimienta y la nuez moscada de Asia, y Vasco da Gama acababa de conceder a Portugal una ventaja decisiva al cartografiar una ruta marítima a India. Impedir que España se enterase de sus descubrimientos era un tema crucial de seguridad nacional. Del mismo modo, hasta los albores de la *glásnost* en

1988, el KGB estaba encargado de asegurarse de que básicamente cada detalle de cada mapa de la Unión Soviética accesible al público fuera incorrecto. «Prácticamente todo estaba cambiado», dijo el cartógrafo jefe Viktor Yashchenko[160]. «En el mapa turístico de Moscú, únicamente los contornos de la capital son precisos». Los visitantes de la ciudad dependían siempre del mapa de Moscú de la CIA, el único en que aparecían correctamente las calles.

Tal vez pienses que los mapas falsificados son una reliquia de la Guerra Fría que no podría jamás sobrevivir en la era de la fotografía por satélite, pero te equivocarías. Durante la mayor parte de la década que mi familia pasó en Seúl, vivimos a menos de un kilómetro y medio del cuartel de Yongsan, la mayor instalación militar de Estados Unidos de la península de Corea. Yongsan es una bulliciosa ciudad en miniatura en la que viven más de siete mil soldados destinados en Seúl. Mis familiares no eran militares, pero muchos de los padres de mis amigos sí lo eran, y mi madre trabajaba en el instituto de la base, así que yo pasaba allí más tiempo que muchos miembros del ejército. Hoy, cuando miro mapas de Yongsan en Google Earth, muy pocas cosas han cambiado: puedo ver los barracones, la bolera, la capilla donde di un recital de piano cuando iba a sexto curso, la pista de tenis donde mi grupo de boy scouts vendía árboles de Navidad. Pero si introduzco las mismas coordenadas en Naver, con mucha diferencia el motor de búsqueda más popular de Corea del Sur, mi infancia ha sido borrada. El contorno de la base militar ha sido llenado cuidadosamente con imágenes de montañas boscosas, indudablemente por razones de seguridad impuestas por el gobierno. Hay un páramo inexplorado de 620 acres situado de forma incongruente en medio de una de las ciudades más densamente pobladas del mundo[161], una mentira tan enormemente evidente como la ocultación de las líneas ferroviarias de la época soviética.

Pero la ventaja competitiva no es la única razón por la cual los vendedores de mapas antiguos se muestran hoy en día recelosos frente a las personas ajenas a su mundo. Recientemente, ha habido una oleada de interés por parte de los medios de comunicación en su pequeña y silenciosa comunidad, pero nadie da cobertura a las controversias normales del mundo de la cartografía: si es conveniente para los coleccionistas añadir nuevos colores a los contornos de los mapas sin colorear, por ejemplo, o si los «mapas de Dieppe» de 1547 aportan pruebas de que los portugueses fueron los primeros en desembarcar en Australia. Por el contrario, los artículos han sido escritos por periodistas de sucesos, ya que, recientemente, una serie de importantes robos de mapas han hecho tambalear los cimientos del comercio cartográfico. Han desaparecido mapas de bibliotecas de Madrid a Mumbai, pero el caso más notorio de todos es, con mucha diferencia, el de E. Forbes Smiley III[162].

Smiley era uno de los tratantes de mapas más conocidos del mundo, pero si su nombre suena al de un millonario de una telecomedia no es por casualidad. A decir de todos, este descendiente de una familia de clase media de New Hampshire adoptaba una cuidada imagen de niño pijo —«hasta llevaba zapatos náuticos sin calcetines»,

dijo un tratante de mapas— con el fin de transmitir credibilidad y buen gusto a sus adinerados clientes. Había ayudado a crear algunas de las mejores colecciones de mapas americanos coloniales jamás reunidas, y ocupaba un cargo en el comité de dirección de la Mercator Society de la Biblioteca Pública de Nueva York. La mañana del 8 de junio de 2005, Smiley estaba sentado ante cuatro valiosos libros de mapas en la sala de lectura de la Biblioteca Beinecke de libros raros y manuscritos de Yale cuando un empleado encontró en el suelo junto a él una navaja de precisión X-Acto. Una pequeña cuchilla en una biblioteca universitaria es una bandera roja; recientemente un *best-seller* había contado la historia de Gilbert Bland, el vendedor de mapas de Florida que había usado un cuchillito para recortar valiosos mapas y grabados de libros antiguos de bibliotecas de costa a costa. Tras enterarse de que Smiley había estado mirando mapas singulares y que algunos de los mapas que había estado examinando recientemente en la Biblioteca Sterling de Yale habían desaparecido, los bibliotecarios empezaron a grabarle e hicieron que la policía del campus le siguiera al abandonar el edificio. Cuando los detectives lo detuvieron, descubrieron que su maletín metálico estaba lleno de mapas antiguos y que en un bolsillo interior de su americana de tweed había un mapa de Nueva Inglaterra de John Smith que, como se vio, faltaba del libro que había estado leyendo[163]. Fue acusado de robo en primer grado y se lo llevaron esposado.

«El caso de Forbes Smiley nos hizo mucho daño, porque era uno de los nuestros», dice Paul Cohen. Su propia galería había comprado recientemente gran cantidad de mapas de alta calidad a Smiley, y se enfrentaba a enormes pérdidas si también resultaban ser propiedad robada. Otras bibliotecas empezaron a denunciar mapas desaparecidos de libros retirados por Smiley en los últimos años. En la Biblioteca Pública de Boston faltaban 34; en la Biblioteca Pública de Nueva York, su territorio, 32. El valor total de los mapas sustraídos se aproximaba a los tres millones de dólares. Al final, el FBI solo pudo relacionar a Smiley con dieciocho robos; como parte de un acuerdo extrajudicial ayudó a las autoridades a recuperar mapas de tratantes como Cohen & Taliaferro, por un valor de 880 000 dólares. Smiley explicó a la acusación que los había robado porque se le acumulaban las deudas y había elegido como objetivo a instituciones a las que acusaba de haberle despreciado en el pasado. Los indignados bibliotecarios declararon que Smiley era «un ladrón que había atacado a la historia» y solicitaron una sentencia de ocho años de prisión; sin embargo, ante la actitud cooperadora de Smiley, la juez le condenó solamente a tres años y medio de reclusión en una prisión de mínima seguridad de Massachusetts. Le pareció una pena suficientemente dura. «Cuando salga de la cárcel», señaló, «no tendrá expectativas profesionales en el campo que tanto le gusta. Será un paria, perderá años de libertad y años con su hijo». De hecho, en sus comparecencias en el juzgado, el antes descomunal Smiley parecía un hombre derrotado, ojeroso y titubeante.

El robo de mapas antiguos parece un ámbito delictivo tan concreto que cuesta

creer que se esté convirtiendo en algo habitual en todo el mundo. En la ficción, una repentina oleada de robos de mapas antiguos solo significaría una cosa: un nuevo astuto criminal en la ciudad. («¡Rayos y centellas, un contorno rayado, Batman! ¡Es el Cartógrafo!»).

Pero cuando los ladrones de mapas del mundo real son detenidos resultan ser decepcionantemente ordinarios: personas inadaptadas y mal pagadas del mundo académico o de los libros antiguos. Realmente, el hecho de no necesitar un cerebro criminal explica la reciente popularidad de este tipo de delitos: se roban mapas porque son muy fáciles de robar.

Es algo consustancial: el objetivo de una biblioteca es poner material poco común a disposición del público. Ese material carece de valor si *nadie* puede verlo. Es difícil hacer desaparecer un libro voluminoso de una sala de lectura —se controlan las entradas y salidas cuidadosamente—, pero arrancar páginas es, como demostraron Gilbert Bland y Forbes Smiley, terriblemente fácil (puede que Smiley nunca hubiera sido descubierto de no ser por casualidad: se le cayó la cuchilla accidentalmente). Son ligeras y pequeñas, y su ausencia podría no haberse descubierto en años. Pero ¿qué páginas recortar? «Si sacas una página de un libro excepcional tienes una hoja de papel sin valor[164]», dice Tony Campbell, un antiguo bibliotecario de la Biblioteca Británica. «Pero si arrancas un mapa, no destruyes su valor. Probablemente tiene un valor intrínseco, y es prácticamente imposible seguirle la pista». A diferencia de los libros o los cuadros, cuando se venden mapas casi nunca se indica su procedencia; su historia, como diría un cartógrafo, es Terra Incognita. En la mayoría de ocasiones, no presentan ningún tipo de marca identificativa. (Yale solo pudo probar la titularidad de los mapas comparando los agujeros de insectos con los de las páginas adyacentes). Durante el juicio a Smiley, la defensa alegó que muchas de las instituciones que habían sido objeto de robo afirmaron haber perdido mapas que él nunca había usado o que más adelante aparecieron en algún otro sitio en sus archivos. Francamente, las bibliotecas no siempre saben lo que tienen, especialmente si, como parece, pequeños hurtos como este han pasado desapercibidos durante décadas.

A pesar de las predicciones pesimistas de algunos tratantes, el comercio de mapas no se derrumbó con la caída de Forbes Smiley. Incluso en época de recesión, las ventas han sido importantes y los precios se han mantenido elevados. El mundo de las antigüedades, tras perder la inocencia, ha empezado a tomar precauciones: las bibliotecas vigilan más de cerca a los usuarios, y los comerciantes y las casas de subastas se están volviendo más inquisitivas en cuanto a la procedencia de los artículos que compran. Durante muchos años, «saqueadores de tomos» como Smiley eran incitados tácitamente por sus víctimas —las instituciones eran reacias a denunciar la desaparición de artículos, puesto que las deficiencias en la seguridad eran embarazosas y podían desanimar a futuros donantes y animar a futuros ladrones —. Ahora esto está empezando a cambiar. Los bibliotecarios de mapas intercambian más información cuando se producen desapariciones, de manera que los comerciantes

y las casas de subastas estén ojo avizor para ver si dan con artículos desaparecidos concretos, igual que el mundo del arte ha hecho durante décadas. Sin embargo, sigue sin haber una relación de los robos centralizada en Internet y no se exige a ningún vendedor una prueba de titularidad cada vez que un mapa se pone a la venta.

Por mucho que me gusten los mapas, nunca he sentido la necesidad de poseerlos. Comprendo el instinto completista del coleccionista, pero siempre he considerado los mapas como una especie de bien de utilidad pública. Puedo contemplar uno sin querer llevármelo a casa, como una bonita puesta de sol. Sin embargo, la reciente oleada delictiva en el mundo de la cartografía demuestra que los mapas sí que ejercen esa atracción en muchísima gente. No todo ladrón de mapas es un Forbes Smiley que roba artículos costosos y los vende rápidamente por miedo a perder un bungalow en Martha’s Vineyard. Muchos simplemente ven un mapa bonito y *tienen que tenerlo*. Mi caso favorito es el de Farhad Hakimzadeh, un rico editor de Londres que fue enviado a prisión en 2009 por recortar mapas e ilustraciones de libros antiguos en bibliotecas de Londres y Oxford por valor de miles de dólares[165]. No tenía intención de venderlos, declaró al tribunal; simplemente tenía su colección en gran estima y no podía evitar querer ampliarla. Declaró que, durante su noche de bodas, llegó incluso a hacer esperar a su mujer en la cama mientras él limpiaba las cubiertas de sus queridos libros. Tal vez ella le entendió mal cuando la advirtió de que «le iba el cuero».

Puede que los coleccionistas de mapas más distinguidos del mundo guarden muy celosamente sus tesoros, pero, afortunadamente para mí, hay otra categoría de coleccionistas en las sociedades cartográficas de todo el mundo: los aficionados parlanchines y entusiastas. Leonard Rothman, un ginecólogo de Annapolis que se retiró a California hace una década, es uno de ellos. «Me encanta hablar largo y tendido», dice mientras me da la bienvenida a su apartamento en el piso 31 de un edificio del exclusivo vecindario de Russian Hill en San Francisco. «No estoy autorizado para mencionar los mapas cuando tenemos visitas. Me metería en problemas». En realidad, no puede evitar hablar de cada uno de los mapas expuestos mientras avanzamos por la alfombra persa del vestíbulo. Se supone que la viñeta que aparece en este mapa de John Tallis es una jirafa, pero está claro que el grabador estaba trabajando a partir de descripciones imprecisas de segunda mano y parece más bien un canguro con acné agudo. El color del contorno del mapa —óxido y verde azulado— delata su origen alemán, e incluso puede saberse su antigüedad por cómo se han oxidado los pigmentos. Una vitrina alberga parte de una colección de casi cien globos terráqueos de 33 centímetros. La mayoría son piezas de anticuario, pero uno es del mundial de 1998 y suena el himno de cada nación participante al pulsar la bandera correspondiente.

«Ese no lo he visto antes», dice Phil Simon, señalando un curioso globo elíptico en una de las estanterías inferiores. Phil, piloto de United jubilado, es el presidente de

la Sociedad Cartográfica de California y me ha acompañado para echar una ojeada a la colección de su amigo. Es un hombre de unos sesenta años con aspecto de abuelo, cejas negras pobladas y afición por los chalecos de punto.

Leonard está encantado de que se haya percatado de la rareza. «¿Sabes qué es? ¡Un huevo de avestruz!».

«¡Qué maravilla! ¿Quién lo hizo?».

«¿Que quién lo hizo? Un avestruz».

Nos sentamos en la terraza de Leonard, desde donde contemplamos una sobrecogedora vista de trescientos grados de San Francisco un día despejado, desde el Golden Gate al noroeste hasta el Puente de la Bahía al este. Estamos en la parte superior del edificio más alto de una de las colinas más altas de la ciudad, lo cual debe de convertirnos en las personas a mayor altura de la ciudad en este momento. (No sabría decir si estamos o no a más altura que la cúspide de la Pirámide Transamérica). Cuando le menciono esto a Leonard, dice que en realidad hay un ático encima de nosotros; su vecino de arriba es nada menos que un antiguo secretario de Estado de Estados Unidos. «¡Y en su terraza hay una gotera que cae sobre nuestro tejado!», se queja.

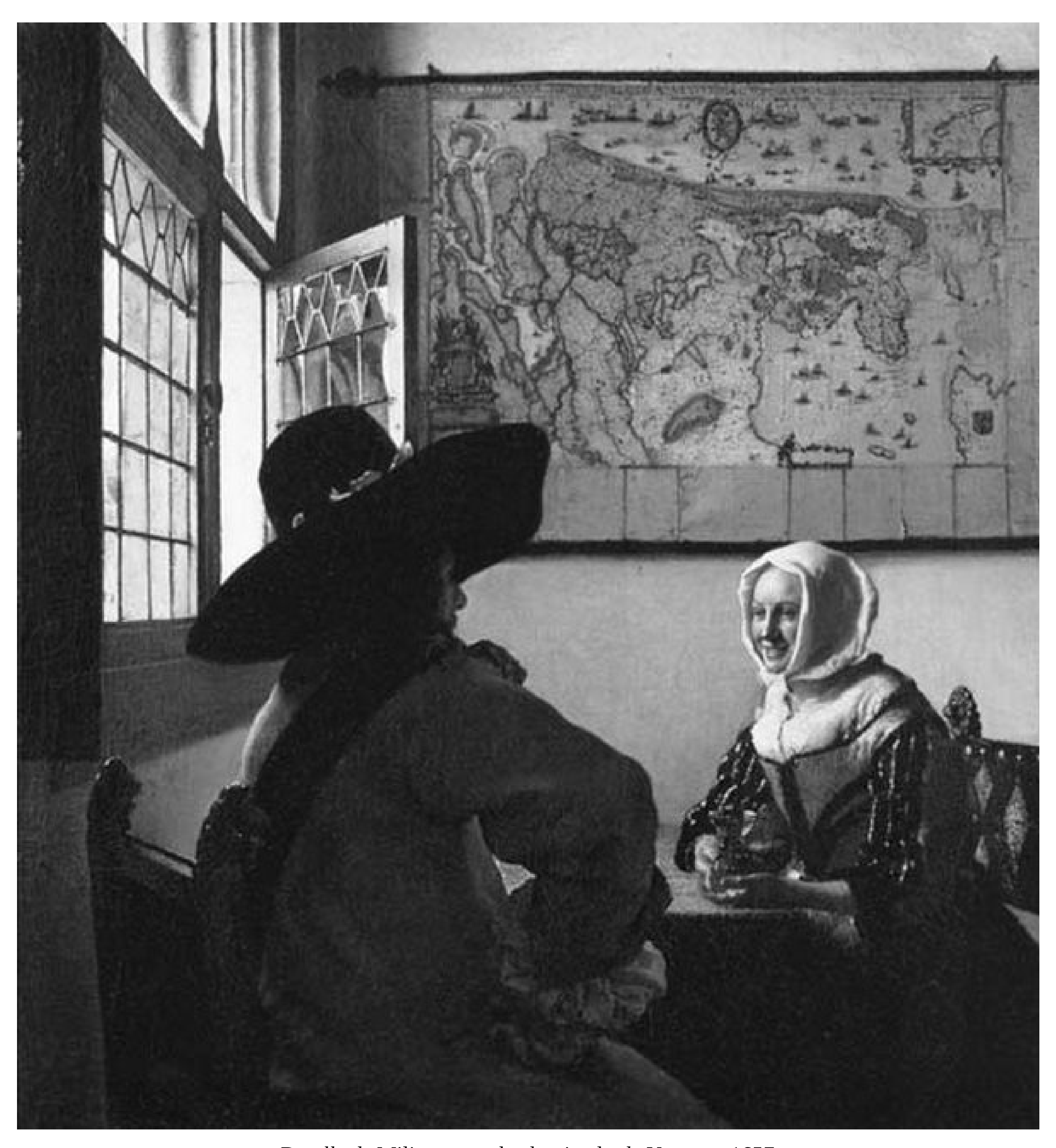
Sí, este es el aspecto de la categoría intermedia del coleccionismo serio de mapas: un mundo exclusivo en el que las molestias más graves son los jacuzzis de antiguos altos funcionarios que gotean. Puede que siga habiendo mapas corrientes por ahí, pero, en líneas generales, se trata de un hobby para gente acomodada. No obstante, Phil y Leonard todavía se ponen nostálgicos cuando hablan de la *auténtica* élite de coleccionistas de la costa Oeste, los David Rumsey[166] y Henry Wendt. «Leonard y yo *nunca* reuniremos una colección como la de Wendt», dice Phil suspirando. «Ese hombre es *extremadamente* rico. De uno de sus mapas solo hay cinco en el mundo».

Los mapas han sido artículos de lujo desde el Renacimiento, que es de cuando datan las primeras noticias de personas que los coleccionaban. En aquella época estaba de moda entre los burgueses holandeses, los nobles alemanes y los mercaderes italianos tener «vitrinas de curiosidades»; pequeños museos caseros llenos de objetos singulares[167][168]. En aquel entonces, la idea de poseer cosas y mirarlas como pasatiempo era algo tan novedoso que no eras necesariamente coleccionista *de* algo concreto, como monedas, conchas marinas o porcelana. Eras *un* coleccionista y punto. Lo querías todo, y el mundo todavía era lo bastante limitado para que ello fuera un objetivo razonable. Inventarios que se han conservado de esas cámaras revelan un asombroso batiburrillo de objetos posible gracias a la nueva era de la exploración: cinturones de caníbales brasileños, los dientes de sus víctimas devoradas, cuernos de rinocerontes con rubíes incrustados, libros de Malabar escritos en hojas de palmera, pelícanos disecados, «ochenta caras grabadas en un hueso de cereza», «un instrumento utilizado por los judíos para la circuncisión[169]». Los mapas y los globos terráqueos formaban casi siempre parte del material expuesto, tanto para presentar un contexto de la amplia colección, como porque eran artículos

valiosos por sí solos.

Fue un momento crucial en la historia de la cartofilia. Durante miles de años, las personas han trazado mapas porque tenían que hacerlo: para ir de un lugar a otro, localizar a los contribuyentes o marcar los lindes de los campos y los pastos. De no haber sido por los mapas, se habrían perdido vidas o propiedades y habrían caído gobiernos. Sin embargo aquí, por primera vez, tenemos pruebas de que había personas que tenían mapas simplemente porque les gustaba mirarlos. John Dee, el astrólogo y alquimista de la corte de la reina Isabel I, se refirió a esta moda en 1570 y escribió que los aficionados compraban mapas con tres objetivos en mente: «algunos para embellecer con ellos sus salones, salas y alcobas», «otros para contemplar los enormes dominios turcos, el gran imperio moscovita, y la pequeña porción de tierra en la que el cristianismo… se conoce», y «otros… para entender los viajes realizados por otros hombres[170]». Muchos de los grandes hombres de la época eran apasionados de los mapas. Durante sus desenfrenados días en Oxford, a Thomas Hobbes «le encantaba ir a los locales de los encuadernadores y quedarse mirando mapas[171]» (¡los filósofos políticos saben cómo divertirse!). El cronista y secretario del Almirantazgo Samuel Pepys tenía una amplia colección de mapas, aunque había perdido su querido atlas de John Speed en el gran incendio de Londres[172].

Un reciente estudio de los antiguos archivos de Cambridge ha descubierto que, en 1560, una cuarta parte de todos los poseedores de libros tenían también mapas y atlas[173]. La mitad de ellos los exhibían orgullosos en las paredes, como también puede apreciarse en muchos cuadros de la época. Jan Vermeer era especialmente aficionado a los mapas y reprodujo fielmente algunos ejemplares de la época en el fondo de más de una cuarta parte de las telas que se han conservado[174]. En muchos casos parece tan entusiasmado que las figuras quedan empequeñecidas en comparación con un mapa enorme: el Claes Jansz de 1636. El mapa de Visscher de las 17 provincias de los Países Bajos en *El arte de la pintura*, por ejemplo, o el mapa de Holanda de Balthasar Florisz van Berckenrode de 1620 en *Militar y muchacha riendo*. El hecho de que los primeros coleccionistas exhibieran tan orgullosamente sus mapas nos indica que probablemente había algún interés en juego, más allá de un propósito puramente estético o intelectual. Exhibir mapas te daba prestigio; era una manera abreviada de decir «¡Mira qué culto soy!» o «¡Mira hasta dónde alcanzan mis intereses económicos!»[175]. Un estudiante universitario de segundo curso espera causar el mismo efecto cuando compra una jarra de cerveza alemana o cuelga un póster de las escaleras de Montmartre en la puerta de su habitación tras pasar las vacaciones de verano en Europa.



Detalle de Militar y muchacha riendo *de Vermeer, 1657.*

¿Le importaría pintar algo además del mapa, señor Vermeer?

En aquella época, los coleccionistas debían de ser muy diferentes de los de hoy en día. Entonces, los mapas del siglo XVI no estaban cubiertos por la pátina del tiempo y la historia, por supuesto; eran artículos contemporáneos, recién salidos de la imprenta. A Leonard y Phil, uno de esos mapas les evocará un tiempo pasado, pero para su primer propietario, el mismo mapa era como una «noticia de última hora» de la CNN, el primer lugar en el que podía enterarse de los últimos descubrimientos fuera de Europa.

Se me ocurre que en aquel tiempo, un coleccionista adulto probablemente miraría los mapas con el entusiasmo y la curiosidad con que actualmente solo los mirarían los niños: con la alegría de ver por primera vez una parte desconocida del mundo.

Según el estudio de Cambridge, hasta que a finales del siglo XVI hubo una mayor variedad de mapas disponibles, los coleccionistas solo estaban interesados en dos tipos de mapas: mapas mundiales y mapas de Tierra Santa. Cuando Leonard decidió acotar su colección, eligió también centrarse en mapas de Tierra Santa. Actualmente, su biblioteca alberga 900 mapas de ese tipo, incluyendo como mínimo uno de cada cartógrafo que haya trazado alguna vez el mapa de Palestina.

«¿Por qué Tierra Santa?», pregunto.

«Había mucho material que resultaba rentable. Había estado en Israel unas cuantas veces, pero lo cierto es que quería hacer algo único, algo diferente». Cuando todavía ejercía la medicina, me cuenta, presentó un artículo sobre una rara complicación del embarazo. Dado que solo había 35 casos documentados a lo largo de la historia, se convirtió en la máxima autoridad mundial sobre el tema. «En otras palabras, si vas a especializarte, especialízate lo máximo posible».

«¿Puede que tuviera algo que ver con su fe o su herencia judía?», sugiero.

«¡No! ¿Por qué colgaría imágenes de Jesús en la pared?». Cierto, casi todos los mapas expuestos tienen una gran viñeta de la crucifixión adornando Jerusalén. Muchos de los grandes cartógrafos antiguos eran judíos[176], pero los mapas de Tierra Santa fueron elaborados casi siempre con la devoción cristiana en mente[177]. «Cuando te conviertes en coleccionista», dice encogiéndose de hombros, «tienes que tener la mente abierta».

Leonard sabe quiénes son sus coleccionistas rivales en su especialidad de Tierra Santa: dos en Nueva York y uno en la Universidad de Jerusalén. Sin embargo, elude la mayoría de las pujas salvajes. «Algunos mapas eran demasiado caros, y me conformo con tener un facsímil. Preferiría tener el original, pero tienes que trazar una línea en algún lugar». No todos los coleccionistas son igual de buenos trazando dicha línea. Habitualmente, empiezan con mucho ímpetu, recogiendo los frutos que penden a poca altura en su área de interés, pero los artículos realmente singulares solo aparecen una vez cada década. Algunos coleccionistas han pasado veinte o treinta años tras un mapa escurridizo para acabar perdiendo la puja cuando finalmente sale a la luz. «Póngalo en letras mayúsculas: FRUSTRANTE», me dijo Ian Harvey en Londres cuando le pedí que describiera el coleccionismo de mapas. «NO PODÍA CONSEGUIR LO QUE QUERÍA».

En las paredes de la biblioteca hay alineados retratos de grandes cartógrafos y estanterías llenas de libros de mapas. Es evidente que se trata de un lugar para la investigación académica, no solo para almacenar objetos de valor. «Me paso horas aquí», dice Leonard. «Los miro una y otra y otra vez».

«Cuanto más los miras, más cosas descubres», asiente Phil. «Paso mucho tiempo estudiando mapas con una lupa». Realmente no se puede decir lo mismo de ningún

otro objeto de colección que conozca. A los Rothman también les encanta el arte —hay algunos esbozos de Renoir y un pequeño Pissarro enmarcados allí cerca—, pero ningún cuadro es tan inagotable como un mapa.

Doscientos veinte de los mapas favoritos de Leonard no están en su biblioteca; están colgados en armarios correderos construidos a tal efecto junto al armario de su habitación. Se trata de la mayor colección del mundo de corbatas de mapas. «¡Es magnífico!», exclama Phil, que es también un experto en objetos diversos estampados con mapas (lo que los coleccionistas denominan «cartefactos»). Su casa de Marin County contiene la mayor colección de puzles de mapas jamás recopilada por el hombre.

«Me estoy quedando sin espacio», dice Leonard. «Necesito hacer otro agujero en la pared». Nunca va a ningún sitio sin comprar una corbata de recuerdo estampada con el mapa local. Sin embargo, a veces vuelve con las manos vacías; acababa de regresar de Chile, donde no encontró ni una sola. «¡Qué raro!», respondo. «¡Pensaba que las corbatas finas se estaban volviendo a poner de moda!». Mi intento de chiste geográfico suramericano es recibido con un silencio mortal. Me doy cuenta de que la mayor colección de corbatas cartográficas del mundo no es algo sobre lo que bromear.

Muchos mapas antiguos, impresos antes del amanecer de la Revolución industrial, han sobrevivido al paso de los siglos en un estado asombrosamente bueno. Estaban impresos en papel telado, hecho predominantemente de algodón, lino o fibras de cáñamo, que es más resistente y menos ácido que el papel de pulpa de madera usado mayoritariamente desde entonces. Es por eso por lo que un mapa de Asia de Jodocus Hondius de 1613 puede estar todavía brillante e inmaculado, mientras que la tira cómica de *Cathy* en la nevera de casa de tus padres parece que haya sufrido un holocausto nuclear. La mayoría de esos mapas nos sobrevivirán a todos.

Es posible incluso que sobrevivan al hobby de coleccionar mapas. Cada vez más colecciones acaban en las entrañas de museos y bibliotecas, gracias a donantes bienintencionados con un legado académico o una bonita desgravación fiscal en mente. En consecuencia, los mapas manuscritos de calidad que siguen en circulación son cada año más escasos. «Muchas personas, al morir, legan su colección a alguna institución como la UC Berkeley», explica Phil. «Allí se queda en el sótano y desaparece para siempre. La meten en cajas y ni siquiera saben lo que tienen». La prestigiosa biblioteca de investigación Huntington, de Pasadena, tiene tal abundancia de mapas antiguos que ya no acepta nuevas colecciones, a menos que el donante pague previamente para que se catalogue.

«¿Entonces qué hay que hacer con un mapa antiguo?», pregunto.

«Vendérselo a un tratante», dice Leonard. «O dárselo a un amigo para que lo cuelgue».

Pero me pregunto durante cuánto tiempo seguirán existiendo esos amigos. En Londres vi amantes de los mapas de todas las edades, pero cuando separas los serios de los simples curiosos, la mayoría de los coleccionistas pertenecen claramente al grupo demográfico de los que ven el Canal Historia tapados con una manta: más de sesenta años.

«Está envejeciendo», me dijo Paul Cohen. «Cada vez entran menos coleccionistas jóvenes». Phil ha trabajado duro para incorporar miembros más jóvenes a la Sociedad Cartográfica de California, pero sin demasiado éxito. «Se unen durante un año y luego no siguen».

Tal vez, conjeturo esperanzado, nuevos coleccionistas continuarán la afición a los mapas cuando lleguen a la madurez. «No hay coleccionistas jóvenes de nada, punto», me dice Ian Harvey de la Sociedad Internacional de Coleccionistas de Mapas. «Cuando uno es joven hace tonterías como preocuparse por su carrera. Algunos tienen hijos, ¿verdad? Cuando estaba en la universidad iba al pub, no a rebuscar en Portobello Road para ver si encontraba mapas antiguos».

Sin embargo, Phil no es tan optimista. «Creo que entrará en decadencia cuando pase esta generación», dice con tristeza cuando nos despedimos. «También lo vi en el caso de los pilotos de líneas aéreas».

En Londres tuve un antojo y me compré mi primer mapa antiguo: un mapa de Ceilán de 1850 a todo color de John Tallis con cinco viñetas bellamente decoradas de templos en ruinas y palmeras en las esquinas. Es pequeño y no tiene ningún valor, pero a menudo lo saco para mirarlo. Actualmente el mapa está equivocado en casi todos los aspectos importantes: Ceilán es ahora Sri Lanka, tiene nueve provincias en lugar de cinco, y el Pico de Adán —del que ahora se sabe que no es el punto más elevado de la isla, como dice Tallis— ya no se alza de manera pintoresca sobre el «Lago de Colombo» de la capital, cercado ahora por torres de cemento. Pero, aun así, prefiero mirar ese mapa que cualquier otro actual.

Puede que el amor por los mapas sea una forma de nostalgia. De niño, en Corea, estaba obsesionado con mapas de Estados Unidos, pues representaban el pasado que añoraba. Los coleccionistas de mapas echan de menos un pasado distinto: su nostalgia es la del aficionado al cine mudo, la del que recrea la guerra de Secesión, la del que lleva el sombrero del club de ajedrez. Sienten nostalgia de un pasado tan distante que ni siquiera lo recuerdan. Espero que Phil se equivoque sobre la extinción del coleccionismo de mapas. Me deprime imaginar galerías llenas de pequeños objetos perfectos como esta dejando de existir una a una por todo el planeta, como Mayda, como la isla de California, como las montañas de Kong, desvaneciéndose en el pasado.

Capítulo 6

LEYENDA

leyenda. f. Texto que acompaña a un plano, a un grabado, a un cuadro, etc.

Yo supongo que la mayoría de nosotros tiene un país secreto, pero en nuestro caso es solo un país imaginario[178].

C. S. LEWIS.

En septiembre de 1931, Austin Tappan Wright atravesaba el país en coche regresando de una visita a California al final de sus vacaciones de verano en la Universidad de Pennsylvania, donde daba clases de derecho societario. A pocos kilómetros de Santa Fe, Nuevo México, resultó muerto en un trágico accidente de tráfico, dejando mujer y cuatro hijos pequeños.

Wright se había criado en Cambridge, Massachusetts, donde su padre, un eminente profesor experto en Grecia, era decano de la escuela de posgrado de Harvard. Estudió en Harvard y en Oxford, ejerció el derecho en Boston y acabó dedicándose a la docencia en Berkeley y Penn. Sin embargo, solamente su familia sabía que, durante la mayor parte de sus cuarenta y ocho años, también había vivido inmerso en otro sitio: la remota nación imaginaria del hemisferio sur llamada *Islandia*.

Islandia es un minúsculo reino en el extremo sur del subcontinente de Karain, aislado del resto del mundo por la infranqueable estepa de Sobo y cientos de kilómetros de océanos insondables. Sus gentes son pacíficas y agrarias, y durante siglos se han resistido al influjo de los forasteros. De hecho, la asamblea nacional aprobó en 1841 la Ley de los Cien, la cual limitaba el número de visitantes extranjeros a no más de cien en un momento dado. Sin embargo, ese aislamiento no era un obstáculo para Wright, el cual se convirtió en el más destacado experto occidental en *Islandia*, burlando por completo la Ley de los Cien. Así es, había inventado toda la nación y su geografía, su población, su historia, su lengua y su cultura, todo ello producto de su imaginación cuando era un niño. *Islandia*, aunque compleja y totalmente elaborada, es un país completamente ficticio.

Wright casi nunca mencionaba *Islandia* a los extraños, pero su familia conocía su existencia, y sabía que una parte de él estaba siempre allí. «Esta vista se parece a *Islandia*[179]», le oían decir a veces cuando estudiaba algún paisaje que debía de recordarle a la vivaz utopía de su mente. Al barco de su familia lo llamó *Aspara*, que en islandiano significa «gaviota».

Al morir, dejó tras él la obra a la que había dedicado más de veinte años: 2300 páginas escritas a mano que describían hasta el más mínimo aspecto de la vida

islandiana, desde el licor de pasas de sarka del que disfrutan sus habitantes hasta las velas protegidas del viento por papel encerado que iluminan las calles de la capital. Tal vez nunca pretendió que nadie las leyera, pero su viuda, Margot, aprendió mecanografía y transcribió el texto en su totalidad. La hija mayor de Wright, Sylvia, que más tarde se convertiría en una humorista y ensayista de éxito por méritos propios[180], se pasó la siguiente década suprimiendo doscientas mil palabras (más o menos la extensión de *Crimen y castigo* de Dostoyevski) del manuscrito y presentando el resultado a editoriales de Nueva York en siete voluminosas carpetas, tan pesadas que no podía llevarlas todas ella sola.

Cuando *Islandia* fue publicada en 1942, en plena Segunda Guerra Mundial, fue un éxito rotundo. Sin duda, los lectores habían visitado antes lugares fantásticos durante viajes fugaces al País de las Maravillas, Lilliput o el Infierno de Dante, pero pasar 1013 páginas entre las gentes sencillas y pacíficas de *Islandia* y su mundo cuidadosamente construido, era equivalente a unas auténticas vacaciones, especialmente en una época en que los viajes reales al extranjero estaban descartados a causa de la guerra. Los críticos trataban de encontrar las palabras adecuadas para describir esta nueva forma de abordar la ficción. *Time* la definió como «tal vez la más prolongada y detallada ensoñación jamás impresa…, un trampantojo a gran escala[181]». En la guarda de la primera edición había mapas de *Islandia* cuidadosamente dibujados, sin duda una parte muy importante de la ilusión.

Actualmente, todavía podemos sumergirnos en mundos artificiales. En 2010, la CNN informó de que miles de espectadores de *Avatar* de James Cameron dijeron experimentar sentimientos de pérdida y depresión tras ver la película en 3-D, llegando incluso a plantearse el suicidio ante la perspectiva de que la vida real no sería nunca tan intensa e increíblemente bella como la luna de Pandora generada por ordenador para la película[182]. Sin embargo, la utopía de Cameron era el producto de cientos de millones de dólares, horas de trabajo y tecnología punta. Prefiero la imagen del respetable profesor de derecho escribiendo a la luz de una lámpara de gas después de que sus hijos se hubieran ido a la cama y tratando desesperadamente de registrar cada detalle de su pequeña isla, sus caminos y sus costumbres, que solo él puede ver pero que conoce desde la infancia. Es el arte marginal supremo.

La creación de geografías debía de estar predeterminada en los genes de la familia Wright. Cuando era pequeño, Austin Tappan Wright se negaba a compartir *Islandia* con su hermano menor John; John se encogió de hombros y creó su propia isla, Cravay. John Kirtland Wright acabaría convirtiéndose en un eminente cartógrafo, director de la American Geographic Society, y acuñador del término «mapa coroplético[183]». Su madre, Mary Wright, escribió una serie de novelas populares ambientadas en una ciudad universitaria norteamericana minuciosamente detallada pero absolutamente ficticia llamada Great Dulwich, y los chicos se enteraron después de la muerte de su padre de que él también había dedicado muchas horas a cartografiar un mundo imaginario de su invención.

Estoy seguro de que a todos nos gusta pensar que tenemos en nuestro interior mundos enteros de los que nuestro prójimo no tiene ni idea, pero supongo que muy pocos de esos mundos tienen su propio licor de pasas y sus propias leyes de inmigración del siglo XIX. Resulta fácil describir a los Wright como una familia de soñadores excéntricos, pero *muchas* personas inventan sus propios países y dibujan mapas de accidentadas costas que nunca han existido; a esas personas las llamamos «niños». Los Wright solo eran atípicos por el hecho de que tenían casas de verano en sus reinos infantiles durante la edad adulta.

Algunas de las muestras más famosas de «territorios irreales» de la historia de la literatura estuvieron, al fin y al cabo, inspiradas en mapas de niños. *La Isla del Tesoro* de Robert Louis Stevenson, con su famoso mapa del tesoro, no habría sido escrita nunca de no ser por Lloyd, el hijastro pequeño de Stevenson, el cual pasó un verano lluvioso pintando acuarelas con su padrastro en su casa de campo en Escocia[184]. Los nombres de lugares escritos en el mapa, como «La Isla del Esqueleto» y «La Colina del Catalejo», inspiraron los acontecimientos de la historia[185][186]. Y cuando J. M. Barrie imaginó el País de Nunca Jamás de Peter Pan imitó resueltamente la cartografía de los niños:

> Yo no sé si habréis visto nunca el mapa de la mente de una persona. Los médicos dibujan a veces mapas de otras partes de vuestro ser, lo que puede resultar algo interesante, pero les desafiaría a que tratasen de dibujar la imaginación de un niño, que no solo es confusa, sino que no deja un momento de dar vueltas. Hay sobre ella líneas en zigzag como las de la tarjeta en que se anota vuestra temperatura cuando estáis enfermos, y estos zigzags son probablemente los caminos de la isla maravillosa, pues el País de Nunca Jamás es siempre una isla con asombrosas pinceladas de colores aquí y allí, arrecifes de coral y cierto aspecto de buque en alta mar, y cuevas salvajes y solitarias, y enanillos que son sastres en su mayoría, y cavernas a través de las cuales corre un río, y príncipes con seis hermanos mayores y una cabaña a punto de desmoronarse y una dama viejecita con la nariz ganchuda[187].
>
> *Peter Pan y Wendy*. Editorial Juventud.
> Traducción de María Luz Morales

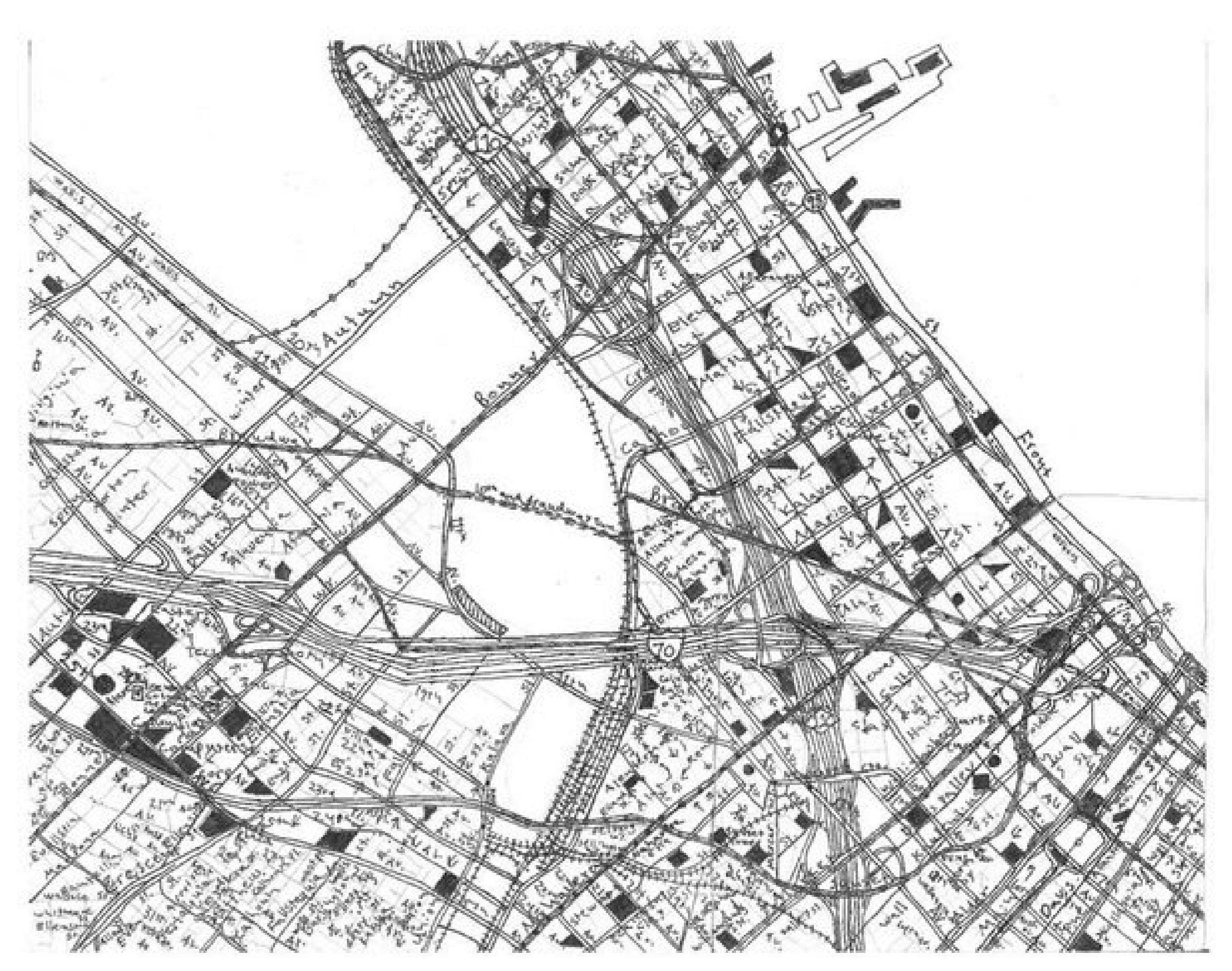
Cuando estaba en tercer curso, mi amigo Gerald y yo éramos reyes de dos monarquías gemelas llamadas Oofer y Uffer. (Estoy viendo ahora esos nombres escritos por primera vez en veinticinco años). Todavía puedo ver los mapas que dibujamos: Oofer está pintada con lápiz naranja, Uffer verde, y un estrecho de mar cerúleo los separa de este a oeste. Pero *¿por qué* dibujamos los mapas? No tengo ni la más remota idea. Con la esperanza de refrescar mi memoria, hago una visita a Benjamin Salman, un alumno de octavo curso de Seattle que es, me imagino, como

debía de ser Austin Tappan Wright a los catorce años.

Como Wright, Benjamin es hijo de padres de gran talento: su padre, Mark, es concertista de piano, y su madre, Sarah, es, literalmente, una lumbrera (era ingeniera en el laboratorio de propulsión aeroespacial, donde trabajó en las pruebas del *Voyager*; ahora se dedica a la enseñanza de matemáticas en una universidad cercana). Su sala de estar es una habitación bellamente repleta de muebles antiguos, instrumentos musicales, pilas de libros y revistas *National Geographic*, y máscaras de papel maché colgadas en las paredes. Benjamin está agachado en el suelo de madera frente a mí, desplegando 18 láminas de papel.

«Esta es Augusta, una de las ciudades más grandes de Alambia», me dice. «Es un mapa completo y exhaustivo». Es una *Guía Thomas* de un lugar imaginario, con cientos de calles, parques y establecimientos inexistentes cuidadosamente expuestos y etiquetados. «Pero este», empieza a decir mientras extiende un mapa de todo el continente, «no se acabará nunca».

De hecho, la *Islandia* de Benjamin es una versión modificada del continente real de Australia, desplazado hacia el norte e inclinado graciosamente un ángulo de 30 grados, «en aras de la diversidad geográfica», explica con su brusca y ligeramente elevada manera de hablar. Ahora está sentado en el sofá con la barbilla entre las rodillas, mordiéndose de vez en cuando los nudillos. «El contenido real —la geografía, la historia y la gente— es completamente diferente». Cuando Benjamin habla de su mundo, no lo hace con el parloteo entusiasta de un evangelista, sino con el tono frío y culto de un experto. Me pregunto si ello forma parte del atractivo de documentar tu propio mundo alternativo: la certeza de que, a pesar de tu tierna edad, eres la mayor autoridad viviente en el tema. De hecho, es más que eso; eres el indiscutible amo de todo el reino. La sensación casi divina de dominio que sienten los niños al mirar un mapa, debe de acentuarse al saber que los mapas son creación suya, que pueden eliminar ciudades, levantar volcanes e inundar deltas de ríos a su antojo[188][189].



Las miserables calles del centro de Augusta, dibujadas a mano por Benjamin Salman, la única persona que ha estado allí.

«¿Crees que conoces tu mundo tan bien como cualquier lugar real?», le pregunto.

«Sí. ¡Mejor! Porque lo he inventado yo».

Benjamin lleva viviendo en su mundo casi tanto tiempo como en el nuestro. Ya cuando era un bebé se empeñaba en hablar un lenguaje de su invención. «Solamente teníamos que fingir que no lo entendíamos, y entonces nos contestaba en inglés», dice Sarah suspirando. Su país nació como un hogar para sus animales de peluche —Blue Roo el director de orquesta y Day-Glo, el inventor—. Los habitantes originales probablemente estarán ahora en desvanes y tiendas de oportunidades, pero su tierra natal se ha ampliado enormemente. No se trata solo de cientos de mapas urbanos y rurales cuidadosamente apilados en una estantería: la Australia de Benjamin es todo un mundo. Todo lo que aprende actualmente en las clases que recibe en casa —alfabeto cirílico, historia de las colonias, placas tectónicas— se incorpora al tejido de su continente imaginario. Durante el periodo electoral de 2008, quedó tan fascinado por el proceso político que llenó libretas con sus propios distritos electorales ficticios, candidatos y número total de votos.

«El candidato presidencial del Partido Conservador Demócrata acaba de presentar la dimisión», anuncia de repente más tarde mientras comemos una tarta de queso y charlamos. La noticia no suena como una decisión improvisada, sino como un avance informativo procedente de otro mundo. Allí pasa el tiempo, exactamente igual que aquí.

¿A los padres de Benjamin les preocupa esta insólita doble nacionalidad? Sospecho que su principal preocupación no es realmente su hijo, sino la posibilidad de que extraños (como yo) lo vean como un bicho raro. «Es excéntrico, pero está bien», dice Sarah. «Para nosotros, es más interesante tener hijos que sean» —gesticula vagamente— «lo que quieran ser». Al fin y al cabo, a Benjamin le va bien. Es un adolescente increíblemente brillante con una enorme gama de intereses; no solo le interesan los mapas, sino también la historia, la ciencia, las viejas películas de los hermanos Marx y la música clásica. Cuando sea mayor quiere ser pianista como su padre, y acaba de componer su primera sinfonía, la cual escribió —y orquestó sus quince partes— prácticamente toda mentalmente, sin enredar en el teclado. (Benjamin tiene un oído perfecto).

Me pregunto si la Australia de Benjamin sobrevivirá al paso de la adolescencia a la edad adulta tal como sucedió con *Islandia*, pero no con Oofer y Uffer. Tal vez sus padres se sentirían en cierto modo aliviados si los mapas, los libros de contabilidad y las historias acabasen en el desván junto a Blue Roo y a Day-Glo, pero no puedo evitar pensar que se trataría de una pérdida trágica, casi como la caída de un imperio real. Tanto tiempo y saber desapareciendo para siempre, sin que ni siquiera queden ruinas para conmemorar su existencia.

Los mapas de lugares ficticios son una peculiaridad de la infancia, pero, entre los adultos, también son una peculiaridad de la cultura de las aficiones raras. El colegio Hogwarts de Harry Potter y la nave *Enterprise* se han cartografiado con más detalle que la mayor parte de África, y muchas clases de juegos se basan en mapas, desde los bonitos y minuciosos mapas de los juegos de mesa de los años setenta, hasta las mazmorras garabateadas rápidamente en un juego de rol, pasando por el *píxel art* de los juegos de ordenador, tanto clásicos como modernos[190]. Ni siquiera los libros de cómics son inmunes: una vez, de pequeño, encontré en una tienda un *Atlas del Universo DC* y me hice con él ávidamente, incapaz de creer que alguien hubiera combinado por fin mis dos grandes amores: (1) los atlas y (2) superhéroes con calzoncillos largos pegándose unos a otros. Pero al final el libro me decepcionó: Gotham City y Metrópolis me parecían de algún modo más míticas antes de saber que estaban situadas oficialmente en Nueva Jersey y Delaware respectivamente. ¡Anda ya, DC Comics! ¡Superman nunca viviría en Delaware!

Dado que a la mayoría de los niños se les pasa la afición por mapas inventados alrededor de la época en la que descubren a las chicas[191][192], podría pensarse que la

proliferación de mapas infantiles en pasatiempos como estos no es más que otra muestra de trastorno del desarrollo, como quedarte toda la noche comiendo Hot Packets y jugando a *Halo* aunque tengas más de treinta años. Sin embargo, los fans de los mapas fantásticos prefieren ver una conexión con la infancia distinta: una forma de recuperar la inocencia y el asombro ante nuevos descubrimientos.

«El sello distintivo de la fantasía épica es la inmersión», dice el escritor de *best-sellers* Brandon Sanderson. «Por eso siempre he incluido mapas en mis libros. Creo que el mapa prepara la mente para experimentar el asombro, para decir "voy a un lugar nuevo"».

Brandon y yo éramos compañeros de habitación en la universidad hace una década, y en la mayoría de los recuerdos que tengo de él aparece persiguiendo a uno de sus compañeros por todo el piso, leyéndole en voz alta párrafos de su último voluminoso manuscrito fantástico, probablemente la tercera parte de una saga de ocho volúmenes en la que todos los personajes tienen nombres muy largos llenos de apóstrofos. En aquella época me divertían las payasadas de Brandon, pero, eh, al menos era una agradable novedad no ser el tipo más raro del apartamento para variar. Pero bueno, Brandon rio el último. En un inesperado giro del destino, las novelas épicas que había estado escribiendo mientras trabajaba en el turno de noche de un hotel de la cadena Best Western resultaron ser… buenas. Vendió su sexta novela, *Elantris*, dos años antes de graduarse, y ese libro y la trilogía que vino a continuación, *Nacidos de la bruma*, le valieron ser elegido («seleccionado», dicen siempre las crónicas, como si se tratase de una uva) por la viuda del escritor Robert Jordan para completar *La rueda del tiempo*, la serie de novelas de fantasía de gran éxito comercial que Jordan había dejado inacabada a su muerte, acaecida en 2007. Su primer libro de *La rueda del tiempo*, la duodécima entrega de la serie, se situó en el primer puesto de la lista de los más vendidos de *The New York Times*, apartando a Dan Brown del número uno.

Una espada japonesa de samurái que se le permitió escoger entre la inmensa colección de armas antiguas de Jordan está colgada encima de la chimenea del sótano de su casa de Utah en el que estamos hablando. Brandon y su mujer tienen pensado reformar el sótano y convertirlo en unas mazmorras medievales con antorchas y tal vez una cabeza de dragón en la pared, pero actualmente no es más que una habitación extra vacía con un puf azul marino del tamaño de un Volkswagen escarabajo en el centro. Ahí es donde Brandon escribe principalmente.

El verano después de octavo curso, cuando Brandon se enamoró por vez primera del género que acabaría pagando su casa, los mapas desempeñaron un papel muy importante. «Empezaba por asegurarme de que los libros incluyeran un mapa», recuerda. «En mi pequeña mente, aquello era uno de los indicadores de si un libro iba a ser bueno o no. Cuando leí por primera vez *El señor de los anillos* pensé: "Oh, este sabe lo que hace. ¡Un mapa y un apéndice!"».

J. R. R. Tolkien creó el género de la fantasía épica sin ayuda de nadie con la

publicación de *El Hobbit* en 1937 y más adelante la trilogía de *El señor de los anillos* en la década de 1950. Tolkien no leyó nunca *Islandia*, pero su propio mundo, al que llamó Tierra Media, estaba construido con la misma minuciosidad[193]. Se inspiró en su trabajo como profesor de filología en Oxford para crear lenguajes completos para sus razas imaginarias, utilizando un poco de finlandés aquí y un poco de galés allá. Diseñó sus calendarios y escribió sus genealogías. Y, por supuesto, dibujó mapas.

Muchos autores anteriores habían tenido escarceos con acontecimientos y escenarios fantásticos, pero fueron los libros de Tolkien los que crearon toda una nueva sección de «Fantasía» en las librerías, llena de recargadas portadas de dragones y hechiceros que hacen que, en comparación, las portadas de los discos de Yes parezcan sobrias y de buen gusto. ¿Por qué tuvo tanta influencia? Los lectores de Tolkien se sintieron menos cautivados por sus argumentos o sus personajes (los cuales eran memorables pero, como él mismo admitía sin tapujos, estaban fuertemente inspirados en los mitos anglosajones que tanto le gustaban) que por la creación de un mundo de un plumazo, la presentación de la Tierra Media como un hecho consumado, como si siempre hubiera existido. Otros libros habitualmente seguían a personajes de «campos conocidos» a países mágicos, ya fuese a través de una madriguera, un armario, o un dibujo de tiza en la acera, pero, dice Brandon, «*El señor de los anillos* hizo algo muy distinto. Dijo: "No, no vamos a llevarte allí. Vamos a partir de un mundo completamente nuevo, donde nada se puede dar por sentado"».

A los lectores del género fantástico les gusta ese repentino salto al vacío y el proceso de aprendizaje necesario para seguir el hilo. No recorren el libro a toda prisa como harías con una novela de suspense de una librería de aeropuerto. Dedican tiempo a aprender las reglas, a estudiar minuciosamente los nombres y las crípticas historias. Igual que Benjamin Salman, disfrutan de la sensación de ser una autoridad en un reino totalmente nuevo. «Al final de una novela épica de fantasía te tendrás que convertir en un experto en un mundo que no existe», dice Brandon. «Es un reto».

Precisamente por esta razón, las novelas de fantasía son el tipo de lectura más parecido a la forma en que miramos los mapas. Leer un texto es un proceso puramente lineal. Mira: estás leyendo esta frase. Ahora estás leyendo esta. Las palabras de la línea de arriba se han ido; estás aquí, y las palabras de la línea siguiente todavía no existen. Sin embargo, los mapas cuentan una historia diferente. En los mapas, nuestros ojos son libres de vagar por el espacio tal como hacen al estudiar un entorno nuevo en la vida[194]. Podemos apreciar todas las franjas geográficas a la vez, ver las relaciones, detenernos en los detalles interesantes. Las obras de fantasía también se leen palabra por palabra, pero menos compulsivamente que en cualquier otro género. El autor está menos interesado en arrastrarte hasta el final que en crear una textura y enseñarte un mundo nuevo.

De niño, consideraba los libros de Narnia[195] de C. S. Lewis un tanto superficiales, simples cuentos de hadas comparados con los libros de Tolkien, y ahora

me doy cuenta de que la culpa era de los mapas, al menos en parte[196]. En los libros de Tolkien había siempre mapas, pero mis ediciones en rústica de Narnia no tenían mapas. El bosque del señor Tumnus en *El león, la bruja y el armario* no era más que un grupo de árboles, pero el bosque de Bilbo era el Bosque Negro, entre el gran río Anduin y los restos de Rhovanion en el este. Un bosque solo existía en una historia, pero el otro estaba en un lugar[197][198].

Es la importancia del lugar en el género, y no una simple imitación de Tolkien, lo que explica por qué los autores de literatura fantástica actuales siguen asegurándose de que los mapas aparezcan en primer plano. David Eddings, uno de los escritores de novelas épicas de fantasía más populares, llegó incluso a poner mapas en las *portadas* de sus libros. (Aloria, la nación inventada por Eddings, nació igual que la Isla del Tesoro de Stevenson: primero garabateó el mapa y este inspiró la aventura[199][200]). Sin duda, los mapas también son funcionales; muchas novelas de fantasía son búsquedas episódicas, y un mapa es una forma sencilla de señalarle el plan al lector; no es casualidad que «plan» y «plano» sean palabras tan cercanas. Sin embargo, Brandon ha tratado de alejarse de la narración de búsqueda en sus libros, la mayoría de los cuales tienen lugar en escenarios urbanos, pero, con todo, se asegura siempre de que contengan mapas. Su última novela —la primera entrega de una serie prevista de diez libros— se titula *El camino de los reyes*, y en ella se incluyen no menos de nueve mapas.

De hecho, para Brandon los mapas son tan importantes que ha pagado 9000 dólares de su bolsillo para ilustrar el libro con mapas a toda página y otros «ephemera». Los fans de la literatura fantástica no se conforman con mapas que parezcan elaborados digitalmente con un Mac. Quieren que sus mapas sean artefactos *del otro mundo*, que mantengan la ilusión de que existe realmente en algún lugar. El mapa que aparece al principio de *El Hobbit* no fue encargado por una editorial de Nueva York; no, es el mismo mapa que utilizan los hobbits de la historia para encontrar el camino a la guarida del dragón. Si no tienes tendencia a creer en hobbits o en dragones y sus guaridas, los bordes quemados y las manchas de humedad del mapa pueden ayudarte a vencer la incredulidad.

Isaac Stewart es el artista local que realiza los mapas de Brandon, y el suyo no es un trabajo sencillo. No solo ha de crear un atlas de un territorio que no existe, sino que, en realidad, realiza una página tipo de nueve atlas totalmente diferentes de nueve épocas diferentes. Un mapa puede ser un callejero que recuerda al Londres de la época victoriana, y el siguiente puede ser un rudimentario plano de una batalla garabateado en la concha de un crustáceo ficticio llamado «cremling». Igual que en el caso de los mapas reales de la era de los descubrimientos, algunos mapas se supone que han sido realizados por cartógrafos que vieron realmente el territorio; otros no[201][202].

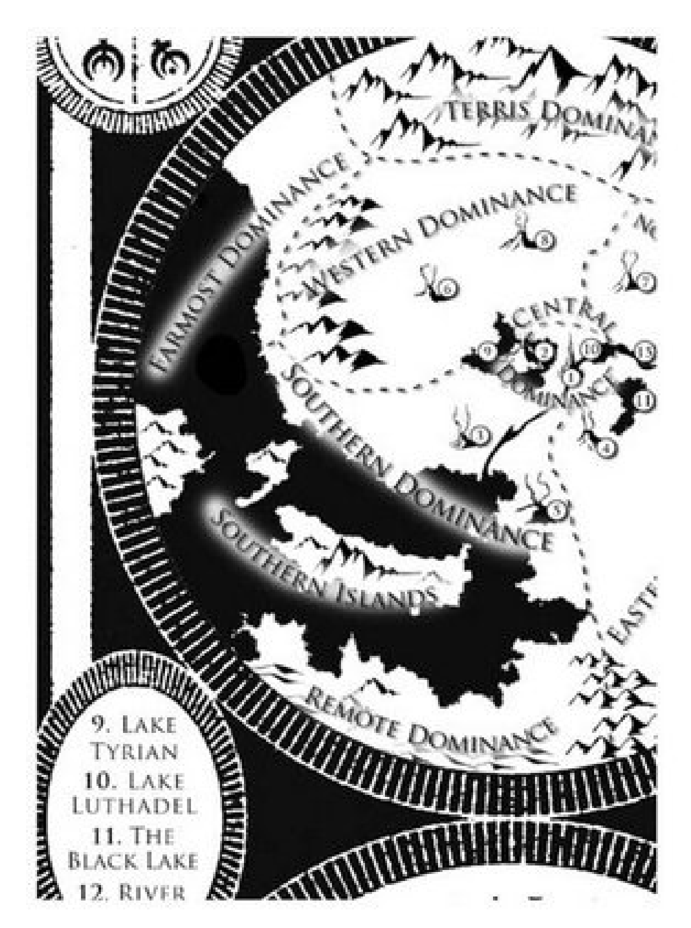
«La consecución de un estado plausible no es tan fácil como podría parecer», escribió Gelett Burgess en 1902[203]. Burgess fue un humorista al que hoy se le

recuerda especialmente por acuñar la palabra «blurb» (frase publicitaria) y escribir el poema «The Purple Cow» (La vaca púrpura), pero también era un irredento loco de los mapas. «No hay nada tan difícil como crear, partiendo de cero, una línea de costa interesante. Intenta inventar una costa irregular que sea convincente y verás cómo la naturaleza trabaja con mucha más inteligencia que tú».

Isaac, un animador de videojuegos que se dedica además a realizar mapas fantásticos, probablemente ha tenido ocasión de comprobar la máxima de Burgess tanto como el que más. Un siglo más tarde, las líneas de la costa siguen siendo difíciles. «Acabas haciéndolas a mano, y a veces no salen bien», me dice. La solución de Burgess era derramar agua sobre el papel, aporrearla con el puño, y repasar el contorno del manchón. Isaac ha desarrollado sus propios trucos.

«Es curioso dónde veo mapas ahora que los busco», dice sacando su teléfono móvil para enseñarme una carpeta con sus «hallazgos cartográficos». «Las rugosidades del techo, las nubes, las manchas de cemento de una carretera, van muy bien. Surgen de un modo que no te esperas». Una foto de una mancha de óxido en una pared se convirtió en una isla en la serie *Nacidos de la bruma* de Brandon. Una vista aérea de un enorme continente resulta ser una parte raída de una silla plegable del sótano de una iglesia. Una foto recuerda considerablemente al Mediterráneo, con verdes colinas y penínsulas que rodean a un mar azul intenso. Resulta ser guacamole pegado a la tapa de un envase de plástico. Con los ojos de la mente puedo imaginarme a Isaac en la encimera de la cocina, mirando fijamente su minúsculo descubrimiento, como Balboa al contemplar el Pacífico por primera vez desde el monte del Darién[204], y corriendo a continuación en busca de su cámara. «¡Cariño, no lo metas en la nevera! *¡No lo metas en la nevera!*».

No todos los autores de literatura fantástica consideran los mapas algo tan sumamente importante como Brandon. Terry Pratchett incluye un mapa en cada una de sus ediciones en rústica de su famosa serie de novelas fantásticas humorísticas *Mundodisco*, pero el mapa siempre está en blanco. En el pie de foto puede leerse: «No hay mapas. No se puede cartografiar el sentido del humor». Es cierto que, en ocasiones, los mapas y los textos son extraños compañeros de cama. Al fin y al cabo, el objetivo de un mapa es sugerir estabilidad e integridad, mientras que la literatura es insinuación y matices, sin mostrarlo todo.





Las Islas del Sur del Imperio Final… y la mancha de óxido que las inspiró.

Sin embargo, esa contraposición no les ha impedido a algunos de mis escritores favoritos garabatear mapas de sus escenarios imaginarios, y no solo en el gueto de la fantasía; me refiero a libros en los que no aparecen chicas bárbaras medio desnudas en la portada. William Faulkner dibujó sus propios mapas de Yoknapatawpha County; Thomas Hardy esbozó Wessex. Incluso escritores que aparentemente crearon sus mundos como un ejercicio filosófico se sintieron extremadamente fascinados por los detalles de la cartografía. En *Utopía* Tomás Moro describe la isla del título con tanto detalle que no cabe duda de que se trata de un aficionado a la creación de mundos que no ha salido del armario, el único santo católico canonizado que se me ocurre con esta inclinación. En la primera edición se incluía incluso un apéndice con el alfabeto de Utopía y, por supuesto, un mapa detallado. ¡Sí, un apéndice y un mapa! ¡A los lectores de literatura fantástica les habría vuelto locos!

Delante de Brandon e Isaac me pregunto en voz alta si los lectores de obras de género fantástico no anhelarán la inmersión como una forma de escape por sentirse de algún modo insatisfechos con la vida real. Me temo que me he excedido un poco al insinuar que todos los fanáticos de la fantasía son inadaptados sin remedio, y Brandon me lo cuestiona. «Mira, me encanta mi vida y me encanta la fantasía. No tengo motivos para huir de mi mundo, pero a pesar de todo me gusta ir a sitios nuevos. ¿Acaso la gente a la que le gusta viajar odia el sitio donde vive? Cuando

abres un libro de fantasía y ves un mapa lleno de lugares nuevos te entran ganas de ir a explorarlos».

Durante el vuelo de vuelta tras visitar a Brandon en Utah, miro por la ventanilla la cuenca del Columbia pasando lentamente por debajo. Cuando las estribaciones de las montañas Cascade surgen imponentes a lo lejos, veo unos enormes agujeros trapezoidales en la vegetación: lo que parece un bosque virgen desde la carretera presenta desde el aire una serie de feos claros desprovistos de árboles. Pienso en lo que dijo Brandon de que los lectores de fantasía eran exploradores. Jonathan Swift y Tomás Moro incluyeron mapas en sus libros hace siglos, pero los mapas fantásticos no calaron como objetos fetiche hasta la época de Tolkien, hace menos de un siglo, justo cuando concluía la exploración del planeta. El Paso del Noroeste y el Polo Sur ya habían sido explorados cuando se publicó *El Hobbit*, y Hillary escaló el Everest el mismo año que Tolkien dibujó los mapas de *La comunidad del anillo*. Realmente, no quedaban espacios en blanco en el mapa. Los mapas de la tundra ártica o del África negra ya no suponían un reto para los jóvenes aventureros; tenían que buscar espacios en blanco en otros sitios para poder soñar. Así, encontraron la Tierra Media, Prydain, Cimmeria, Terramar y Shannara.

Cuando menos, hablar con cartógrafos de mundos imaginarios me ha enseñado que los mapas proporcionan un placer que trasciende la simple determinación de una ubicación. Austin Tappan Wright nunca necesitó atravesar *Islandia* a pie en la vida real, pero eso no le impidió a él —ni a sus lectores— desarrollar una apasionada devoción por los mapas del lugar. Si no abres jamás un mapa a menos que te hayas perdido, te estás perdiendo toda la diversión. Como Robert Harbison escribió en una ocasión: «Nada le resulta más grosero a un amante de los mapas que interesarse por ellos solo cuando se viaja, como reservar la poesía únicamente para los viajes en autobús[205]».

Hace quinientos o seiscientos años, no *había* una distinción clara entre mapas fantásticos y «reales». Como aprendí en la feria de mapas antiguos, los mapamundis medievales representaban lugares fantásticos junto a otros reales: la tierra de Gog y Magog, del Libro del Apocalipsis, estaba situada en algún lugar junto al mar Caspio, rodeada a menudo por el muro que, según la leyenda, Alejandro Magno había construido para apresarlos. El vellocino de oro se dibujaba cerca del mar Negro, el arca de Noé estaba en Turquía, y la mujer de Lot se representaba inmóvil al lado del mar Muerto (como una estatua de sal, por supuesto; uno pensaría que ya se habría disuelto). El Paraíso estaba siempre hacia el este, más allá del horizonte, rodeado de un anillo de fuego, pero firmemente asentado en tierra firme[206]. Esos mapas eran manifestaciones de fervor religioso, no una ayuda para orientarse.

¿Han cambiado realmente mucho las cosas hoy en día? Cuando hojeo un atlas, veo página tras página lugares que he visitado tantas veces como la Tierra Media o

Narnia, o sea nunca. Perú, Marruecos, Tasmania. Incluso un mapa de carreteras de mi tierra natal me mostrará calles por las que nunca he circulado y parques que nunca he visitado. Me puedo imaginar esos lugares a partir del mapa, pero eso es todo: imaginación. Todos los mapas son en cierto modo mapas fantásticos.

Una azafata anuncia que descendemos en Seattle. Cuando el avión atraviesa una capa de nubes altas y aparecen las islas de Puget, imaginar esas montañas y árboles plasmadas en la delgada caligrafía de Tolkien me parece la cosa más sencilla del mundo. O verlas como una mancha fractal de guacamole en el mar de un recipiente increíblemente azul.

Capítulo 7

LOCALIZAR

localizar. tr. Determinar o señalar el emplazamiento que debe tener alguien o algo.

Mirad, el mundo nos tienta,
¡y quisiéramos saberlo todo!
Trazamos mapas del cielo estrellado,
excavamos esta esfera terrestre.
MATTHEW ARNOLD.

Se llama Lilly Gaskin, y sabe dónde están Turkmenistán, Bolivia y Ghana. Puede señalar esos países y 130 más en el mapamundi que hay colgado en la pared, lo que probablemente la sitúa por encima del 99,9% de los estadounidenses. Pero no permitas que el talento para la geografía de Lilly te provoque un complejo de inferioridad; probablemente tú puedes hacer muchas cosas que ella no puede; como leer un libro o hacer pipí en el orinal. Lilly tiene tan solo veintiún meses.

El vídeo casero de Lilly ha recibido más de cinco millones de visitas desde que fue colgado en YouTube en 2007. Es una monada con coletas y grandes ojos castaños que se balancea en una cuna mientras clava confiadamente su dedo índice en los 48 países diferentes que le indican sus padres fuera de cámara, parando de vez en cuando para bailar y dar palmadas.

«¿Dónde está México?», pregunta su madre.

«¡Mé-ji-co!», grita alegremente en español, tambaleándose hacia la izquierda del mapa hasta encontrarlo.

Es adorable —más mona que el extracto concentrado de mil bebés koala, tan mona que los personajes de *Ziggy* y *Family Circus* sufren una combustión espontánea ante su sola presencia. El vídeo de Internet de Lilly corrió como la pólvora y apareció en *20/20, Rachael Ray* y *Oprah*. Era una estrella antes incluso de pasar de los pañales a las braguitas.

Tras ver a Lilly en acción, los más escépticos harán dos preguntas. En primer lugar, ¿dónde está el truco? Y en segundo, ¿qué clase de padres horribles son los que le hacen eso a su hijita?

«No nos interesaban los mapas antes de que le interesaran a Lilly», insiste James Gaskin. He localizado a la familia de Lilly en Cleveland, Ohio, donde su padre prepara el doctorado en ciencias de gestión e información. A través de Skype, puedo ver a toda la familia en el salón.

Lilly tiene ahora cuatro años y se está encaramando con dificultad al respaldo y los brazos del sofá con una de sus hermanas pequeñas. James y Nikki, sus padres, son una pareja joven y recién acicalada salida directamente de un anuncio de Clearasil o

del ministerio de una megaiglesia juvenil.

«Cuando descubrimos las cosas que podía hacer con los mapas, ella *quería* hacerlas», añade Nikki. «Era un juego. Nosotros nos cansábamos mucho antes que ella». De hecho, en el vídeo de YouTube se puede oír a los padres de Lilly tratando de acabar el juego en tres ocasiones diferentes. «¡Más!», insiste siempre Lilly.

Siempre ha tenido una memoria prodigiosa, dicen los padres. Todavía no sabe leer, pero conoce cada palabra de aproximadamente cien de sus libros favoritos. Sin embargo, su habilidad con los mapas se descubrió por casualidad. Cuando su querido tío Brady se trasladó dos años a Taiwán para servir como misionero mormón, Lilly quería saber dónde estaba. Sus padres señalaron Taiwán en un mapa, y les sorprendió ver que la siguiente vez que Lilly vio el mapa, todavía recordaba dónde estaba el tío Brady.

Confirmando mi intuición de que los locos por los mapas son superdotados por lo que respecta a la capacidad espacial, Lilly no necesita de ninguna ayuda para identificar correctamente los lugares en el mapa. «Incluso cuando apenas tenía dos años, podía hacerlo en un mapa topográfico, sin fronteras ni colores», dice James. «Podría hacerlo en un globo terráqueo minúsculo del tamaño de una pelota de golf. Ni siquiera se guía por las formas, ya que es capaz de identificar países sin salida al mar como Mongolia».

El extraordinario don de Lilly es un poderoso argumento de que los fanáticos de la geografía nacen, no se hacen; que algunos de nosotros venimos al mundo con una cuadrícula prediseñada con la latitud y la longitud en nuestras pizarras mentales, que de otro modo estarían en blanco. Sus padres también han probado el «juego del mapa» con su hermana pequeña, Maggie, pero sin éxito; su hija mayor está programada de forma diferente, eso es todo. James y Nikki saben por qué el juego del mapa le atrae tanto a Lilly en concreto: siempre ha sido una niña con tendencia a fijarse en los detalles, predispuesta a darse cuenta —y a ponerse como loca— si la luz del DVD permanece encendida o si las magdalenas de juguete de su bandeja de plástico están desordenadas. «Se trata de un pequeño TOC», admite su padre. «Al principio era un tema de búsqueda de atención», añade la madre. «Le encantan los aplausos. Realmente la ayudan a sacar a relucir su habilidad». Acostumbrada a que en casa la aplaudan unos cuantos pares de manos, Lilly parece fascinada durante su aparición en *Oprah* al tener a todo un estudio vitoreando sus habilidades cartográficas. Con los ojos como platos, apenas puede creer su buena suerte.

Cuando crezca, Lilly probablemente descubrirá, como yo lo hice, que esos momentos de elogio serán cada vez menos y más espaciados. Por útil y gratificante que resulte la obsesión por los mapas, esta raramente es valorada o incluso percibida por el mundo exterior. No obstante, hay una deslumbrante excepción que proporciona a los jóvenes aficionados a la geografía de Estados Unidos un escenario nacional, con

millones de participantes cada año: el National Geographic Bee.

En 1988, la National Geographic Society estaba celebrando su centenario y, tras el alboroto mediático provocado por David Helgren y la incultura cartográfica, se hallaba en proceso de replantearse sus objetivos y fomentar la enseñanza de la geografía. Mary Lee Elden, editora de la revista infantil *World* de National Geographic, sugirió la celebración de un concurso para sus lectores. La idea creció como una bola de nieve hasta convertirse en una competición sobre geografía de ámbito nacional, inspirada en el concurso de ortografía Scripps National Spelling Bee, y la junta directiva de la sociedad pronto acordó que se convirtiera en un evento anual.

Dos décadas más tarde, Elden sigue coordinando el concurso, actualmente un acontecimiento de masas que reúne a cinco millones de participantes de todo el país. Seleccionar un único ganador entre un grupo de ese tamaño —aproximadamente equivalente a toda la población de Noruega— es un proceso agotador de seis meses, con un rigor como el que habitualmente se reserva para la selección de los astronautas del proyecto Mercury o los boinas verdes. Trece mil escuelas de todo el país celebran mini concursos cada otoño, y a cada ganador se le somete a un examen escrito. Los cien alumnos con la puntuación más alta pasan a un concurso de ámbito estatal. Por último, los ganadores de cada uno de los cincuenta estados (así como los del Distrito de Columbia, Guam, Puerto Rico, los territorios del Pacífico y las escuelas del Departamento de Defensa de Estados Unidos repartidas por todo el mundo) son enviados a Washington cada mes de mayo para participar en el concurso nacional. Se turnan ante el micrófono durante nueve rondas eliminatorias de complicadas preguntas sobre geografía, hasta que solo quedan los diez finalistas que han obtenido la puntuación más alta. Los concursantes aparecen en una ronda final televisada que acaba con la coronación de un único ganador, el cual recibe una beca universitaria de 25 000 dólares y la «pertenencia de por vida a la National Geographic Society». No estoy demasiado seguro de qué significa actualmente esto último, pero apuesto a que te dan muchas fotos en color de selvas tropicales y osos polares.

Cuando llego al Hotel Plaza de Washington una nublada mañana de miércoles, la inscripción ya ha finalizado y el vestíbulo alicatado bulle de excitación. Entre el acuario de peces koi y las salas de conferencias cerradas que albergarán los enfrentamientos preliminares, vibra nerviosa una masa humana dotada para la geografía: cincuenta y cinco jóvenes llenos de energía, en su mayoría chicos, en su mayoría vestidos con polos a rayas de varios colores, en su mayoría asombrosamente *pequeños*. Cada uno de ellos es el núcleo de una emocionada unidad familiar que no parece interactuar demasiado con el resto, más allá de algunas miradas de reojo. «Parece como si algunos de los chicos hubieran estado aquí muchas veces», dice un abuelo con aspecto preocupado a su hija en voz baja. La escena recuerda a la multitud en la línea de salida de un maratón. Todo el mundo espera a que se abran las puertas

dobles.

Cuando lo hacen, los padres comprueban cuál es el asiento que se les ha asignado y apremian a sus hijos para que entren en la sala que les corresponde. Los concursantes serán divididos en cinco grupos de once miembros cada uno para las rondas preliminares; a cada grupo se le hace la misma serie de preguntas, y únicamente los diez que obtengan un mejor resultado pasarán a la final que se celebrará mañana por la mañana. Entonces oigo una voz estentórea que me resulta familiar al final del vestíbulo, una voz que todavía hace que se me acelere un poco el pulso cada vez que la oigo. No es amor adolescente; es simplemente un caso leve de trastorno por estrés post concurso. Alex Trebek, mi vieja bestia negra de *Jeopardy!*, avanza hacia mí charlando con los organizadores del acto.

«¡Hola, Ken!», dice amistosamente. Siempre resulta raro ver a Alex sin su pulcra vestimenta Perry Ellis; hoy lleva una chaqueta de cuero, tejanos anticuados y una bolsa de tela colgada del hombro. El veterano presentador de concursos ha ejercido de maestro de ceremonias de la final del concurso de National Geographic desde el inicio del evento. Y no es solo un aburrido sicario contratado que busca conseguir un cheque rápidamente: Alex *cree* en los concursos de geografía.

«¡No se trata solo de mapas!», me dice con voz severa cuando le digo que estoy escribiendo un libro sobre el tema. «Eso es lo que estamos intentando hacer aquí: mostrar a la gente que la geografía antigua trataba solo de mapas, pero la nueva es todo esto»: historia, ciencias de la Tierra, ecología, economía. Imposta una voz de Jerry Lewis para representar el desconocimiento geográfico de los estadounidenses: «“Oh, Francia, sí, está por ahí, junto a, oh, Brasil…”. Sería bonito que los estadounidenses supiéramos dónde está un país *antes* de entrar en guerra con él».

En una sala de conferencias del piso de abajo, un grupo de once concursantes está conociendo a su moderador, el vicepresidente de comunicación digital de National Geographic, Rob Covey. «Cada año se interrumpe el trabajo en National Geographic con motivo del concurso», me dice Mary Lee Elden. «La gente se congrega alrededor de los monitores para verlo». «Es un momento gratificante para la sociedad; una de las escasas ocasiones en que pueden conseguir que una audiencia así de joven y entusiasta esté pendiente de los mapas, revistas y programas de televisión que emiten al vacío durante el resto del año».

«La primera instrucción es tranquilizarse, si es que eso es posible», dice Covey provocando la risa nerviosa de los padres. A los concursantes más bajos se les enseña a ajustar la altura del micrófono; hay niños de cuarto hasta octavo curso, y en algunos casos hay una diferencia de 60 centímetros de altura a través del gran abismo de la pubertad. Covey les advierte de antemano de que «Inglaterra» no se aceptará como nombre del «Reino Unido», ni «Holanda» del de los Países Bajos. Oceanía es oficialmente una región, no un continente. (Al parecer, esto fue motivo de controversia y reclamación en un concurso anterior). Mientras los once niños se colocan por turnos ante el micrófono en una ronda de ensayo, me deslizo en una silla

plegable en el centro de la sala. Brian McClendon, que representa a Google, el nuevo socio de National Geographic en el concurso, se sienta a mi lado. Es el vicepresidente de ingeniería de los productos de Google Maps y Google Earth, lo que lo convierte en algo así como un sex symbol para toda esa gente. Cuando lo presentaron hubo gritos ahogados y susurros de admiración entre los niños del público.

«¿Puedo sentarme aquí?».

«Claro. Es el asiento de mediocampo del concurso».

«El Meridiano de Greenwich», me corrige.

«¿Qué país tiene frontera con más países interiores, Argelia o el Congo?», pregunta Rob Covey al primer concursante, Robert Chu de Connecticut. Tiene quince segundos para responder.

«República Democrática del Congo», responde instantáneamente con absoluta seguridad. Está en lo cierto. Levanto las cejas con sorpresa. En un santiamén ha conseguido visualizar las fronteras de dos naciones africanas, *así como las de todos los países vecinos* y calcular la respuesta. La República Democrática del Congo supera a Argelia en tres países.

Puede que el concurso de geografía se crease como consecuencia de todas las bochornosas y estúpidas respuestas de los estudiantes estadounidenses en los test sobre geografía, pero las preguntas del concurso nacional distan mucho de ser estúpidas; son muy muy difíciles. Y estudiantes de cuarto curso las están acertando todas. Los parques nacionales de Zimbabue, los volcanes dominicanos, las estadísticas de producción de automóviles de Italia, la esperanza de vida en Suazilandia… Nada parece quedar fuera de sus conocimientos. «Al principio piensas: “Oh, qué fácil, apuesto a que yo lo puedo hacer igual de bien”», dice Ted Farnsworth, el padre del concursante de Arizona Nicholas Farnsworth. «Entonces ves la final y piensas…». Hace el ruido de un globo que se desinfla.

Las preguntas pueden —y, de hecho *deben*— ser así de difíciles porque los chicos que llegan a la final están magníficamente preparados. Hace algunas semanas conduje hasta la zona residencial situada 16 kilómetros al este del campus de Microsoft en Redmond, Washington, para encontrarme con Caitlin Snaring, la extraordinariamente serena estudiante de segundo curso de instituto que, en 2007, se convirtió en la segunda chica en ganar el concurso. Pero aquel fue su segundo asalto al título; el año anterior había quedado eliminada en las rondas preliminares.

«¿Recuerdas la pregunta que hizo que te eliminaran en el primer concurso?», le pregunté, seguro de que sí la recordaba.

«¿Cómo se denomina la zona de tormentas que precede a un frente frío?», recitó de carrerilla (Caitlin dice tener una memoria «casi fotográfica»). Yo tampoco conocía la respuesta: zona de borrascas.

«Técnicamente no es un término de geografía física», refunfuñó, aparentemente todavía dolida por la derrota. «Es algo que solo dicen los marineros. Pero me sentí realmente decepcionada. Pensaba que sería mi única oportunidad».

Tras la eliminación lloró brevemente y se lo hizo pasar mal a su madre, Traci, por no haberle conseguido nunca un ejemplar descatalogado del *National Geographic Almanac*, el cual resultó que incluía el dato crucial.

«Hablamos de lo difíciles que iban a ser las preguntas, y de lo difícil que resultaría salir por televisión bajo presión», recordó Traci. «Le dije: “¿Quieres hacerlo otra vez o no?”. Al día siguiente tenía una lista con más libros que quería que le comprase, dispuesta a estudiar. Quería hacerlo una y otra vez».

Durante dos años, Caitlin pasó seis o siete horas al día sin hacer otra cosa que estudiar geografía. Sin días libres, sin fines de semana libres. Siempre tenía un libro o un mapa sobre las rodillas, en el asiento trasero del coche, en la tribuna durante los partidos de béisbol de su hermano pequeño. Llenó de listas tres carpetas de anillas —montañas, islas, ciudades con ríos— y utilizó rotuladores de colores para marcar lugares en cientos de mapas. Siempre preparaba dos copias: una con etiquetas y otra sin, para poder probarse a sí misma con tarjetas. Traci recuerda que Caitlin avanzaba por el mapa como el ejército de Napoleón, país tras país: «Una semana se fijaba, pongamos, en la India, y examinábamos todos los libros sobre India que había en la biblioteca en busca de algo nuevo». La expresión «algo nuevo» me hace gracia: ¡los conocimientos de geografía de Caitlin eran tan profundos que se estaba quedando literalmente sin nuevos datos que estudiar[207]!

Además de estudiar duramente lo hizo también de manera inteligente. Su experiencia del año anterior en el concurso le había permitido analizar el estilo de preguntas de National Geographic, y empezó a encontrar pautas. Compró cintas de vídeo de cada una de las finales anteriores e hizo una base de datos con cada una de las preguntas planteadas. Habiendo preparado un sistema muy parecido antes de ir a *Jeopardy!*, probablemente yo sea una de las pocas personas del mundo que pueden asentir con aprobación ante esta historia sin pensar para sus adentros: «¡Menuda chiflada!». Hizo listas de lugares y temas que hacía tiempo que no salían, pensando que había más posibilidades de que apareciesen el año siguiente. Intercambió trucos por Internet con otros veteranos del certamen: busca un atlas australiano titulado *Geographica*, le dijeron, o un atlas infantil publicado por Dorling Kindersley. Cuando se dio cuenta de que muchas de las preguntas del concurso procedían de la revista *National Geographic*, empezó a subrayar cada ejemplar con un rotulador marcador. En el avión con destino a Washington para su gran revancha, topó con una mención a la flota pesquera de la isla italiana de Lampedusa y la marcó cuidadosamente con rotulador amarillo. Desde luego, en la final apareció una pregunta sobre Lampedusa. Todo según lo previsto.

Caitlin pasó tranquilamente por el segundo concurso sin fallar ni una sola respuesta. En el enfrentamiento final con Suneil Iyer de Kansas, la quinta pregunta fue cuál era la capital del Vietnam imperial. Ella escribió «Hue», y al ver el tiempo que tardaba Suneil en escribir se dio cuenta de que estaba poniendo algo mucho más largo («Ho Chi Minh City»). «Miro a Alex porque está mirando ambas respuestas.

Mira la de Suneil en plan hummm». Caitlin imitó el ceño de Trebek. «Entonces mira la mía… y me guiña el ojo. ¡Toma ya!».

Me sentí un poco celoso. A mí Alex Trebek nunca me guiñó el ojo.

Después de las rondas temáticas sobre acontecimientos actuales, flora y fauna, y medicina, me dirigí escaleras arriba a la Sala Diplomat para ver a una cohorte diferente de jóvenes geógrafos. Este año, el representante del estado de Washington en el concurso no es otro que Benjamin Salman, el chico con todo un país en la cabeza. Es el primero en cada ronda y está de pie ante el micrófono sonriendo plácidamente, con los brazos cruzados. Todavía no ha fallado ninguna respuesta —sabe dónde está Daguestán, dónde viven las vicuñas y cuál es la ciudad más grande del norte de África (*Spoilers*: Rusia, Perú, El Cairo). Dado que a cada concursante se le hace una pregunta diferente en cada ronda, además de la habilidad subyace el factor suerte. «Oyes las preguntas de los demás y piensas: “¡Qué pregunta más fácil!”», me dice Caitlin. «Pero entonces te toca a ti y te hacen la única pregunta que no sabes contestar». A uno de los concursantes de esta ronda se le pide que identifique el país en el que hay enfrentamientos en Ramadi y Faluya (Irak, habrás oído hablar de él), pero el siguiente tiene que indicar dónde está Hyesan, capital de la provincia de Yanggang (Hyesan es una pequeña ciudad industrial de Corea del Norte, lo cual hace que se trate realmente de una pregunta muy difícil). Es el azar del sorteo.

Obviamente, todas las preguntas son fáciles si sabes la respuesta y difíciles si no la sabes. Benjamin sabe que Majuro es la capital de las islas Marshall, cosa que me deja boquiabierto, pero tiene su primer fallo cuando dice que la forma de los karst se debe a la actividad volcánica, no a la erosión del agua. Sin embargo, al parecer, todo el mundo tiene algún punto débil: Eric Yang de Texas falla una pregunta sobre el monte Asama de Japón, y Henry Glitz de Pennsylvania falla su pregunta en la terrible ronda de analogías, la cual provoca escalofríos en los concursantes y de la cual explican historias terroríficas. Incluso para los aficionados a los mapas, esta ronda es una auténtica pesadilla; imagínate que tu examen de selectividad estuviera lleno de preguntas como:

Kafue : Zambeze :: Shyok : ____________

Henry dice «Mekong», pero la respuesta correcta es «Indus». (El río Shyok es un afluente del Indus, igual que el río Kafue lo es del Zambeze). Ya no quedan puntuaciones perfectas en el grupo; puede que Benjamin todavía tenga una oportunidad.

Está claro que aquí hay un bicho raro que está totalmente fuera de juego, y ese soy yo. Pensaba que era un tío con experiencia para dar y tomar en geografía y concursos; está claro que podría competir con niños de sexto, ¿verdad? Pero no, dos o

tres veces en cada ronda hay una pregunta que no sé contestar y que uno de los concursantes responde rápida y confiadamente con una voz que todavía no ha cambiado. ¡El desierto Kyzyl Kum está en Uzbekistán! ¡Guanabara era un estado de Brasil! Me siento como Richard Dreyfuss, rodeado por todos aquellos pequeños extraterrestres súper avanzados al final de *Encuentros en la tercera fase*[208].

Cuando concluyen las rondas preliminares, hay una aglomeración en las primeras posiciones: once concursantes compiten por los últimos siete puestos en la final. Corro escaleras abajo para ver la ronda de desempate y poder animar a Benjamin Salman, que tiene la historia de su lado. El campeón de Washington ha ganado el concurso del National Geographic en más ocasiones que el de cualquier otro estado: cinco en total, una de cada cuatro en la historia del certamen. Cuando le pedí a Caitlin que me explicase a qué se debía este récord excepcional, lo atribuyó al tiempo lluvioso. «Aquí los niños tienden a quedarse más en casa», dijo, «¡y ya que te quedas en casa aprovechas para mirar unos cuantos mapas!», como si ello fuera lo más normal del mundo. ¿Quién miraría la tele o jugaría con videojuegos pudiendo mirar mapas?

Una multitud ansiosa se ha congregado en el salón de baile del hotel para ver el desempate, y algunas personas ocupan incluso el vestíbulo. Estiro el cuello para intentar ver a los participantes en el fondo de la sala mientras el moderador formula la primera pregunta.

«El único país del Sudeste Asiático miembro de la OPEP, la Organización de Países Exportadores de Petróleo, dejó de formar parte de la misma el año pasado por haber pasado a ser más consumidor que productor. ¿Cuál es ese país?».

¡Indonesia! Esta la sé. Intento lanzar rayos con la respuesta en dirección a Benjamin. Quince segundos después, los concursantes muestran la respuesta que han escrito. Benjamin ha escrito «Malasia» y queda eliminado de la final, pero no muestra ninguna decepción al bajar estoicamente del escenario. Sin embargo, el concursante de once años de Nevada, que también ha fallado, parece muy afectado, casi enfermo. Estalla en lágrimas y hunde la cabeza en el hombro de su padre.

Este niño no es mucho mayor que mi hijo, así que su pena me resulta casi insoportable. Los 55 niños han dedicado innumerables horas a preparar el evento. Probablemente sean las cabezas más brillantes del país en lo que a geografía se refiere, pero eso no importa: 54 de ellos quedarán fuera por haberse equivocado en una pregunta, y esa pregunta la recordarán durante el resto de sus vidas. ¿Se trata realmente de un ejercicio educativo noble? ¿No sería más bien, bueno, abuso de menores?

«¿Piensas alguna vez que no hay geografía que compense esto?», le pregunto a Mary Lee Elden después del concurso.

«Creo que aprenden algo de ello», dice. «Sí, se sienten decepcionados, pero aprenden a gestionar su decepción». Como era de esperar, el concurso atrae a más niños de lo normal con síndrome de Asperger y otros trastornos de interacción social,

y esos niños tienen una especial tendencia a perder el control tras una dura derrota. «Seré honesta contigo», dice Mary Lee. «Como profesora y madre, no creo que yo le hiciera a mi hija pasar por esto».

Sin embargo, los organizadores hacen lo que pueden por aliviar los sueños destrozados y los egos magullados. Los concursantes eliminados de la final pasan a relajarse a una habitación entre bastidores con leche y galletas y en la que los miembros de la organización les dicen lo magníficos que son. Puede que los niños sufran más profundamente los reveses de la vida, pero también se recuperan más rápido. «Sucede cada año», ríe Mary Lee. «Siempre tengo que enviar a alguien allí porque empiezan a alborotar, hacen mucho ruido, y se les oye desde fuera».

A los padres no se les permite entrar en la sala de las galletas, y ello no es por casualidad. Al inicio de cada certamen, Mary Lee envía a los estudiantes a una recepción y pide a los padres que se queden un momento. «Les doy una pequeña charla y les digo que están allí para apoyar a sus hijos. Es el concurso de sus hijos, no el suyo».

La charla anual es el resultado de roces previos con el equivalente de los padres agresivos de las ligas deportivas infantiles de los empollones de geografía. «Una vez vi a un padre que después de las eliminatorias se dirigió a un chico y le empezó a gritar que cómo podía haber fallado y que por qué no había llegado a la final. Me rompió el corazón. Me levanté, aparté al niño de su padre y le dije: “Vámonos ahí”. Hay que darles un abrazo y decirles que son maravillosos».

Aquella tarde subí a uno de los autobuses de una flotilla aparcada enfrente del hotel. El fin de semana del concurso no es solo de preguntas y respuestas: el día anterior a las eliminatorias, los concursantes y sus padres hacen un tour por Washington, y la noche antes de la final siempre hay un picnic. La mayoría de los chicos finalmente se pueden relajar al haber quedado atrás el concurso; para los diez finalistas es una oportunidad para desahogarse antes del bautismo de fuego del día siguiente: más preguntas para devanarse los sesos, solo que ahora con la tensión añadida de las cámaras de televisión y Alex Trebek.

Vansh Jain de Wisconsin y Shiva Kangeyan de Florida, sentados detrás de mí, forman parte del grupo de finalistas de mañana y están de tertulia. «¿El punto más bajo de África está en Djibouti?», pregunta Vansh. «¡Sí!», responde un coro de voces al unísono. La conversación deriva a las mareas de la bahía de Fundy.

Todos parecen animados y relajados, tanto si son finalistas como Vansh y Shiva, como si casi han acabado como su amigo al otro lado de la sala, Alex Kimn, de Dakota del Sur. Ya no están sentados con sus padres, y la diferencia con los corrillos nerviosos de esta mañana en el vestíbulo del hotel es considerable. Hay una camaradería propia de hermanos de sangre libres del yugo paterno.

«¿Así que estabais nerviosos hoy, chicos?», les pregunto.

Hay un desprecio general. «Creo que estar nervioso es divertido», dice Alex.

«¿Y vuestros padres? ¿Se ponen más nerviosos que vosotros?».

«*Oh*, sí». «¡Sí, sí, sí!». «Sin duda».

Estoy sentado junto a Doug Oetter, el profesor de geografía que colabora en la dirección del concurso del estado de Georgia. Ver a los estudiantes destacar en geografía es un cambio muy agradable para él. «Mis alumnos de la universidad son obsesos al máximo», dice; gracias a los exámenes AP son competentes en genética, estructuras celulares, aminoácidos y capas de electrones. «Pero si les preguntas sobre geografía básica o ciencias de la Tierra —cúmulos o biomas— no tienen ni idea. Literalmente, tengo que empezar con la longitud y la latitud. No saben qué provoca el cambio de estaciones o las mareas». Igual que las antiguas civilizaciones que creaban leyendas sobre las granadas y otras cosas para explicar los fenómenos naturales, pienso. Solo que a estos chicos probablemente no les interesa lo que no saben.

De hecho, los geógrafos del mundo académico criticaron la idea del concurso cuando National Geographic lo anunció por primera vez, convencidos de que minaría el prestigio de la geografía reduciéndola a simples datos, un sucedáneo de los concursos de ortografía. «La memorización tendrá que ponerse de relieve a medida que aumente el nivel de dificultad de la competición», predijo Marc Eichen del Queens College en una revista sobre geografía[209]. «Los datos geográficos tendrán que ser cada vez más banales para que haya un ganador». Pero Oetter no está de acuerdo. No se puede escribir sin aprender antes el abecedario, dice, y no puedes hacer un trabajo sofisticado en el ámbito de la geografía si no sabes dónde están los lugares. «Esos chicos llegarán a la universidad sabiendo el abecedario. Escribirán las novelas geográficas del mañana».

Detrás de nosotros, los eruditos de mañana están tratando de averiguar en qué dirección va el autobús con la ayuda de la brújula del reloj de Shiva. También hay cierto desacuerdo sobre la identidad del principal productor de oro mundial. «¡Suráfrica! No, China. Sí, sí, China». (Correcto. China superó a Suráfrica en 2008).

Animado por lo rápidamente que parecen haberse relajado los chicos en el autobús, busco a Sarah, la madre de Benjamin Salman, en el picnic. Sostiene un plato de la barbacoa sobre una rodilla.

«¿Cómo se lo ha tomado?», le pregunto.

«Está bien», dice Sarah. «Estaba decepcionado, pero ahora está bien».

El picnic tiene lugar cada año en una granja bucólica del Maryland rural. Mientras el sol desciende hacia el bosque de robles y nogales al oeste del lugar donde se celebra el picnic, grupos de niños corren por la hierba. Cuando no están muriéndose de vergüenza tras un micrófono de National Geographic resulta fácil creer la afirmación de Mary Lee Elden de que «son niños normales que simplemente resulta que son brillantes». Juegan a la herradura y a baloncesto. Kenji Golimlim, un finalista de la zona de Detroit, debe de ser el concursante más bajo —apenas me llega al hombro, y yo no soy alto—, pero le veo hacer lanzamientos alegremente a un aro

de tres metros durante un buen rato. La mayoría de estos chicos se conocen desde hace solo uno o dos días, pero ya parecen buenos amigos.

Más allá de la presión de la competición, es la geografía lo que les une. «Aquí la gente entiende de qué hablo», me dice contento un chaval. «¡Son gente con la que puedo mantener conversaciones sobre geografía!». En este grupo no tienes que poner los ojos en blanco cuando tu madre menciona el concurso de geografía delante de tus amigos; está bien ser un loco de los mapas. Aquí la geografía puede servir incluso para romper el hielo. Oigo a Nicholas Farnsworth, uno de los finalistas de mañana, hablando con Roey Hadar, el representante de Nueva Jersey.

«¡Ah, eres de Nueva Jersey! Newark es la ciudad más grande. 273 000 habitantes la última vez que lo miré». «El punto más elevado del condado de Sussex se encuentra a 549,5 metros», responde Roey. Parece el principio de una hermosa amistad.

William Johnston, el representante de Misisipí, es un alumno de sexto con una amplia sonrisa y un corte de pelo «a la taza» que parece el resultado de un rito iniciático. «Se inventa países en los que juegan a un juego imaginario llamado plonk», me dice su madre. «Se pasa meses inventando islas». Tomo nota mentalmente de que tengo que presentárselo a Benjamin. Hasta este fin de semana, nunca ha encajado con otros niños. En su colegio, los alumnos solo pueden repartir invitaciones de cumpleaños en clase si todo el mundo está invitado. «Bien, esa es la única vez que fue invitado a una fiesta de cumpleaños», suspira. «Simplemente es… diferente. Pero ha logrado cierto reconocimiento, y ha sido *fantástico*».

Como sus compañeros de concurso, William es un niño preocupado por los detalles, de esa clase de niños que ya con dos o tres años tenía que tener todos sus coches Matchbox alineados. «Le alteran pequeñas cosas», dice su madre. «Cuando se determinó que Plutón no era un planeta se quedó desconsolado».

Creo que esta es una pista importante para identificar la mente de un niño apasionado de los mapas. Cuando era joven, para mí los mapas representaban estabilidad en un mundo turbulento. Por muy traumatizado que me sintiera al empezar en un colegio nuevo o al mudarme a otra ciudad o al ver algo terrorífico en televisión[210], todos los lugares que conocía seguían teniendo el mismo aspecto en un atlas.

Todavía hoy me quedo helado cuando los mapas cambian; espero que si Palaos se declara independiente o si Calcuta decide que su nombre se escriba «Kolkata» salga en primera plana. En mis viejos libros de preguntas y respuestas de geografía era artículo de fe que la máxima velocidad del viento jamás registrada en el planeta era de 371 kilómetros por hora durante una inusitada tormenta de abril en Monte Washington, New Hampshire, en 1934. Recientemente me impactó sobremanera enterarme de que el antiguo récord había quedado pulverizado en 32 kilómetros por hora durante un ciclón australiano en 1996[211]. ¡Vergonzosamente, el dato permaneció ignorado en el historial de un ordenador durante catorce años antes de

que los científicos se diesen cuenta de que tenían un nuevo récord entre manos! En mi opinión, ese ciclón tenía que haber sido una noticia de alcance en la CNN. ¿Cómo es posible que los parámetros fundamentales del universo estén cambiando y no le importe a nadie excepto a mí[212][213][214][215]?

A los jóvenes, los mapas les proporcionan algo más que una imagen de permanencia. También reducen el confuso mundo a algo que los niños pueden entender e incluso, en cierto modo, poseer. Durante siglos, los mapas han sido utilizados como un símbolo del dominio humano del mundo. Cuando visité Roma hace algunos años, me quedé paralizado ante los intrincados frescos de las provincias italianas y papales de la Galería de los Mapas del Vaticano. Cada árbol de cada bosque estaba perfilado separadamente, como el Bosque Negro de Tolkien. Más tarde, me enteré de que los papas de la época del Renacimiento utilizaban el salón como antesala; mientras esperaban que Su Santidad les diera audiencia, se pretendía que los visitantes reflexionasen sobre el alcance de su influencia en la Tierra, así como sobre su autoridad divina. El orbe redondo que acompaña tradicionalmente al cetro y vestiduras ceremoniales que forman parte de las joyas de la corona de un monarca, es un símbolo del globo que recuerda a los súbditos que su rey o reina tienen *literalmente* el mundo entero en sus manos[216][217]. En el siglo XX, cuando un país se declaraba independiente, publicaba orgulloso su propio atlas nacional como señal de que se había librado de las cadenas del colonialismo.

Tanto si eres el rey Luis XVI o un desconcertado estudiante de séptimo curso de la época actual, los mapas proporcionan la misma sensación de confianza y propiedad, una perspectiva divina del mundo. A Lilly Gaskin le gusta jugar con mapas, pero en realidad todavía no sabe que representan lugares. Estos chicos sí que lo saben, y eso es lo que agudiza su entusiasmo. «En un mapa puedes ver toda la extensión, aunque tú estés solo en una parte», me dijo Caitlin Snaring. «Sabes a dónde irás a continuación». Mary Lee Elden ha reparado en que los mejores concursantes proceden a menudo de localidades pequeñas. Los niños de Manhattan, Los Ángeles o Washington ya creen que el mundo gira a su alrededor; son los de Minocqua, Wisconsin, o Flagstaff, Arizona, los que sienten un impulso desaforado de conectarse con los lugares lejanos que ven en los mapas.

En el picnic, ya casi no hay luz, ya casi no hay galletas, y los padres de los participantes recogen a sus hijos. Lo último que veo antes de subir al autobús de vuelta a Washington es a William Johnston y Benjamin Salman, los dos arquitectos de naciones imaginarias, caminando solos bajo la luz del crepúsculo con la cabeza gacha. Me da la sensación de que el juego plonk está a punto de llegar a las orillas de Alambia.

A la mañana siguiente, espero oír la conocida fanfarria de trompetas de National Geographic TV mientras cruzo las puertas de la sede de la sociedad situada entre las

calles L y M. Así es el vestíbulo de National Geographic: grandes rectángulos amarillos surgen imponentes ante mí en el cristal del ventanal como el monolito de *2001*, una batisfera y la escultura de un gorila de espalda plateada están expuestos a mi derecha, y hay jeroglíficos egipcios y fotos de arrecifes de coral en las puertas de los ascensores. El techo del vestíbulo de acceso al Grosvenor Auditorium[218], donde se celebrará la final, está salpicado de estrellas artificiales que recrean las constelaciones tal como eran la noche del 27 de enero de 1888, cuando se fundó la sociedad.

Dedico un momento a charlar con los padres de Eric Yang, de Texas, que cometió un error en la sala de Benjamin Salman durante la fase preliminar pero se recuperó y alcanzó la final. Hace una década, los Yang emigraron de Singapur, donde, les cuento, mi familia vivió una temporada. La madre, Aileen, aprovecha la ocasión para presumir de su hijo, manifiestamente equilibrado: toca jazz en el piano, obtuvo una puntuación de 2200 en la selectividad a los trece años y forma parte del equipo nacional de natación. Lee libros de cocina compulsivamente, dice, pero no le gusta demasiado cocinar. Sueña con ir a Bélgica algún día. Eric permanece impasible mientras sus logros desfilan ante mí.

«Su hijo parece muy tranquilo», le digo a Aileen.

«¡Nosotros decimos que es un pepino!», asiente, presumiblemente refiriéndose a que es «frío como un pepino», a menos que se trate de alguna metáfora vegetal singapurense que desconozco.

«¿Están todos nerviosos por la final?», le pregunto a Aileen.

Sacude la cabeza. «Él me dice: “Mamá, no tengo que ser el ganador. Ganar es una bendición”».

Cuando me dirijo a mi asiento, me detiene la orgullosa madre de otro finalista, Lorena Golimlim, cuyo hijo Kenji era el pequeño jugador de baloncesto que había visto la noche anterior. «¡Kenji! ¿Puedes decirle a Ken los primeros doscientos dígitos de pi?». El chico lo hace encantado.

Aparte de Nicholas Farnsworth de Arizona y Kennen Sparks de Utah, todos los finalistas de hoy son estadounidenses de origen asiático, la mayoría de ascendencia sudasiática. No es de extrañar; la cultura indo-americana valora tanto esta clase de éxito educativo que una institución sin ánimo de lucro llamada North South Foundation ha organizado un complejo sistema para producir expertos, celebrando simulacros de concursos de ortografía y de geografía y olimpiadas matemáticas en sus aproximadamente setenta secciones repartidas por todo el país[219]. Un reto demográfico más difícil para National Geographic es el hecho de que los diez finalistas y cincuenta y tres de los cincuenta y cinco concursantes nacionales sean chicos. Únicamente Alaska y Wyoming, los dos estados menos poblados según el último censo, están representados por chicas.

En el picnic le pregunté a Kirsi Anselmi-Stith de Wyoming sobre este desequilibrio, que ella achacaba a las presiones sociales de su edad. Se encogió de

hombros. «Ahora las chicas se preocupan por el maquillaje», dijo. «Dedicarse a la geografía no es guay».

«¿Es duro ser una chica entre tantos chicos?».

Sonrió. «No, es más divertido. Cuando entramos en la sala todo el mundo se calla». Kirsi, una atlética chica de séptimo curso, de larga melena rubia, parecía despertar bastante interés durante el picnic. Toda la noche estuvo rodeada de cinco o seis chicos a los que les pasaba una cabeza, un nervioso montón de ortodoncias y nueces prominentes.

La «brecha cartográfica» entre hombres y mujeres es, por supuesto, uno de los temas fundamentales de los debates de género en nuestra cultura, el objetivo de innumerables chistes tópicos y sin gracia y de columnas en medios de comunicación sobre hombres que se niegan a preguntar por una dirección o mujeres que no son capaces de encontrar la carretera correcta en un mapa[220][221]. Sin embargo, en los últimos años, ha pasado del ámbito de humoristas como Ray Romano o Erma Bombeck a los laboratorios de psicología cognitiva, donde se estudia minuciosamente el tema de si (y por qué) hombres y mujeres se orientan y leen los mapas de manera diferente.

En 1995, después de que seis de los siete primeros concursos de geografía hubieran sido ganados por niños, National Geographic encargó a dos profesores de Penn State, Lynn Liben y Roger Downs, que estudiasen las razones por las cuales los resultados de las niñas eran inferiores. Esperaban encontrar las habituales razones anodinas de este tipo de diferencias: que los niños eran más competitivos o las niñas más inquietas, o que las preguntas eran un tanto tendenciosas. En cambio, los resultados fueron un poco más preocupantes.

«Los niños, como grupo, *tienen* más conocimientos de geografía que las niñas como grupo, admite Liben. Se apresura a añadir que un campo con cincuenta y tres niños y solo dos niñas *no* significa que los niños sean veintiséis veces mejores que las niñas; simplemente que las “muy pequeñas” diferencias tienden a magnificarse por el formato del concurso que selecciona al primer clasificado de cada una de las diferentes rondas».

Mi conclusión inmediata es que la diferencia de rendimiento radica en la capacidad espacial. Pruebas sobre género y orientación han determinado que las mujeres tienden a orientarse mediante puntos de referencia («giro a la izquierda cuando llego a la gasolinera»), mientras que los hombres recurren al cálculo puro y duro («todavía tengo que ir al norte y tal vez un poco hacia el oeste»), lo cual concuerda perfectamente con la perspectiva evolutiva: los hombres primitivos salían en expediciones a cazar en todas direcciones y siempre tenían que poder encontrar el camino de regreso a la cueva, por lo que desarrollaron su «memoria kinésica», mientras que las mujeres recolectaban alimentos más cerca de casa y desarrollaron por tanto su «memoria de localización de objetos». En pocas palabras, los hombres se hicieron mejores a la hora de encontrar lugares, mientras que las mujeres se hicieron

mejores a la hora de encontrar cosas. Avanzamos 20 000 años y a mi mujer la pone de los nervios que yo no logre encontrar las llaves del coche aunque estén en el tocador delante de mí. En cambio, yo me burlo de su tendencia a darle la vuelta a un mapa si no está en la posición «correcta». «Mindy, girar el mapa no recoloca los símbolos en absoluto», le digo poniendo los ojos en blanco, mientras ella me ignora y se plantea en silencio cómo sería un acuerdo de divorcio ahora que vivimos en una comunidad de bienes. Pero muchas muchas otras personas son «giradoras de mapas» igual que ella. En 1998, John y Ashley Sims inventaron un mapa invertido que hacía que viajar hacia el sur les resultase más fácil a quienes, como Mindy, no hacen la rotación mentalmente[222]. Una serie de editores masculinos rechazaron la idea hasta que una mujer se enteró, vio inmediatamente su atractivo y firmó. Desde entonces, se han vendido trescientos mil mapas invertidos[223]. Me pregunto si esos mismos factores tienen que ver con la repentina omnipresencia de los navegadores GPS en los coches y los teléfonos móviles: ¡señoras, por fin un mapa que gira automáticamente cuando giras! Yo suelo conectar el GPS de la otra forma —es decir, aquella en la que el norte permanece al norte mientras conduces—, cosa que fastidia a mi mujer cada vez que coge el coche después. Es el equivalente cartográfico a dejar levantada la tapa del váter.

La brecha biológica «no es enorme, pero existe», confirma Liben. «Tal vez sea la única diferencia cognitiva que permanece entre niños y niñas». Sin embargo, advierte de que ciertos factores sociales podrían hacer aumentar esas pequeñas diferencias. «Sabemos que a los bebés varones se los zarandea más que a las niñas. A los niños se les permite alejarse más en bicicleta; sabemos que exploran más. Ese es el tipo de cosas que incrementarán el conocimiento del entorno, la posibilidad de que mires un mapa y entiendas cómo llegar a algún sitio». Esos pequeños codazos ambientales pueden prolongarse durante toda la vida. Liben señala que incluso en una época en la que los cónyuges que trabajan habitualmente comparten equitativamente la cocina, la compra y las tareas del hogar, el coche de la familia es el último bastión de los roles masculinos de los años cincuenta. Los hombres casi siempre son los que conducen. Esto no es así en nuestro caso; cuando vamos juntos a algún sitio a menudo es Mindy la que acaba sentada al volante. Por supuesto, ello se debe únicamente a que prefiere conducir a quedarse atascada leyendo el mapa, así que no desmiente exactamente la teoría de Liben.

Por su parte, Mary Lee Elden cree que la diferencia de aptitud es lo suficientemente pequeña como para poder eliminarla mediante la educación. «Es un tema de grado de interés», dice. «¿Cómo podemos hacer que más niñas se sientan interesadas?». Menciona la campaña realizada hace veinte años para atraer a las mujeres a la medicina. «El 51% de los estudiantes de las facultades de medicina son ahora mujeres. El gran impulso fue “chicas, podéis hacerlo”. Bien, pienso lo mismo en el caso de la geografía. Simplemente tenemos que decirles a las niñas que también pueden ganar».

Los diez finalistas, todos ellos vestidos ahora con camisas a juego con el logo del concurso de National Geographic, están sentados en dos hileras superpuestas a la izquierda del escenario del auditorio, el cual ha sido decorado para la ocasión con un mapa espectacularmente iluminado de los siete continentes colocado sobre una cuadrícula con recuadros translúcidos azules que recuerda al escenario de *Jeopardy!* Sale Alex Trebek avanzando a grandes zancadas para completar la ilusión del programa concurso. «Estos diez finalistas», dice el presentador con cuarenta años de experiencia, «están a punto de asombrar a todo el mundo con sus conocimientos sobre la Tierra y todo lo que hay en ella y sobre ella». Además del gigantesco cheque de 25 000 dólares, este año el campeón ganará también un crucero; no el crucero divertido y frívolo de *La rueda de la fortuna*, desde luego, sino un crucero serio y educativo: ¡una visita a las islas Galápagos con el mismísimo Alex Trebek a bordo! Pero National Geographic ha juzgado correctamente el público objetivo: los diez finalistas saltan emocionados en sus asientos ante el anuncio.

Después de la primera ronda, Alex dedica un minuto a charlar con cada uno de los concursantes. Las minientrevistas de *Jeopardy!* provocan tal vergüenza ajena que muchos telespectadores cambian de canal, pero estos niños son encantadores y auténticos. Alex, padre de dos hijos, parece encontrarse a sus anchas y se muestra mucho más cordial que de costumbre cuando charla con ellos. Hay algunas muestras de nerviosismo —las pequeñas mejillas de Vansh Jain se inflan y se desinflan, Zaroug Jaleel se balancea de un lado a otro—, pero, por lo demás, los niños parecen tener bastante aplomo y ninguno presenta una personalidad desaforada como las que recuerdo de la emisión del concurso nacional de ortografía. Aparentemente, todos tienen aficiones encantadoramente anticuadas: coleccionar sellos, ajedrez, tiro con arco o bailes de salón. Arjun Kandaswamy de Oregón, el chico que parece más maduro, tiene intención de convertirse en Eagle Scout y Shiva Kangeyan bromea alegremente con Alex sobre modelos de aviones de la época de la Segunda Guerra Mundial.

La segunda ronda se inicia con un empleado del National Geographic sacando una reproducción de un guerrero chino de terracota para que Alex pueda hacer una pregunta sobre la provincia china de Shaanxi. Caitlin Snaring me había advertido de esto. «¡En el concurso nacional sacan objetos para distraerte! “¡Esta es la herramienta que utilizan en Fiji para sacarle el cerebro a la gente!”. Así que no prestas atención a la pregunta». Los soportes visuales van desde artilugios antiguos hasta animales vivos —pingüinos tal vez, o armadillos—. El año pasado, un dacelo nervioso causó un cierto revuelo al dejar un pequeño recuerdo sobre el escenario durante su breve aparición.

«Bueno, los usan para entretener al público», explicó su madre. Esta explicación menos siniestra a Caitlin ni se le había ocurrido. ¡Cualquier cosa que distrajese su

atención fija como un láser *era el enemigo*!

Kennen Sparks de Utah y Zaroug Jaleel de Massachusetts se equivocan al identificar al Yangtsé como el río más grande de la provincia de Shaanxi (es el Amarillo). Dos rondas más tarde, ambos fallan las preguntas sobre yacimientos arqueológicos y son los dos primeros finalistas eliminados. Durante esta ronda, me doy cuenta de que las preguntas que a los niños les cuestan más no siempre son las que uno esperaría. Shantan Krovvidi de Carolina del Norte falla al no saber que Salisbury es la ciudad más cercana a Stonehenge, mientras que Kennen va fuera por decir que la ciudad más grande de Cisjordania es Jerusalén (la respuesta correcta es Hebrón). Son datos de cultura general relativamente conocidos, pero los niños se quedan en blanco a pesar de que aciertan preguntas mucho más difíciles sobre la ciudad turca de Izmir o las islas de Vanatu. Sus conocimientos provienen de un manguerazo de atlas y enciclopedias, no de una vida de viajes y medios de comunicación. No son vividos como los nuestros.

Aparece un encargado sosteniendo un cráneo de gorila que los chicos tienen que ignorar mientras se les pregunta el nombre de la cordillera de volcanes de África Oriental en la que viven los gorilas de montaña. Cuatro niños no saben que se trata de las montañas Virunga, incluido Siva Gangavarapu, el cual —lastimosamente— escribió «Mts Virunga» en su tarjeta, luego lo tachó y empezó a escribir «Rwenzori» cuando se le acababa el tiempo. Cada vez que alguien abandona el escenario, el ritmo del juego se acelera y la siguiente ronda se hace un poco más corta. De repente, la mitad de los asientos están vacíos.

Las tres rondas siguientes de preguntas eliminan a un concursante cada vez, como si se tratase de una canción infantil para aprender a contar. («¿Diez pequeños indígenas americanos?»). La vocecita de pito de Kenji, que parece corregida por un procesador, tan segura en las rondas anteriores, no es capaz de identificar Mexicali, México, en los doce segundos de que dispone, y entonces quedaron cuatro. Vanesh, de diez años, no sabe que Clew Bay se encuentra en Irlanda, y entonces quedaron tres. Por último, en la décima ronda, Shantan se atasca con el nombre de una ciudad portuaria de Bulgaria. Tras su respuesta incorrecta mira a su izquierda: Eric Yang no ha fallado ni una, pero Arjun y Shantan han comenzado la ronda con un fallo. Si Arjun falla también su respuesta, Shantan remontará y todavía podría ganar.

«Arjun, ¿qué país de Suramérica ha retirado su anterior moneda, el sucre, y ha adoptado el dólar estadounidense como moneda oficial?».

Arjun se muerde el labio. «¿Ecuador?», aventura.

«¡Ecuador es correcto!», anuncia Alex. Arjun agacha la cabeza y aprieta los puños en silencio. Shantan acaba de ganar el tercer premio, una beca de 10 000 dólares, pero a pesar de ello parece terriblemente insatisfecho cuando apaga su micrófono y se levanta para dirigirse a los laterales. Ha estado tan cerca.

Los dos finalistas, Eric y Arjun, se cambian de sitio en la ronda final. Alex permanece entre ellos ante un atril en la grada inferior mientras los concursantes

utilizan tarjetas de papel para escribir las respuestas a las mismas preguntas. Quien responda correctamente más preguntas de las cinco será el campeón.

«La llamada pregunta ganadora de cada año es en realidad una pregunta perdedora», explica Anders Knospe, sentado entre el público junto a mí. Anders firmó unos cuantos autógrafos en su escuela secundaria de Bozeman, Montana, tras ganar el concurso de 1994; ha regresado quince años después para recordar viejos tiempos y saludar a Mary Lee Elden y a otros organizadores del certamen. Llegó en tren desde Yale, donde está finalizando el doctorado en física.

«Mira qué tranquilos están», digo. Se sabe que hombres adultos se han desmayado a causa del estrés que comporta competir en *Jeopardy!*, pero estos escolares han superado el crisol del concurso brillantemente. Eric, a la izquierda de Alex, ha permanecido con cara de póquer —incluso distante— durante toda la final. El pepino, tal como decían sus padres. Arjun se ha mostrado más inquieto, su imagen se corresponde un poco más con la del adolescente incómodo que la del resto de los finalistas, resoplando ostensiblemente con alivio en la décima ronda al acertar tras responder a boleo que la Plaza Bolívar se encuentra en Bogotá, Colombia. Sin embargo, ahora, también él está mirando el papel que tiene delante con una concentración glacial.

Anders niega con la cabeza. «Estoy seguro de que están muy nerviosos», suspira, recordando su emparejamiento en la final. «No sé por qué me acuerdo de esto, pero el sudor me corría desde el hombro hasta el brazo».

«Si estáis preparados, esta es la primera pregunta», dice Alex. «¿De qué país actual forman parte las regiones históricas de Eslavonia y Dalmacia?».

Es una de las antiguas repúblicas de Yugoslavia, lo sé. ¿Pero cuál? ¿Serbia? ¿Croacia? ¿Bosnia?

«Mostrad las tarjetas», indica Alex. «La respuesta correcta es la que habéis escrito: Croacia. Estáis empatados, uno a uno. Siguiente pregunta. ¿Cuál es el nombre local del viento catabático del sur de Francia que puede arruinar las cosechas del valle del Ródano?».

Eric y Arjun escribieron «mistral». «Correcto otra vez», dice Alex. «Esto va a ser divertido, ¿no creen? Ya se nota».

Así es; la ronda acaba sin que ninguno de los finalistas haya fallado una sola respuesta. Saben que Kandy está en Sri Lanka; Zaragoza en España, a orillas del Ebro; y Sochi, en Rusia, en el mar Negro. Alex saca un fajo de preguntas de desempate. La primera respuesta errónea pondrá fin al concurso.

«Situada al noroeste de Qatar, Sitrah es una ciudad portuaria que se encuentra en un país exportador de petróleo. ¿De qué país se trata?». Los padres de Eric están sentados frente a los de Arjun, a mi izquierda. Los Yang parecen tan tranquilos como su hijo. Los Kandaswamy también permanecen impasibles, pero están sentados con la espalda erguida y los ojos muy abiertos, un tanto aterrados por los acontecimientos.

Eric se detiene un instante antes de escribir la respuesta, pero los dos contestan

«Baréin», así que la final se alarga a una séptima pregunta. «La isla Akimiski es la mayor isla de una bahía que representa la parte más meridional del territorio de Nunavut. ¿De qué bahía se trata?». Ninguno de los niños se equivoca y escribe «Bahía de Hudson»; ambos saben que se trata de la bahía de James. El auditorio está en silencio; nunca antes ha habido tanta gente interesada en las vías fluviales de Nunavut. «¿Tenéis suficientes tarjetas?», pregunta Alex sonriendo. «¿Sí? Bien».

Octava pregunta. «El distrito de Timis comparte nombre con un afluente del Danubio y está situado en la parte occidental de un país europeo. ¿Cuál es ese país?». Esta vez hay una larga pausa antes de que los rotuladores empiecen a chirriar. ¿Es Hungría? Los finalistas parecen tan inseguros como yo.

Hay un ligero murmullo entre los espectadores cuando se muestran las cartulinas. «Vemos que en esta ocasión los chicos no han escrito la misma respuesta», dice Alex con aire teatral. En la tarjeta de Arjun pone «Hungría», que es lo que yo habría respondido. Eric ha escrito «Rumania».

Arjun mira fijamente a Alex como si este fuera a revelar alguna verdad religiosa secreta; Eric mira fijamente al frente. «¡El país es Rumania!», anuncia Alex. «¡Eric Yang, eres el campeón del Concurso Nacional de Geografía 2009!».

El público estalla en aplausos. Arjun apoya amargamente la cabeza en la palma de su mano derecha. «¡Menuda final!», dice Alex maravillado. «Menuda final, sí señor». Eric levanta el puño, pero es la señal de victoria más leve que he visto en mi vida, tan solo unos milímetros, y a continuación pone la barbilla sobre los nudillos, permitiendo que una sonrisa hermética cruce su cara por primera vez en todo el día.

Aileen Yang sigue llorando cuando, quince minutos más tarde, voy a felicitarles abriéndome paso entre una multitud de periodistas que esperan una declaración del campeón.

«Eric, ¿sabías que era Rumania?», le pregunto.

«Fue una hipótesis fundamentada», reconoce. Trató de imaginarse el territorio de Europa central, dónde era probable que estuvieran los afluentes del Danubio y por dónde debían de fluir. Estoy impresionado. No solo vomitaba nombres de lugares, como afirman los críticos con el concurso. Tenía un profundo conocimiento de la zona.

«¿Qué sentiste al ganar?», pregunto interesado.

«Fue muy grande», dice tranquilamente. «Un gran hito». Discreto hasta el final.

No fui consciente de hasta qué punto necesitaba ver a los 55 chicos hasta que los vi en acción. Tras décadas de artículos periodísticos sobre jóvenes paralizados ante sencillos mapas, llegué a una conclusión generalizada y no del todo ilógica: todos los estadounidenses son malísimos en geografía. Para mí fue terapéutico ver en primera

persona que algunos chicos siguen estando tan locos por los mapas como yo lo estaba, que tal vez el futuro estaba en buenas manos. «Eso es lo que me gusta del concurso, que es una buena noticia para la educación», dice Mary Lee Elden. «Mucho de lo que se lee en los periódicos es tan negativo…

»Tenemos que recompensar a los niños que triunfan en el ámbito académico. Esos chicos no ganarán ningún trofeo en fútbol o baloncesto, pero tienen algo que ofrecer al mundo; mucho que ofrecer al mundo. Y deberíamos recompensarles».

El éxito en el concurso de National Geographic es una forma sorprendentemente precisa de predecir qué chicos harán cosas extraordinarias. El trabajo de Anders en Yale sobre la física de las partículas no es más que la punta del iceberg. Susannah Batko-Yovino, la primera niña que ganó el concurso, es ahora una doctora que realiza investigaciones sobre el cáncer en la Universidad de Maryland. Kyle Haddad-Fonda, ganador en 2001, estudia las relaciones entre China y Egipto en Harvard, y acaba de obtener una beca Rhodes. El objetivo de Caitlin Snaring es aún más elevado: quiere llegar a ser secretaria de Estado, declaró en el programa *Today*. Al cabo de poco tiempo llegó una foto autografiada de Condoleezza Rice al buzón de los Snaring, así como una carta de felicitación del presidente.

«Pero los niños del concurso de ortografía pudieron *conocer* al presidente Bush», dijo la madre de Caitlin en tono de reproche mientras mirábamos la foto enmarcada. Aquella fue la primera, pero no la última vez que me di cuenta del molesto complejo de inferioridad de los participantes en el concurso de geografía frente a los del concurso nacional de ortografía. Les suele molestar que, mira por dónde, un concurso de *ortografía* tenga más prestigio que uno sobre geografía, tema que, a diferencia de la ortografía, se estudia después de quinto curso, es importante en la vida adulta y no es corregido fácilmente por tu procesador de textos ni por tu cuenta de cliente de correo electrónico.

En el almuerzo posterior a la final, incluso Alex Trebek revela su secreta envidia hacia el concurso de ortografía. «Nadie me ha pedido que hable, pero voy a hacerlo de todas formas», dice, recostándose en su silla. Tras unos cuantos vasos de Chardonnay, se muestra locuaz, hablándole a la sala de su sótano lleno de revistas de *National Geographic* que lee sin cesar. «No pretendo restarle mérito al concurso de ortografía, pero si el concurso de ortografía puede retransmitirse en *prime time* en la ABC, nosotros somos mejores. Somos más interesantes y nuestro ámbito es mayor. ¡Caramba, deberíamos tener un programa en horario de máxima audiencia!».

Pero tanto si el público lo entiende como si no, la idea de Alex es presentar el concurso a perpetuidad. «Seguiré haciéndolo hasta que me tengan que sacar como al hombre de terracota», promete.

Dentro de diez años, ¿quién sabe? Tal vez estará entregando el cheque gigante a la Lilly Gaskin de YouTube en la televisión nacional. Imagínate los aplausos que recibirá entonces.

Capítulo 8

MEANDRO

meandro. m. Cada una de las curvas que describe el curso de un río.

Tienes que volar alrededor del mundo todo el día para que el sol te dé en la cara.
STEPHEN MERRITT.

Los mapas de carreteras más antiguos que se conservan fueron diseñados para que la gente no tuviera que ir a ningún sitio. Cuando un cartógrafo medieval como Matthew Paris dibujaba mapas bellamente ilustrados de los santos lugares y los caminos que conducían a ellos, su público objetivo eran sus hermanos monjes, los cuales estudiaban minuciosamente cada paso del viaje sin abandonar jamás sus monasterios[224]. Creían en la *peregrinatio in stabilitate*: peregrinos con el corazón no con los pies. Viajar desde el sillón estaba bien —aunque a ninguno de esos monjes se les permitía un asiento tan confortable—, pero si realmente emprendías el viaje, ¡piensa en todas las seductoras y licenciosas tentaciones que te podían esperar en el camino! Bueno, no penséis demasiado en ellas, hermanos. Oremos.

Incluso si no tenías razones eclesiásticas para permanecer cerca de casa, un mapa de Roma habría sido tan útil como un mapa de Marte. Durante la Edad Media, la mayoría de la gente vivía, trabajaba, se casaba y moría sin alejarse nunca más de 30 kilómetros de su lugar de nacimiento. Si eras una de esas almas raras y ambiciosas que efectivamente soñaba con viajar más allá del condado en el que habías nacido, la lista de viajes durante tu vida se limitaba probablemente a un único peregrinaje: a Canterbury, pongamos, o a Santiago de Compostela o a Jerusalén. Eso era todo. Si hubiera existido un *best-seller* de viajes en el siglo XV, probablemente se titularía *Un lugar que ver antes de morir*. Esa fue en gran medida la situación de los viajes durante los quinientos años siguientes. Cuando lord Castlereagh fundó el Travellers Club en Londres en 1819, la admisión se limitaba a caballeros tan viajados que tenían que haberse desplazado a —¿puedes creerlo?— 800 kilómetros de Londres. Sí, 800 kilómetros. Un único viaje a St. Moritz para esquiar y ya podías beber coñac en la biblioteca forrada de paneles de madera de roble del Travellers Club junto al duque de Wellington y exploradores como sir Francis Beaufort y el capitán del *Beagle* Robert FitzRoy.

Una revolución en el mundo del transporte —los desplazamientos masivos en ferrocarril en el siglo XIX y los viajes aéreos en el siglo XX— lo cambió todo. Por primera vez en la historia de la humanidad es posible ir a prácticamente cualquier lugar. Y la gente lo ha hecho. La cara norte del monte Everest, uno de los lugares más inhóspitos del planeta, no había sido tocada por manos humanas hasta 1921. Ahora

está tan concurrida que los equipos de escaladores envían a sherpas con semanas de antelación para hacerse con los mejores sitios, como hacen los adolescentes que acampan por la noche para conseguir entradas para un concierto, y ha sido necesario enviar equipos de limpieza internacionales para retirar la basura de las abarrotadas laderas[225].

La era de los motores a reacción ha dado origen a un nuevo tipo de entendido: el *coleccionista* aficionado a la geografía. No se trata de coleccionistas de cosas como cromos de béisbol, vajillas Fiesta o muñecos articulados de los personajes de *Happy Days*, sino de lugares. No puedes ir a todos los lugares del mundo, por supuesto, ni siquiera con la tecnología del siglo XXI. Al fin y al cabo, el terreno de juego tiene una superficie de 322 millones de kilómetros cuadrados. Así, el viajero completista se especializará: no visitando todos los lugares, sino el punto más alto de cada continente, o todos los condados o capitales de estado de Estados Unidos, o todos los restaurantes de la cadena Denny's, o… las posibilidades son infinitas. Hay decenas de miles de esos coleccionistas de lugares vagando por el globo, pero todos tienen algo en común: todos fingen que su lista de destinos es menos importante que el viaje en sí, pero todos saben que en el fondo eso no es cierto. La lista es crucial.

Louise McGregor es una mujer calmada, de pelo blanco, de sesenta y tantos años, que se parece a tu abuela. Sin embargo, a diferencia de tu abuela, *realmente* deseaba viajar a Somalia con toda su alma. «¡No me dejaron bajar del avión en Mogadiscio!», se queja ante un grupo de mujeres en el pijo y bullicioso bar de un asador de Beverly Hill. «Todos los somalíes bajaron, pero cuando lo intentamos nosotros nos dijeron: "¿Adónde creen que van?"». Somalia ha sido durante años una tierra de nadie sangrienta y sumida en la anarquía, pero Louise parece verdaderamente ofendida por el desaire. Durante su reciente viaje al Cuerno de África pudo atravesar Yibuti y Yemen, pero no Somalia.

«¿Alguna vez ha estado en un lugar en el que se sintiera realmente en peligro?», pregunto.

«¡Por supuesto! He vivido en Nueva York y Los Ángeles».

Venga ya. Realmente no se pueden comparar la contaminación y los atascos de tráfico con las bombas suicidas, las decapitaciones y los piratas.

Se encoge de hombros. «Los lugares más divertidos simplemente no son seguros. Una amiga y yo miramos la lista de lugares peligrosos del Departamento de Estado, y así es como decidimos a dónde viajar».

La versión actual norteamericana del Travellers Club es el Travelers' Century Club, fundado en 1954 en el sur de California por Bert Hemphill y Russ Davidson, los cuales trabajaban juntos en una elitista agencia de viajes de Los Ángeles que prestaba sus servicios a gente en busca de viajes muy exclusivos a destinos muy poco habituales. «Century» se refiere a la norma de exclusividad del club; tienes que haber

visitado al menos cien países diferentes para poder afiliarte. La idea era que este objetivo fuera casi inalcanzable, sin embargo, al final de la década había 43 miembros admitidos. «Resulta que llegar a cien no era tan difícil, ni siquiera en aquel entonces», dice Klaus Billep, presidente del club durante los últimos veinte años.

Hoy el club presume de tener más de 2000 socios, y este almuerzo en el asador es la fiesta más importante del año. Yo estaba deseando codearme con esos exploradores modernos, descendientes espirituales de Francis Beaufort y Robert FitzRoy —preferiblemente en algún lugar con un chisporroteante fuego y cabezas de ñu en la pared—. Sin embargo, mi fantasía de safari se vio bruscamente interrumpida cuando Klaus me puso al corriente de los almuerzos habituales del club. «Acostumbraban a ser banquetes nocturnos, pero algunos de nuestros socios oyeron hablar de tiroteos en la carretera en Los Ángeles. A la mayoría no les gusta mucho conducir de noche».

Digámoslo claramente: ¿esos intrépidos exploradores han estado en Kamchatka y las Galápagos, pero no se atreven a circular por la carretera 405 después del anochecer? Ahí es donde me di cuenta de quiénes tienen tiempo y dinero para visitar cien países: los muy ricos y/o (normalmente «y») muy viejos. Si miras por el restaurante nadie te reprocharía que pensases que la palabra «Century» del nombre del club se refiere a la edad de los socios. Como cabría esperar, se ven cantidad de pieles, perlas y liftings faciales del condado de Orange[226].

Y a pesar de todo… la mayoría de esas personas de la tercera edad han estado en más sitios guays en el último año que yo en toda mi vida. Louise McGregor, de sesenta y tantos años, acaba de atravesar Etiopía en un viaje de doce horas en autobús y, al parecer, montó un poco de follón en una pista de aterrizaje en Mogadiscio. No puede decirse que no sean aventureros.

«¿En cuántos países *has* estado?», me pregunta tras deducir que no soy más que un simple intruso y no un miembro del club.

Ejem. He estado haciendo un recuento mental en el coche de camino hacia aquí. Me considero un tipo relativamente viajado, ya que he vivido en tres continentes. Y a pesar de todo, el total es un descorazonador 24, contando una escala de 90 minutos en el aeropuerto de Taipei y una vez que puse el pie en la parte norcoreana de una sala de conferencias durante una excursión a la zona desmilitarizada.

«Veintinueve», miento, redondeando la cifra hasta el, ejem, número primo más cercano.

Louise está sorprendida. «¿Qué haces escribiendo un libro sobre geografía si solo has estado en 29 países?».

Touché. Resulto tremendamente provinciano, al menos en esta sala. No obstante, me pregunto si Louise no ha dicho algo importante: ¿es posible que el vergonzoso desconocimiento cartográfico de los estadounidenses tenga algo que ver con nuestra reticencia a viajar al extranjero? Al fin y al cabo, es difícil que te importe un lugar en el que no has estado y al que sabes que probablemente nunca irás, y tan solo un número asombrosamente pequeño de estadounidenses tiene pasaporte[227][228]. Sarah

Palin saltó a los titulares por carecer de pasaporte en 2006, cuando necesitó uno para visitar a las tropas estadounidenses en Kuwait y Alemania. Cuando Katie Couric le preguntó el motivo, ella se jactó de que no era una de esas vagas estudiantes universitarias privilegiadas que salían pitando hacia Europa con una mochila a la espalda a las primeras de cambio. «He trabajado toda mi vida», dijo. «Supongo que no pertenecía a esa cultura.»[229] ¿Es en eso en lo que nos hemos convertido, un país en el que el interés por viajar de vez en cuando es una *cultura* —una cultura antiamericana propia de hijos de papá— y no una parte habitual de la vida de las personas de clase media?

Durante la comida soy la persona más joven de mi mesa por un margen de tranquilamente cuarenta años. Bill Crawford, de ochenta y siete años, unta mantequilla en el pan sentado a mi izquierda. Acaba de regresar de Groenlandia. («¿Qué tal?». «¡Mucho frío!»). Es un tipo atildado, con una chaqueta de tweed, cuello de cisne y cuidada barba blanca. Su interés por los lugares lejanos surgió a la edad de quince años tras ver a Clark Gable en *El motín del Bounty*. «Dije: “Algún día visitaré las islas Pitcairn”» —donde acabaron los amotinados del *Bounty*— «“y conoceré a aquella gente”. Pues bien, el año pasado me compré allí una casa».

Cuando Bill cumplió setenta años, lo celebró comprándose una Harley y recorriendo con ella 105 000 kilómetros a lo largo y ancho del continente. Su idea es viajar hasta que tenga ciento diez años. «¡Si descansas, descansas!», dice, dando a entender con macabro énfasis que el segundo «descansas» se refiere a «descansar en paz»; pero su vista, debilitada por el glaucoma y la degeneración macular, le empieza a frenar. No obstante, se lo toma con filosofía. «Lo que sea, será, pero me las arreglaré. No pienso preocuparme. Si sucede, sucede». Sonríe y me da un codazo guiñándome un ojo entelado. «Es como cuando tienes una cita, ¿no?».

Klaus Billep, el presidente, está ocupado en algunos asuntos al frente de la sala. («¡Sostén el micrófono más cerca de la boca!», le dice un anciano duro de oído desde el fondo). El premio por venir desde más lejos a la comida se le concede a un grupo de inveterados socios del club que acaban de regresar de la isla Wake. Este pequeño atolón de coral entre Hawái y Guam es un enclave de misiles estadounidenses fuertemente protegido, y los controles militares que conlleva una visita hace que se trate de uno de los lugares más inaccesibles del mundo. De hecho, de los 141 visitantes que hicieron el viaje, cinco eran socios del TCC que querían tachar el último lugar de su lista de destinos pendientes.

Gritos entrecortados de admiración y una ovación espontánea llenan la sala.

Klaus también hace una mención honorífica a «un caballero de ochenta y seis años que viene conduciendo desde Reno cada año». Rod Ritchie, sentado a mi otro lado, levanta los brazos al recibir los aplausos. «¡Todavía entre los vivos!», alardea.

«La edad está en la mente», me dice Rod. «Cuando tienes mis años, te das cuenta

de que la mayoría de tus amigos y colegas han muerto. Y yo no quería que el furgón de mi coche fúnebre estuviera lleno de dinero; ¡quería gastármelo! Así que empecé a viajar». Un amigo le habló del TCC y empezaron a comparar países. «Fue como si me hubiera contagiado una enfermedad», ríe como arrepentido.

Realmente, esta enfermedad de coleccionar países sí que parece tener algo de adictivo —algunos de los practicantes se autodenominan «cazadores de países», como si naciones enteras fuesen presas escurridizas a las que hay que acechar y atrapar como si fuesen gacelas. La mesa está llena de hombres que rondan los ochenta y los noventa años, pero comparten con entusiasmo sus últimas historias de aventuras y peligros. Bill hizo un viaje por el Amazonas desde Cuzco, en Perú, hasta Manaos, en Brasil, a través de pantanos infestados de anacondas que son el centro del tráfico de cocaína en Sudamérica. Rod se vio atrapado en Fiji durante el golpe de Estado de 2000. «Bah, el problema estaba en Suva», dice quitándole importancia. «Yo estaba en Nadion, al otro extremo de la isla». Y el camino les sigue llamando: Bill quiere ver Attu, en la cima de las islas Aleutianas en Alaska, el punto más occidental de Estados Unidos[230]. Alfred Giese, de noventa y siete años, el viajero más anciano de los presentes, dará la vuelta al mundo en el *Queen Mary* el mes que viene. Hay una razón por la que a la fiebre de los viajes la denominamos «ansia de viajar» y no «capricho de viajar» o «afición a viajar». Es algo urgente y apasionado.

Esos trotamundos se buscan mutuamente porque nadie más les entiende ni quiere ver las diapositivas de sus vacaciones. «Todos tenemos esta loca obsesión», dice Christopher Hudson, el editor inglés del Museo de Arte Moderno de Nueva York que actualmente ejerce de presidente del TCC. «Lo noto cuando hablo de viajes con otros amigos, o miran con ojos vidriosos o piensan: "¡Dios mío! ¿Por qué este tío suelta todos esos nombres?"».

El club también proporciona a sus socios lo que Chris denomina «una buena fuente de información para ir a todos esos lugares recónditos». Según el último recuento, el TCC publica 483 «ficheros informativos» sobre destinos remotos, que contienen la clase de consejos que no aparecen en la guía Fodor's. (¡Si vas al conflictivo enclave de Nagorno Karabaj, que te pongan el sello del visado en un papel separado o no te permitirán regresar a Azerbayán! ¡Prepárate para el barro si vas a las cataratas Taki, el salto de agua más elevado de la nación micronesia de Palaos!). Cada comida concluye con una conferencia sobre un viaje pronunciada por algún socio que haya regresado de uno recientemente —en este momento, mientras Chris y yo hablamos al fondo del salón de banquetes, está empezando una presentación de diapositivas de Papúa Nueva Guinea; muchos socios toman apuntes. Levanto la vista justo a tiempo para ver la frase «Fundas de pene» en uno de los puntos a tratar que aparecen en la presentación en PowerPoint—. A continuación aparece la foto —glups, las fundas de pene son exactamente lo que te imaginas—. Resulta un poco difícil mantener contacto visual con alguien cuando hay una gigantesca funda de pene justo detrás de su cabeza.

Como miembro de la junta directiva del Traveller's Century Club, Chris tiene derecho a voto para decidir qué destinos formarán parte de la lista oficial del TCC. Esto es más peliagudo de lo que parece: solo hay 192 Estados miembros de las Naciones Unidas, pero el TCC reconoce la friolera de 319 «países» diferentes, incluyendo cualquier territorio separado de algún modo de su nación madre. Esto parece lógico en algunos casos (desde luego, París y Tahití no deberían contar como el mismo «país» para los viajeros por el simple hecho de que uno siga administrando al otro), pero en otros lleva al absurdo (Alaska es un país independiente según las reglas del TCC, mientras que Indonesia cuenta de algún modo con ocho países diferentes). «A pesar de que tenemos unas reglas un tanto peculiares, nos las tomamos muy en serio», dice Chris y, motu proprio, empieza a explicarme pacientemente por qué la junta votó que Abjasia —pero no Osetia del Sur, otra región disidente de Georgia— fuese un «país» para el TCC. Es evidente que no es la primera vez que ha tratado el tema con socios del club indignados. Asiento prudentemente mientras expone las *evidentes* diferencias entre las infraestructuras de Abjasia y Osetia del Sur, un poco nervioso por si después se le ocurre ponerme un examen.

Mucha gente empezó a coleccionar países porque oyó hablar del TCC, pero lo contrario es más habitual: eran personas que ya estaban obsesionadas por viajar antes de saber que había una organización que cobraba una cuota por ello. Cada pocos años, alguien escribe a la columna de viajes del *New York Times* preguntando si existe un club para la gente que colecciona países, y el editor publica diligentemente la dirección de correo del TCC. El mismo proceso de incorporación dio origen al Highpointers Club, cuyos tres mil miembros se dedican a visitar la mayor elevación de cada estado de Estados Unidos. El club fue fundado por Jack Longacre, un camionero de Arkansas al que le gustaba visitar los puntos más altos de cada estado y que se dio cuenta de que en todos los registros aparecían siempre los mismos nombres, algunos de los cuales alardeaban de sus marcas personales. «¡Dios mío!», recuerda haberse dicho maravillado. «¡Tiene que haber otros por ahí con tan poco sentido común como yo!»[231]. En 1986, los editores de la revista *Outdoor* le permitieron escribir un pequeño artículo en el que buscaba coleccionistas como él; respondieron treinta. Al año siguiente, nueve de ellos se encontraron en la cima del monte Arvon, el punto más elevado de Michigan, y aquel se convirtió en el primer «kongreso[232]» anual del club.

Supongo que yo también empecé a subir a los puntos más elevados antes de saber que existía un club. Hace algunos años, mi mujer y yo subimos al monte Greylock, situado al noroeste de Massachusetts, para admirar el follaje de otoño de las montañas Berkshire desde lo alto. Fue una excursión sencilla —con sus solo 1064 metros, el monte Greylock es casi la mitad de alto que la montaña Flora, la cumbre número 100 de mi estado natal, Washington—, pero en cierto modo me sentí muy duro y viril al saber que estaba en la cima del estado de Massachusetts. Tras descubrir

en Internet que no menos de diez mil personas comparten ese impulso, busco a Craig Noland, el «tipo de las inscripciones» del Highpointers Club. Cuando le llamo, se está encargando de la mesa de inscripciones en el parque natural de las Smoky Mountains en Pigeon Forge, Tennessee.

Craig ha estado en 46 de las 50 cimas, y se quedó a 300 metros de otras dos. «No pude alcanzar la cumbre del monte Hood (en Oregón) por culpa de una tormenta de nieve», me dice con su marcado y amistoso acento sureño. «No sé si llegaré a Alaska. Ahora estoy más viejo y decrépito, y tengo demasiado acero en la espalda».

Pero la mayoría de los puntos elevados de Estados Unidos no son los picos inaccesibles que uno podría imaginar, como el Hood o el McKinley[233][234]. Únicamente cinco de ellos requieren escalar; el resto son asequibles aunque seas un novato como yo que cree que un crampón es algo que se puede comprar en *el pasillo rosa* de una farmacia. Algunos son incluso menos complicados que el monte Greylock: por ejemplo, el punto más elevado de Delaware se encuentra en un aparcamiento para caravanas. El de Ohio es un asta de bandera de una escuela de formación profesional. El punto más alto de Florida es Britton Hill —con 105 metros, el de menos altura de todos los estados y considerablemente menor que muchos rascacielos de Florida—.[235] Es un área de descanso. «¡Cuidado si utilizas los servicios! Hay serpientes de cabeza de cobre», dice Craig servicial.

Es una actividad curiosamente arbitraria, visitar lugares sin ningún interés inherente, simplemente porque el capricho de las fronteras creadas por el hombre los ha colocado en tu lista de destinos. George Mallory dijo que quería escalar el Everest «porque estaba ahí», ¿pero qué lleva a 300 personas cada año a una leve pendiente en un campo de maíz de Iowa? En realidad no hay nada que ver; Mallory diría tal vez que acuden allí «porque el mapa dice que hay algo, pero en realidad no lo hay». La búsqueda es aún más desconcertante en casos como el de Peter Holden, el cual ha comido en más de 12 000 restaurantes McDonald’s, o el de «Winter[236][237]», al que solo le faltan por visitar 20 de los 8500 establecimientos Starbucks de Norteamérica.

Nunca consiguen tachar de su lista un monte Shasta o un Tahití. Sus objetivos son aburridos, omnipresentes y casi idénticos. Son viajeros de centro comercial, exploradores de aparcamiento. Pero se toman su obsesión con la mayor seriedad. En una ocasión, Holden comió en 45 McDonald’s de la zona de Detroit en un solo día (su pedido habitual son dos Big Macs, pero los días de maratón se las arregla con un refresco *light* y unas galletas McDonaldland para dejar sitio para luego[238]). Un documental sobre la solitaria cruzada de Winter lo muestra viviendo siempre en su coche y llegando en un momento dado a sorber el café derramado en el mugriento posavasos, porque solo tacha un Starbucks de su lista cuando acaba la bebida que ha comprado[239].

El doctor Alan Hogenauer, antiguo ejecutivo de una línea aérea y asesor de marketing de viajes, ha acuñado el término «viaje sistemático» para referirse a este coleccionismo geográfico, y explica el concepto a sus alumnos de turismo en la

Universidad de Loyola Marymount. No cabe duda de que practica lo que predica. En su página web se enumeran no menos de 396 listas en las que o bien está trabajando, o bien ha completado. Es especialmente famoso por ser la primera persona en visitar todos y cada uno de los lugares gestionados por el Servicio de Parques Nacionales[240], pero también ha visitado los once distritos de Barbados, los treinta «lugares de culto históricos» de la ciudad de Filadelfia, las cincuenta y una estaciones meteorológicas de Tailandia y los lugares de nacimiento de todos los presidentes de Estados Unidos. Llegado a este punto, ha tenido que inventar nuevas cosas que contar, cosa que supe cuando le localicé días después de una excursión de fin de semana a Casablanca. «Con esto he cubierto África en enero», explica orgulloso. «Ahora tengo los 72 "meses-continentes": he de visitar algún lugar en cada continente cada mes del año».

En el despacho de Hogenauer en Loyola hay colgados dos mapas que muestran con precisión su historial de viajes mediante chinchetas y un intrincado entramado de cordeles. En gran parte del mundo, como por ejemplo en Norteamérica, el enredo es tan denso que ya no puede añadir rutas nuevas. Insiste en que las listas de objetivos no son más que un medio para un fin, una excusa para explorar. «Mira, si hubiera ido en helicóptero a todos los parques nacionales, no habría disfrutado. Pero al ir a cada uno, averiguar cómo llegar y relacionarlos con el resto, parecen mucho más reales».

Pero ya estoy acostumbrado a que los coleccionistas de lugares protesten, a mi entender demasiado. Todos quitan importancia a la lista, pero está claro que tener un sistema es una fuente de placer para estas personas. De lo contrario, ¿por qué no tiran la lista en un momento dado y simplemente van a donde les apetece? En parte se debe a la petulante emoción universal de tachar un objetivo de una lista. Y Hogenauer dice que completar una lista es todavía mejor. «Reconoces las cosas en su integridad. Si puedes decir que tienes un logro del 100% en tu historial, no te has de preocupar si has fallado en algo».

La lista garantiza novedad, así como experiencia. El fantasma de la muerte y la conciencia de que el tiempo es limitado parece acompañar siempre a los viajeros sistemáticos, especialmente a los más viejos. Hogenauer cuenta la historia de que en su primer trabajo en Ma Bell tenía un compañero entrado en años que tenía previsto ver por fin mundo con su mujer cuando se jubilase. Ella murió el mismo día de su jubilación. «¡Tenías que haber visto la cara del hombre!», recuerda con tristeza. «Fue una revelación trascendental. Tienes que hacer las cosas mientras puedas». ¿Por qué volver a Cancún si no has visto Tierra del Fuego? ¿Por qué aplazar un viaje a Laos si estás justo al lado en Tailandia? ¡Acumula sellos de visados mientras puedas! ¡El tiempo vuela!

El Travelers' Century Club ha ampliado la lista de «países» del mundo a 319, pero incluso ese número resulta demasiado limitado para algunos coleccionistas, siempre

hambrientos por ir al siguiente lugar en un mundo cada vez más reducido. Por eso, un socio del TCC llamado Charles Veley creó MostTraveledPeople.com, una página web donde sus fieles lectores trotamundos pueden votar una lista aún mayor de destinos legítimos. Actualmente, la lista ha aumentado hasta la friolera de 872. Los cincuenta estados de Estados Unidos son ahora «países» separados en la lista, como también lo son las 22 regiones de Francia, a pesar de que todas ellas son aproximadamente del tamaño de Vermont. Es raro el lugar que *no* pasa la criba; de hecho, Point Roberts, en Washington, una minúscula porción de Estados Unidos que cuelga de Canadá, a tan solo unas cuantas horas al noroeste de mi casa, está actualmente en la lista de vetos, con solo un 40% de votos favorables.

Todavía nadie ha estado en todas partes, pero la competición es intensa. «Recibo muchos correos electrónicos de personas que denuncian que otros hacen trampas», me dice Veley, sin que su voz, constantemente suave y sin afectación alguna, muestre ningún signo de irritación. «A algunas personas solo les gusta cotorrear». Nos hemos reunido cerca de su casa, la reconvertida residencia del coronel del desmantelado Presidio Real de San Francisco. Parece agotado, no tanto a causa de su periplo de la semana anterior por cuatro países europeos, durante el cual tuvo ocasión de atravesar la minúscula isla de Heligoland, en el mar del Norte, como por un alto en el camino que parece aún más extenuante: la visita con sus tres hijos pequeños a Disneyland París.

Aunque ya no existe una categoría de récord Guinness al respecto (es algo demasiado subjetivo y demasiado polémico), Veley es, por aclamación universal de los titulares de la prensa internacional, el hombre que más ha viajado del mundo. Ha sido atracado en Buenos Aires y se le han meado encima ranas arborícolas en Costa Rica. Su canoa ha volcado en las aguas infestadas de hipopótamos en el río Zambeze[241]. No obstante, en las fotografías de sus viajes, aparece siempre sonriendo plácidamente, habitualmente vestido con una pulcra camisa azul de Oxford y pantalones caquis, tanto si está con santones nepalíes, niños de una aldea de Etiopía o bailarinas del carnaval de Río. La impresión general es como aquella broma en la que un gnomo de jardín robado aparece en lugares extraños de todo el mundo, siempre con los ojos como platos y la misma sonrisa beatífica.

A los treinta y siete años, Charles se convirtió en la persona más joven en la historia del Travelers' Century Club en completar toda la lista del club. Junto a algunos amigos había fundado la empresa de software MicroStrategy, y el boom de las empresas punto com de finales de los noventa les convirtió en multimillonarios. Charles decidió retirarse pronto y ver mundo. Todo el mundo.

Sus ansias de viajar se remontan a su fascinación infantil por la geografía. No a todos los viajeros sistemáticos les encantan los mapas —el presidente del TCC, Klaus Billep, me confesó que «cuando añadimos Abjasia o Tokelau a nuestra lista, la gente no tiene ni idea de dónde están. Nos tienen que llamar o buscarlos en nuestra página web»—. Pero Charles es un loco de los mapas con el que me identifico.

«Recuerdo que iba a visitar a mi madre. Mis padres estaban separados, y mi madre vivía en una granja en una zona remota de Virginia Occidental. Me sentaba en el asiento del conductor de nuestro Land Rover. Desplegaba el atlas a mi lado, en el asiento del copiloto, lo miraba, y hacía ver que conducía. Cuando en el mapa una carretera giraba a la derecha, yo giraba el volante a la derecha, y fingía que conducía hacia el océano Pacífico».

No es casualidad que en las fotos de sus viajes, como el gnomo del jardín, esté siempre rodeado de lugareños sonrientes. Charles se relaciona indefectiblemente con la gente cuando viaja. Para él, las personas son tan importantes como los lugares. Tal vez más. «Me gusta entender de dónde vienen, cómo piensan, y eso también tiene que ver con la geografía. Hay algo verdaderamente impactante en conocer a alguien y saber algo de él por el simple hecho de saber de dónde es». Le digo que he notado que mi experiencia en los concursos me permite hacer lo mismo, pero él no está de acuerdo; su condición de viajero aporta algo más. «Es un verdadero vínculo. El primer paso es saber la respuesta, conocer el nombre del lugar, pero el segundo es tener una emoción relacionada con él. Los conocimientos superficiales son, en el mejor de los casos, de segunda mano, pero una vez has estado allí, puedes ponerte en su lugar, eres capaz de sintonizar».

Sin embargo, como sucede con Alan Hogenauer, la lista, el sistema, también es una parte muy importante de su obsesión por viajar. Uno de los primeros conceptos que estudié en mis clases de informática fue el «problema del viajante», en el cual los programadores intentaban encontrar la ruta más corta para que un viajante pudiera visitar todas las ciudades de una lista determinada. Este problema aparentemente sencillo es en realidad increíblemente complejo y difícil, e incluso los rápidos ordenadores modernos pueden tardar años en resolverlo de manera exhaustiva cuando se añaden algunos cientos de ciudades a la lista. El problema del viajante es un ejercicio teórico, pero Charles Veley ha pasado la última década dedicado a tratar de resolverlo en la vida real.

«Me encanta. Soy informático, y cuando estás trabajando en un algoritmo descubres que cuanto más trabajas más mejora. Así que trabajaba constantemente con billetes abiertos para viajar por todo el mundo. Quieres ser eficiente. Me quiero asegurar de que no me voy a quedar atascado durante siete días en algún lugar en el que no quiero estar. Si busco un poco más, puede que encuentre una manera de hacer que el viaje sea más rentable y placentero».

Asiento con entusiasmo; yo también soy un fanático de la eficiencia. Para mi mujer, la idea de una velada agradable es aquella en la que le gusta la película, la obra de teatro o el restaurante, pero yo me conformo simplemente con encontrar un buen sitio para aparcar, idealmente el sitio *óptimo* para aparcar. ¡Qué emoción!

«Pero ¿esa especie de rígida eficiencia no nos priva de la espontánea diversión del viaje?», pregunto. «¿De la libertad de la carretera y todo eso?». «Bueno, ese es el reto», dice Charles. «Lograr ambas cosas. Mi filosofía es planear siempre cada

minuto, pero estar preparado para tirar el plan por la ventana». En 2005, Veley organizó una expedición a Rockall, un islote rocoso de 27 metros de anchura en el Atlántico Norte. Es tan difícil acceder a él que en aquel momento el número acreditado de visitantes —doce— era el mismo que el de hombres que habían estado en la Luna. El intento de Charles fracasó a causa del fuerte oleaje, y su equipo tuvo que limitarse a estirarse desde el barco y pegar literalmente post-its en los escarpados acantilados del islote. Tres años más tarde regresó, y las olas de seis metros resultaron de nuevo demasiado altas para que la zódiac inflable pudiera atracar. Sin embargo Charles, siempre dispuesto a improvisar, se puso un traje de neopreno, se lanzó al Atlántico embravecido y chocó con la roca. «Es resbaladiza; está cubierta de algas y de guano de kelp y de aves», dice, pero «se aferró a ella el tiempo suficiente para que se pudiera considerar desembarco». Lo recuerda como uno de los mayores triunfos de su vida[242][243].

Pero ¿por qué? ¿Por qué asumir el riesgo, el tiempo y el dinero para pasar solamente unos segundos en un estéril volcán extinguido que sobresale 20 metros a 643 kilómetros de ninguna parte? Mallory lo sabía: «Porque está ahí».

Yo alcancé la mayoría de edad con la horrible convicción de que el resto del mundo había llegado a dominar con seguridad el mundo de los adultos y que yo era el único que se sentía desorientado e inseguro. Durante muchos años, no tuve ni idea de que *todo el mundo* se siente así, al menos de vez en cuando. Charles Veley, sin embargo, es un hombre que se siente a gusto con los placeres[244]. Es capaz de orientarse y encontrarse cómodo en cualquier lugar del mundo, ya sea agarrado a las algas de Rockall o pidiendo la bebida a la que él mismo dio nombre en el Hemingway Bar del Ritz de París (el «Lemon Charlie», uno de los cócteles favoritos de Kate Moss[245]). Habla con fluidez cinco idiomas y ha volado en aviones de combate. Sabe aparentar enfado cuando los funcionarios del gobierno te complican la vida en Arabia Saudí y sonreír abiertamente cuando te sucede lo mismo en un control de carretera en África.

Ese es el sueño de la mayoría de la gente, que no se siente totalmente a gusto en ningún sitio pero cree que todos los demás sí lo hacen como por arte de magia. Para mí Charles es una especie de superhéroe, pero él confiesa que los mapas son parte de su secreto. «Cuanto más sabes sobre un mapa, más poder tienes», dice. «Echa una ojeada a alguien que está perdido y a alguien que no lo está. El que no lo está tiene un poco más de control».

Pero, por si eres de los que buscan la *schadenfreude* debes saber que el desplome del NASDAQ y los escándalos contables provocaron que el precio inicial de las acciones de Charles cayese en picado los primeros años del nuevo milenio, poco después de su jubilación anticipada. En un solo día de operaciones en marzo de 2002, sus participaciones perdieron el 61% de su valor. Para pagar las facturas, ha vuelto recientemente a su antiguo trabajo como vicepresidente de desarrollo corporativo en MicroStrategy, pero está viajando más que nunca. Dice que no se arrepiente de su

década de trotamundos, la cual calcula que le costó más de un millón de dólares. «Empecé a viajar siendo una persona joven y con buena salud, sin demasiadas ataduras. Si hubiera tenido hijos antes no lo podría haber hecho de ninguna manera. Estoy muy satisfecho».

Supongo que el dinero es la madre del cordero, como suele suceder en la vida de Estados Unidos. ¿Tenía razón Sarah Palin? ¿Viajar por el mundo es un privilegio al que solo acceden por derecho de nacimiento aquellos que nunca han volado en clase turista o comido en un restaurante de una cadena? ¿O pueden las personas normales ser también superviajeros?

Chris Guillebeau cree que sí. Chris es otra de esas personas para las cuales visitar todas las naciones de la Tierra se convirtió en un objetivo personal, incluso antes de saber que existía un club de multimillonarios de la «generación más grande» que hacían lo mismo. Como Charles, es un gurú de la eficiencia en los viajes, pero, a diferencia de él, no es un millonario de las punto com. De hecho, es un joven de treinta y un años que no acabó el instituto y se gana la vida con su blog de diseño de un estilo de vida, vendiendo guías de autoayuda para viajar de manera económica y crear micronegocios. Después del 11 de septiembre, Chris y su mujer Jolie, pintora, pensaron que, de algún modo, tenían que hacer algo más en el mundo, así que decidieron pasar cuatro años trabajando como voluntarios en una organización médica sin ánimo de lucro en Sierra Leona y Liberia. Viajando por África, empezó a acumular visitas a países: veinte, treinta, cuarenta.

«¡Es impresionante! ¿Cuánto tardaría en llegar a cien?», me cuenta que pensó. Hemos quedado para comer en una cervecería de Portland, Oregón, donde vive actualmente. Pido una hamburguesa poco hecha, y me siento un poco culpable cuando Chris pide el plato especial vegetariano, una cosa virtuosa con tofu y quinoa. Me pregunto si la camarera puede adivinar cuál de los dos es experto en la crisis de agua potable en las naciones en vías de desarrollo. Hizo un cálculo aproximado teniendo en cuenta su gran habilidad para viajar con poco dinero y se dio cuenta de que podía hacerlo por 30 000 dólares. Sigue siendo mucho dinero, desde luego; la mayoría de la gente no tiene 30 000 dólares debajo del colchón para gastárselos de un plumazo en un viaje alrededor del mundo. Pero para Chris era una ganga. «¡Es muy poco!», dice asombrado. «¡Es baratísimo! ¿Qué podría comprar con 30 000 dólares? Mucha gente se compraría un coche, mientras que yo puedo ver *cien* países diferentes con ese dinero». No había color. Y allá que se fue. Desde entonces, ha ampliado su objetivo a todo el mundo, contabilizando hasta ahora 149 países, y su ambiciosa meta es concluir el 7 de abril de 2013.

A Chris le mueven las mismas cosas que impulsan al resto de los superviajeros que he conocido: el amor por la logística y la novedad y una cierta adicción a plantearse y lograr objetivos ambiciosos. Sin embargo, a él no lo encontrarás en MostTraveledPeople.com, votando si Point Roberts, Washington, debería aparecer en alguna lista oficial. «Eso no me importa», dice simplemente.

«Se lo toman muy en serio».

«Ya lo sé, y no me importa. Que les vaya bien. Me preocupan sus motivaciones, pero espero que sean felices. Si son felices, genial».

«¿Dónde está el peligro?».

«El peligro está en depender de una recompensa externa, porque no la hay».

Tiene razón. Winter ha explicado su proyecto de visitar todos los Starbucks diciendo: «Quiero que todo el mundo conozca mi nombre», pero su excéntrico proyecto nunca le hará genuinamente famoso. Cuando el *Libro Guinness de los Récords* suprimió la categoría de «persona más viajera del mundo», Charles Veley se lamentó diciendo que «fue como acabar un maratón y descubrir que todos los jueces se habían ido a su casa… Muy frustrante[246]».

«Y se gastó en ello un millón de dólares», dice Chris con un suspiro de asombro. Chris se ha gastado una ínfima parte de ese dinero en su aventura particular, demostrando su teoría de que prácticamente todo el mundo puede viajar, y mucho; solo depende de cuánto lo desees.

Puede que la lista de destinos fomente la adicción, pero para la mayoría de estos trotamundos, el viaje se convierte rápidamente en una recompensa en sí mismo. Desde un primer momento, Charles dejó que en sus viajes sus ansias de eficiencia sacaran lo mejor de él, haciendo altos simbólicos en el camino en algunos países simplemente para poder tacharlos. Ahora se muere de ganas de regresar y verlos *realmente*: Bulgaria, Irán, Honduras, Túnez. «No hay línea de meta», dice. Ya no se trata de completar la lista.

Y los *highpointers* saben que su colección no consiste tanto en escalar como en salirse de los caminos trillados. «Es un vehículo que te lleva a lugares a los que nunca pensaste ir», dice Craig Noland. «¿Has estado alguna vez en Kenton, Oklahoma?». Sorprendentemente, no. Explica que es la población situada en una estrecha franja de territorio más cercana a Black Mesa, el punto más alto del estado. «Hay una frontera entre tres estados que ha cambiado en cinco ocasiones diferentes. Se pueden ver los surcos dejados por los carros del viejo Camino de Santa Fe. Es el único pueblo de Oklahoma situado en la zona horaria de la montaña. ¡Puedes pasar allí el día entero, en medio de ninguna parte! Pero nunca dirías: "Venga, vamos a Kenton y así lo vemos"».

En realidad, yo no tengo ninguna lista, aunque admiro a quienes sí la tienen. Respeto a los que completan su objetivo, a las personas que no se conforman con hacer *la mayor parte* de algo. Me gusta saber que en este momento hay decenas de miles de viajeros compulsivos cruzando el globo en todas direcciones, haciendo del empeño humano más mundano —ir de un sitio a otro— una especie de arte.

Hace tan solo un siglo, las personas que querían ver el mundo sabían que ello no era posible, así que se sentaban con un atlas para pasar el rato soñando despiertos con

los lugares reproducidos en él. En nuestra época de viajes ocasionales, nos sorprende recordar que ningún presidente de Estados Unidos abandonó jamás el país hasta 1906, cuando Teddy Roosevelt quiso comprobar cómo evolucionaba la construcción del canal de Panamá. Por primera vez en la historia, el transporte en la época de los motores a reacción ha puesto básicamente toda la Tierra al alcance de estos viajeros insaciables. Ahora pueden prescindir del atlas, ya que han visitado cada una de sus páginas. Se han *convertido* en el atlas.

Y, al menos en un caso, también se han convertido literalmente en el territorio. En 2002, Jack Longacre, el fundador del Highpointers Club, supo que sufría un cáncer terminal. «Quiero quedarme en las montañas», le dijo a sus amigos mientras preparaba su testamento. «Pertenezco a ellas[247]». Así que reunió latas de película, las etiquetó con los nombres de los cincuenta estados y las distribuyó entre miembros del club. Cuando murió nueve meses más tarde, cumplieron su última voluntad esparciendo sus cenizas en los indicadores de los cincuenta puntos más elevados colocados por el Servicio Geográfico de Estados Unidos, los picos y los aparcamientos de caravanas, las mesas y las áreas de descanso, todos y cada uno. Una lista final.

Capítulo 9

TEODOLITO

teodolito. m. *Mat*. Instrumento de precisión que se compone de un círculo horizontal y un semicírculo vertical, ambos graduados y provistos de anteojos, para medir ángulos en sus planos respectivos.

Hay gente de mapa que goza prodigando más atención a las hojas de papel coloreado que a la tierra coloreada por la que están pasando. He escuchado relatos de esos viajeros en los que se recordaban todos los números de las carreteras, los kilómetros y todos los pequeños territorios descubiertos[248].

JOHN STEINBECK.

Hace un día espectacularmente bonito para conducir en el noroeste del Pacífico. El monte Rainier surge imponente sobre las azules aguas de la bahía de Commencement tan enorme y claro que parece creado mediante efectos especiales. Tras él descollan masas de cúmulos dorados de verano salidos directamente de un cuadro de Maxfield Parrish. Sin embargo, los dos hombres que me acompañan parecen ajenos a las maravillas de la naturaleza. Les interesa otro tipo de escenario.

«Ese puente que acabamos de cruzar fue construido en 1928. Fue ensanchado hace diez años, pero en la placa sigue marcada la fecha original», dice Mark Bozanich, que está sentado al volante. Es un conversador pausado y reflexivo, con una barba blanca ligeramente descuidada, privilegio de los viejos expertos en prácticamente cualquier campo. «Y este puente bajo el que estamos pasando ahora todavía tiene el antiguo logo de los ferrocarriles de Milkwaukee, ¿lo habéis visto?».

John Spafford, en el asiento del copiloto, es un tipo un tanto más joven, con pelo rubio escarchado tan corto como lo debía de llevar durante sus ocho años de carrera en el servicio de inteligencia del ejército. Ha estado explicando el atasco de tráfico provocado por una carretera estatal que básicamente muere al sudeste de nuestra posición. «Falta una conexión entre Tacoma y la 167, la Valley Freeway. Llega a Puyallup, y ahora conectas con la 512 que te lleva en dirección sur a la I-5, pero hay planes de ampliarla hasta el puerto». Ante sus ojos desfilan visiones de una carretera de circunvalación con seis carriles de acceso restringido que va desde Tacoma hacia el norte hasta los suburbios de Seattle.

Mark y John son «fanáticos de las carreteras» confesos, como prefieren denominarse estos eruditos aficionados de las carreteras[249]. Igual que los a menudo ridiculizados «trainspotters» británicos han hecho de anotar los números de las locomotoras en pequeños cuadernos todo un arte, los fanáticos de las carreteras se han autoproclamado guardianes de la red de carreteras de Estados Unidos, desde las grandes carreteras interestatales hasta las minúsculas carreteras rurales. Conocen las diferencias entre un semáforo Westinghouse y uno GE, y son los únicos que se dan

cuenta cuando el tipo de letra de las señales pasa de Highway Gothic a Clearview. (Una pista: ¡hay que fijarse en la curvatura de la «l» minúscula!). Siguen los proyectos de construcción de carreteras con la regularidad y la devoción que otros reservan para su culebrón o su equipo deportivo favorito. Saben por qué hay una I-76 en el sur de Pennsylvania y otra en el nordeste de Colorado[250], y cómo interpretar la extraña numeración de las carreteras rurales de Virginia Occidental[251].

Rasca un poco a un fanático de las carreteras y encontrarás a un loco por los mapas; prácticamente todas sus historias empiezan con un mapa de carreteras examinado largas horas durante uno de los interminables viajes en coche en las vacaciones de su infancia. Mark creció anotando cuidadosamente las señales de tráfico de la carretera 99 entre Seattle y la casa de sus abuelos en Portland cada verano, y todavía conserva una voluminosa colección de antiguos mapas de gasolinera. John heredó el puesto de copiloto de la familia a la tierna edad de nueve años, cuando le lanzaron un mapa de carreteras al asiento trasero después de que su madre se equivocara al leerlo demasiadas veces. Durante años, un aficionado como Mark o como John estudiaba las carreteras con la triste certeza de que era la única persona del mundo fascinada por los distribuidores viales o las ciudades control[252]. El fenómeno no recibió un nombre hasta los albores de Internet, cuando estos solitarios «eruditos de las carreteras» descubrieron con sorpresa a miles de entusiastas afines en todo el mundo. «Genial», le dice a Mark su hija, «ahora las cincuenta personas interesadas por las carreteras pueden encontrarse».

Es más, Internet proporcionó a los fanáticos de las carreteras un lugar en el que «publicar» su trabajo. La fotografía es una parte importantísima de los viajes de los fanáticos de las carreteras; al probar un coche nuevo, el aficionado entregado comprobará siempre cómo se acoplaría una cámara en la parte delantera para tomar fotografías de cada señal viaria y de cada cruce desde el salpicadero en sus futuros viajes. Puede que se sientan un poco estúpidos al guardar cientos de esas fotos en cajas de zapatos bajo la cama, pero en Internet las pueden compartir con el público: un registro permanente de sus viajes, incluso aunque nadie lo mire. Todas las páginas web de fanáticos de las carreteras incluyen esas fotos casi idénticas, una interminable serie de rectángulos verdes, flechas de «Solo salida» y las luces traseras de camiones articulados. No son descubrimientos excepcionales, como las fotos de un observador de pájaros; al fin y al cabo, millones de automovilistas ven exactamente lo mismo cada año. Sin embargo, para el impulso que mueve al fanático de las carreteras resulta determinante que esos viajes sean documentados, e incluso coleccionados. Los fanáticos de las carreteras alardean a menudo de cuántas rutas han «conseguido», es decir, recorrido del primer al último kilómetro[253]. Es una forma muy concreta —y alcanzable— de viaje sistemático. Y tal vez el auténtico valor de esas proyecciones de diapositivas a través de los ojos del conductor radique en la banalidad de las mismas. Aunque puede que el resto de nosotros no lo valoremos, el Sistema Interestatal de Autopistas de Estados Unidos es una de las obras de ingeniería más

destacables jamás concebidas. Su origen se remonta a 1919, cuando un joven oficial del ejército llamado Dwight D. Eisenhower, que echaba de menos a su familia en California, accedió a formar parte de un convoy de vehículos militares que atravesaba el país en dirección a la costa Oeste[254]. Parte de la misión de la compañía consistía en averiguar si esos camiones y coches de servicio —que, eso sí, acababan de ganar una extenuante guerra de trincheras en Europa— eran *capaces* de sobrevivir al viaje.

En 1919, conducir de costa a costa no era el tranquilo viaje de cinco días que conocemos hoy. La mayoría de las carreteras asfaltadas desaparecían fuera de las principales ciudades de Estados Unidos, así que el convoy tuvo que lidiar con barro, polvo, surcos, puentes inestables e incluso arenas movedizas. Su entrada «triunfal» en San Francisco tuvo lugar 62 días después de partir (¡a una velocidad media de 9,5 kilómetros por hora!), y el convoy perdió nueve vehículos y veintiún hombres[255] en los 230 accidentes que sufrieron durante el trayecto. Eisenhower nunca olvidó aquel calvario, especialmente al compararlo con la amplia y cuidada red de autopistas que había visto en Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. En 1956, durante su mandato como presidente, estableció por ley el Sistema Interestatal de Autopistas, creando 66 000 kilómetros de autopista con una extensión equivalente al estado de Delaware y utilizando suficiente cemento para construir ochenta presas Hoover[256]. Fue el mayor proyecto de obras públicas en tiempos de paz de la historia.

Y a pesar de todo, a diferencia de la presa Hoover o del Golden Gate, los turistas no hacen cola cada día del año para lanzar exclamaciones de asombro ante el sistema interestatal. De hecho, lo pisoteamos literalmente mientras nos apresuramos por llegar a sitios mucho menos dignos de admiración y fotografiarlos (el Corn Palace; la mecedora más grande del mundo; Branson, Missouri). Las carreteras son como los mapas; solo pensamos en ellas cuando no cumplen su cometido y acabamos perdidos, estancados o rezagados. De no ser por los fanáticos, ¿quién apreciaría las modestas carreteras? Mark hace una breve pausa para señalar la construcción de una carretera que conecta Sprague Avenue con la carretera estatal 16; se está construyendo un nuevo viaducto que va en dirección oeste porque el excepcional diseño del existente —con pilares cuádruples y un peso de casi 400 toneladas cada uno— hacía que no fuera posible ensancharlo. Es cierto: los estrechos pilares del antiguo viaducto son bastante característicos, incluso bellos. No creo haber *mirado* nunca realmente los soportes de una carretera elevada, aunque estoy seguro de haber circulado por miles de ellas.

Puede que los fanáticos de las carreteras encuentren algo fascinante en todas las carreteras de Estados Unidos, pero también tienen sus lugares predilectos de peregrinación. Algunas de esas peculiaridades son tan extrañas que pueden notarlas incluso aficionados como yo. Está el semáforo de Tipperary Hill, en Siracusa, en el que el disco verde está en la parte *superior* (un guiño a las raíces irlandesas del barrio[257]). O la calle 1010 al oeste de Eau Claire, Wisconsin, considerada la calle con numeración más alta de la nación[258]. O el extraño vórtice que forma la US-321

que atraviesa Elizabethton, Tennessee —entra en la población con la indicación sur-norte, pero la señalización cambia al confluir con la US-19E: ahora las dos direcciones son norte-sur respectivamente. ¡Abandones la población por donde la abandones vas en dirección sur[259]!

Breezewood, Pennsylvania, una aldea no incorporada de solo 200 habitantes, es tal vez el destino más conocido. «La mayoría de la gente diría: “¿Qué hay en Breezewood?”», me dice Mark. «Pero díselo a un fanático de las carreteras y se estremecerá». Cuando se construyó la I-70 que atraviesa la zona, desacuerdos presupuestarios con la Comisión de Autopistas de Peaje de Pennsylvania hizo que no se pudieran construir rampas para conectar la nueva autopista con la autopista de peaje. De resultas de ello, sigue habiendo una separación de menos de 1,5 kilómetros, y los conductores que circulan por la I-70 se sienten desconcertados al ver señales de tráfico aparecer de repente en la carretera interestatal. Las gasolineras locales y las franquicias de restaurantes de comida rápida están encantadas, desde luego, y se han opuesto a cualquier intento de construir un enlace real. Ahora los fanáticos de las carreteras utilizan el término «breezewood» para referirse a cualquier lugar en que los semáforos interrumpen inesperadamente la circulación *en una carretera*, y algunos culpan misteriosamente al antiguo congresista de Pennsylvania Bud Shuster por el embrollo original. A Shuster se le recuerda todavía, incluso en el mundo real, por encabezar una serie de proyectos de asignación de fondos para el transporte en su distrito, pero en el mundo de los fanáticos de las carreteras es un villano intrigante de las proporciones de Fu Manchú. En 1991, Shuster insistió en que la nueva carretera que pasaba por Altoona se denominara Interestatal 99 —contraviniendo las directrices nacionales— a pesar de encontrarse entre la I-79 y la I-81. ¡La numeración no seguía el orden[260]! Para los fanáticos de la carretera, con una insistencia en el orden y la constancia propia de quienes padecen síndrome de Asperger, aquello era un pecado imperdonable.

Pero la obsesión por el detalle de los fans de las carreteras a menudo presta también un servicio público. Todos confiamos diariamente en el diseño del sistema viario nacional, tanto si nos dirigimos al trabajo como si compramos una lechuga que nos llega directamente desde California por la I-80, pero ¿cuántos de nosotros seguimos en realidad los proyectos de mejora o controlamos las nuevas señales viarias para asegurarnos de que son correctas? Los fanáticos de las carreteras son los únicos que escriben correos electrónicos indignados a sus departamentos de transporte cuando se dan cuenta de que existen señales que provocan confusión o placas mal numeradas, y una y otra vez, desde Kanab, Utah, a Pensacola, Florida, se han sentido complacidos al ver que la siguiente vez que pasan, los errores denunciados han sido corregidos. Puede que no lo sepamos, pero todos estamos en deuda con ellos.

El santo patrón de estos perros guardianes de la carretera es Richard Ankrom, un artista harto del confuso enlace entre la autopista de Pasadena y la I-5 cerca de su

casa en el centro de Los Ángeles. En lugar de esperar a que el estado sustituyese la inútil señal elevada, ideó una instalación artística a la que denominó «Servicio Público de Guerrilla» para que se ejecutase ante una audiencia de 140 000 automovilistas cada día[261]. Ankrom elaboró una réplica perfecta de un panel indicador de dirección del Departamento de Transporte de California y un cartel informativo de la I-5, y un día de 2001 por la mañana temprano, se armó con un chaleco naranja, un casco, unos cuantos conos de seguridad y una factura falsa por si le daban el alto. Veinte minutos más tarde, la «obra de arte» estaba instalada en la señal, tan perfectamente que nadie notó la corrección durante nueve meses. Cuando un semanario gratuito se hizo por fin eco de la noticia, Caltrans calificó rotundamente el proyecto de vandalismo, pero, no pudiendo oponerse al progreso, dejó la señal casera en su sitio durante los ocho años siguientes, ayudando así a millones de ciudadanos y turistas a circular con éxito por el centro de la ciudad.



Imagen de una secuencia de Ankrom colocando su «instalación».

En 2009, Caltrans sustituyó por fin la señal de Ankrom por una oficial, pero la nueva incorporó el diseño mejorado de Ankrom[262].

«¿Ahora dónde estamos?», pregunto. Circulamos por una arteria comercial bastante deprimente entre Tacoma y Lakewood y, aunque intento pensar como un fanático de las carreteras, no logro adivinar por qué esta carretera en concreto está en nuestro itinerario.

«Es la antigua US-99», dice Mark en un tono inusualmente reverencial. La Ruta 66 de la costa Oeste (¡solo que al revés!). La autopista 99 recorría desde la frontera canadiense hasta México, pero fue inutilizada en 1968 cuando finalizó la construcción de la I-5, y gran parte de ella es ahora anónima y está sin señalizar. Los fanáticos de las carreteras también son arqueólogos que encuentran vestigios históricos en las ruinas urbanas modernas. Ven fantasmas de gasolineras Esso y

moteles con forma de tipi donde no hay más que un páramo de casas de empeño y videoclubes para adultos.

La última parada de nuestro itinerario es otro lugar histórico: el famoso puente de Tacoma Narrows, recientemente rediseñado con un nuevo arco en dirección oeste hacia la península de Kitsap. El puente original que atravesaba el estrecho era el famoso «Galloping Gertie» que se vino abajo durante una tormenta en 1940. Si alguna vez has asistido a una clase de introducción a la física, probablemente habrás visto la famosa filmación del puente bamboleándose y chirriando terroríficamente a causa de la resonancia armónica antes de desplomarse en el estrecho de Puget. El nuevo puente es tranquilizadoramente robusto.

«Ser un fanático de las carreteras es algo que indudablemente el resto de la población no logra entender», dice John Spafford suspirando mientras damos la vuelta y nos dirigimos de nuevo al centro de Tacoma. «No es genético, ni siquiera mis hijos lo son. Estoy un poco decepcionado». Él prefiere las vacaciones nómadas de su infancia, pero su hija en edad universitaria quiere unas vacaciones de verdad, como las de sus amigos: una semana junto a la piscina en Orlando. «Nunca nos quedamos en un sitio más de una noche», dice encogiéndose de hombros. «Está cansada de ver campos de maíz».

Pero aunque sus hijos nunca hayan aprendido a disfrutar de las legendarias maravillas de la América de los fanáticos de las carreteras —el tramo de 16 carriles de la I-285 cerca del aeropuerto de Atlanta o las 36 veces que se cruzan la I-91 y la US-5 en Nueva Inglaterra—, John ha logrado crear una nueva generación de jóvenes fanáticos de las carreteras[263]. Desde que abandonó el ejército, ha estado dando clases en una escuela primaria, y sus alumnos de cuarto empiezan cada día la clase con un pequeño ejercicio de geografía en el que tienen que marcar rutas de carretera con un rotulador borrable en un mapa del estado situado al fondo del aula. «Al final del curso», presume, «los más listos reconocen las carreteras por la forma de la placa. “¡Ajá, es la US-12!”».

Mark, por su parte, ha conseguido el trabajo soñado por todo fanático de las carreteras: trabaja para el Departamento de Transportes del Estado de Washington y se encarga del mapa oficial de carreteras del estado. De vuelta en Tacoma nos deja a John y a mí en nuestros respectivos coches y nos despedimos. Cuando se marcha, lo último que veo es su matrícula personalizada en la parte trasera de su Ford Taurus: «MAPPER», con un marco que dice: «No estoy perdido / soy cartógrafo».

De camino a Seattle, paso por los estadios donde los Seahawks juegan a fútbol y los modestos Mariners juegan a algo no totalmente diferente al béisbol. Me doy cuenta de que a tan solo una manzana al este de los campos de deporte se encuentra el límite oeste de la Interestatal 90. Recuerdo haber pasado una vez junto a aquella vía de acceso con mi hijo Dylan después de un partido. «Si te metes por ahí», le dije, «la

carretera no acaba hasta que llegas al puerto de Boston. Se extiende desde el océano Pacífico hasta el Atlántico».

Dylan quedó impactado por la idea y me suplicó que condujéramos hasta Boston aquella misma noche (se estaba haciendo tarde, así que lo que hicimos fue tomar un helado). Recuerdo que yo me quedé anonadado por la misma idea cuando era pequeño, que todas las carreteras estaban conectadas y que la que pasaba por nuestra entrada era el principio de un interminable río de asfalto y cemento Portland que podía acabar en Disneylandia, en los cayos de Florida o en Tierra del Fuego. Hoy no puedo hacerme la misma imagen mental sin estremecerme ante alguna de las consecuencias más desagradables de un siglo de cultura automovilística y vial en Estados Unidos: la expansión de los suburbios, el tráfico en hora punta, la contaminación atmosférica, los adhesivos en los que aparece Calvin de *Calvin y Hobbes* meando sobre el logotipo del Chevrolet. Pero, de niño, mi historia de amor con las carreteras de mis atlas y la que partía de la puerta de mi casa no estaba empañada por ninguna complicación del mundo real. Todo era espacio y posibilidades.

El tamaño de Estados Unidos hace que nuestra fascinación nacional por los mapas sea diferente de la cartofilia en otras partes del mundo, como por ejemplo en Gran Bretaña. Como cabría esperar de una nación tan *friki* que en una ocasión emitió un sello de correos con la imagen de los daleks de *Doctor Who*[264], los británicos no le van a la zaga a nadie en su amor por los mapas, y los mapas «Explorer» de la agencia estatal Ordnance Survey, con su emblemática cubierta naranja, siguen vendiéndose a millones cada año[265].

Sin embargo, al otro lado del charco, el amor por los mapas tiene algo de íntimo y complicado. Los británicos tienen a gala crear versiones a escala de la campiña con gran minuciosidad de detalles, como si se tratara de una maqueta de un tren eléctrico o un pueblo de Navidad en miniatura en un escaparate. En su libro *Notes from a Small Island* (Notas desde una isla pequeña) el escritor de viajes estadounidense Bill Bryson recuerda estar sentado en un banco de piedra durante una excursión en las colinas de Dorset y sacar un mapa para orientarse.

> Viniendo de un país en el que los cartógrafos tienden a excluir cualquier elemento del paisaje más pequeño que, pongamos, el Pikes Peak, me siento constantemente impresionado por la riqueza de detalles de la serie 1:25 000 del Ordnance Survey. En ellos se incluye cada surco y cada terrón del paisaje, cada granero, cada mojón, cada bomba eólica y cada túmulo. Distinguen entre fosos de arena y de grava y entre líneas eléctricas que parten de torres de alta tensión y líneas eléctricas que parten de postes. Este incluía incluso el asiento de piedra en el que estoy sentado. Me asombra poder mirar un mapa y saber en qué metro cuadrado he puesto las posaderas[266].

La inmensidad del paisaje del Nuevo Mundo, con sus cañones, cataratas y mesas de postal, ha dado origen a una clase diferente de amor por los mapas. No todos sus senderos han sido pisoteados durante siglos por ancianos mofletudos con pantalones bombachos y bastones. Al menos sigue existiendo la ilusión de que hay demasiado que ver, que la Tierra eclipsa nuestros insignificantes intentos de catalogarla. La diferencia puede apreciarse al comparar los mapas de carreteras de Estados Unidos con, por ejemplo, los mapas Michelin de Europa, los cuales todavía están repletos de detalles que no tienen ningún interés para los conductores: relieves, líneas de ferrocarril, caminos de montaña, bosques y pantanos. La diferencia se basa en la tradición. Los mapas de carreteras británicos y europeos descienden de generaciones de mapas topográficos de rutas a pie y en bicicleta. Los norteamericanos, por su parte, adoptaron los atlas de carreteras únicamente después de la adopción del automóvil, cosa que sucedió rápidamente. Dada la gran extensión de las distancias a cubrir, los coches nos iban de maravilla e inventamos el Ford T.

De hecho, nuestras carreteras cambiaron para adaptarse a los mapas, no al revés. A los historiadores cartográficos les encanta afirmar que las decisiones de los cartógrafos pueden provocar efectos determinantes en la vida real de los territorios a los que hacen referencia —los mapas de la época de Weimar[267], por ejemplo, que destacaban que todo el territorio perdido por Alemania en el Tratado de Versalles pudo provocar el ascenso de Hitler al poder y la Segunda Guerra Mundial—, pero la complicada reacción causa-efecto en tales casos hace que sea difícil señalar un único mapa determinante. Esto no es así en el caso del sistema viario estadounidense tal como lo conocemos, el cual fue planeado largamente de un tirón por Rand McNally & Co.

Rand McNally se embarcó en el negocio de la circulación automovilística en 1907, pero no mediante los mapas. Adquirió una línea de «Guías automovilísticas fotográficas» de una empresa competidora, las cuales mostraban puntos de referencia e intersecciones en rutas populares desde el punto de vista de los conductores, exactamente igual que las fotos tomadas desde el salpicadero por un fanático de las carreteras. Las flechas de la carretera indicaban exactamente a los conductores dónde girar, casi cien años antes de la popular aplicación Street View de Google. De hecho, las fotos del trayecto entre Chicago y Milwaukee fueron tomadas desde la parte delantera del Packard de Andrew McNally II, mientras él y su reciente esposa se dirigían al norte para pasar su luna de miel[268]. En aquel entonces, esos libros de fotos eran un elemento práctico, no una novedad; de hecho, eran más útiles que los mapas. Todavía no existía un sistema coherente y generalizado para identificar las carreteras estadounidenses. Rand McNally tenía que decirles a los conductores «Gira a la izquierda al llegar al granero rojo», en lugar de «Gira a la izquierda en la carretera 15», porque la carretera 15 probablemente no estaba numerada y obviamente no estaba señalizada[269].

La empresa de mapas convocó un concurso interno para buscar una solución al

problema, y un delineante llamado John Garrett Brink propuso una solución asombrosamente audaz: la montaña iría a McNally[270]. En lugar de imaginar una manera mejor de dibujar el caótico entramado de carreteras de Estados Unidos en un mapa, pensó Brink, la empresa debería designar de manera unilateral un sistema de rutas y elegir símbolos y números para las mismas. Así, los equipos de Rand McNally recorrieron el país catalogando cada ruta mediante franjas de colores y logotipos de carreteras en postes telefónicos, como los exploradores indios señalaban los senderos de los pioneros en el lejano oeste. De hecho, Rand McNally denominó el trabajo de estos antiguos Richard Akrom programa de «apertura de senderos». En 1922, una red de 80 500 kilómetros de carreteras numeradas y correctamente señalizadas se extendía por todo el país, y las agencias estatales y federales empezaron a seguir su ejemplo con sus propios sistemas de numeración. Había nacido el moderno mapa de carreteras de Estados Unidos, y con él su primo gratuito, el mapa de carreteras de las gasolineras. Entre 1913 y 1986 se imprimieron ocho mil millones de esos mapas de gasolinera, en lo que constituyó la mayor entrega promocional gratuita del siglo XX[271].

El atlas de carretera se ha convertido en algo inseparable del ritual exclusivamente estadounidense de liberación: el viaje por carretera. Cuando pienso en circular por la ciudad, me imagino los puntos de referencia existentes, pero cuando planeo realizar un viaje que dura más de una hora, mis referencias mentales proceden directamente de Rand McNally. En mi mente, las carreteras no son negras con rayas amarillas. Son franjas azul brillante con bordes rojos que se extienden por un paisaje blanco y vacío: literalmente la carretera. Los parques nacionales son borrones moteados formados —si pienso en ello lo suficiente— no por árboles, sino por un córtex cerebral de color verde lima con minúsculas y serpenteantes circunvoluciones. También hay árboles, desde luego: un ejemplar de hoja perenne en cada parque del estado, junto a una pequeña tienda triangular verde.

En realidad, los atlas de carreteras provocan tal condicionamiento pavloviano de viajes e independencia, que algunos locos de los mapas pueden satisfacer sus ansias de viajar sin salir de casa, con solo abrir un ejemplar de Rand McNally. Ahí están los participantes del concurso por correo anual de la Masacre del Día de San Valentín organizado por Jim Sinclair, el cual se celebra cada febrero desde hace más de cuarenta años. Realizan un circuito por Estados Unidos desde el Golden Gate a la Estatua de la Libertad (o a la inversa en los años impares) sin levantarse del sofá o de la mesa de la cocina. El viaje se realiza enteramente sobre mapas.

La Masacre (igual que otros eventos anuales organizados por Jim como el Circumglobal Trophy Dash y los Independence Day Fireworks) nació de los populares rallies de carretera de mediados de la década de los sesenta, organizados por clubes como el Concours Plains Rallye Team de Chicago, al cual pertenecía Jim. Esos aficionados a los coches deportivos no hacían carreras de velocidad como sucede en Montecarlo. En estos rallies de regularidad, los equipos circulaban

siguiendo una complicada serie de direcciones por carreteras públicas a una velocidad predeterminada, con el objetivo de llegar a una serie de puntos de control en el segundo preciso. Durante los largos inviernos del Medio Oeste, cuando la gente se veía obligada a quedarse en casa a causa de las carreteras heladas, alguien sugirió hacer una versión del rally sobre un mapa y en 1964 se celebró la primera Masacre. Jim se hizo cargo de la organización en 1968, y en 1980 abandonó su trabajo como ingeniero químico para dirigir la competición a tiempo completo.

Igual que entonces, el cuartel general de la Masacre sigue siendo el chalet estilo años sesenta de los Sinclair al norte de Pasadena. Hace un día frío y brumoso en las estribaciones de las montañas de San Gabriel cuando Jim y su esposa Sue me invitan a pasar a la casa de unos abuelos que inmediatamente me parece un decorado: en alguna parte suena suavemente música clásica de la radio pública, en las estanterías hay alineados libros de tapa dura de Garrison Keillor y Agatha Christie, y fotos de los nietos en cada superficie plana. La única diferencia está en el despacho de Jim, que se ha metastatizado hasta ocupar todo el salón. La mesa de billar está ahora cubierta de pilas de cajas, sobres y montones de libros de consulta.

«Tenemos cajas llenas de papeles para llenar mesas y mesas», dice Sue con un suspiro, sentada frente a nosotros en el sofá a cuadros junto a su cesta de costura.

«Para mí la Masacre es como el esquí; alguien lo prueba, se le da bien y le gusta, o bien dice “¿Y esto qué gracia tiene?”», dice Jim. Es un hombre de aspecto serio y académico de sesenta y tantos años, con bigote blanco y una voz ronca y profunda. «He renunciado a pensar que tiene que gustarle a todo el mundo, porque me consta que la mayoría de la gente no tiene esa clase de mente».

Sé que Jim se refiere a que *no todo el mundo* puede participar en su competición, pero cabría preguntarse si no se refiere a que *no todo el mundo* es capaz de entenderla. A ver, hacer rallies sobre mapas es una actividad extraña y bizantina, más difícil si cabe de describir que de realizar. De pequeño, veía habitualmente anuncios de la Masacre en la revista *Games*, y me imaginaba la competición como una alocada búsqueda del tesoro por el atlas —exactamente lo que me habría gustado a mí a aquella edad, aunque, de hecho, nunca me inscribí—. Sin embargo, mientras Jim y yo leemos atentamente el folleto del año anterior, me doy cuenta de que la realidad del concurso es muy distinta.

Este es un tramo muestra de la tercera de las ocho etapas del rally, concretamente entre París, Ontario, y Eden Park, Ohio:

> **8**. Tras pasar la señal de la US-24 de la página 51, gira por una carretera con un número de dos cifras a la que se accede por una carretera de acceso limitado en la dirección que más se aproxima a otro enlace sin numerar.

Si puedes analizar y superar las instrucciones correctamente, deberás responder unas preguntas tipo test sobre la ruta elegida:

P27. ¿Qué ves primero?

a. Bowling Green
b. Ohio Tpk
c. Pemberville
d. Scotch Ridge

Estas preguntas son el equivalente a los puntos de control en los rallies auténticos: comprueban si has seguido o no el trayecto correctamente. Jim y sus colaboradores han «asegurado» hábilmente cada etapa del camino, de manera que, aunque te saltes un giro o te equivoques, generalmente te reincorporas a la ruta correcta sin ni siquiera darte cuenta del fallo.

Las astutas trampas colocadas en cada tramo se basan normalmente en la misma medida en una cuidadosa observación y en una minuciosa interpretación de las reglas de la competición. Puede que pienses que una «carretera» es lo mismo que una «vía identificada», por ejemplo, pero eso no es así en la Masacre: aquí, son muy diferentes (una carretera es la línea del mapa, y en ella puede haber una vía identificada, como «Interestatal 25» o «Iowa 42», varias a la vez, o ninguna). «Seguir el trayecto» —cómo circular por la carretera entre el final de una instrucción y el principio de la siguiente— parece un concepto sencillo, pero en la práctica exige una serie de cuatro reglas de desempate de prioridad decreciente, cada una de ellas tan compleja que incluso la palabra «en» tiene su propia definición clintoniana de tres párrafos. Incluso la puntuación es importante. El nombre de un lugar sin comillas se refiere al lugar en sí, pero si lleva comillas se refiere al texto del mapa que *identifica* el lugar, etc.

Este grado de precisión puede hacer que, en ocasiones, la Masacre parezca agobiante y demasiado técnica para novatos desconocedores como yo, pero Jim insiste en que ese no es el objetivo. «Tratamos de establecer reglas que se correspondan con la realidad», me dice. «Intentamos mantener la máxima verosimilitud posible; que la gente sienta como si realmente estuviera en la carretera yendo de este punto a este otro. Ven referencias por el camino. Esperan curvas». Para los participantes veteranos, gran parte de la diversión radica en las bromas internas y en los «personajes» habituales que aparecen durante el trayecto, añadiendo color al desarrollo del juego por lo demás muy legalista. El personaje más entrañable es el Viejo Maltés, un anciano canoso al que se puede ver a menudo cerca de su cabaña en Malta, Montana. El maltés es el álter ego de Jim en la competición anual, y los Sinclair siguen recibiendo llamadas telefónicas en febrero preguntándoles si «está el Viejo Maltés» (a los participantes se les anima a llamar o escribir si no entienden las reglas). «Siempre les digo: “No está, pero ¿puedo ayudarles?”», dice Jim.

La tradición ha provocado que los mismos jugadores se presenten desde hace décadas. Son un grupo muy unido. Nancy Wilson, una enfermera de urgencias jubilada de Petaluma, California, lleva participando en la Masacre más de treinta

años. En una ocasión organizó un viaje a Liechtenstein solo para tener el sello del pequeño país alpino en su hoja de respuestas. Jim se asegura de identificar la máxima puntuación enviada desde cada estado y cada país. Bart Bramley es un jugador de bridge profesional de Dallas (elegido en 1997 jugador del año de la Liga Norteamericana) y cuatro veces ganador de la Masacre. Su miopía ha empeorado en los últimos tiempos, pero ha aplazado una operación mediante láser que podría corregirla en cuestión de minutos. ¿Por qué? Porque ahora, sin lentillas, su vista es más aguda al mirar los objetos prácticamente tocándolos con la punta de la nariz; la distancia perfecta para examinar los mapas. «Puedo examinar el mapa a 2,5 centímetros de distancia y verlo todo», dice. «Si me operase ya no podría hacerlo».

Pero con el tiempo han ido quedando solo los más fieles. En su momento álgido durante los años noventa, 3000 jugadores se inscribían cada año en la Masacre; el año pasado, solo enviaron respuestas menos de 500. Resulta tentador explicar este descenso como otro signo apocalíptico de cuánto odian los mapas los norteamericanos, pero John lo atribuye a la desaparición de los rallies de carretera, el deporte cuyos aficionados eran su público principal. «Les preguntábamos la edad», dice, «y en los años setenta la respuesta era treinta y pocos; al año siguiente era treinta y tantos, y luego cerca de los cuarenta. Era evidente que manteníamos el mismo grupo de seguidores».

«Cada cierto tiempo, alguno nos dice que su padre o su madre han fallecido», añade Sue. «Creo que nos lo comunican, no solo para que no enviemos más cartas, sino también para decirnos que a su difunto padre le encantaba el juego».

«Es una sensación agridulce», dice Jim.

«Oh, algunos nos dicen: “Mi vista ya no es muy buena”».

«No pensemos demasiado en ello».

«Pero es bonito a su manera, que alguien piense en nosotros lo suficiente como para decidirse a escribirnos».

A veces hay quien llega a llamar para decirles a los Sinclair lo bien que se lo pasaron acabando por última vez la competición con papá y mamá. La mayoría de los concursantes participan solos, pero es evidente que otros hacen de la Masacre una tradición familiar cada febrero. Como amante de los mapas, me parece una forma idílica de pasar el tiempo con los niños. Me imagino tres o cuatro generaciones de caras entusiasmadas apelotonadas ante un atlas de carreteras. En mi imagen mental hay tazas de chocolate humeante y, por alguna razón, todos visten suéteres. Es mi sueño, yo decido. ¡Este año, la familia Jennings realizará su primer rally anual!

Al poco tiempo de volver de California me llega un gran sobre blanco por correo urgente desde la dirección de los Sinclair. Lo rasgo ansioso y me encuentro con un atlas de carretera Rand McNally (con el logotipo de la «Masacre del Día de San Valentín» impreso por encargo en la portada) y un libro de ruta. La introducción está

firmada por Jim y «el Viejo Maltés», los cuales me desean suerte.

Esa noche reúno a Mindy y a los niños y les explico que vamos a hacer un viaje en coche por el país… *¡en el atlas!* La reacción antes de la elipsis es de emoción, y luego fruncen el ceño desconfiados, como si le acabara de decir a una sala llena de niños que les iba a enseñar unos trucos de magia impresionantes… *¡usando la ciencia!*

Abrimos el atlas en el norte de California y encontramos el puente del Golden Gate, nuestra línea de salida. «Toma la Interestatal 580 en San Rafael», leo en voz alta. «¿Cuál de estos sitios ves en primer lugar? (a) Berkeley, (b) San Francisco, o (c) Londres».

«Es Berkeley», dice Mindy. Todos estamos de acuerdo, y pongo un círculo en la primera «a» de la hoja de respuestas. Cinco tramos después, cuando llegamos a Sacramento, los niños ya se están empezando a poner nerviosos.

«¡Es un rollo!», protesta Dylan. «¿Cuándo llegamos?».

«La mayoría de la gente tarda veinte o treinta horas en recorrer el trayecto».

«¿Treinta horas?», gime histriónicamente.

«¡Hala!», dice Mindy. «¡Es como un viaje de verdad en coche con Dylan!».

Veinte minutos más tarde, el motín aumenta. Caitlin canta para sí en el suelo bajo la mesa; Dylan está haciendo ruidos de explosiones y jugando con un soldado de juguete que lleva un paracaídas. Yo escudriño un mapa del sur de Oregón intentando contar los lagos por los que pasa la US-395. Desde un coche sería fácil; en el atlas es sorprendentemente mareante. En primer lugar, recurro a una regla para medir la distancia entre cada lago y la carretera. (Según las normas de la Masacre, solo puedo «ver» cosas que se encuentran a menos de un cuarto de pulgada de la carretera). Además, acabo de darme cuenta de que la instrucción 16 me ha situado «sobre» esta carretera; no *en* ella. Aparentemente se trata de una distinción determinante. Dejo un dedo señalando el punto del mapa mientras hojeo las reglas para intentar entender la sutil diferencia entre «en» y «sobre». De repente, Dylan lanza a su paracaidista por el aire y aterriza sobre el atlas justo en el punto donde estaba situado cuidadosamente mi dedo.

«¡Dy—*lan*!», bramo con un súper grito huracanado como el de Pepe Pótamo.

«¡Hala!», dice Mindy. «¡Es como un viaje de verdad en coche con papá!».

Así acaba mi desafortunado intento de realizar un ejercicio de treinta horas con un mapa y dos niños pequeños. Tal vez, como John Spafford, estoy condenado a ser el último apasionado de los mapas de mi estirpe. Recojo mi atlas de carreteras a regañadientes y me dirijo a mi despacho para proseguir mi viaje virtual en silencio.

Durante las semanas siguientes, dediqué obstinadamente cada noche alrededor de una hora a la Masacre (ahora ya sé qué es lo que masacra: tu tiempo libre). Mis hijos aprenden a dejarme en paz cuando estoy encorvado sobre el atlas de carreteras

murmurando cosas como «Ve a la izquierda por la 191, luego a la derecha por una carretera sin asfaltar hasta que veas “191” en Wyoming» y moviendo el dedo lentamente por el papel como si todas las carreteras fueran Braille. Resulta que, a pesar de mi fascinación por toda clase de mapas, en realidad soy increíblemente malo para los rallies. En un momento dado, la segunda semana me encuentro en el oeste de Texas, cuando, según puedo inferir de las instrucciones, debería estar en Colorado. Cuando finalmente deduzco dónde me he equivocado y vuelvo a las Montañas Rocosas, tardo una hora entera en llegar de Cañon City, Colorado, hasta el cercano Pueblo. Más tiempo del que me habría llevado *conducir* en realidad esos 65 kilómetros.

Empiezo a esperar secretamente que todo resulte ser una travesura, como esos test de la escuela primaria sobre seguimiento de instrucciones que empiezan con «Lee todas las instrucciones antes de empezar», a continuación te dan una serie de instrucciones laberínticas y sin sentido, para acabar diciéndote algo así como: «Ignora todos los pasos previos. Deja la hoja en blanco, exceptuando tu nombre en la parte superior, y entrégala». Pero, a medida que los días se convierten en semanas y doy vueltas por Kansas y Nebraska, mis esperanzas se debilitan, igual que mi vista. Cada vez que reviso mis respuestas, acabo de algún modo siguiendo las mismas instrucciones deterministas en carreteras completamente diferentes. Tomen nota los físicos teóricos: aparentemente las instrucciones de la Masacre ocupan una parte central del nivel cuántico de incertidumbre. El viaje por carretera de Schrödinger.

En un viaje por carretera, cuando empiezas a estar agotado, debes parar a dormir. Jim permite que los novatos como yo envíen las respuestas habiendo completado únicamente cuatro de los ocho recorridos de la Masacre, y al final eso es lo que hago. Tirado en Dakota del Sur, condenado a no «ver» jamás la Estatua de la Libertad en la línea de meta, reconozco la derrota y envío mi hoja de respuestas.

¡Tres semanas más tarde, recibo un correo electrónico del «Viejo Maltés», en el cual me informa que he acabado en primer lugar! Bueno, he acabado en primer lugar entre los que participan por primera vez y que, como yo, se han rajado antes de llegar al final. El primero de seis. Con todo, mi resultado final no está tan mal —dieciséis preguntas falladas de cuarenta y ocho—. Igual que sucede en el golf, gana quien tiene la puntuación más baja. Bart Bramley es uno de los participantes de este año que logra una puntuación de cero, la cual le otorga la victoria de su quinta Masacre. Tal vez la operación por láser tendrá que esperar otro año más.

Cuando me llega por correo la hoja de respuestas completa, suelto un gemido al darme cuenta de que una de las dieciséis pifias corresponde a la primera pregunta de la Masacre: Al circular hacia el este por el puente Richmond-San Rafael, ¿qué ves antes, Berkeley o San Francisco? ¿Cómo pudimos fallar esa? Abro de nuevo el atlas y veo dónde está el error. Al examinar minuciosamente la letra más pequeña se me pasó

por alto algo mucho más grande: el *condado* de San Francisco, el cual se extiende prácticamente a lo largo de toda la bahía.

Debería haberle hecho caso a Edgar Allan Poe. En 1844, en su clásico cuento de misterio *La carta robada*, el detective Dupin dice lo siguiente:

> Hay un juego de adivinación —continuó Dupin— que se juega con un mapa. Uno de los participantes pide a otro que encuentre una palabra dada: el nombre de una ciudad, un río, un Estado o un imperio; en suma, cualquier palabra que figure en la abigarrada y complicada superficie del mapa. Por lo regular, un novato en el juego busca confundir a su oponente proponiéndole los nombres escritos con los caracteres más pequeños, mientras que el buen jugador escogerá aquellos que se extienden con grandes letras de una parte a la otra del mapa. Estos últimos, al igual que las muestras y carteles excesivamente grandes, escapan a la atención a fuerza de ser evidentes, y en esto la desatención ocular resulta análoga al descuido que lleva al intelecto a no tomar en cuenta consideraciones excesivas y palpablemente evidentes[272] [273].

Durante mis conversaciones con fanáticos de las carreteras y participantes en rallies de mapas, me he maravillado ante su ilimitada obsesión por la precisión, cosa que me impactó por ser el polo opuesto a la libertad reflejada en las obras de Kerouac y que acabó convirtiéndose en el símbolo de la carretera americana. En un *auténtico* viaje por carretera, dije con desprecio, no te preocuparías por el tipo de letra de los carteles ni por la historia de su numeración. Está claro que no limitarías tu vista a lugares que se encuentran en el mapa a 6,5 mm de la carretera en la que estás, o incluso *sobre* la que estás.

Pero tal vez Dupin estuviera en lo cierto: al fijarme en esos minúsculos y rebuscados detalles, me he perdido el panorama general de los aficionados a las carreteras. Si se tratase simplemente de una afición por los detalles *arbitrarios*, Jim Sinclair podría enviarles cada año a sus jugadores un ejemplar de *El libro de cocina de Betty Crocker* y hacerles seguir una serie de enrevesadas y complicadas instrucciones para hacer un pastel Chiffon de limón. Los fanáticos de las carreteras podrían obsesionarse por cualquier cosa con una numeración regular: cromos de béisbol, tornados o sonatas de Mozart. Sin embargo, eligen los mapas. Sus fotografías y la Masacre del Día de San Valentín no son más que una forma de acercarse lo máximo posible al atlas, como hacer zoom sin cesar en Google Earth. Así de cautivadores son los mapas para nosotros los cartófilos. Queremos introducirnos en ellos.

«¿Sabes que la mayoría de la gente es incapaz de pasar delante de un espejo sin mirarse?», me pregunta Bart Bramley. «A mí me pasa lo mismo con los mapas». Este

año, cuando trabajaba en la Masacre, me parecía una terapia de aversión: una dosis de mapas tan fuerte que ni siquiera yo la podía soportar. Pero, si lo era, no ha funcionado. Tengo la impresión de que me voy a inscribir otra vez en el rally el año que viene. ¡Cuidado, Bramley! ¡Voy a por ti!

Hasta es posible que invite otra vez a los niños. Pero la próxima vez lo haremos como si fuesen unas auténticas vacaciones familiares: se sentarán en otros asientos, separados de los adultos por un ingenioso sistema de correas y hebillas, y enchufados en todo momento a un reproductor de DVD. ¡Unidad familiar! El año que viene hasta puede que lleguemos más lejos que Dakota del Sur.

Capítulo 10

MARGEN

margen. n. Porción del mapa que se extiende fuera del borde convencional.

Busca los secretos medio enterrados como baratijas en un campo, espero que las cosas escondidas se revelen algún día.

JOHN DARNIELLE.

La medianoche del 1 de mayo de 2001, un héroe anónimo del Mando Espacial de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, situado en las altas llanuras de Colorado Springs, pulsó un botón que afectó a millones de personas de todo el mundo. La mayoría de las cosas que puede hacer el gobierno al pulsar un botón no mejoran inmediatamente nuestra calidad de vida, pero su acto, ordenado por el presidente en persona, hizo que la vida de los obsesos de los mapas fuera diez veces mejor. Como por arte de magia, el Sistema de Posicionamiento Global (GPS) —una serie de 24 satélites en un punto intermedio de la órbita terrestre— podían ahora decirte en qué lugar de la superficie del planeta te encuentras, con una precisión prácticamente perfecta.

Un cínico podría señalar que la única razón por la que el ejército tenía el poder de mejorar de tal manera el sistema con solo pulsar un botón era que nos había estado mintiendo hasta entonces. El primer satélite GPS se había lanzado ya en 1978, pero únicamente los usuarios del gobierno tenían acceso a datos reales. Los civiles propietarios de receptores GPS recibían una señal codificada que introducía errores aleatorios, así que la mayor parte del tiempo la información sobre su ubicación estaba desfasada en centenares de metros. Proporcionar respuestas erróneas a preguntas importantes no es nada nuevo para el gobierno de Estados Unidos, desde luego; la Agencia Tributaria estadounidense lo ha hecho durante años. Sin embargo, en este caso, el error era intencionado, introducido en la señal por razones de seguridad nacional.

No obstante, a finales de la década de los noventa, esta codificación, llamada eufemísticamente «disponibilidad selectiva», se estaba volviendo obsoleta. El ejército había averiguado cómo provocar interferencias en su GPS en aquellos lugares donde había que mantener la confidencialidad, y una nueva tecnología terrestre denominada GPS Diferencial permitía que los civiles mejorasen los datos del satélite de todas formas. Así que el presidente Bill Clinton ordenó suprimir por completo la «disponibilidad selectiva» y en la primavera de 2000, el asesor científico de la Casa Blanca Neal Lane anunció el gran momento[274]. «Todas las personas que han comprado un receptor GPS para un barco o un coche, o para su uso profesional o recreativo, verán que es diez veces más preciso a partir de la medianoche de hoy»,

declaró a los periodistas.

Aquella noche, en Portland, Oregón, un asesor informático llamado Dave Ulmer permaneció levantado para ver el cambio en su receptor GPS, un anticuado Magellan 2000 que había comprado allá por mediados de los noventa, cuando el año «2000» todavía tenía connotaciones brillantes y futuristas. «Realmente se trataba de ver algo trascendental», dice. «Todavía guardo los datos almacenados durante el acontecimiento». En un momento dado tenía un radio de precisión de 90 metros en pantalla, y al minuto siguiente —¡sorpresa!— solamente de 9 metros. Sabía que aquella diferencia habría supuesto mucho para él dos meses antes. En marzo, había estado circulando en una motonieve hacia el pico del monte Santa Helena, tratando de seguir una senda que había tomado en otra ocasión. Sin embargo, la disponibilidad selectiva hizo que se desviara 90 metros del trayecto y se precipitara por una cresta de hielo que no esperaba. «Resbalé de espaldas por una ladera de la montaña y la máquina cayó desenfrenadamente por el otro lado y quedó destrozada. Fue una experiencia bastante reveladora de lo que pueden representar 90 metros».

Ver la señal converger en su casa aquella noche de mayo fue como ponerse gafas tras sufrir toda una vida de astigmatismo. Más tarde, acostado en la cama, estaba demasiado excitado para dormir. La señal GPS codificada de los noventa podía indicarte que estabas en un estadio de fútbol (cosa que, si *estabas* en un campo de fútbol, probablemente ya sabías), pero la nueva tecnología podía indicarte exactamente en qué marca métrica te encontrabas, lo cual abría nuevos horizontes. ¿Qué cosas maravillosas podremos hacer ahora con el GPS?, recuerda haber pensado. Tiene que haber algo que el ser humano no haya podido hacer hasta ahora. «Y ahí fue», dice, «cuando inventé el geocaching».

A la mañana siguiente, Ulmer empezó a reunir provisiones. En un apartadero junto a un bosque al lado de una serpenteante carretera de montaña a 1,5 kilómetros de su casa, se detuvo y enterró a medias un cubo de 19 litros que contenía una libreta en la que quienes la encontrasen pudieran escribir su nombre, cuatro dólares en efectivo, *George de la jungla* en VHS, un libro de Ross Perot, software cartográfico, el asa de un tirachinas y una lata de judías[275]. A continuación informó de la latitud y la longitud del lugar en un foro de Internet de usuarios de GPS. Aquel primer anuncio fue asombrosamente profético, anticipando con todo detalle no solo una única proeza, sino una permanente caza del tesoro internacional en ciernes:

> Ahora que se ha acabado la disponibilidad selectiva, podemos empezar un juego de búsqueda del tesoro de ámbito mundial. Sin la disponibilidad selectiva debería ser fácil encontrar el objetivo a partir de un punto de ruta. La información sobre los alijos puede compartirse en Internet, la gente puede dirigirse a ellos y conseguir algo.
>
> Prepara tu propio alijo en un lugar determinado, mete algunas cosas y un

cuaderno, y publica su ubicación en Internet. Pronto habrá miles de alijos que buscar por todo el mundo. ¡A divertirse[276]!

Al día siguiente, un aficionado al GPS de Vancouver, Washington, llamado Mike Teague, condujo a lo largo del río Columbia y encontró el alijo de Ulmer. Puso su nombre y dejó unos cigarrillos, una cinta magnetofónica y un bolígrafo. Aquel fin de semana, como si fuera el portador de un virus, Teague creó a su vez dos escondrijos más en la ladera del monte Santa Helena. En solo dos semanas, había cosas escondidas en media docena de estados, así como en Chile, Australia y Nueva Zelanda, y Teague abrió una sencilla página web para llevar el registro de las coordenadas de los cada vez más numerosos alijos. Era evidente que Ulmer había sintonizado con algo primario, no solamente con el aburrimiento de algunos gurús de los aparatos, sino con una parte desatendida de nuestro rombencéfalo de cazadores-recolectores que necesita buscar cosas ocultas y raramente tiene ocasión de hacerlo en un mundo moderno en el que todo lo que realmente necesitamos (comida, agua, abrigo, *reality shows*) nos es servido instantáneamente mientras permanecemos sentados pasivamente[277].

A tres horas de distancia por autopista, en Seattle, un programador informático recién casado llamado Jeremy Irish, regresaba de su luna de miel y se enteró de que SaviShopper.com, la empresa de venta por Internet para la que trabajaba, se iba a pique. «Fue bastante deprimente», me cuenta. «Buscaba cosas con que distraerme». Su mujer le había dado permiso para comprarse un dispositivo GPS, y cuando introdujo «juegos gps» en Yahoo!, la primera página que apareció fue la lista de alijos de Teague. Vio que había uno a solo 80 kilómetros de su casa, y una hora más tarde avanzaba dando tumbos por un pedregoso sendero en su nada robusto Saturn SL2. Al final del sendero, prosiguió a pie por un claro del bosque quemado por el sol el día más caluroso del verano. «Llevaba muy poca agua», dice. «Fue horrible. Un viaje horrible». Pero la emoción de encontrar el tesoro —una caja de tarjetas escondida tras un tocón— hizo que la dura prueba mereciese la pena. «Bajando por la colina pensé: bueno, lo primero que tengo que hacer es preparar a la gente, para que no sea tan inexperta y no vaya tan mal preparada como yo».

Ulmer y el resto de los primeros buscadores de tesoros mediante GPS ya habían decidido que «geocache» (reservas) era un nombre mejor para sus tesoros que «alijo» —¡los traficantes de droga y los fumetas tienen alijos, pero los antiguos exploradores y los tramperos franco-canadienses tienen reservas!— y Irish decidió crear una página web que seguía la estela de la de Teague con el nombre «Geocaching.com», con una lista de solo 75 reservas. Un artículo del *New York Times* puso el *geocaching* en conocimiento del público en general en octubre, y el servidor de la habitación de invitados de Irish apenas podía hacer frente a la demanda. Tal vez, pensó, Geocaching.com podría convertirse en una empresa.

Junto a otros dos damnificados por el desplome del comercio electrónico, empezó a recaudar dinero, pero descubrió que en aquellos días posteriores a la burbuja de Internet, las opciones para invertir capital eran escasas y remotas. «¿Te imaginas acudir a una entidad de capital riesgo y decir: "Eh, tenemos una idea; vamos a crear un servicio de listado de recipientes de plástico en el bosque"? "¿Y cómo lo vas a rentabilizar?". "¡No lo sé! ¡En 1998 no preguntabais eso!"». Sus primeros fondos provinieron de doce docenas de camisetas en las que estamparon el logo de geocaching y las cuales vendieron a través de la página web. La primavera siguiente, empezaron a vender también «abonos premium» a Geocaching.com, así que pudieron dejar sus trabajos y dedicarse a mejorar la página web a tiempo completo. Dicha decisión hizo que Geocaching.com se convirtiese en una página sólida y fácil de utilizar, el primer lugar al que un consumidor curioso acudiría tras recibir un receptor GPS como regalo de Navidad, e hizo que el geocaching se convirtiera en un fenómeno de masas. Cuando empezó en 2001, solo había 300 reservas en su lista, a finales de 2002 había más de 10 000.

No obstante, esta transición no tuvo lugar sin inconvenientes. La primitiva comunidad de buscadores era marginal, una extraña mezcla de piratas informáticos y bohemios aficionados al aire libre[278], y muchos se mostraban escépticos ante el hecho de que una empresa de Internet —¡de Seattle, nada menos, como la feroz Microsoft!— irrumpiese para sistematizar y comercializar su pasatiempo de guerrilla. «A algunos les incomodaba que un pequeño grupo de gente ganase dinero a su costa», dice Ed Hall, que dirige otra página web llamada Buxley's Geocaching Waypoint, la primera en mostrar la localización de tesoros ocultos en mapas. «¿Qué aportan? ¿Por qué tratan de atribuirse la propiedad de *nuestro* juego?». Irish y sus socios también cometieron errores, enviando avisos legales a la página de Hall (por utilizar datos de Geocaching.com para realizar sus mapas) y a la página NaviCache de Quinn Stone (porque en su logo se utilizaba la palabra «geocaching», la cual Irish había intentado registrar como marca). Después de que el propio Dave Ulmer se metiera en disputas en foros de Irish, su nombre fue eliminado de la página «Historia del Geocaching», la cual atribuyó durante un tiempo la colocación de la primera reserva a «alguien» anónimo.

Las viejas controversias son ahora agua pasada. Jeremy Irish es ahora más hábil a la hora de ganarse el favor de la opinión pública, y la vieja guardia ha asumido la idea de hacer una versión de su hobby más centralizada y más atractiva para los advenedizos[279]. Incluso Dave Ulmer, que no fue fan durante muchos años, se ha moderado con el tiempo. «No me importa que ganen dinero con ello», me dice. «Geocaching.com es una página web excelente. El tío ha estado muchísimas horas desarrollándola. Se merece una recompensa». El pequeño lanzamiento de Irish se ha convertido en Groundspeak Inc., la cual da empleo a más de 45 «lacayos», como ellos mismos se denominan, en su sede central de Seattle, todos ellos en cubículos adornados con persianas color verde lima que recuerdan a una bóveda forestal. El 8

de marzo de 2010, el recuento de tesoros ocultos en la página web alcanzó el millón.

¡Un millón de tesoros ocultos! Para ser más precisos: 1 385 781 en el momento de escribir esto, con más de mil nuevos cada día. Es una cifra asombrosa. En comparación, he aquí un inventario parcial de otras cosas que hay en el mundo: 6230 aviones de fuselaje ancho; 32 000 restaurantes McDonald's; 663 000 cebras; 40 000 Segways; y 15 900 sinagogas. Todas esas cosas las has visto, pero, a pesar de su comparable omnipresencia, la mayoría de la gente no ha visto nunca conscientemente un tesoro oculto; Bryan Roth, uno de los fundadores de Groundspeak, dijo recientemente que el geocaching es «el mayor hobby del mundo del que nadie ha oído hablar[280]». Esa es la gracia del juego: los tesoros ocultos son difíciles de encontrar si no los buscas expresamente, y a veces incluso aunque los busques. Pero están por todas partes, en los siete continentes. Hay un tesoro oculto en una pared de piedra en el Vaticano, uno en una hornacina de un templo en Angkor Wat y otro en el hueco de un árbol junto a las cataratas Victoria, en Zimbabue. Desliza tus manos por la parte inferior de la verja de entrada del casino Bellagio en Las Vegas y encontrarás uno sujeto con imanes. Hay seis en las laderas del pico Pikes en Colorado y dos en la Base McMurdo en la Antártida.

Los tesoros ocultos han cambiado un poco desde la época de Dave Ulmer. De hecho, hoy en día su histórico primer tesoro habría sido rechazado rápidamente por la red de voluntarios de Geocaching.com que veta las nuevas acciones, ya que infringía varias de las normas fundamentales: no enterrar, no poner comida y no poner dinero. No obstante, los elementos esenciales del juego siguen siendo exactamente los mismos que planteó en su entrada en el grupo de Internet en 2001. Se esconde un recipiente en algún lugar del mundo; el recipiente puede ser grande o pequeño, puede estar cuidadosamente camuflado o ser un simple Tupperware. Además de un cuaderno, puede contener un «botín» (baratijas que se pueden intercambiar quienes lo encuentran). La latitud y la longitud del escondrijo se publican en Internet, y cualquiera que disponga de un receptor GPS es libre de encontrarlo y poner su nombre en el cuaderno (o más habitualmente su pseudónimo). La mayoría de ellos vuelven a Geocaching.com y publican allí un diario en el que describen su experiencia.

Yo nunca he encontrado ninguno, así que soy un tanto escéptico; ¿cómo es posible que algo que recuerda mucho a una insignia de mérito de los Boy Scouts tenga gracia? El único dispositivo GPS de los Jennings es «Daniel», el navegador Garmin de gama baja enganchado con una ventosa al parabrisas de nuestro coche. En realidad, Daniel es el nombre de la voz con acento inglés que seleccionamos; la voz que venía de fábrica era «Jill», una voz americana que requería mucho mantenimiento y no podíamos soportar. Cuando te equivocas al girar, el mensaje de error de Jill que dice «¡recalculando!» es un suspiro ofendido. El «recalculando» de Daniel, en cambio, tiene el tono tranquilo y suave de un viejo chófer de familia.

Nunca te juzga (de hecho, nuestro Daniel no ha dicho «recalculando» desde que averigüé cómo modificar sus archivos de texto. Ahora dice: «Te has equivocado al girar, tarado. Haz lo que yo te diga», lo cual es una inagotable fuente de risas para los ocupantes del asiento trasero). A Daniel los niños lo tratan como a uno más de la familia. Hace algunos meses, mientras deambulábamos por una exposición sobre GPS en un museo de ciencia, Dylan dijo con nostalgia: «Ojalá Daniel estuviera aquí. Le *encantaría*».

No tenemos un GPS portátil, pero recuerdo lo que me dijo Jeremy Irish cuando le visité en su despacho en Groundspeak: «El geocaching es un truco para sacar a los niños de casa. Ese era nuestro mantra original». Me encantaría ver a Dylan salir a explorar el bosque que hay detrás de nuestra casa, siguiendo hormigas, construyendo fuertes y haciendo diques en arroyos una tarde soleada, pero, a pesar de nuestros intentos, es un auténtico niño del siglo XXI: mándalo fuera y se limitará a quedarse allí veinte minutos con la nariz contra el cristal de la puerta corredera, como el gnomo de jardín más triste del mundo.

Pero los niños raritos normalmente son grandes practicantes del geocaching. Imagínate: ¡una caza del tesoro como las de los libros, solo que hay cientos a pocos kilómetros de tu casa! Para un adulto, la búsqueda ya es la recompensa, pero para un niño, que la búsqueda concluya a menudo con el hallazgo de soldaditos verdes, juguetes del Happy Meal, joyas de plástico, y otros tesoros de incalculable valor, es algo demasiado bonito para ser cierto.

Mi mujer cree que vale la pena probarlo. «Dylan hará cualquier cosa si al final le das un juguete de 25 centavos», dice. «Por eso pregunta siempre cuándo vamos a volver al dentista».

«Al parecer, se está imponiendo ahora que tanta gente tiene teléfonos móviles con GPS», le digo. «Mira esta lista de gente famosa que lo practica. Mia Farrow, Wil Wheaton, Ryan Phillippe. El batería de Poison[281]».

Mindy parece interesada por primera vez. «Espera, ¿practica el geocaching con un solo brazo?».

«¡De Poison, no de Def Leppard!».

Una semana más tarde, Dylan y yo gastamos sesenta pavos en un Geomate.jr apto para niños, que viene cubierto con una funda de goma de color verde claro y en el que hay preinstaladas un cuarto de millón de localizaciones. Le ponemos un par de pilas y treinta segundos después su pequeña pantalla digital nos está indicando que hay un tesoro a exactamente 273,5 metros al sudeste de la entrada de nuestra casa. Tal vez no me debería sorprender, pero me sorprende. «Está a solo 274 metros en esa dirección», digo mientras emprendemos la marcha, con Dylan balanceando su GPS adelante y atrás, como si fuera Mi Primera Varilla de Zahorí de Fischer Price. «Tiene que estar detrás de esa colina al otro lado de la carretera».

Los practicantes de geocaching siempre dicen que la felicidad que les aporta su afición reside en el viaje, en la posibilidad de detenerse y ver sitios inesperados ante

tus narices por los que de otro modo habrías pasado de largo sin fijarte. Lo cierto es que el hecho de que el geocaching te revelará secretos de tu vecindario es tan axiomático que existe incluso un acrónimo entre los aficionados para referirse a él: YAPIDKA, que significa «Yet Another Park I Didn't Know About» (otro parque más que no conocía). Este es el atractivo perdurable del juego para Dave Ulmer, el cual actualmente se pasa todo el año circulando por el oeste en una autocaravana (cuando hablé con él estaba acampado en las montañas Bradshaw, al sur de Prescott, Arizona). Ya no registra sus hallazgos, pero, dice, «en cuanto me aburro lo más mínimo, me meto en Geocaching.com y veo qué hay por mi zona. No me importa la caja llena de baratijas, pero puede que encuentre un corral indio, un fabuloso y atípico enclave geológico, cuevas formadas por lava o una bella vista de un bosque. Por ti mismo no te topas con esas cosas. Sin embargo, gracias al geocaching vas directamente hasta ellas».

No espero que los bosques que hay al otro lado de la calle donde vivo escondan más misterios que unas cuantas botellas de cerveza rotas, pero en cuanto Dylan corona la colina le oigo gritar: «¡Hala, papá, ven a ver esto!». Los abetos de Douglas de la ladera de la colina —los mismos que veo cada día desde la ventana de mi despacho— ocultan una intrincada red de pasarelas entarimadas y rampas de madera que serpentean a través del bosque, a veces a una altura de tres metros. ¡Hemos estado viviendo enfrente de un poblado ewok durante tres años sin enterarnos!

«Unos chicos mayores lo construyeron para saltar con sus bicis BMX», explica una chica del barrio que atraviesa el bosque con sus amigas. Trato de escuchar cortésmente sin quitarle el ojo de encima a Dylan, el cual está corriendo por las rampas arriba y abajo haciendo el ruido de un cohete sin —esperemos— pincharse con algo oxidado y contraer el tétano. «Pero se fueron a la universidad, creo. Ahora nadie lo usa».

Miro nuestro receptor de juguete. Mis coordenadas se han «puesto a cero»; ahora estoy en un sitio excepcionalmente específico de la superficie de la Tierra, justo a una milésima de minuto de longitud y latitud. De repente, me siento atemorizado por algo que doy por sentado cuando utilizo el GPS para navegar con el coche: cada vez que doy algunos pasos, los números del aparatito que tengo en mis manos cambian, y ello se debe a que está escuchando a las máquinas del espacio. Una red de sofisticados satélites militares de 20 000 millones de dólares me está ayudando a encontrar una fiambrera en el bosque. Realmente vivimos en el futuro.

Pero ¿dónde está el botín? Todavía tengo que desarrollar lo que los buscadores denominan «geosentido», la habilidad aparentemente extrasensorial de introducirse en la mente del que esconde el botín, de mirar un paisaje y localizar los posibles escondrijos del «geopremio[282]». Ningún localizador GPS es exacto al milímetro, desde luego. Mis datos dependen del tiempo que emplean las señales en rebotar en una constelación de seis satélites encima de mí, y si las señales rebotan además con otras cosas —esos árboles altos, por ejemplo— se producirán pequeños errores. Sé

que el botín oculto está en un radio reducido dentro de estas coordenadas, pero el Mando Espacial no me puede decir: «¡Está en ese tronco hueco, tarado!»; tengo que mirar. Aparto hojas, levanto piedras, miro en las raíces de los árboles. Es igual de divertido que buscar las llaves del coche o buscar tu aparato de ortodoncia en el cubo de la basura de una cafetería. ¿La gente hace esto por diversión?

Pero entonces llega la epifanía. Estoy en la base de la más alta de las sucias rampas para bicicletas cuando me doy cuenta: las coordenadas del geocaching solo incluyen la latitud y la longitud. ¿Qué pasa con el eje z? ¿Qué pasa con la altura? Avanzo lentamente por el desvencijado camino de madera. Dylan también quiere venir, hasta que llega a medio camino y se da cuenta de que también le gusta ir por el suelo. En el punto más elevado, donde los adolescentes hacían girar las bicis, meto la mano bajo la plataforma y encuentro algo cuadrado y metálico. «¡Lo tengo! ¡Lo tengo!», grito eufórico con la inesperada carga de adrenalina que me provoca el *hallazgo*. Ajá. *Por esto* la gente lo hace por diversión.

Dylan abre la cajita y se produce un amor a primera vista: una caja de aperitivos Cracker Jack sin esas estúpidas palomitas y cacahuetes, sino llena de juguetes baratos. Para un niño de seis años es como si fueran diamantes y rubíes. Quiere una estrella de plástico de sheriff, así que rebusca en su bolsillo hasta que encuentra un vale sin usar del restaurante Chuck E. Cheese y lo deja en su lugar. Firmo en el cuaderno, dejo la caja cuidadosamente en su sitio y volvemos a casa mientras Dylan parlotea alegremente. «Papá, ¿cuándo volveremos a jugar a las rampas? Papá, ¿hay más tesoros escondidos en nuestra calle? ¿Eh, papá?». Marcador: geocaching 1, videojuegos 0.

Cerca de cinco millones de personas se dedican activamente al geocaching, y las reglas del juego son lo bastante escasas como para que no haya dos personas que jueguen exactamente igual. La inmensa mayoría son practicantes ocasionales, que pasan de vez en cuando una soleada tarde conduciendo por el pueblo con su pareja o con sus hijos en busca de hallazgos fáciles. Puede que durante un viaje por carretera, o cuando han de matar el rato antes de una cita en una parte desconocida de la ciudad, se les ocurra sacar su smartphone para ver si hay algún botín escondido por allí cerca. Son personas sensatas y moderadas, nada proclives a tener locas obsesiones de ninguna clase, y profundamente respetadas por el vecindario y la comunidad. No hablemos más de ellas.

Sin embargo, algunos practicantes del geocaching son más obsesivos y sus presas más complicadas. Los «*cachers* extremos», por ejemplo, arriesgan literalmente su vida y su integridad física por la única recompensa de lograr el escurridizo «smiley», el icono de la cara sonriente que representa un hallazgo en Geocaching.com. No van a perder el tiempo buscando algo que no esté escondido sobre un acantilado o en un pozo de una mina abandonada, en la copa de un roble de doce metros o en el fondo

del Gran Lago Salado. Hablan susurrando de grandes ballenas blancas como el Psycho Urban Cache #13, un legendario botín en Virginia Occidental que fue arrojado desde un helicóptero sobre un pilón de 21 metros en medio del río Potomac[283]. Algunos son tan extremos que nunca han sido encontrados, como el Gokyo Ri, depositado en una de las cumbres más altas del Himalaya en Nepal en 2004, o el Rainbow Hydrothermal Vents, depositado por un submarino ruso Mir en el fondo del océano Atlántico en 2002[284].

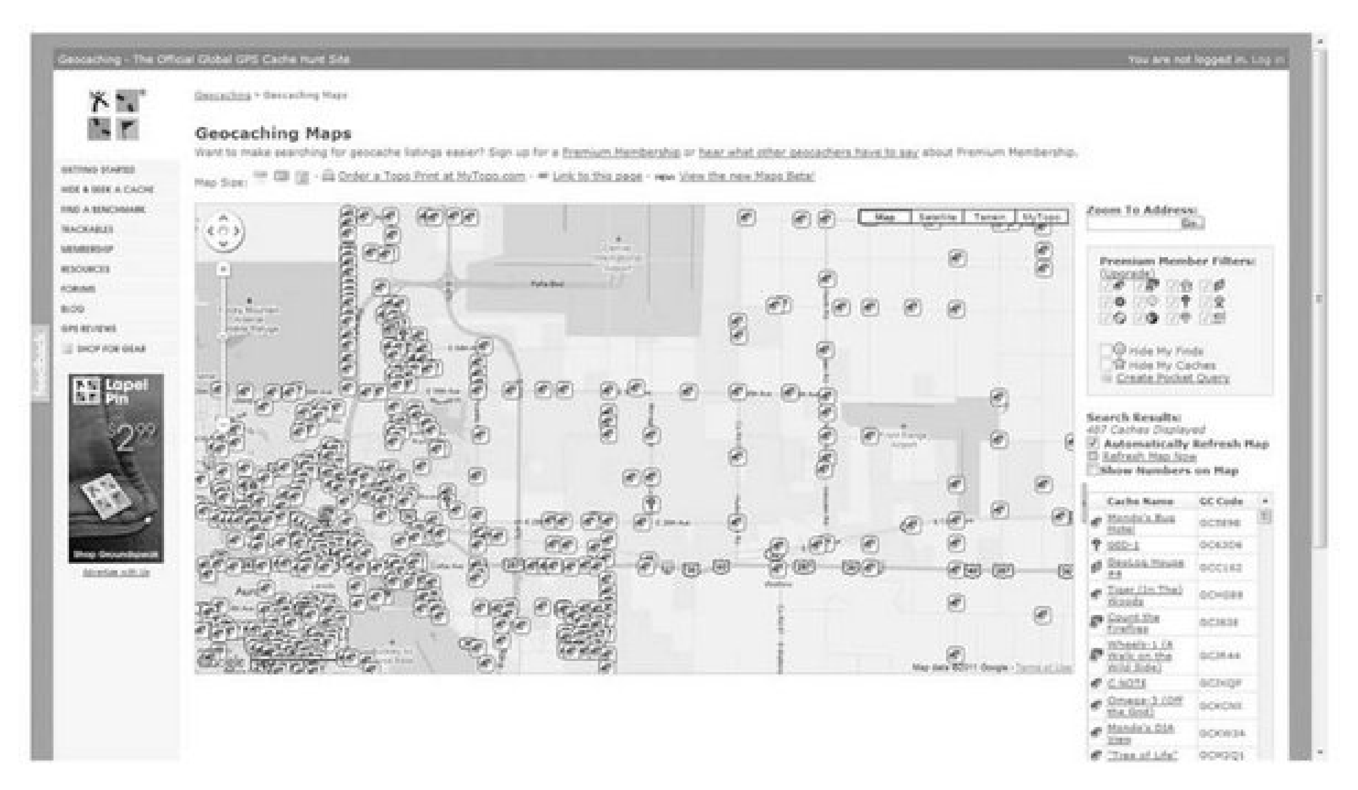
El «puzle caching» es *caching* extremo a nivel mental, y sus practicantes renuncian a equipos de buceo o alpinismo en favor de una herramienta más sencilla: un lápiz afilado. Se indica mediante un tentador signo de interrogación azul en los mapas de Geocaching.com, ya que se trata de la única modalidad que *no* va acompañada de la latitud y la longitud. En cambio, los aspirantes a localizarlo tienen que resolver algún tipo de rompecabezas diabólico —averiguar un código o responder a una pregunta o acertijo sobre las que no se puede encontrar información en Google— para descifrar las coordenadas correctas. Seattle, con su elevada densidad per cápita de ingenieros de software y otros informáticos paliduchos, es un semillero para esta modalidad, y enseguida me engancho. No importa lo esotérico que sea el tema —backgammon, terremotos del siglo XX, personajes chinos—, estoy dispuesto a sumergirme en él con tal de conseguir un «smiley». Uno de los botines me exige llegar a dominar la matriz que transforma los colores RGB del monitor de mi ordenador en el sistema YIQ utilizado en los televisores a color. En otro, tengo que calcular el «centro gravitatorio geográfico» de Seattle; el punto en el que podrías sostener la ciudad en equilibrio sobre la cabeza de un alfiler lo suficientemente resistente. En un momento dado, llego a alquilar la película *Secretos compartidos* de Uma Thurman para extraer una serie de coordenadas del número de registro de la MPAA que aparece al final de los títulos de crédito. Siento una ligera afinidad con los temerarios practicantes del «extreme caching» siempre que encuentro uno de esos botines. Puede que no haya descendido por un acantilado escarpado, pero sí que he tenido que enfrentarme a alguna penosa prueba, como el álgebra de matrices o una pésima comedia romántica de Uma Thurman. Cada vez que pongo mi nombre en el cuaderno, siento que he *conseguido* algo.

Los *extreme cachers* y los *puzzle cachers* pueden dedicar horas o incluso días a apuntarse un solo tanto; valoran más la calidad que la cantidad. Por otro lado, los *power cachers* son los insaciables glotones del mundo del geocaching. Su meta es conseguir el máximo número de hallazgos durante el máximo tiempo posible. El 27 de septiembre de 2010, un equipo de dos personas de Malibú autodenominado «ventura_kids» estableció un nuevo récord al conseguir 1157 hallazgos[285] en un solo día[286]. Haz el cálculo: significa un nuevo hallazgo cada minuto quince segundos… durante veinticuatro horas. En comparación, Dylan y yo empleamos más de una hora para encontrar el botín oculto en la pista de las BMX, y eso que estaba a

un tiro de piedra de nuestro patio delantero. La clave de esta eficiencia brutal está en la planificación. Todo el recorrido de los ventura_kids se planificó con antelación, en una zona sin tráfico ni semáforos. Su Jeep iba cargado con material para hacer frente a cualquier eventualidad, incluyendo 38 litros de gasolina y un farol para cada uno. En cada parada, los miembros del grupo actúan coordinados como un equipo de mecánicos de carreras, descubriendo habitualmente el botín oculto antes incluso de que el conductor haya desmontado el GPS del salpicadero (utilizan adhesivos ya impresos en lugar de firmar con tinta, lo que les permite ahorrar unos segundos preciosos). «Controlad el tiempo», aconsejaba Steve O'Gara de los ventura_kids a todos aquellos miembros del foro de Geocaching.com que quisieran seguir los pasos de su equipo. «Intentad no lesionaros al principio. Bebed agua. Deteneos a hacer una foto de vez en cuando. Cuidado con los escorpiones y los cactus».

Con todo, este increíble maratón solo fue posible gracias al lugar elegido: carreteras rurales en el desierto de la zona central y meridional de Nevada. Muchas de esas carreteras son «power trails», en los que se han colocado contenedores fáciles de encontrar cada 160 metros (según las reglas de Geocaching.com, no puede haber dos tesoros ocultos separados por una distancia inferior) a lo largo de una carretera, habitualmente en la base de postes eléctricos. ¿Por qué dejar una serie de botines en una fea carretera en lugar de dejarlos en un pintoresco lugar de la naturaleza? Para fomentar hazañas de velocidad como esta, desde luego.

La abundancia artificial de millones de tesoros ocultos ha provocado la indignación de algunos aficionados de la vieja escuela. En su origen, la excepcionalidad de los hallazgos era parte de su atractivo; te tenías que aventurar en la remota cumbre de una montaña o en una playa desierta para encontrar uno. Por definición, ¿cómo puede alguien considerar especial el hecho de encontrar algo tan omnipresente? Los puristas denominan la nueva superabundancia de tesoros ocultos de mala calidad «micro-spew» (micro vómito) y desprecian su más típico medio de presentación, un bote de película de 35 milímetros. «Los botes de película son al geocaching lo que el *spam* es al correo electrónico», dicen, o «Cada vez que escondes un bote de película muere un gatito». En una ocasión, Ed Hall se propuso encontrar todos los tesoros ocultos de su barrio, pero acabó desistiendo cuando apareció uno —un bote de película, por supuesto— a 400 metros de su casa en el lugar menos exótico que se pueda imaginar, la entrada de acceso de coches del Burger King más cercano. «Fue en ese punto», dice, «cuando me di cuenta de que el geocaching se había pasado de rosca».



Proliferación de tesoros ocultos: 130 kilómetros cuadrados al este de Denver, con su maltusiano enjambre de iconos en «power trails».

Sin embargo, a otros practicantes del geocaching les va de maravilla la abundancia. No descansarán hasta que haya un bote de píldoras sujeto con velcro a la base de metal de cada farola de cada aparcamiento y un recipiente de llave magnética debajo de cada mesa de picnic. ¡Cuantos más seamos, más reiremos! Creo que esto es un indicio revelador de qué es lo que impulsa la reciente popularidad del geocaching: la necesidad de llenar de misteriosos secretos un universo con exceso de información. Los niños creen intuitivamente que nuestra gris existencia cotidiana tiene que ocultar bajo su superficie otro mundo más brillante y más interesante, como el de los libros de cuentos. Pero se hacen mayores y gradualmente van asumiendo la triste realidad de que no hay ningún mundo oculto —no hay oro de los confederados tras los ladrillos de la vieja chimenea, ni hay ningún genio en las botellas arrastradas por las olas—. El geocaching restituye estos tesoros perdidos a miles. Para los acólitos es una forma de hacer que el mundo se sienta un poco más mágico con cada cajita de caramelos mentolados.

Los libros de Harry Potter han vendido tropecientos millones de ejemplares explotando la misma fantasía: un mundo secreto solamente conocido por un reducido círculo de iniciados. En la serie de J. K. Rowling, igual que sucede en el geocaching, lugares y objetos aparentemente normales ocultan secretos sobrenaturales: una simple pared de ladrillos puede ocultar una puerta a un pasadizo secreto mágico, un viejo baúl o un periódico pueden ser un medio de teletransportación camuflado. Por tanto, no es de extrañar que los practicantes del geocaching hayan adoptado la palabra

«muggle» —alguien que, en el mundo de Harry Potter, no es mago y es incapaz de hacer magia— para referirse a los desconocedores del juego. Esto refleja tanto la satisfacción de los aficionados por su conocimiento secreto (pueden ir por un camino concurrido con la convicción de que saben algo de ese tocón en concreto que *nadie más conoce*), como la auténtica amenaza que representan las personas ajenas a su mundo. Recorren grandes distancias para evitar ser vistos cuando esconden o recogen un tesoro oculto, puesto que basta un espectador demasiado curioso para que el lugar secreto sea saqueado por un «muggle» y por tanto echado a perder. Así que hay una cierta emoción en la clandestinidad que casi recuerda al espionaje doble propio de la época de la Guerra Fría: largas esperas soportando el frío en bancos de parques, fingiendo dar de comer a los pájaros, y cautelosos recorridos en coche a los lugares acordados para realizar intercambios en carreteras rurales solitarias.

Los practicantes del geocaching desarrollan sus propios trucos para evitar parecer sospechosos (a menudo se producen llamadas al 091; los interrogatorios policiales son un rito iniciático para los aficionados prolíficos)[287] ya que acechan en los arbustos y asoman la cabeza entre las cajas eléctricas. Algunos tienen una fe ciega en los chalecos fluorescentes naranjas y las libretas: al parecer, puedes comportarte tan sospechosamente como te dé la gana siempre y cuando vayas vestido como un empleado municipal. Otros, como David Carriere de Ottawa (conocido como «Zartimus»), solo salen a altas horas de la noche. «Era la única hora a la que podía hacerlo, con los niños y todo eso», me dice, pero su inocente explicación no me convence del todo. Resulta que Zartimus es célebre en los círculos del geocaching por su excéntrico uniforme: una capa de Batman y una capucha, acompañados de un látigo de tres metros. Si se acerca algún «muggle», dice, «me escondo echándome la capa por encima de la cabeza y me quedo sentado. Con eso por encima no se me puede ver, porque la capa oculta la silueta». Yo prefiero hacerlo de día (y además no tengo ningún disfraz de superhéroe), así que he desarrollado la estrategia de hablar en voz alta con el GPS como si se tratase de un teléfono móvil mientras busco, y evito los escondrijos cerca de patios de colegio y parques infantiles a menos que lleve a mis hijos conmigo. Te reirás, pero si eres un hombre de mediana edad, prueba a pasar veinte minutos frotando entre tus dedos cada centímetro de la cadena de la verja de un parque infantil y ya verás dónde acabas pasando la noche.

El geocaching y la ley han tenido a menudo una relación un tanto accidentada. El merodeo sigiloso no es el problema más grave; desde el 11 de septiembre, esconder paquetes de aspecto extraño en lugares públicos no es una buena idea y es raro que haya algún mes sin alguna noticia de una evacuación masiva por culpa del geocaching que normalmente acaba con un equipo de artificieros detonando diligentemente un cajita llena de juguetes de los que regalan en las máquinas de chicles. A menudo se han depositado demasiado cerca de infraestructuras: puentes, líneas de ferrocarril o monumentos, incumpliendo las directrices impuestas por Geocaching.com. Tampoco ayuda el hecho de que el recipiente utilizado más

habitualmente sea el de aspecto más sospechoso posible: una lata verde de munición procedente de excedentes del ejército. Ya puestos, podrías poner el diario dentro de una esfera negra que hiciera tictac, con una mecha chisporroteante en la parte superior y con la palabra «BOMBA» escrita en un lado. En árabe. «Ahora utilizo fiambreras, porque no parecen peligrosas», dice Ed Hall. «Una caja de munición sí lo parece».

Los recipientes ocultos en zonas apartadas pueden provocar otra clase de problemas: cuando atraes a cientos de personas a un lugar poco conocido, este deja de ser poco conocido. Se suelen formar «senderos de buscadores», ya que la vegetación se pisotea y la tierra se compacta[288][289]. El Servicio de Parques Nacionales prohibió la práctica del geocaching en los parques nacionales, ya que lo consideraba una forma perversamente elaborada de tirar basura. Sin embargo, en una época en la que la asistencia a los parques está disminuyendo, muchos gestores de parques simpatizan personalmente con los practicantes del geocaching, los cuales, por otra parte, son visitantes modélicos: fervientes e instruidos amantes de la naturaleza que a menudo organizan actos de limpieza mientras realizan sus búsqueda bajo el lema «CITO» —«cache in, trash out»— (tesoro dentro, basura fuera). En octubre de 2009, el Servicio de Parques Nacionales «clarificó» su postura concediendo libertad a los supervisores para permitir la práctica del geocaching si lo consideraban oportuno, y en 2010, los tesoros ocultos volvieron por fin a algunos parques.

Tan solo tres meses después de encontrar mi primer tesoro, ya soy oficialmente adicto. No hago búsquedas de veinticuatro horas como los ventura_kids, pero sí que me siento un poco nervioso si no he descubierto un tesoro en un día o dos. Trato de fingir que mi hábito es «solamente investigación», o arrastro conmigo a Dylan como excusa para poder achacarlo todo a su insaciable deseo de conseguir juguetes de plástico, pero normalmente se aburre como mínimo una o dos horas antes que yo, así que tengo que engatusarlo con la promesa de comprarle unos donuts para que venga conmigo *solo una vez más, lo juro*. Planifico misiones por los lugares indicados en los rompecabezas que he resuelto. He cambiado mi navaja multiusos Swiss Army por otra que incluye unas pinzas (para sacar papeles rebeldes de recipientes minúsculos) y llevo un bolígrafo para firmar. De hecho, he escrito mi apodo en tantos registros que una vez me sorprendí utilizándolo al firmar un cheque.

No es raro que los practicantes del geocaching reorganicen sus vidas en función del juego. «Viajero Perdido», de Alberta, se obsesionó tanto con un tesoro oculto en la Costa de los Mosquitos de Nicaragua que llevaba cinco años en la selva sin que nadie lo hubiera encontrado, que voló a América Central solo para poner su nombre, y aprovechó para pasar unas vacaciones en el Caribe para que su familia y sus amigos no pensaran que estaba loco[290]. Él y sus guías nativos pasaron horas abriendo senderos con machetes, pero sin éxito; regresó a casa únicamente con un «DNF»

—«Did Not Find» (No lo encontré)— en su historial. «Hukilaulau», de Long Island, dice que aceptó un trabajo temporal en Phoenix solamente para poder parar en Kansas durante el camino y firmar en «Mingo», el tesoro oculto más antiguo del mundo[291].

Dave Ulmer afirma que las propiedades adictivas del geocaching eran parte de su plan maestro. «El geocaching es un nuevo programa para tu cerebro», me cuenta. «Es como conseguir un nuevo juego de ordenador e instalarlo. Cuando te enteras de que existe el geocaching, estás instalando un nuevo juego en tu cerebro.» Ulmer ha pasado la última década trabajando en *Más allá de la era de la información*, un manifiesto sobre teoría de la información que está convencido de que cambiará la historia de la humanidad, si logra que alguien lo lea. Tras examinar detenidamente el manuscrito, me convenzo de que es un completo chiflado o un genio absoluto; no soy lo bastante inteligente para saber cuál es la diferencia. En la jerga de Ulmer, el geocaching es un «Issu» —una unidad específica de un sistema inteligente que se autorreplica—. «Es un sistema muy complejo si piensas en los millones de personas involucradas. Así lo preparé, y por eso ha funcionado tan increíblemente bien. Se fraguó para ser así desde el primer día».

«¿Así que considera la actividad como una forma de vida que se desarrolla por sí sola? ¿Somos todos pequeñas neuronas en este gran cerebro?».

«¡Correcto!».

Sin embargo, a pesar de haberme sumergido en la mente colectiva del geocaching, hay un codiciado honor del que carezco: un Ftf, o «First to Find» (primero en encontrar). Algunos buscadores son especialistas en encontrar tesoros vírgenes; en ser los primeros en poner su nombre en un escondrijo reciente. Si los «power cachers» que hacen batidas de veinticuatro horas son los maratonistas del mundo del geocaching, los buscadores de primeros hallazgos son los velocistas. Bryan Fix, natural de Portland, Oregón, que utiliza el pseudónimo de «Scubasonic», posee un récord casi sobrehumano: más de 900 primeros hallazgos, en total el 14% de sus descubrimientos. En una ocasión, se hizo con diez en un solo día, lo cual es excepcional, ya que en la zona de Portland solamente se producen por lo general diez o quince nuevos hallazgos por *semana*.

Antiguamente, cuando no había demasiada gente dedicada al geocaching, un primer hallazgo era un logro al alcance de simples mortales; incluso los participantes esporádicos podían topar con uno de vez en cuando. Sin embargo, ahora estamos en la era de los esteroides. Los miembros «premium» que pagan 30 dólares al año a Geocaching.com, pueden optar a recibir notificaciones instantáneas en el mismo instante en que se publica una nueva ocultación, y los más radicales se aseguran de recibir dichos mensajes en sus teléfonos móviles o en sus agendas electrónicas.

«De hecho, yo me voy a dormir con la BlackBerry», me dice Bryan sentado en la mesa de trabajo de su agencia inmobiliaria de Vancouver, Washington. Es un hombre de cuarenta y nueve años con un aspecto sorprendentemente juvenil, cuya frente

amplia y brillante le hace parecer joven, no calvo. «Lo tengo en modo vibración, y si suena, me levanto de un salto y salgo. Siempre tengo la ropa preparada junto a la cama. Al cabo de un minuto estoy en la puerta, y voy introduciendo las coordenadas por el camino».

«Así que es como un médico».

«Bueno, no me pagan».

Los adictos a los primeros hallazgos son a menudo los buscadores más sociables, ya que son los únicos que se encuentran con frecuencia en el mismo lugar al mismo tiempo. Bryan conoce a sus rivales y le gustan, a pesar de no ser el personaje más querido del circuito local. «Me han acusado de hacer trampas», suspira. «Supongo que les molesta que consiga tantos triunfos, pero si quieres conseguirlos, ¡levántate del sofá y ve a buscarlos! Nada te lo impide». Ha visto coches llegar haciendo chirriar los frenos a nuevos emplazamientos, y a los conductores enfadados mirarle con mala cara o golpear con los puños el techo del coche presa de la frustración al ver que ya hay linternas peinando el bosque. Al fin y al cabo, nadie se acuerda del *segundo* equipo que escaló el Everest.

Con el tiempo, también se ha enterado de dónde viven sus rivales basándose en los hallazgos que le han ganado por la mano —los buscadores de primeros hallazgos, como las bandas callejeras, luchan por el territorio—. Así que Bryan decidió ampliar su territorio analizando dónde y en qué momento del día podrían aparecer nuevos tesoros. «Empecé a darme cuenta de que seguían un patrón», dice. «Así que cojo el coche y me sitúo en un lugar intermedio donde creo que pueden aparecer». Todavía pasa algunas noches en su lugar preferido, la carretera Foster por la que se accede a la I-205, apostado en su coche como un policía en una operación de vigilancia, esperando pacientemente a que aparezca una nueva presa en su BlackBerry o en su ordenador portátil. La mayoría de las noches, más tarde o más temprano, aparece alguna. «Y entonces salgo. Estoy allí».

Yo no recibo notificaciones instantáneas, así que en mi corta carrera en el mundo del geocaching no he estado ni siquiera cerca de lograr un primer hallazgo. Una tarde en la que está lloviznando cuando salgo del supermercado, conecto despreocupadamente la aplicación de geocaching de mi móvil y selecciono «encontrar tesoros cercanos». Estoy a solo unas pocas manzanas de mi casa, y ya he recorrido todos los escondrijos del barrio hace meses, así que no espero encontrar nada. Sin embargo, hay un signo de interrogación azul al principio de la lista: un escondrijo misterioso que no reconozco a tan solo dos o tres kilómetros de distancia. Despliego el listado y veo lo que parece un sencillo acertijo lógico. Mejor aún, ha sido publicado hace tan solo dos horas y el registro de usuarios sigue vacío. Voy corriendo a casa, paso diez minutos garabateando con un lápiz para resolver el problema, y finalmente obtengo unas coordenadas que parecen posibles. Cuando las introduzco en Google Earth, resulta que marcan el final de una pista para bicicletas que se encuentra a solo cinco minutos de mi casa. ¿Estará algún «Scubasonic» ya de camino, o tengo

alguna oportunidad? Cojo las llaves del coche y corro al garaje bajando las escaleras de tres en tres, con la sangre llena de adrenalina latiéndome en los oídos.

«¿Vas a salir?», dice Mindy desde la cocina. «Dylan se ha olvidado los libros de piano. ¿Los puedes dejar en casa de Janetta antes de que empiece la clase?».

¿Lo dice en serio? ¿Cómo es posible que no sepa lo que está en juego? «*¡No!*», bramo cerrando de un portazo la puerta del garaje.

En el coche, me miro un instante en el espejo retrovisor. ¿En qué me he convertido? Estoy gritando a mi familia y saboteando sus clases de piano, ¿y para qué? ¿Para que mi firma aparezca un centímetro más arriba en un trozo de papel que prácticamente nadie verá jamás? Subo penosa y diligentemente las escaleras y cojo los libros de piano de Dylan. A continuación, vuelvo corriendo al coche y salgo pitando.

Cuando llego a la pista de bicicletas está lloviendo a cántaros y el lugar parece desierto. El tesoro tiene ahora exactamente cuatro horas —seguro que a estas alturas ya ha sido descubierto una o dos veces—. Estoy empapado cuando por fin veo el pequeño frasco de pastillas escondido en la crecida hierba que rodea la base de un poste de madera. Desenrosco la tapa con dedos temblorosos, y no sé si se debe al frío o no. Por alguna razón, pienso en el explorador Robert Scott. Cuando Scott viajó a la Antártida en 1911, tenía muchas esperanzas de ser el primero en llegar al Polo Sur. Sin embargo, el 16 de febrero de 1912 su equipo divisó un mojón de piedra sobre el hielo y el rastro de un trineo tirado por perros en dirección al norte. La expedición noruega de su rival Roald Amundsen se le había adelantado por cuestión de semanas. «Ha sucedido lo peor[292]», escribió en su diario. «Todos los sueños tienen que acabar; el regreso será duro[293]». Espero leer el nombre de algún Amundsen del GPS en el bote, pero, en cambio, encuentro algo que no había visto nunca en mi carrera en el geocaching: una hoja completamente en blanco. Es un territorio inmaculado, como los extremos blancos de los bordes de los mapas de la era de los descubrimientos, y realmente me siento como un pionero mientras firmo orgulloso con el pequeño bolígrafo de mi navaja multiusos.

Si el geocaching es realmente un videojuego descargado en nuestra mollera, las iniciales que presiden la lista de jugadores con mayor puntuación son LVB, correspondientes a Lee van der Bokke, un ingeniero de telecomunicaciones jubilado del este de la bahía de San Francisco. Durante sus ocho años dedicado al geocaching, Van der Bokke, también conocido como «Alamogul», ha acumulado la asombrosa suma de 53 353 hallazgos, más que ninguna otra persona en el mundo y casi 15 000 más que su más inmediato rival. Y eso, sin duda, contando a la baja; probablemente se habrá apuntado tres o cuatro hallazgos más mientras escribo este párrafo. Durante muchos años firmó como «Equipo Alamo», pero se hartó de que los buscadores escépticos dieran por sentado que sus inverosímiles resultados se debían a la

colaboración de un numeroso grupo de personas. «El “equipo” somos mi mujer y yo», insiste. «¡Y ella odia el geocaching!».

Van der Bokke empezó como un practicante esporádico; estaba recluido en casa todo el día con su padre, un malhumorado anciano de ochenta y tantos años, y el geocaching era una forma de pasar el tiempo mientras sacaba a pasear a su golden retriever, *Casey*, por las colinas de la zona. A medida que sus cifras crecían, creció también su intensidad, empezó a eliminar las cosas no esenciales en sus búsquedas: el perro, la mujer, e incluso los giros a la izquierda[294]. «No busco cada día», me dice. «Normalmente voy un par de veces por semana, a algún sitio donde hay muchos».

«¿Así que lo planifica con antelación? “Esta es la zona a la que iremos y estos son los treinta tesoros que vamos a conseguir”?».

Ríe displicente. «Oh, no. Por treinta no vamos *a ningún sitio*». Debe de ser el equivalente del mundo del geocaching de la famosa máxima de Linda Evangelista, según la cual, «las supermodelos no se levantan por menos de 10 000 dólares al día». A mí treinta me parece muy bien —significaría como mínimo el triple de mi mejor marca—, pero los días con cien hallazgos no son infrecuentes para súper buscadores como Alamogul. «A veces es una lata», admite. «Más de veinticinco hallazgos en un día empieza a ser aburrido. Pero si has conducido una larga distancia para ir a algún sitio, quieres conseguirlo».

Por tanto, ¿los súper buscadores van mucho más allá del puro placer, porque saben que la retirada sería peor? No resulta difícil ver al menos una pizca de compulsión en su devoción por el juego. Cuando Van der Bokke habla sobre ello tiene una propensión casi propia de Howard Hughes a utilizar la palabra «limpiar»; lo que le motiva, dice, es el deseo de «limpiar una zona. Quiero mantener limpio un radio de 16 kilómetros desde mi casa». Esta misma mañana, él y un amigo suyo han salido a «limpiar» algunos tesoros nuevos que habían aparecido dentro de su zona de seguridad, y solo les ha faltado uno. «Es frustrante, porque está ahí. Me sentaré frustrado delante del ordenador. Todavía está ahí en mi mapa». ¡Frotas y frotas y el fracaso de no haber conseguido el smiley no sale!

Pero ahora yo también entiendo esa obsesión; a mí también me molesta cuando miro mi barrio en Geocaching.com y aparece la cajita verde que señala un tesoro no descubierto entre los smileys, burlándose de mí. Curiosamente, la idea de que haya tesoros que nadie haya descubierto no me molesta en la vida real; puedo pasar con el coche y dejarlos para otro día. Sin embargo, verlos en un mapa hace que su presencia sea casi insoportable. Me pregunto si es el lado oscuro de los mapas, si su metódica autoridad puede embaucarnos y hacernos creer en la corrección y la importancia de toda clase de propuestas dudosas. En 1890, por ejemplo, el magnate de los diamantes Cecil Rhodes estaba presionando para que Gran Bretaña uniese sus dos territorios de África. ¡Imagínense lo bien que quedaría en el mapa, afirmaba, si el color rojo del Imperio británico se extendiese desde Ciudad del Cabo hasta El Cairo!

Afortunadamente, lord Salisbury, el ministro de Asuntos Exteriores, no era un

aficionado a los mapas. «No puedo imaginarme una posición más incómoda que poseer una estrecha franja de territorio en pleno corazón de África, a tres meses de distancia de la costa, que separase las fuerzas de un poderoso imperio como Alemania y… otra potencia europea[295]», declaró en la Cámara de los Lores. «Creo que el estudio constante de los mapas predispone a perturbar la capacidad de raciocinio humana». En la misma línea, los mapas realizados por el gran geógrafo serbio Jovan Cvijic´ después de la Primera Guerra Mundial, presentaban las divisiones etnográficas de los pueblos balcánicos mediante líneas definidas y colores relajantes[296]. Sin embargo, en la práctica, el mapa contribuyó a inspirar un siglo de brutal limpieza étnica, un intento de hacer que las fronteras étnicas de la zona fueran tan claras como parecían en el mapa.

Pienses lo que pienses de la obsesión de Van der Bokke, no se puede negar el alcance de sus logros. Cuando sus amigos o familiares se mofan del tiempo que dedica a su búsqueda global de fiambreras, les pregunta: «¿Conoces a alguien que sea el número uno del mundo en algo?». Tal vez solamente hubo otro buscador que jugaba en su liga. La predecesora de Alamogul al frente de la clasificación fue una tal «CCCooperAgency», la buscadora más prolífica durante la mayor parte de la pasada década. CCCooperAgency era Lynn Black, una agente de seguros de la zona de Harrisburg, Pennsylvania, a decir de todos, una buscadora extraordinariamente activa y popular, pero un absoluto enigma para mí. Se retiró del juego en 2009 y ahora se niega a hablar del mundo del geocaching que en su día dominó.

La mayoría de los súper buscadores prolíficos son jubilados con tiempo libre ilimitado, pero Black era la atareada propietaria de una empresa y madre de tres hijos. Arrastraba a su familia en sus búsquedas por toda la costa Este, pero ninguno de sus familiares tenía su inagotable resistencia. Enseguida fue consciente de que su obsesión por el geocaching se estaba convirtiendo en un problema. «Aparte del geocaching no hago nada más», declaró a un periódico en 2005[297]. «Hay que abrir una clínica de Buscadores Anónimos», añadió su marido Kevin. Intentó dejarlo varias veces. En una entrevista de 2006 declaró: «Empezaba a echar de menos a mis hijos. Están hartos del geocaching. Es demasiado egoísta, ¿sabe a qué me refiero?»[298].

Pero cada vez que pensaba que lo había dejado, se veía arrastrada de nuevo, como Michael Corleone. Su rival, Lee van der Bokke, estaba unos 1400 hallazgos por detrás de Black e, hiciera lo que hiciera, no podía recortar la distancia. En 2005, se enteró a través de un amigo común de que había dejado el geocaching para siempre, para poder ver más a su familia. «Dos días más tarde», dice Van der Bokke asombrado, «¡sube a un avión y se va a Alemania sin su familia para buscar durante seis semanas! Aquello me disgustó mucho». A finales de 2008, por fin lo dejó tras su hallazgo número 25 000 y dio definitivamente de baja su cuenta CCCooper. No obstante, al cabo de una semana estaba buscando de nuevo —si bien no tan ávidamente— bajo otro alias. Finalmente, el último día de 2009, en un escondrijo cercano a un lago del condado de Lancaster, a poca distancia de la autopista de

Pennsylvania, dejó escrito lo siguiente en el diario:

> Estaba disfrutando de un agradable paseo con mi marido y fue él quien lo encontró. Muy bien hecho. Último hallazgo[299].

Y con esas dos palabras, «último hallazgo», se retiró por fin.

La historia de CCCooperAgency, por lo que he podido averiguar a partir de fragmentos aparecidos en entrevistas, publicaciones en foros y registros de geocaching, es una advertencia para mí. Algunas personas nacen con una predisposición genética para las adicciones como el alcoholismo, pero yo, al parecer, igual que Lynn Black, he nacido para practicar el geocaching de manera obsesiva. Mis principales amores —los mapas, explorar lugares, resolver rompecabezas, artilugios de la era espacial— me convierten en un candidato perfecto a un tratamiento de desintoxicación del GPS.

Las series de televisión juveniles me han llevado a creer que las historias de adicciones reales en las que «se toca fondo» llevan a menudo aparejados callejones y contenedores de basura, y al final, la mía también los lleva. Una tarde husmeo en el contenedor que hay detrás de Discount Tire porque mi receptor GPS parece convencido de que hay algún tesoro oculto entre la maleza. Llevo menos de un minuto buscando cuando me doy cuenta de que un «especialista en neumáticos» vestido con un mono me está mirando con la expresión ácida y el aire de superioridad que cabría esperar de alguien que acaba de descubrir a un desconocido rebuscando en su basura.

«Eh, ¿qué está haciendo ahí?», pregunta, y debo reconocer que le entiendo.

Me llevo el GPS a la oreja. «Oh, perdone, he tenido que detenerme a contestar una llamada. Cuando hablo por teléfono me pongo a dar vueltas». Se queda mirándome con los brazos cruzados hasta que vuelvo al coche y salgo de su aparcamiento.

¿Qué estaba haciendo allí? Se supone que el geocaching es una excusa para explorar los bonitos lugares ocultos del mundo, pero yo he hecho de ese medio un fin. Como soy un urbanita, la mayor parte de mi actividad responde a la absolutamente nada pintoresca variedad urbana: «microhallazgos» pendiendo en bocas de alcantarilla, minúsculos tesoros magnéticos tan pequeños como pastillas de paracetamol, pegados a anclajes para bicicletas, cubos de basura y gradas de campos de béisbol, incluso uno que aparentaba ser un chicle pegado bajo una mesa en el patio de una tienda de bocadillos. Decido ampliar mis horizontes: tengo que salir de la ciudad.

Navegando por la página web de Groundspeak descubro que hay un tesoro a dos horas de distancia de mi casa en dirección norte que parece muy recomendable. Se

encuentra sobre una cascada poco conocida del río Nooksack River no muy lejos de la frontera canadiense. Solo un puñado de valientes lo han encontrado: según la clasificación de Geocaching.com tiene cinco estrellas, la valoración máxima, y sería la primera vez que yo consiguiese un hallazgo de esa categoría. «SE TRATA DE UNA PENDIENTE MUY PELIGROSA», se advierte en letras mayúsculas en la descripción. «NO LO INTENTE SOLO». Quien lo ha ocultado me recuerda también que no estoy obligado a buscar el tesoro, que no se hace responsable en caso de que muera prematuramente o quede desfigurado, etc. ¡Se acabó bucear en contenedores; este es mi tesoro!

Ese fin de semana, saco mis botas de montaña y unos viejos guantes de trabajo y me dirijo a Hard Scrabble Falls. Nunca he estado antes en esta carretera, así que llevo un listado de otros tesoros ocultos cercanos por los que pasaré. Sin embargo, el de cinco estrellas tiene prioridad. El fondo de la cascada es el lecho de un arroyo seco corto y fácil de salvar desde donde comienza el sendero, y la mañana es de una belleza sobrecogedora. Es el inicio de la primavera en el noroeste, el típico día que parece gris e invernal hasta que el sol sale por entre las nubes durante un instante y permite ver que los árboles aparentemente negros y muertos están en realidad cubiertos por un millón de motas del más claro y límpido color verde. De enero a junio en cuestión de segundos.

No es un Psycho Urban Cache #13, pero, al menos para mi nivel, es bastante extremo. En la parte sur de la cascada no hay ningún sendero para subir la empinada pendiente; en lugar de ello, un lugareño ha colocado un sistema de tres cuerdas ancladas para ayudar a los visitantes a subir por las partes más verticales. Subo 130 metros en zigzag soltando muchos jadeos y resoplidos, pero sin peligro para mi vida y, a medida que avanzo, cuento los escalones de agua enfurecida: seis, siete, ocho. Cuando llego por fin a la novena cascada donde está oculto el tesoro, me duelen los brazos y las piernas. Para esto he venido, me digo —al fin y al cabo, no se puede escribir «geocaching» sin escribir «aching» (*dolor*)—. Localizo la caja de munición sin ningún problema, tal como esperaba: el acceso tiene una dificultad de cinco estrellas, pero el escondrijo solo dos. Un medio, no un fin.

Camino hasta el borde rocoso de la novena cascada y miro a las cascadas al otro lado del valle. Es todo lo que no era el aparcamiento del Discount Tire: grandioso, evocador, sin preservativos usados. Siento una momentánea afinidad con Dave Ulmer, el abuelo del geocaching. Todavía me envía correos electrónicos casi a diario, llenos de citas chifladas de Ayn Rand y magníficas fotos de puestas de sol y cactus, y resulta tranquilizador saber que sigue vagando por algún lugar del oeste como David Carradine en *Kung Fu*, siguiendo a su receptor GPS a pueblos fantasma, viviendas excavadas en acantilados y minas de oro abandonadas. Los aficionados al GPS usan a menudo el acrónimo PDI para referirse a los «puntos de interés» a los que les ha conducido la tecnología. De hecho, creo que el geocaching convierte a todo el planeta en un gran PDI; un lugar más rico y atrayente en el que vivir.

De pie, al borde del acantilado, despliego la lista de tesoros cercanos. Todavía me quedan algunas horas de luz; probablemente podría encontrar ocho o nueve tesoros al borde de la carretera en el camino de vuelta. O podría seguir el sendero; aparentemente hay una décima cascada y cuerdas para descender hasta el valle situado al otro lado. No aumentaré mi marcador, pero, una vez más, ese no es realmente el objetivo, ¿verdad? Vuelvo a meterme el papel en el bolsillo, me pongo los guantes y continúo ascendiendo por la ladera de la montaña.

Capítulo 11

FRONTERA

frontera. f. Confín de un estado.

En nuestra época actual se hacen cosas que en la antigüedad ni se soñaban… los navegantes de nuestro tiempo nos han dado un nuevo globo terráqueo[300].

JEAN FERNEL, 1530

En la última novela de Lewis Carroll, *Silvia y Bruno*, un misterioso viajero llamado «Mein Herr» les explica a los dos niños del título que en su mundo lejano la ciencia de la cartografía ha avanzado mucho más allá de nuestros penosos límites[301]. Se burla de la idea de que el mapa más detallado existente sea de un metro y medio por kilómetro. En su mundo, dice orgulloso, «no tardamos en hacerlos a escala de cuatro metros por kilómetro. Luego probamos a hacerlos a escala de cien metros por kilómetro. ¡Y lo más increíble! Hemos hecho un mapa del país a escala real». Sin embargo, debe reconocer que este último mapa no ha sido desplegado nunca, ya que los agricultores protestaban porque privaría a sus plantaciones de la luz del sol a causa de su impresionante tamaño.

La idea de Carroll de un mapa de exactamente el mismo tamaño que su territorio, a escala uno a uno, inspiró el cuento «Del rigor en la ciencia» de Jorge Luis Borges y fue desarrollada por Umberto Eco en un ensayo extraordinariamente concienzudo escrito en 1982[302]. Eco enumera seriamente los problemas logísticos que implicaría un mapa así: el ejército de hombres necesarios para plegarlo, por ejemplo. Se plantea hacerlo transparente para tener en cuenta las objeciones de los agricultores de Carroll, pero se da cuenta de que cualquier marca del mapa tendría que ser opaca, por lo que impediría la llegada de la luz solar a algunas zonas, cosa que podría afectar a la ecología del territorio que se encontrase debajo de las mismas. ¡Y si así fuera, el mapa se volvería incorrecto!

Obviamente, Carroll, Borges y Eco no proponían un mapa de esas características como una auténtica innovación cartográfica[303]. Sus mapas gigantes son experimentos fantasiosos sobre las peliagudas relaciones entre los mapas y los territorios que describen, y parodias cariñosas de los aficionados a los mapas y de su amor por los más mínimos detalles. Pensemos en lo poco que habían cambiado los mapas que aquellos hombres conocían a lo largo de los siglos: un mapa de 1870 o de 1970 tenía más o menos el mismo aspecto que uno de 1570. Era un pedazo de papel en el que las costas estaban representadas por líneas oscuras, las fronteras políticas por colores pastel y las ciudades señaladas por rótulos. Probablemente el norte estaba en la parte superior; una cuadrícula de líneas finas probablemente representaba la

latitud y la longitud. Salvo por la triste escasez de sirenas o caníbales de las esquinas, poco había cambiado en quinientos años en el mundo de la cartografía.

Pero vivimos tiempos extraños y cambiantes para los mapas. La repentina irrupción de la cartografía y las técnicas de localización digital han modificado, por primera vez en siglos, nuestra idea fundamental del aspecto de un mapa. Los aficionados a los mapas del siglo XX inmersos en un atlas seguramente consideraban las páginas como una ventana a otro mundo, pero los mapas actuales funcionan literalmente como ventanas, no como imágenes: miramos a través de ellas. Podemos desplazarlos, hacerlos rotar y aproximarlos. Podemos hacer que pasen de ser mapas de carreteras a mapas geográficos y cambiarlos de nuevo, y superponerlos en preciosas fotografías despejadas de nuestro planeta desde el espacio. Puede incluso que se muevan cuando nosotros nos movemos o nos muestren a amigos yendo de acá para allá en tiempo real, cosa que era una fantasiosa idea infantil cuando apareció en un libro de Harry Potter hace tan solo una década, pero que ahora es una realidad cotidiana. Será necesario que pase una generación para que el cambio sea completo. Al fin y al cabo, cuando juego al Pictionary y tengo que dibujar la palabra «teléfono», el garabato todavía tiene un cable rizado y puede que hasta un dial rotatorio, para asombro de mis hijos, los cuales dibujan teléfonos móviles, pero el cambio está en marcha. Para bien o para mal, los mapas ya no son lo que eran.

Carroll y Borges se quedarían estupefactos al ver que lo que ha cambiado más las reglas del juego ha sido la puesta en práctica de su imposible mapa a tamaño real. Puede que plataformas de navegación como World Wind de la NASA o Bing Maps de Microsoft sean virtuales y no de tamaño real, pero su finalidad es la misma que la del de «Mein Herr»: representar todo un territorio —en realidad el mundo entero— con todo lujo de detalles y a escala real, sin ninguna de las simplificaciones selectivas de los mapas de papel. En muchos sentidos, esos mapas contienen ahora más datos de los que se podrían obtener en el mundo real solamente con una regla o una cámara. (¡Ni siquiera el amante de las paradojas Lewis Carroll planteó nunca un mapa el doble de exhaustivo que el territorio que describía!).

Google Earth no fue el primer globo terráqueo virtual, pero no cabe duda de que actualmente es el líder de la industria, con más de 700 millones de instalaciones en todo el mundo. Es tan omnipresente que cuesta creer que su tecnología empezó como una humilde demo de un videojuego. En 1996, unos ingenieros de Silicon Graphics estaban buscando la manera de mostrar la capacidad de reproducir texturas de los terminales de un cuarto de millón de dólares de su empresa. Inspirados por el famoso cortometraje de 1968 *Potencias de diez*, en el cual se muestra la Tierra en escalas de diez, desde la galáctica hasta la microscópica, crearon «Space-to-Your-Face», una demo aérea en la cual el espectador podía hacer zoom desde una órbita terrestre hasta llegar a una consola Nintendo 64 colocada sobre un pedestal en el monte Cervino, con un chip gráfico de SGI en su interior. Tres años más tarde, Chris Tanner le mostró una versión para PC de la demo a Brian McClendon; ambos formaban parte de un

grupo de ingenieros que habían abandonado SGI para formar su propia empresa de tecnología de videojuegos llamada Intrinsic Graphics. «El día que lo vi», recuerda McClendon, hoy vicepresidente de ingeniería de Google Geo, «dije: "Deberíamos crear una empresa diferente para hacer esto". ¡El problema era que todavía no teníamos fondos para financiar la primera!».

En cuanto Intrinsic consiguió financiación para su colección de videojuegos, los fundadores crearon una nueva empresa llamada Keyhole, centrada en aplicaciones geográficas de su tecnología 3-D. La época posterior a la burbuja de Internet era un momento terrible para fundar una empresa de nueva creación, así que Keyhole le dijo a los inversores potenciales que estaba trabajando en una herramienta para la industria inmobiliaria y de viajes, una forma de permitir a sus clientes ver una propiedad antes de alquilarla. Sin embargo, en realidad, el equipo de Keyhole sabía para qué era atractivo su nuevo producto, y no eran los apartamentos de playa. Lo cautivador era saltar por la estratosfera como un astronauta de la misión Mercury, como el niño de las botas de siete leguas del cuento, y regresar tranquilamente, con un movimiento fluido, al patio de tu casa. Su plan secreto era expandir su pequeña herramienta para agentes inmobiliarios a todo el planeta: efectivamente, Earth.com.

El momento decisivo fue marzo de 2003, cuando Estados Unidos invadió Irak. Resulta que McClendon había ido al instituto con el vicepresidente de ingeniería de la CNN, y la cadena de informativos compró los derechos del software de Keyhole con el fin de mostrar imágenes 3-D de la campaña militar. Los espectadores no habían visto nunca nada igual que aquellos mapas animados y aquellas vistas aéreas y empezaron a comprar copias para sus ordenadores domésticos, a pesar de que el software se seguía vendiendo a 70 dólares. Los servidores de la minúscula oficina de Keyhole apenas podían hacer frente a la demanda y tenían que ir corriendo constantemente a Fry's, la cadena de productos electrónicos local, a comprar más hardware. Un año más tarde, el equipo de Keyhole mostró su software a los fundadores de Google, Larry Page y Sergey Brin, y la demo fue tan convincente que al día siguiente les llegó una propuesta de adquisición, a pesar de que Google se hallaba en medio de una frenética OPV. Las imágenes aéreas de Keyhole empezaron enseguida a aparecer en la nueva página de mapas de Google y, durante un tiempo, Google Maps se convirtió en una maravillosa utopía; la inmensa mayoría de sus usuarios navegaba despreocupadamente por el globo desde el espacio, sin tener que señalar direcciones desde el punto A al punto B. Dos meses más tarde, cuando Google lanzó por fin la aplicación de Keyhole de forma gratuita bajo el nombre de Google Earth, la demanda se disparó. «Casi colapsamos Google un par de veces», ríe McClendon. «De hecho, tuvimos que rechazar las descargas de Google Earth debido a su enorme popularidad. Los seis primeros días fue muy igualado».

Cuando conocí a McClendon en el Concurso de National Geographic, me invitó a pasar por sus oficinas «para enseñarme el chiringuito» si alguna vez estaba por la zona. Probablemente se estaba limitando a ser amable y no podía saber hasta dónde

llegaba mi obsesión por los mapas digitales; puedo pasarme días vagando felizmente por la taiga siberiana digitalizada, o haciendo girar alegremente los edificios en 3-D del *skyline* de Manhattan.

Durante los dos primeros meses posteriores al lanzamiento de Google Earth hubo probablemente muchos fines de semana en los que pasé más tiempo en Google Earth que en la Tierra. Para un obseso de los mapas como yo, esta invitación inesperada era como una entrada a la fábrica de chocolate de Willy Wonka.

El edificio Google Geo no está lleno de Umpa Lumpas, pero sí presenta alguna de las peculiaridades tecnológicas que recuerdo de visitas anteriores al campus de Google. Al salir del ascensor, lo primero que veo es un mapa de espuma del tamaño de un parquímetro que me informa de que el lugar favorito de Al Gore en la zona de la Bahía es la sede central de Current TV, una cadena por cable fundada por, ejem, Al Gore. (El edificio está plagado de esa especie de chinchetas gigantes que señalan los destinos en los mapas de Google, vestigios de una pasada campaña publicitaria con famosos). Los óleos de la pared son obra de Bill Guffey, un artista rural de Kentucky que pinta paisajes de ciudades en las que nunca ha estado, basándose solamente en las fotografías de Google Street View. Esta planta del edificio sigue una temática marina; hay tablas de surf en las paredes y en la zona común fuera de la sala de juntas donde estamos charlando McClendon y yo, algunos programadores trabajan en sus ordenadores portátiles repantingados en una gigantesca ballena de yeso.

Brian McClendon es un hombre alto, de voz suave y cuarenta y tantos años, con una frente arrugada que le hace parecer un poco más preocupado de lo que realmente está. Tal vez es una marca de la inusitada carga que soporta como ingeniero jefe de Google Earth. Al fin y al cabo, nunca antes he conocido a nadie que esté al mando de su propio planeta. Puedes burlarte y decir que Google Earth no es un auténtico planeta, pero ten en cuenta esto: su arquitectura contiene cientos de terabytes de datos (un terabyte equivale a mil gigabytes; todos los textos de todos los libros de la Biblioteca del Congreso pueden almacenarse en solo veinte terabytes más o menos[304]). Es una responsabilidad descomunal, seguramente más compleja que ser la persona encargada de, pongamos, una bola de hielo inhabitable como Urano o Neptuno. Sin embargo, el cargo tiene sus privilegios: el centro de Google Earth (es decir, el centro exacto del mapa cuando se abre la aplicación) es un edificio de apartamentos aparentemente elegido al azar en Lawrence, Kansas —un guiño secreto a McClendon, el cual creció en ese mismo edificio.

Supervisar sus dominios digitales no es nada fácil, desde luego. La colección de fotografías aéreas que cubre Google Earth —tomadas desde satélites, aviones, globos aerostáticos, e incluso cometas provistas de cámaras— va creciendo de manera exponencial. «Todas las fotografías que se han tomado son menos de las que tendremos el año que viene», dice McClendon[305][306][307]. El objetivo último es disponer de una colección de imágenes de un centímetro por píxel de todo el planeta: cada centímetro cuadrado de la superficie (real) de la Tierra tendría su propio píxel en

Google Earth, algo no demasiado diferente del mapa imaginario de Lewis Carroll. McClendon opina que ese objetivo está todavía a más de veinte años de distancia, ya que aún hay lugares en Google Earth en los que la resolución es de 15 metros por píxel, una definición más de mil veces menor, e incluso una vez fijadas las tres dimensiones, los ingenieros tienen todavía que lidiar con la cuarta dimensión: el tiempo. Google Earth ha recopilado una colección de fotografías históricas, así que se puede ver el paso de los años desde la órbita, pero también hay que preocuparse por el futuro —la titánica tarea de mantener el mapa actualizado—. Los usuarios ya pueden ver cómo cosas como el tiempo y el tráfico cruzan la superficie de Google Earth, sin embargo, según McClendon, «la veracidad más difícil de lograr es la veracidad humana. ¿Todavía existe esa empresa? ¿Es ese un número de teléfono? ¿Está ahí la entrada? Esas son las preguntas que se nos tienen que responder si vamos a utilizar la aplicación de navegación de Google Maps en nuestro teléfono móvil y acceder a la empresa correcta, que es en la práctica la que paga las facturas».

El brazo cartográfico de Google contribuye enormemente a los ingresos del gran gigante de Internet; McClendon señala que el 90% del gasto sigue realizándose fuera de Internet, así que aquel se ve incrementado por la tecnología geográfica de los mapas y las búsquedas de lugares. No obstante, Google Maps y Google Earth se han convertido también en un pararrayos para la controversia geopolítica. China puede tomar medidas enérgicas en respuesta a «errores» de Google tales como no clasificar a Taiwán como una de sus provincias, o Nicaragua puede utilizar una frontera mal trazada en Google Maps como argumento para realizar una incursión militar en el territorio de Costa Rica[308]. En ocasiones, Google compra imágenes de terceros que han alterado o difuminado determinadas zonas conflictivas. Especialmente famoso fue el caso de que, después del 11 de septiembre, la residencia oficial del vicepresidente Dick Cheney en el Observatorio Naval de Estados Unidos permanecía testarudamente borrosa mucho después de que Google hubiera encontrado fuentes alternativas que habían conseguido imágenes nítidas de otros lugares conflictivos, como la Casa Blanca y el Capitolio. Finalmente, Google obtuvo una fotografía no censurada de Chez Cheney y la introdujo en una actualización de Google Earth tan pronto como pudo —y ese día resultó ser el de la investidura de Obama—. («¡Lo habría hecho antes de haber tenido los píxeles!», insiste McClendon). Escaramuzas como esas han obligado a Google a empezar a actuar en cierto sentido como un verdadero Estado-nación, negociando con gobiernos e incluso enviando a su propia representación a las reuniones del comité de nombres topográficos de la ONU.

¿Deberíamos preocuparnos por el hecho de que una única empresa, por muy maravillosos que sean sus variados logos conmemorativos y los refrigerios de sus empleados, tenga tanto peso e influencia en los mapas del mundo? En los albores de los mapas en Internet, a algunos geógrafos les inquietaba que se produjese una «McDonaldización» de la cartografía, en la que los mapas se convirtiesen en comida rápida: barata y omnipresente, pero impulsada por corporaciones distantes e

irresponsables, más preocupadas por los ingresos por publicidad que por la calidad[309]. En realidad, lejos de escatimar la calidad, Google ha seguido incorporando novedades espectaculares (¡imágenes subacuáticas en 3-D! ¡Inclusión de pistas de esquí en Street View[310]! ¡Modelos interactivos del calentamiento global!) a sus mapas, aparentemente con una frecuencia semanal. Sin embargo, el detalle y la popularidad sin precedentes de Google Earth han dado pie a preocupaciones más serias sobre la confidencialidad y la seguridad. Al fin y al cabo, un mapa de Mumbai que puede ayudar a los turistas a encontrar su hotel puede también ayudar a los terroristas a atacar ese mismo hotel.

Google no puede hacer gran cosa acerca de cómo se utilizan sus mapas, pero como mínimo, su propia popularidad constituye una salvaguarda frente al propio cartógrafo, sea Google, Microsoft o Yahoo!, que quiera llevar a cabo algún plan perverso con sus mapas. Al fin y al cabo, cada cambio realizado en sus datos tiene lugar ante millones de ojos. Cuando se introducen errores (o incluso, si se produce alguna sospechosa sumisión cartográfica) los lugareños lo notan, los blogueros protestan y las equivocaciones se corrigen. En 2009, las ciudades indias del estado fronterizo de Arunachal Pradesh recibieron durante un breve espacio de tiempo nombres chinos en Google Maps; cuando los indios, horrorizados, reaccionaron, Google reconoció su error el mismo día y restituyó los nombres en hindi[311].

Brian McClendon denomina al sueño borgesiano de Google de elaborar un mapa del mundo de un centímetro por píxel en tiempo real, «el final de la resolución», y la frase me impacta un poco por su carácter definitivo, ya que implica el final de la elaboración de mapas, el final de todo descubrimiento. Es una de las principales paradojas de los mapas: amplían el mundo al mostrarnos nuevas vistas, pero entonces someten esas vistas a un orden y a una selección y el mundo se hace también un poco más pequeño. Si Google Earth se convierte en el mapa perfecto, en el mapa total, ¿por qué trazar otro?

McClendon no está de acuerdo; afirma que los mapas virtuales han provocado en realidad el renacimiento de los descubrimientos. Al fin y al cabo, gran parte de las imágenes aéreas de Google, tanto antiguas como nuevas, nunca antes han sido vistas por el ojo humano, y Google las está poniendo ante millones de viajeros de salón curiosos. «En gran parte nunca había sido examinado hasta el último píxel. Y a veces en el fondo aparecen cosas que no se conocían».

En 1868, tuvo lugar el descubrimiento del helio, revolucionando para siempre las fiestas de cumpleaños infantiles. Aunque la Tierra dispone de grandes reservas subterráneas de helio —algunos depósitos naturales de gas de Estados Unidos contienen hasta un 7% de helio— los científicos que descubrieron por primera vez trazas de helio no lo encontraron bajo sus pies, sino a través de un análisis espectroscópico a 160 millones de kilómetros de distancia. El helio fue descubierto

en la superficie del Sol, quince años antes que en la Tierra[312]. De manera muy parecida, los científicos y amateurs actuales están descubriendo secretos ocultos de la Tierra en Google Earth antes de que sean descubiertos en nuestro planeta. Cráteres originados por el impacto de un meteorito en Australia occidental[313], una villa romana en Parma[314], las ruinas de una ciudad perdida del Amazonas que podría haber inspirado la leyenda de El Dorado[315], un bosque remoto en Mozambique en el que viven cientos de plantas y animales[316]; todas esas cosas nunca figuraron en un mapa hasta que fueron divisadas desde el espacio por los usuarios de Google Earth[317][318]. En 2008, un equipo de científicos alemanes estudió las imágenes de Google de más de 8000 reses y 3000 ciervos salvajes en pastos de todo el mundo[319]. Les sorprendió descubrir que la inmensa mayoría pastaba en dirección de norte a sur, alineados con los polos terrestres. Fue la primera evidencia de que los grandes mamíferos pueden sentir y utilizar los campos magnéticos de la Tierra del mismo modo que lo hacen las aves migratorias y las tortugas, y ello había estado delante de nuestras narices todo el tiempo. La gente llevaba milenios viendo pastar el ganado, pero antes de Google Earth nadie se había dado cuenta de que siempre estaba colocado en la misma dirección. «Creo que los estudios científicos y amateurs acabarán resolviendo problemas que eran irresolubles hace diez años», dice McClendon. «No me sorprendería que en los próximos veinte años descubriésemos *más* cosas que nunca».

No obstante, el equipo de Google Earth cree que su software ha modificado los mapas de manera más sustancial que simplemente añadiendo detalles. Dado que su mapa parece un lugar real, la distinción entre mapa y territorio se difumina de un modo que marearía a Borges o a Eco. Cuando ves algo en Google Earth, dice McClendon, «no lo discutes. No dices: "¿Esta es la representación de alguien? ¿Lo han dibujado?". No es la versión de la realidad de nadie. *Es* la realidad».

¡Los deconstructores de mapas harían su agosto con esta afirmación! La tendencia imperante en geografía durante los últimos treinta años ha sido considerar los mapas no como una realidad sino como representaciones falibles, cada una de ellas con sus propias anomalías e intenciones. Este escepticismo es saludable; los mapas, por lo general, cumplen tan bien su cometido consistente en conducirnos a donde queremos llegar que no nos planteamos poner en duda las miles de cosas que se dan por sentadas ni las tendencias que subyacen en ellos. Ni siquiera un aparentemente intachable mapa escolar es inocente. ¿Por qué la parte superior ha de ser el norte y no el sur? ¿Por qué América está situada arbitrariamente en el centro? ¿Por qué es más fácil apreciar las características políticas que las físicas? ¿Por qué se incluye esta ciudad y no aquella? ¿Por qué se considera a Taiwán un país y no a Palestina, o viceversa?

Quienes elaboran los mapas toman estas decisiones con la mejor intención, pero el resultado sigue siendo, aunque sea inconscientemente, la reafirmación de una

determinada visión del mundo. Recuerdo claramente que cuando mis padres me dijeron por primera vez que el tamaño de Brasil era cinco veces mayor que el de Alaska no me lo creí. ¡En el mapa de la pared de mi cuarto podía ver con mis propios ojos que eran prácticamente idénticos! Aquello se debía a que mi mapa había sido dibujado según la venerable proyección de Mercator. En 1569, el cartógrafo flamenco Gerardus Mercator dibujó un mapa del mundo empleando una proyección cilíndrica que utilizaba una línea de rumbo —el curso de un barco en dirección constante, como oeste o norte-nordeste— como una línea recta[320]. El problema es que este tipo de proyección infla desproporcionadamente las regiones polares; de hecho, en esos mapas los polos no se pueden dibujar nunca, ya que se encuentran a infinita distancia del Ecuador[321]. Durante mi infancia, los mapas de Mercator todavía se utilizaban en todas partes —en clase, en los telediarios vespertinos, en los sellos, en las salas de conferencias del gobierno—, así que mi generación creció pensando que Groenlandia era más grande que África, ya que en los mapas de Mercator el tamaño de Groenlandia está aumentado catorce veces[322].

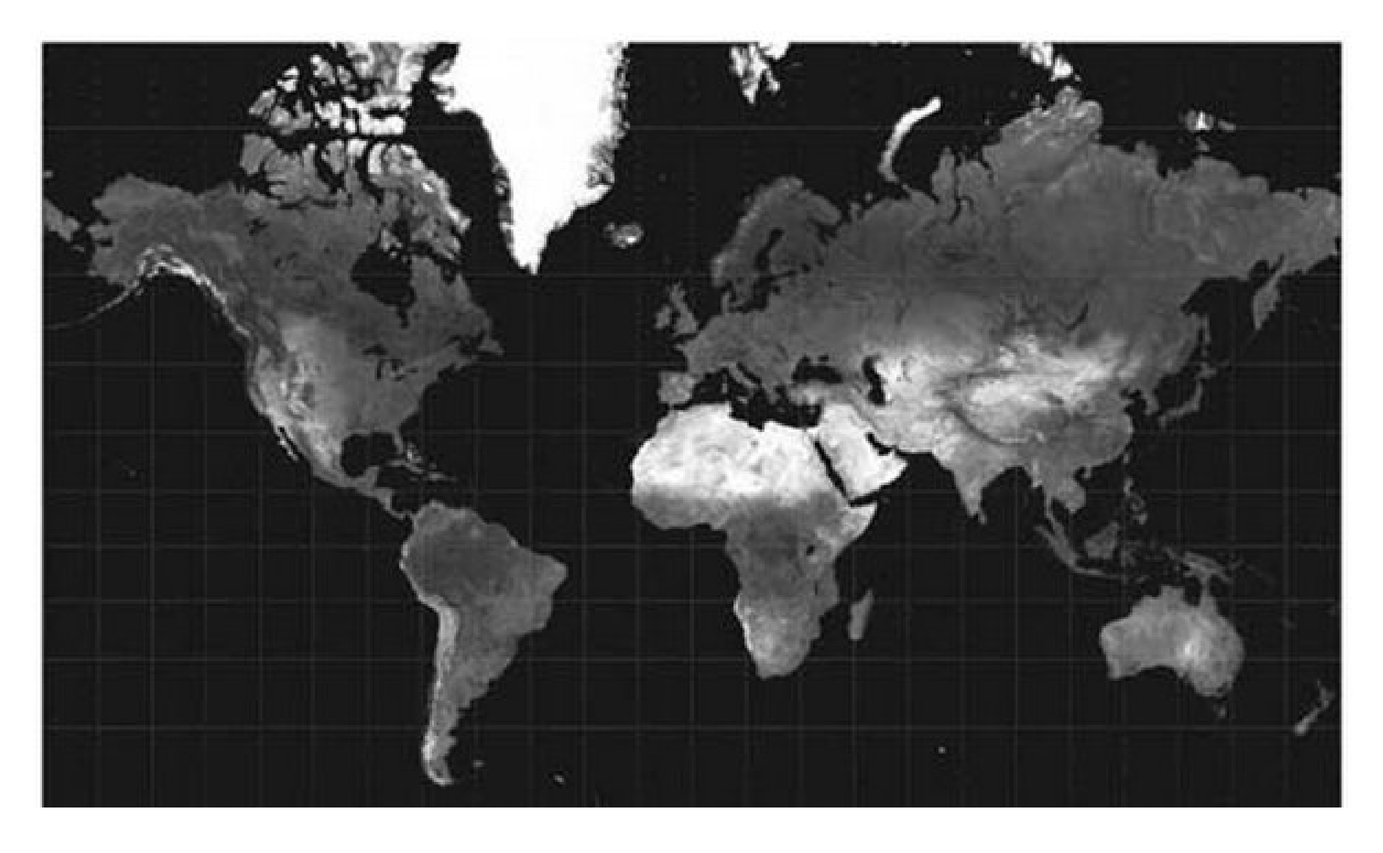
Todas las proyecciones de mapas tienen que fallar por algún lado, desde luego, ya sea en el área o en la dirección. Imagínate intentar aplastar una piel de naranja en una superficie plana, y mientras cruje y se hace pedazos te darás cuenta del problema: algo se va a perder[323]. Sin embargo, la gran popularidad del mapa de Mercator en Occidente se debió, al menos en parte, a lo útiles que resultaban sus distorsiones. La más evidente es que hace que América del Norte y Europa parezcan desproporcionadamente importantes, mientras que gran parte del mundo en vías de desarrollo se presenta de forma marginal. En consecuencia, un estudio realizado en 1996 determinó que cuando se pedía a estudiantes de todo el mundo que dibujasen los contornos de los continentes, casi todos dibujaron Europa demasiado grande y África demasiado pequeña[324]. Incluso cuando el test se realizó en África, los resultados fueron los mismos. Y durante la Guerra Fría, nos gustaba la creciente y amenazadora Unión Soviética que nos había ofrecido Mercator, con el resto de Asia pendiendo de ella con desgana.

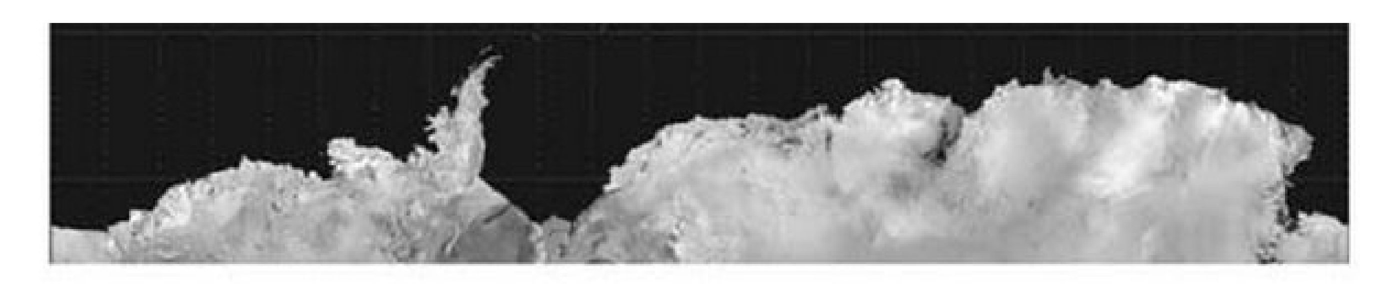
Ya en el instituto, entré el primer día en la clase de español y descubrí que el familiar mapa de Mercator que estaba colgado en la pared del profesor había sido sustituido por el mapa de la proyección de Peters, con áreas iguales. Este controvertido mapa fue presentado con grandes alharacas en 1973 por el historiador alemán Arno Peters, el cual declaró a los medios de comunicación que se trataba de un revolucionario ataque al pesado Mercator[325]. De hecho, no era más que un simple remedo de la proyección ortográfica de Gall de 1855, y a muchos cartógrafos les desagradaba la distorsión norte-sur de las regiones ecuatoriales, las cuales se alargaban para representar el área correctamente. El geógrafo Arthur Robinson comparaba los continentes de Peters con «ropa interior de invierno húmeda y harapienta tendida a secar en el Círculo Ártico[326]». Pero si el objetivo de Peters era

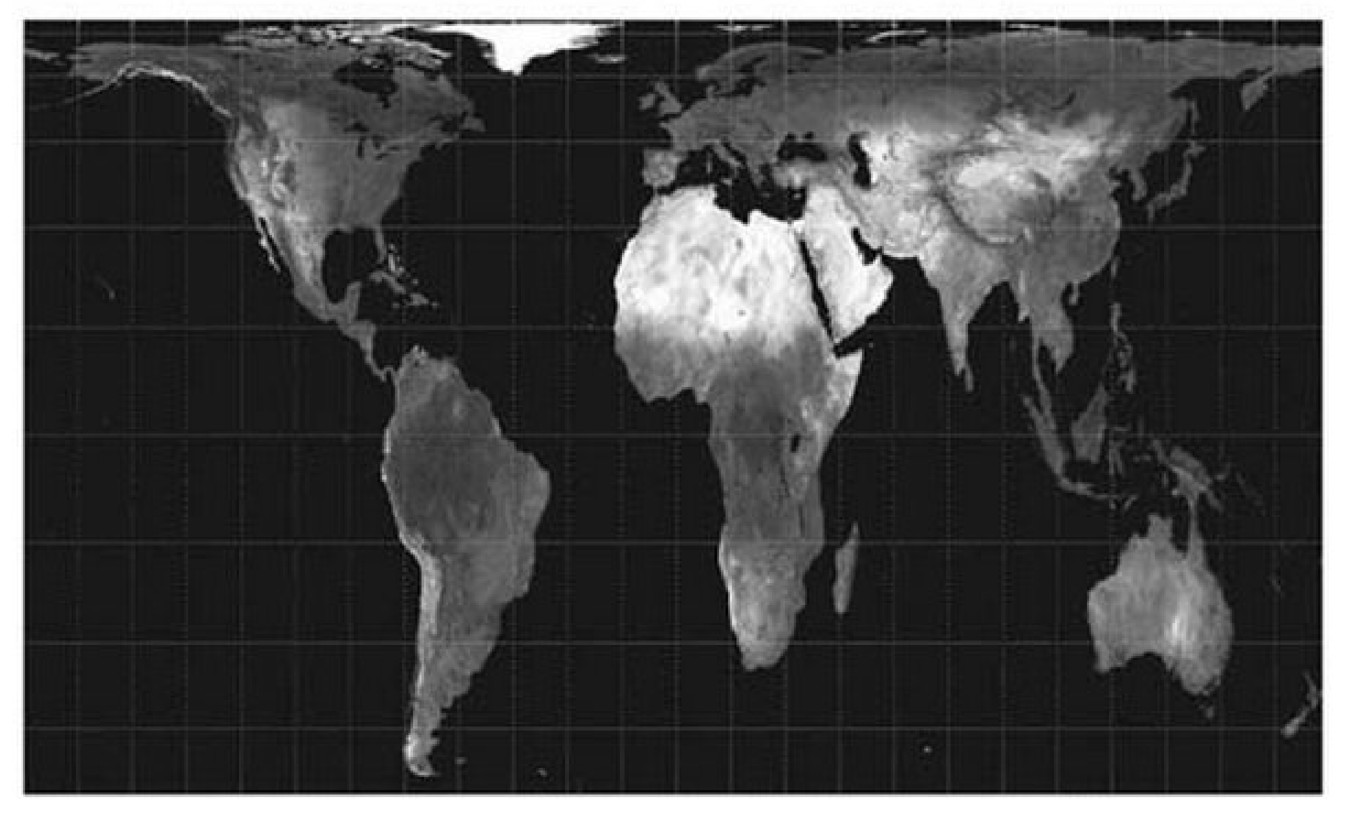
causar impacto, conmigo funcionó. Me quedaba mirando fijamente el mapa sin cesar, maravillado ante la musculosa África que dominaba el centro y las anémicas Rusia y Alaska abrazando el Polo Norte. Me habían *dicho* que los mapas que conocía me mentían acerca del globo, pero ver las pruebas con mis propios ojos era algo muy distinto.

El declive de la proyección de Mercator se puede apreciar viendo los cambios del decorado de las noticias falsas del fin de semana de *Saturday Night Live*. En la época de Dan Aykroyd y Jane Curtin, el mapa que aparecía tras los presentadores era un acromegálico Mercator, pero en la época de Dennis Miller fue sustituido por otro menos absurdo con la llamada proyección cilíndrica de Miller (nada que ver con el presentador). Actualmente, el mapa que aparece detrás de Seth Meyers es una proyección equirrectangular llamada *plate carrée*, inútil para la navegación oceánica, pero popular entre quienes hacen mapas por ordenador. Sin embargo, el mapa Mercator de nuestra infancia, aunque hoy en día se vea menos, dista mucho de haber desaparecido. Por ejemplo, entra en Google para ver un mapa de tu ciudad o de tu calle. Ahora quítale el zoom del todo de manera que aparezca todo el planeta. ¿Ves cómo la Antártida parece mayor que todos los demás continentes juntos? Exacto. Google Maps sigue utilizando la proyección de Mercator[327].

De manera que es fácil rebatir la afirmación de McClendon de que en Google Maps todo es indiscutiblemente cierto en sentido epistemológico[328][329][330]. En algunos sentidos, está tan lleno de prejuicios y convenciones como cualquier otro mapa. Lo que quiere decir en realidad es que Google Earth es más convincente y persuasivo que un mapa de papel, y que su profundidad le confiere una capacidad excepcional para cambiar la forma de ver el mundo.







Mercator y Gall-Peters: las proyecciones preferida y despreciada por Groenlandia respectivamente.

«Confías en que esta foto es realmente de este lugar. Y la gente, al ver eso, reacciona emocionalmente. Siente como si realmente estuviera visitando otro lugar, y eso es algo que ningún mapa ha conseguido nunca. Miras un atasco de tráfico en Bagdad y te das cuenta de que esa gente no es tan diferente de nosotros. ¿Qué haríamos si nos bombardeasen y perdiésemos nuestros edificios? Eso es lo que les está pasando a ellos ahora mismo. Lo mismo sucede en Teherán. Ahí tenemos a esas personas que viven en una ciudad occidental en muchos aspectos, pero nosotros los vemos como islamistas de la vieja escuela que tienen que vivir en tiendas. Pero no es así. Vista desde el aire, Teherán parece una ciudad europea».

«Parece que está intentando decir que Google Earth es una herramienta ideológica para traer la paz al mundo real», le digo a McClendon.

No lo duda ni un minuto. «Sí, a eso me refiero, y así lo creo. Si nos acercamos lo suficiente a las personas con las que supuestamente estamos en conflicto, es muy difícil que sigamos estando en conflicto con ellas. Si todo el mundo tuviera eso —si los norcoreanos lo tuvieran y pudieran ver cómo es la vida en Los Ángeles o en el pueblerino centro de Estados Unidos— tal vez no se sentirían tan aislados. Pero no

tienen acceso a ninguna información[331]». Es un enfoque concreto de Google hacia la utopía: la idea de que la información no es neutral, que en general es intrínsecamente buena gracias a su capacidad para que las personas se entiendan las unas con las otras.

En los albores de Internet, se habló mucho del hecho de que esta nueva «red» era un lugar sin lugar —un vacío geográfico que estaba, como Dios, en todas partes y en ninguna—. En cierto modo, el ciberespacio era análogo al espacio, pero por él se navegaba virtualmente, sin que tuviera absolutamente nada que ver con nuestro mundo real en tres dimensiones. Esta idea planteaba dos problemas. En primer lugar, dio origen a lamentables películas de «realidad virtual» como *Virtuosity* y *El cortador de césped*. En segundo, a la larga, resultó ser totalmente equivocada. Quince años más tarde, la principal tendencia en la información es la «geolocalización»: asegurarse de que cada dato que aparece en Internet —cada tweet, cada vídeo de YouTube, cada foto de Flickr— vaya acompañado de un dato que lo relaciona con un lugar de la Tierra.

Las geolocalizaciones pueden parecer un cambio sin importancia —solamente la indicación de la longitud y la latitud en el estado de Facebook, ¡vaya cosa!—, pero tienen potencial para revolucionar la red. El paradigma dominante de la búsqueda en la red es el de un bibliotecario: indicamos los temas mediante palabras clave («Dime algo sobre fósiles de dinosaurios» o «Dime algo sobre los planes de jubilación 401[k]»), y los recursos salen de las estanterías. Sin embargo, con los datos de geolocalización, los datos están clasificados por lugares, no por temas, de manera que el motor de búsqueda es un guía turístico, no un bibliotecario. Preguntas: «¿Qué hay por aquí?» (y esa pregunta surge probablemente de manera automática si dispones de un teléfono móvil con GPS), y llega un aluvión de respuestas: estos amigos, estos negocios, estas fotos. De hecho, puede que los datos se ajusten concretamente a lo que probablemente estás buscando: esos tesoros ocultos, esos clientes, esos restaurantes etíopes. Internet se superpone en el mundo real como… bueno, como un auténtico mapa, la verdad.

En 2005, un desarrollador de herramientas de animación de DreamWorks llamado Paul Rademacher se encontraba buscando casa en la zona de la bahía de San Francisco. Era antes de la época de la geolocalización, así que buscaba un piso con cuchillos de piedra y pieles de oso: salía de casa con un fajo de páginas impresas de MapQuest. Su parte de cerebro de programador sabía que aquello era un error. No era elegante. Google Maps había aparecido dos meses antes, y Rademacher admiraba sus mapas que se podían desplazar suavemente. Un momento, pensó. Este mapa no es más que un JavaScript en mi navegador, por tanto lo puedo modificar. ¿Por qué no combinarlo con la lista de apartamentos en alquiler de Craigslist? Google Maps todavía no había lanzado una interfaz de programación de aplicaciones, una guía para

interactuar con el software, así que Rademacher empezó a seguir el procedimiento de prueba y error, introduciendo números aleatoriamente en el ininteligible texto que representaba el mapa, simplemente para ver qué pasaba. Algunas semanas más tarde, probó su código y vio cómo aparecía una serie de apartamentos en su navegador, formando claramente la silueta de la península de San Francisco. Se trataba del primer montaje de Google Earth jamás realizado, pero al cabo de un mes había docenas de imitadores utilizando el código de Rademacher. Los precios de la gasolina, los horarios de cine, las cámaras de seguridad vial, la localización de maletas, la delincuencia callejera; parecía que prácticamente todo lo que la gente quería buscar en Internet era más práctico si se mostraba sobre un mapa.

«Simplemente no nos habíamos dado cuenta de que un mapa podía ser una plataforma», dice Rademacher, que hoy trabaja en el equipo API de Google Maps, gestionando las mismas interfaces que pirateó en su día. Los mapas tienen milenios de antigüedad, son una de las primeras formas de representación jamás ideadas por el hombre, pero la nueva tecnología móvil les ha conferido mayor versatilidad, y el resultado ha sido un renacimiento de los mismos. Hace veinte años, la mayoría de la gente consultaba un mapa aproximadamente una vez a la semana, cuando necesitaba ayuda para circular por una carretera o moverse en un centro comercial. Hoy en día, no es extraño que los dueños de un smartphone consulten un mapa varias veces cada hora para saber cosas que nunca habríamos relacionado con la geografía hace diez años; no solo «¿Dónde está Rumania?», sino también «¿Dónde está mi pizza?». Para los fanáticos de la geografía, acostumbrados a que los mapas se considerasen aburridos y pasados de moda, es como vivir en una época dorada.

Wayne Coyne, el cantante de la admirada banda de rock indie The Flaming Lips, debe de ser quien mejor ha resumido esta situación. En 2009, los usuarios de Google Street View[332][333] se dieron cuenta de que entre las fotos del mapa de la calle de Coyne en Oklahoma City se incluían algunas del músico sentado completamente vestido en una bañera en el césped del jardín de su casa. Le explicó a un entrevistador que había estado probando algunas cosas para asustar a los niños del barrio en una fiesta de Halloween y que no tenía ni idea de que iba a ser inmortalizado por las increíblemente detallistas fotografías de Google. «¿Un coche que circula por cada calle con una cámara de 360 grados?», dijo asombrado. «Vivimos en una época jod… mente buena, ¿verdad?»[334].

Sin embargo, por cada Wayne Coyne entusiasta, hay al parecer algún agorero que advierte contra los nuevos mapas y las tecnologías que utilizan. Si pensabas que lo peor de los servicios basados en la geolocalización iban a ser los anuncios personalizados que te asaltan al pasar, como en *Minority Report*, piénsatelo mejor. Jerome Dobson, pionero del GIS y presidente de la American Geographical Society, ha acuñado el término «geoesclavitud[335]» para referirse a la potencial amenaza a nuestra privacidad y autonomía que pueden representar algún día los mapas que funcionan por GPS. Si se informa de la localización de todo lo que haces, todo el

mundo sabe siempre dónde estás, lo cual es fantástico si quieres reunirte con unos amigos para tomar una copa después del trabajo, pero tal vez no tanto si los ladrones están explorando tu barrio para saber quién no está en casa, o si hay por ahí alguna ex pareja acosadora o un pederasta, o incluso algún desconocido furioso por algo que has colgado en Internet. Somos una distopía orwelliana en ciernes, dice Dobson, solo que la vigilancia no procede de un misterioso gobierno, sino que somos nosotros mismos quienes nos la aplicamos.

Con el famoso lema de Google «No seas malvado» en mente, le pregunto a Paul Rademacher si le preocupa que la nueva tecnología digital de mapas —llamada Mapas 2.0— se vuelva maligna. Me dice que Michael Jones, el director técnico de Google Earth, señala a menudo que *todas* las nuevas tecnologías dan miedo, pero meses después te preguntas cómo has podido vivir sin ellas hasta entonces. «En una ocasión puso el ejemplo de que los teléfonos móviles son ahora cámaras, cosa que en su día era algo que daba miedo y se consideraba invasivo. ¡Puedes ir al baño, sacar fotos de todo el mundo y ponerlas en Internet! ¿Prohibimos los teléfonos móviles en el baño? Yo no he visto nunca que suceda eso, porque la gente lleva el teléfono en el bolsillo».

El ejemplo es revelador. Al fin y al cabo, nadie *resolvió* el problema de curiosear con el móvil; simplemente decidimos vivir con ello porque las ventajas de la cámara en el móvil superan, de momento, a los posibles abusos ocasionales. Si espiar en el baño se convirtiera en una epidemia, ya buscaríamos una solución legal o tecnológica —prohibir los teléfonos con cámara que pueden hacer fotos silenciosamente, por ejemplo—. De igual modo, el abuso por parte de las tecnologías basadas en la localización podría solucionarse también mediante dispositivos más avanzados y mejores configuraciones de privacidad. Sin embargo, esas soluciones funcionan mejor en una democracia de libre mercado. No sería muy tranquilizador si estuvieras viviendo en una dictadura como la de Corea del Norte en la que esta tecnología se utilizara para tener localizado a cualquiera que fuera sospechoso de ser un disidente, o en un régimen teocrático talibán que quisiera que los estudiantes no salieran por la noche o que las mujeres no acudiesen a las salas de cine.

Desde luego, huelga decir que la tecnología de Mapas 2.0 también ha salvado vidas, desde excursionistas atrapados en las montañas hasta a víctimas del huracán Katrina. En enero de 2010, un terremoto de magnitud siete arrasó Puerto Príncipe, la capital de Haití. Los operarios de rescate no sabían por dónde empezar; incluso los que disponían de receptores GPS se dieron cuenta enseguida de que no existían buenos mapas de Haití. Hay que decir en favor de Google que permitió a las Naciones Unidas acceder libremente a los datos, normalmente privados, de su herramienta colaborativa Map Maker, pero el verdadero héroe del momento fue el proyecto OpenStreetMap, una alternativa de código abierto a Map Maker. OpenStreetMap es básicamente la Wikipedia de los mapas: cualquiera lo puede utilizar, cualquiera puede modificarlo en tiempo real, y sus datos son gratuitos y no

están sujetos a derechos de autor a perpetuidad. Cuando tuvo lugar el terremoto a última hora de la tarde del martes, Haití era un espacio en blanco en OpenStreetMap. En cuestión de horas, miles de cartógrafos aficionados estaban colaborando en todo el mundo, añadiendo imágenes aéreas de carreteras y edificios a la base de datos, hasta que la última callejuela y el último sendero de Puerto Príncipe fueron cartografiados[336].





Puerto Príncipe, tal como aparecía en OpenStreetMap *cuando se produjo el terremoto y tal como aparecía una semana después.*

Los trabajadores de equipos de rescate actualizaron los mapas con las modificaciones de tráfico, los centros de urgencias y los centros de refugiados, y solo unos días más tarde, el mapa elaborado por los voluntarios era la fuente de información a la que acudían las Naciones Unidas. «Muchas gracias a todos los cartógrafos que han trabajado durante la crisis por su enorme contribución[337]», declaró el responsable de emergencias de UNICEF Jihad Abdalla. «Me habéis facilitado mucho la vida, ya que estoy solo aquí… Un millón de gracias».

Tras leer acerca de las vidas salvadas en Haití por OpenStreetMap, recurrí a él para ver mi propio barrio, y descubrí que el callejón sin salida en el que vivimos tampoco aparecía en el mapa. Tras dudar unos instantes —¿es realmente correcto dibujar en un mapa?— añadí mi calle a mano, al estilo Wikipedia. Fue una emoción sorprendente añadir una novedad, por muy trivial que fuera, al acervo del conocimiento geográfico mundial[338]. Durante un breve instante, yo era el capitán Cook cartografiando la costa de Nueva Zelanda, un auténtico Stanley de los suburbios.

La mayoría de estas nuevas tecnologías están reinventando la manera de trazar mapas y las cosas para las que se pueden utilizar, pero una novedad concreta está modificando la propia definición de mapa. La «realidad aumentada» es la práctica de combinar un entorno del mundo real con imágenes generadas por ordenador, como las líneas amarillas que aparecen superpuestas durante los partidos de fútbol televisados. Hasta hace poco, la realidad aumentada era una idea básicamente teórica, confinada a los laboratorios en donde, sin duda, la gente utilizaba grandes y pesados cascos como en *El cortador de césped* para probarla. Sin embargo, la realidad aumentada no es realidad virtual. El mundo que nos muestra no es nuevo: es el nuestro, solo que mejorado.

En la era de los teléfonos móviles con GPS —y cámara— ya no necesitas el casco. Imagínate que sales de un edificio de oficinas de Manhattan y te preguntas dónde está la parada de metro más cercana. En lugar de consultar un mapa a vista de pájaro, simplemente levantas el teléfono móvil. La pantalla muestra tu punto de vista real,

pero lo aumenta con una nueva capa de información: a medida que haces girar el teléfono van apareciendo símbolos, flotando en el aire ante ti como si estuvieran fijos en un lugar. Hay uno que indica la línea de Lexington Avenue que está cien metros a tu derecha. Puede que aparezca un camino de puntos rosas en la acera que te conduce directamente a la boca de metro más cercana, y tienes que mirar dos veces para asegurarte de que el camino no existe en la vida real. Durante el trayecto, ves que cuando apuntas con el teléfono a los restaurantes aparecen críticas de los usuarios, y junto a las atracciones turísticas hay vínculos que sugieren lugares de interés. Si giras la cámara hacia arriba, en las ventanas de algunos de los apartamentos del otro lado de la calle hay carteles virtuales de «en alquiler» con los precios incluidos. Toda esta información puede obtenerse en cualquier mapa digital, pero hay una diferencia fundamental: durante miles de años, nos proyectamos mentalmente en los mapas; ahora, la información de los mapas tiene la capacidad de proyectarse hacia afuera, hacia nosotros.

Estoy tan acostumbrado a las interminables decepciones del futurismo (en un año que empieza por 2, *¿por qué no estoy viviendo en una ciudad submarina abovedada?*) que me causa un gran impacto leer que las aplicaciones de realidad aumentada ya existen, no solo en los laboratorios y en las ferias de electrónica, sino en la vida real: hasta son gratuitas en el mercado de aplicaciones de Apple. Me cambio a un nuevo iPhone solo para probar algunas de esas herramientas, pero acabo decepcionado. Una llamada Wikitude promete llenar mi entorno de información sobre puntos de interés cercanos, como un buscador de Internet para el mundo real, pero cuando lo pruebo delante de mi casa, todo lo que veo son los logotipos de Starbucks y Best Buy en ocho kilómetros. Yelp Monocle, la primera aplicación de realidad aumentada disponible para iPhone, es un poco mejor y me muestra un preciso cuadro de texto sobre mi restaurante tailandés preferido cuando levanto el teléfono y apunto al noroeste, pero ningún programa me proporciona una experiencia cautivadora. Mi versión del sistema operativo de Apple no permite que terceras partes utilicen la información visual entrante, así que esas aplicaciones tratan de adivinar qué estoy buscando basándose únicamente en lecturas del dispositivo GPS y el acelerómetro de la cámara. Incluso si muevo el teléfono suave y lentamente, los datos de realidad aumentada oscilan de manera impredecible, destruyendo cualquier posible ilusión de que estén pintados en el mundo real. Además, la pantalla de cualquier smartphone es demasiado pequeña y poco nítida para poder sumergirte en ella. Acabas bizqueando y, después de pensarlo un momento, dices: «Sí, supongo que es bastante guay», como cuando mirabas los pósters de delfines de Magic Eye en los años noventa.

Pero son problemas técnicos temporales; sin duda, antes de que pase demasiado tiempo, las imágenes serán más nítidas y todos llevaremos lentillas tipo Terminator con pantallas de visualización incorporadas para todos los datos de realidad aumentada. No todas las aplicaciones de realidad aumentada están relacionadas con

los mapas, desde luego. Se podrían utilizar para interactuar con complejos modelos en 3-D que realmente no existen, lo cual sería una gran ayuda para que los arquitectos visualizasen edificios y para los cirujanos que tuvieran que practicar un complicado triple bypass sin matar a nadie. Incluso, si te apeteciese, podrías utilizar la realidad aumentada para convertir el mundo en tu propio país de las maravillas surrealista, cambiando el color del cielo cada treinta segundos o colocando una máscara de hombre lobo o unas gafas de Groucho en la cara de cada transeúnte, como una aplicación de los Merry Prankster para una audiencia formada por una sola persona. Pero la mayoría de los usos cotidianos de la tecnología estarían relacionados con la ubicación, lo cual me lleva a preguntarme: ¿se puede denominar mapa a esta clase de navegación? Supongo que es una forma visual de representar la geografía, pero sin ninguna abstracción significativa: el mapa no es más que el propio territorio con notas al pie, una versión en 3-D del mapa de *Silvia y Bruno*.

No creo que la señalización de la realidad aumentada acabe sustituyendo a los mapas, porque no la puedo utilizar para muchas de las cosas para las que recurro a ellos. Va bien para indicarme qué hay a mi alrededor, pero no va tan bien para decirme qué condados de Florida votaron a favor de Barack Obama en 2008 o si Perú está al norte o al sur de Ecuador. Me preocupa que la realidad aumentada siga la tendencia de las herramientas basadas en GPS que son tan cómodas y fáciles de utilizar que acaban por atrofiar nuestro sentido espacial. En realidad, se trata de mapas tan buenos que hacen que seamos malos orientándonos.

La navegación por GPS es habitualmente el chivo expiatorio de este argumento. Cada conductor que se dirige a un acantilado o se mete en una vía de ferrocarril simplemente porque la voz del GPS se lo ha indicado —hay miles de casos— es un síntoma de una cultura que externaliza cada vez más su capacidad espacial encomendándosela a la tecnología, y una vez desaparece ya no se recupera. Mi historia favorita sobre la excesiva dependencia del GPS es la de una pareja sueca anónima que intentaba llegar en coche desde Venecia a la soleada isla de Capri en 2009[339]. Por desgracia, escribieron mal el nombre del destino al introducirlo en el GPS, y varias horas más tarde llegaron a la industrial localidad norteña de Carpi; se dirigieron al ayuntamiento y preguntaron a unos desconcertados funcionarios cómo llegar a la Grotta Azzurra, la famosa cueva marina de Capri. Los funcionarios dieron por sentado que la «Grotta Azzurra» debía de ser algún restaurante local del que nunca habían oído hablar. Obviamente, diez segundos con un mapa habrían bastado para indicarles a esos turistas que:

- no se pueden recorrer en coche los 640 kilómetros entre Venecia y Capri en solo dos horas;
- Capri está al sudeste de Venecia, no al oeste;
- y, lo que resulta más determinante; se trata de una *pequeña isla* y la

pareja no había atravesado ningún puente ni había utilizado un barco para llegar a Carpi, la cual se encuentra en una llanura del interior.

Pero no consultaron un mapa. Confiaron en el GPS.

El declive de nuestra capacidad de orientación no empezó con el GPS, desde luego. Las culturas nómadas como los beduinos continúan utilizando para orientarse todo tipo de señales naturales en las estrellas y en los rastros dejados por los camellos que un norteamericano moderno no vería nunca porque nos hemos acostumbrado a depender de carreteras, señales, etc., en nuestras cómodas vidas urbanas. Muchas de las habilidades humanas cedidas a la tecnología no representan una gran pérdida; no soy tan bueno como mis antepasados a la hora de calcular la hora según la posición del sol en el cielo, pero da igual, porque mi reloj de pulsera funciona bien. Pero el fin de la orientación es más grave. Ubicarnos en nuestro entorno no es una única habilidad, es toda una red de sentidos y habilidades espaciales, algunas de ellas tan fundamentales que no podemos permitirnos dejarlas en manos de máquinas y perderlas. Sabemos que al esforzarnos en orientarnos fortalecemos las neuronas de nuestro cerebro; ¿qué pasa si dejamos de ejercitar esas células y se atrofian? «La sociedad está encaminada a reducir el hipocampo[340]», dice Véronique Bohbot, una profesora de psiquiatría de Montreal especializada en la memoria espacial. «En los próximos veinte años vamos a ver cómo los casos de demencia aparecen cada vez más pronto».

Como especie, la pérdida de nuestra capacidad espacial puede ser una tragedia, pero para un loco de los mapas, los mapas de papel pueden ser una víctima aún más lamentable de la revolución de la cartografía digital. En cuanto entro en la mayor tienda de mapas de Seattle, me doy cuenta inmediatamente de que en su nueva ubicación, cerca del Pike Place Market siempre abarrotado de turistas, hay expuestos muchos menos mapas que en la anterior tienda. El armario de los mapas topográficos del USGS de la pared del fondo acostumbra a estar desierto; los excursionistas disponen de los mapas que necesitan en sus teléfonos móviles. «El negocio de los mapas se ha reducido mucho», me dice una de las copropietarias de la tienda. Señala vagamente hacia un montón de mapas de bolsillo plegados. «Antes, cuando salía un nuevo mapa como esos, acostumbrábamos a pedir veinte o veinticinco o nos quedábamos sin existencias. Ahora, con suerte, vendemos uno o dos. Esperamos poder sobrevivir gracias a la diversificación». Efectivamente, la mayor parte del espacio de esta teórica «tienda de mapas» está ocupado por artículos de viaje (mochilas y guías) y regalos ligeramente relacionados con la geografía (banderas nacionales, globos terráqueos dodecaédricos y novedosos mapas para colgar que utilizan algún truco de diseño —maderas nobles por valor de 3500 dólares, por ejemplo, o notas musicales hábilmente colocadas en una serie de pentagramas— para delinear los continentes).

Allen Carroll, el director de cartografía de National Geographic, me explica que no le preocupa el mercado, ya que los mapas impresos y los digitales cumplen funciones diferentes. «Hasta ahora, no hemos notado que las ventas de atlas se hayan visto perjudicadas por Internet. Cosa muy distinta de lo que sucede obviamente con las enciclopedias». A los editores de enciclopedias como la Britannica les cogió desprevenidos el auge de las enciclopedias en CD-ROM de la década de los noventa, y sus ventas se desplomaron un 83% en tan solo cinco años[341]. Probablemente los atlas aguanten más tiempo, porque ninguna plataforma digital ha logrado todavía ofrecer mapas navegables con tanto detalle y versatilidad como los de papel. Pero ¿qué pasará cuando llegue esa plataforma, cosa que sin duda sucederá? ¿Podría una aplicación asesina del iPad condenar a los atlas para siempre?

Yo debo de formar parte de la última generación que conserva una extraña nostalgia por los mapas de papel que se niegan testarudamente a rotar, aproximarse o superponerse y, de hecho, se niegan incluso testarudamente a plegarse adecuadamente en el rectángulo de la guantera. Eso es lo que es: nostalgia. Los mapas de papel me recuerdan a las bibliotecas escolares y al asiento trasero del coche de la familia durante las vacaciones. Los buenos tiempos.

El nombre que aparecía en casi todos aquellos mapas era «Rand McNally», la editorial de mapas más conocida y con mayores cifras de venta de Estados Unidos durante la mayor parte del siglo pasado. Fundada en Chicago en 1868, la sociedad entre un impresor de Boston y un inmigrante pobre irlandés derivó rápidamente hacia la incipiente industria del transporte, produciendo billetes de ferrocarril, guías y horarios. La empresa quedó prácticamente destruida en el incendio de Chicago de 1871, pero la rápida actuación de William Rand, uno de los fundadores, logró salvar los muebles al rescatar de las llamas dos imprentas de billetes y enterrarlas en la fresca arena de una playa del lago Michigan a cinco kilómetros de la ciudad, donde permanecieron a salvo del infierno de 3000 grados de temperatura[342]. Al cabo de solo tres días, antes de que se hubieran evaluado siquiera los daños de la todavía humeante ciudad, las máquinas enterradas ya estaban funcionando en un edificio alquilado que había sobrevivido a las llamas. Al año siguiente, Rand McNally imprimió su primer mapa, un mapa de las líneas de ferrocarril de Estados Unidos y Canadá, y el resto es historia.

Cuando le pregunté a un publicista de Rand McNally si podía pasar a hacerles una visita, esperaba que su sede conservara algo del anticuado encanto de mediados de siglo con el que asocio sus mapas; ¿sería demasiado pedir que hubiese sótanos de ladrillo llenos de chirriantes prensas? Sin embargo, el taxi me conduce a un anónimo centro de oficinas en el suburbio de Skokie. Ni siquiera veo el emblemático logo de Rand McNally —una brújula superpuesta en un globo elíptico— hasta que llego al vestíbulo y trato de averiguar en qué planta está la recepción.

«Hace cuatro meses nos mudamos por fin del antiguo edificio», explica Jane Szczepaniak, la asistente que ha organizado mi visita. Los doscientos empleados de la

empresa no parecen echar en falta las paredes sin ventanas de bloques de cemento pintados ni los archivadores verde claro de la que fue su casa durante mucho tiempo. «Parecía una escuela primaria», bromea Jane. En la mudanza, se tiraron cincuenta años de historia de mapas antiguos, y se invitó a los empleados a que saquearan una habitación desorganizada y poco iluminada llena de miles de mapas viejos de Rand McNally. Cuando todo el mundo tuvo unos cuantos recuerdos, el resto fueron tirados a la basura.

Joel Minster, un ex ingeniero civil, lleva nueve años ocupando el cargo de director de cartografía de Rand McNally. Su despacho tiene un aire claramente moderno, con hemisferios terrestres azules sobresaliendo de las paredes como si hubieran sido llevados ahí por un transportador de *Star Trek*, pero está firmemente convencido de que los anticuados mapas de papel siguen siendo, por el momento, el principal objetivo de Rand McNally. Cuando le pregunto por los mapas de la página web, los cuales rotan y se aproximan burdamente en incrementos fijos, como MapQuest en 1999, sonríe irónicamente[343]. «Esos son gratuitos, así que realmente no es nuestro objetivo ser el número uno». No obstante, aunque los atlas de carreteras que se venden a los camioneros y a los veraneantes siguen siendo los que pagan las facturas, dice que la empresa estará presente en los dispositivos GPS, en los lectores electrónicos de mapas y en las aplicaciones de smartphones, no necesariamente porque crea que son el futuro, sino para tener algo a lo que agarrarse por si acaso. Dentro de quince o veinte años, asegura, «Rand McNally seguirá en el negocio de la planificación de viajes. No tengo ni idea de qué soporte utilizaremos para ofrecer esa información —seguramente un chip en el cerebro—, pero estaremos ahí».

A pesar de mi larga historia con los mapas de papel, el optimismo de Minster acaba por convencerme: no habrá nada que lamentar cuando sean sustituidos por una nueva plataforma, ya que esa nueva tecnología, sea la que sea, tendrá por definición que hacer todo lo que hacen los mapas. Tendrá que ser portátil e inmediatamente intuitiva. Tendrá que adecuarse a los lectores que necesitan una información concreta ya, así como a los que simplemente navegan por placer. Y tendrá que ser un lienzo más amplio que simplemente una serie de direcciones —no solo cómo ir de A a B, sino todo el abecedario hasta la Z, con sugerencias y digresiones—. Puede que unos cuantos veteranos como yo fastidiemos constantemente a nuestros nietos con historias sobre lo fantásticos que eran los mapas cuando olían a tinta y se arrugaban como la pasta de papel, pero lo más probable es que se trate de historias del tipo «yo tenía que subir la colina nevada para ir al colegio». «¡Los chicos de hoy en día no sabéis lo fácil que lo tenéis con esos globos holográficos que rotan al escanear vuestras retinas! Yo tenía que hacer los deberes con mapas de papel —¡de papel!— y eran difíciles de manejar, costaba encontrar las cosas y eran obsoletos en cuanto se acababan de imprimir. Ya te digo, ¡hacía falta *carácter* para ser un loco de los mapas en aquel entonces!».

Y, ¿quién sabe? Tal vez los mapas de papel duren más tiempo del que creemos.

Durante mi visita a Chicago tomé dos taxis, uno del aeropuerto hasta la sede de Rand McNally en Skokie y otro de Skokie al hotel. Los dos taxistas estaban esclavizados por un GPS en el salpicadero que les decía exactamente dónde girar en cada momento. Aun así, de algún modo lograron perderse por el camino. Los dos.

Capítulo 12

RELIEVE

relieve. m. Conjunto de formas complejas que accidentan la superficie del globo terráqueo.

No cesaremos de explorar,
y el fin de nuestra exploración
será llegar a donde arrancamos
y conocer el lugar por primera vez[344].
T. S. ELIOT.

Estoy sentado con unos amigos esperando a que empiece un concierto, cuando suena mi teléfono móvil. «Ken, soy Rodger. ¿Me dejaste un mensaje la semana pasada?».

«¡Sí! ¡Rodger! Gracias por llamar. Tu vecina Kathy me dio tu número de teléfono. Espero que no te importe». Respiro profundamente porque le voy a decir una cosa muy rara. «¿Sabías que hay una confluencia de grados en el camino de acceso a tu casa?».

Pausa prolongada. «¿Que en el acceso a mi casa hay qué?».

El Proyecto de Confluencia de Grados fue iniciado en 1996 por un programador de páginas web de Massachusetts llamado Alex Jarrett, el cual se había comprado un GPS y se dio cuenta de que en su trayecto de ida y vuelta al trabajo atravesaba el meridiano 72 dos veces al día. La perfección matemática de la longitud —setenta y dos grados oeste, cero minutos, cero segundos— le llamó la atención, como cuando aparece una línea de ceros en un cuentarrevoluciones. Jarrett y un amigo suyo pedalearon 16 kilómetros hasta llegar al punto donde el meridiano 72 se cruzaba con su paralelo más cercano, 43 grados norte. La intersección resultó ser un punto de un bosque nevado sin nada de particular junto a un pantano. «Esperábamos que hubiera un monumento en algún lugar que dijese “43N/72W”, pero no hubo suerte», escribió Alex en su página web, donde publicó fotografías de la trascendental expedición[345].

Si lo piensas, fue precisamente la ausencia de un monumento lo que provocó que la «caza de confluencias» se convirtiera en un pasatiempo popular, primero para Jarrett y su familia y amigos y luego para miles de aficionados a la geografía que se toparon con su proyecto en Internet. No existe ninguna señal en el suelo colocada por el Servicio Geodésico Nacional que identifique estas confluencias exactas, lo cual significa que *nadie las ha encontrado antes*. Existen 16 340 «puntos de confluencia» en todo el mundo[346], y cada uno de ellos representa una oportunidad para plantar una bandera como los exploradores de antaño[347]. Los cazadores de confluencias se han enfrentado a hormigas legionarias en las selvas de Ghana, a sanguijuelas en las

ciénagas de Malasia y a nómadas armados en el Sáhara argelino en la búsqueda de su quijotesco objetivo, pero sigue habiendo más de diez mil confluencias exactas sin visitar en todo el mundo[348].

Sin embargo, no en todos los casos la búsqueda tiene que convertirse en una aventura propia de Indiana Jones; de hecho, ningún lugar de la Tierra está a más de 79 kilómetros de uno de esos puntos de perfección cartográfica. Me estremecí al descubrir que la confluencia más cercana de Seattle se encontraba a menos de media hora de la puerta de mi casa, pero mi intento de visitar el punto situado a 48 grados norte, 122 grados oeste, no respondió a las expectativas. No había hormigas legionarias ni guardias fronterizos armados, pero había no menos de cuatro carteles de PROHIBIDO EL PASO a tan solo unos tentadores metros de mi presa. En la página web del proyecto de confluencia vi que se habían grabado unas cuantas visitas al lugar, pero la mayoría de los cazadores se habían quedado a mitad de camino desde una carretera secundaria, y ninguno había registrado el lugar de conformidad con las estrictas directrices del Proyecto de Confluencia de Grados; es decir, con el permiso del propietario del terreno.

Por eso me puse en contacto con Rodger. No parece muy emocionado por la reciente llamada de la fama. «Sabía que la finca estaba en la línea 48 norte, pero no tenía ni idea de la, ¿cómo la has llamado? ¿Confluencia?». No obstante, cuando le pregunto si puedo visitar el importantísimo punto, descubro que no será posible durante algunos meses. Rodger es el cocinero de un remolcador rumbo a Hawái y luego a Wake Island —uno de los destinos más complicados del Travelers' Century Club.

«Te llamaré cuando regrese», me promete.

No espero volver a tener noticias suyas, pero dos meses más tarde, Rodger cumple su palabra. «¿Cuándo quieres venir a ver el 48/122?», pregunta. Ese mismo fin de semana, los dos estamos pisoteando los helechos del camino de acceso a su casa, balanceando nuestros respectivos receptores GPS como dos ciegos balanceando sus bastones. Igual que en el geocaching, solo que sin nada tangible esperando ser encontrado.

«Yo diría que es justo ahí», dice por fin Rodger. «Cero cero cero. Todo ceros».

Me pregunto si sentiré algún relámpago de Trascendencia Global al situarme en el punto mágico, pero no sucede nada. Tomo diligentemente una foto de los trascendentes helechos. Igual que sucede con los fanáticos de las carreteras hay que dejar constancia del hallazgo.

«¿Consideras un honor ser el cuidador de 48° N 122° W?», le pregunto.

Se encoge de hombros. «No sé. Es un arma de doble filo. Ahora tal vez deba poner un cartel al fondo de la entrada para que la gente pueda dejar su número de teléfono si quiere visitar el lugar».

«¿Y qué tal una placa?», bromeo.

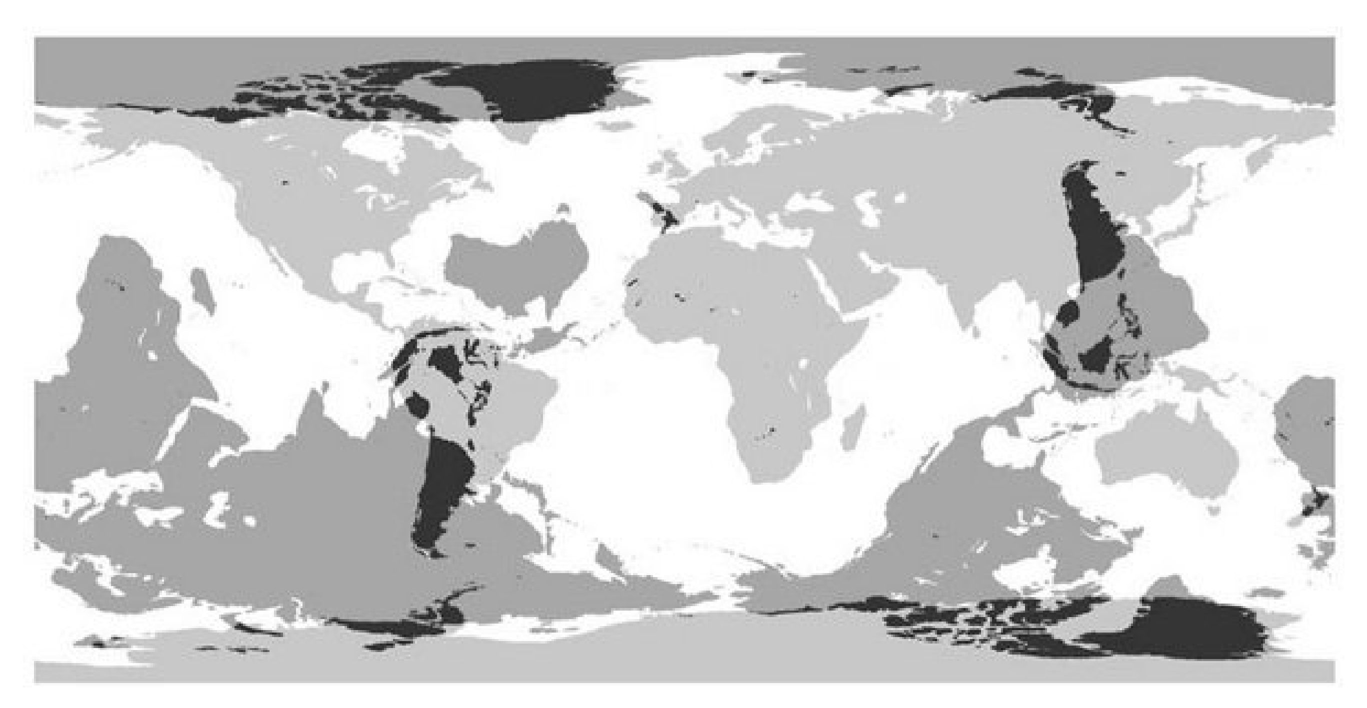
«Sí, ya lo he pensado…» dice seriamente, acariciándose la barbilla.

En la serpenteante carretera forestal que me lleva de nuevo a la autopista, mi GPS me informa con su marcado acento británico que me he saltado la salida. «Vas en dirección contraria, tarado», refunfuña Daniel. «Haz lo que yo te diga». Debo de haberme distraído pensando en los miles de cazadores de confluencias que peinan la Tierra en busca de puntos geométricos perfectamente arbitrarios. Al menos los miembros del Highpointers Club ascienden a cumbres geográficas reales, aunque en muchos casos sean poco importantes. La cuadrícula de latitud y longitud, en cambio, es *totalmente* arbitraria. El hecho de que dividamos el círculo en 360 grados es resultado de un antiguo cálculo babilónico (incorrecto) del número de días del año. Las líneas de longitud son aún más arbitrarias, ya que la Tierra no tiene un polo oeste ni un polo este. Nuestra actual línea de cero grados de longitud, el Meridiano de Greenwich, es una convención adoptada únicamente tras gran controversia en la Conferencia Internacional de los Meridianos de 1884 organizada por el presidente estadounidense de prominentes patillas Chester A. Arthur. Francia se negó a votar a favor de la línea de Londres y siguió usando su propio meridiano de París durante treinta años. Si los franceses hubieran sido un poco más persuasivos o los antiguos babilonios lo hubieran sido un poco menos, Alex Jarrett y el resto de los cazadores de confluencias habrían tenido que enfrentarse a una serie de intersecciones totalmente diferentes.

Pero ahí radica la belleza del Proyecto de Confluencia de Grados; su aleatoriedad intrínseca. Las fotos de su página web son tan homogéneas como las de cualquier página de fanáticos de las carreteras: el mismo follaje, la misma hierba seca y el mismo barro aparecen una y otra vez, tanto si el lugar mágico se encuentra en Botsuana o en Bakersfield. Sin embargo, las imágenes nos recuerdan que limitarse a *estar* en un lugar nunca es suficiente, eso puede hacerlo cualquiera. La clave es saber dónde estás. Colón «descubrió» América a su manera limitada y eurocéntrica, pero a la hora de bautizar el continente, su nombre fue desdeñado en favor del de Américo Vespucio. Ello, según me enteré en la Biblioteca del Congreso, no se debió únicamente a que Vespucio promocionase mejor a las atractivas nativas, sino a que sabía dónde estaba, conocía el contexto. Colón pensaba que estaba en India; Vespucio se dio cuenta de que se había descubierto un nuevo continente. En la misma línea, es probable que Rodger hubiera pasado por los helechos camino de su garaje muchas veces, pero fue el Proyecto de la Confluencia de Grados el que «descubrió» lo que significaban. Para eso son los mapas: nos cuentan la historia de nuestras ubicaciones y desplazamientos. Un GPS de 500 dólares te puede indicar tu posición, pero un atlas de 10 dólares sigue siendo una herramienta infinitamente más poderosa para ofrecerte el contexto.

El Proyecto de Confluencia de Grados no es una *reductio ad absurdum* de nuestra nueva conciencia permanente de latitud y longitud. Ese honor le correspondería al «sándwich de la Tierra» imaginado en mayo de 2006 por el humorista de Internet Ze Frank[349]. En un breve vídeo, Frank pidió a sus fans que colocasen dos rebanadas de

pan en el suelo en dos puntos diametralmente opuestos (antípodas)[350] de la superficie de la Tierra, convirtiendo así a la Tierra en un gigantesco aunque incomestible bocadillo. Incluso compuso una suave balada tipo *Imagine* para conmemorar su tormenta de ideas. «Mientras pongo este pan en el suelo, sé que mi obra no está acabada», cantaba suavemente, «pero si la Tierra fuera un bocadillo, todos seríamos uno». El reto de Frank era más difícil de lo que puede parecer: si miramos un mapa antipodal de la superficie de la Tierra, veremos que prácticamente cada porción de terreno del planeta se encuentra exactamente enfrente de una gran masa de agua, ¡como si el Dios que prefieras siempre hubiera querido que la versión sándwich de su creación quedase sin la parte superior! Uno de los pocos lugares donde sería posible hacer el bocadillo es la Península Ibérica: si cavases un hoyo en el centro de España, emergerías en algún lugar de la mitad norte de Nueva Zelanda. Al cabo de solo unas semanas de que Frank publicase su desafío, dos hermanos canadienses llamados Jonathan y Duncan Rawlinson que viajaban de Londres a Portugal, se desviaron momentáneamente a las colinas del sur de España para dejar media *baguette* sobre el suelo polvoriento, mientras que un cómplice de Internet hacía lo mismo cerca de su casa en Auckland, Nueva Zelanda. Se había hecho el primer bocadillo terráqueo de la historia de la humanidad.



La Tierra, con su versión antipodal superpuesta.

En muy pocos puntos de ambos hemisferios es posible hacer el bocadillo.

Resulta fácil descartar el sándwich terrestre por ser una broma tonta (aunque ambiciosa), el tipo de obra de arte conceptual que realizaba la banda de culto de Liverpool Echo & the Bunnymen en la década de los ochenta, cuando incluía localidades extrañas como las Hébridas Exteriores en sus giras para que el itinerario tuviera la forma de las orejas de un conejo al verlo sobre un mapa[351][352][353]. Pero

cuando pienso en los locos de los mapas que me he encontrado durante mi viaje, una de las cosas que todos tienen en común es ese instinto: convertir la Tierra —toda la Tierra, con sus meridianos, paralelos y antípodas— en un juguete gigante. Los viajeros sistemáticos utilizan aviones a reacción, los practicantes de geocaching utilizan satélites GPS y los aficionados a Google Earth utilizan fotografías aéreas en 3-D, pero el impulso es el mismo que ha llevado a la gente a inclinarse sobre los atlas durante siglos: la necesidad de situar nuestras pequeñas vidas en el contexto de la Tierra como un todo, de visualizarlas en un contexto a mayor escala. Hasta hoy, cuando diseñamos algún plan ambicioso, seguimos hablando de cómo nos situará «en el mapa». Ansiamos mayor gloria y perspectiva. También ansiamos explorar, y la exploración se ha hecho más escasa a medida que la tecnología ha ido avanzando. Cuando Alejandro Magno vio la extensión de sus dominios, lloró, porque ya no había más mundos que conquistar. Bueno, en realidad no sé si lo hizo o no. Es una cita del terrorista alemán interpretado por Alan Rickman en *La jungla de cristal*. Pero al menos el sentimiento es bastante fiel: la ambición humana necesita nuevas fronteras que cruzar, y durante el último milenio, la mayoría de esas fronteras eran de naturaleza geográfica. En 1872, un agrimensor llamado Almon Thompson exploró las altas llanuras desérticas del centro de Utah, cartografiando un afluente del Colorado llamado Potato Creek, al cual rebautizó como río Escalante, y una cordillera de 48 kilómetros llamada ahora montañas Henry. Thompson no lo sabía, pero sus descubrimientos serían el último río y la última cordillera incorporados a la zona continental de Estados Unidos[354]. Antes de la exploración de Thompson, los viajeros se referían a las montañas Henry como «las montañas desconocidas» y los navajos de la zona todavía la llaman Dzil Bizhi'Adini, «la montaña a la que le falta el nombre». Pero eso ya no es cierto: ahora todo está minuciosamente catalogado tal como los cartógrafos consideraron conveniente. La frontera ha desaparecido.

Obviamente, el ansia humana de avanzar no acabó cuando los «espacios en blanco» del mapa de Conrad desaparecieron. Hemos desviado nuestra atención a «cartografiar» otras cosas, como el espacio exterior y el genoma humano, pero a aquellos de nosotros programados para organizar el mundo espacialmente, nos sigue faltando algo. No nos conformamos con descubrir cosas que se ven de manera borrosa —quarks y quásares—. Nos gustaría descubrir todavía lugares reales, lugares que pudiéramos visitar, lugares a nuestro alrededor.

Así que reinventamos la exploración, si bien a una escala menor y menos peligrosa. Encontramos formas de hacer que hasta los lugares más banales sean nuevos, organizándolos en listas, ocultando tesoros en sus parques, fotografiando los paneles de salida de las carreteras que los atraviesan, estudiando sus píxeles con un detalle sin precedentes en Internet. Otros renuncian por completo a los mapas modernos. Algunos recuperan una sensación de misterio con los mapas antiguos, con sus costas terriblemente imprecisas y sus monstruos llenos de tentáculos en los márgenes. Otros vagan por senderos todavía inexplorados porque existen solo en la

imaginación. Cuando era pequeño, siempre podía añadir un reino fantástico a un mapa pegando con celo otra hoja de papel en un extremo y continuar dibujando. En estos mapas inagotables nunca habrá un deprimente último «Potato Creek».

Conocer a tantas clases diferentes de personas apasionadas por la geografía ha tenido para mí un efecto terapéutico. Noto que su rica variedad de obsesiones parecen expresiones del mismo gen, y se trata del mismo instinto que me llevó a mí a convertirme en un coleccionista de atlas en la época en que a todos mis amigos les iba más He-Man y *El coche fantástico*. Pero lo que más me ha sorprendido ha sido la respuesta de mis amigos al enterarse de qué estaba escribiendo. Desde pequeño, ya esperaba que la gente resoplase ante la idea de que los mapas fuesen una verdadera afición, así que cuando digo: «Es un libro sobre personas a las que les gustan los mapas», parece una apología. En cambio, resultan ser las palabras mágicas que me convierten en un confidente secreto, un padre confesor.

Laurie Borman, la directora editorial de Rand McNally, me dijo: «Cuando le digo a la gente dónde trabajo, no te imaginas cuántos me dicen: "¿En serio? ¡Me encantan los mapas!". Más de la que te imaginas. Pero te aseguro que admitir ser un loco de los mapas es una confesión un tanto embarazosa». Eso es exactamente lo que me pasa a mí con mis amigos, incluso con los que conozco desde hace años, los que nunca esperaría que fuesen fans de los mapas que no han salido del armario.

«Puedo pasarme toda una tarde mirando mapas raros en las páginas web de los vendedores», dice un amigo. Yo sabía que trabajaba desde casa, pero ingenuamente daba por sentado que a veces hacía algo. «Simplemente babeando, no comprando. Es como el porno en casa».

«Cuando mi matrimonio hacía aguas», dice otro amigo que se ha separado recientemente de su mujer después de cinco años, «cogí mi colección de *National Geographic* que guardaba desde que era pequeño y la tiré, cosa que mi mujer llevaba años pidiéndome que hiciera. Sin embargo, no fui capaz de tirar los mapas, así que los saqué y los escondí en la parte superior de las estanterías[355]».

«De pequeño, les suplicaba a mis padres que me regalasen la *Thomas Guide* cada Navidad», me cuenta otro amigo, agachando la cabeza y sonriendo culpablemente ante tan vergonzosa confesión.

La fanática de los mapas más inverosímil resulta ser la ginecóloga de Mindy, a la que yo llamo «la doctora de los monos», porque, además de ayudar a traer al mundo a mi hija Caitlin, también asiste en los partos de todas las crías de gorila del Parque Zoológico Woodland de Seattle[356]. La doctora de los monos tiene un mapamundi colgado en su consulta porque, dice, nada distrae más a las pacientes nerviosas que un mapa. No estoy seguro de que esta sea la mayor muestra de amor a los mapas —«¡Mapas: más divertidos que pensar en un examen pélvico inminente!» no parece que vaya a calar en breve como eslogan publicitario—, pero la doctora se sorprende

por la cantidad de pacientes («¡más de las que te imaginas!») a las que encuentra totalmente absortas en el mapa cuando entra.

A pesar de las historias de terror sobre estudiantes universitarios estadounidenses que no pueden encontrar África en un mapa del mundo, parece que existe una enorme reserva de aprecio a la geografía sin explotar. No se manifiesta; mantiene la cabeza gacha hasta que sabe que está entre amigos. Sin embargo, esos alarmistas artículos periodísticos sobre niños ineptos ante un mapa no se escribirían si, al menos hasta cierto punto, nuestra sociedad no considerase todavía que los mapas son un importante indicador de conocimiento, cultura e interés.

Como loco por los mapas estoy convencido de no ser el bicho raro que siempre creí ser. Pero esta es una noticia aún mejor para el mundo en general: ¡a la gente todavía le gustan los mapas! A pesar de todos los temores sembrados por los medios de comunicación, a nuestros niños les siguen gustando los mapas. Si suspenden masivamente las pruebas de geografía, ello se debe únicamente a que *nosotros* les estamos fallando. No les estamos enseñando geografía ni capacidad espacial correctamente, ni les estamos dando rienda suelta para que exploren su entorno por sí solos. Sin darnos cuenta, les estamos convenciendo de un millón de maneras de que los mapas son anticuados y aburridos y de que mirarlos por diversión es un poco raro.

Pero, hagamos lo que hagamos, creo que los mapas están destinados a ganar la batalla. Durante quinientos años, los mapas apenas han cambiado, así que no resulta sorprendente que nuestro entusiasmo por ellos se haya desvanecido un poco. Sin embargo, hoy estamos abocados a un cambio radical en el mundo de los mapas que podría tener tanta trascendencia como la tuvo en su día Gutenberg. Volar por un Gran Cañón tridimensional en Google Earth, saber en tiempo real dónde están todos tus amigos, o un atlas exhaustivo —¡con detalles a pie de calle!— que puedes llevar en tu teléfono móvil, no tiene nada de aburrido. Estas tecnologías son tan atrayentes que podrían convertir hasta al mayor escéptico y con menos capacidad espacial, igual que los videojuegos llevaron a miles de niños a interesarse por las principales asignaturas informáticas a las que en principio no estaban destinados. Por primera vez en décadas, hay motivos para pensar que podemos estar entrando en un renacimiento geográfico. *Viva la revolución*[357].

Epílogo

Si los geógrafos y psicólogos con los que he hablado están en lo cierto y el amor por los mapas no es más que un síntoma o un don de la capacidad espacial, tiene sentido que los mapas se transmitan genéticamente en las familias, como el pelo rizado o el daltonismo. En mi caso es así, desde luego; a mis padres les gustaba mirar mapas, y también a mis abuelos maternos. El segundo atlas que tuve de niño, después del Hammond para el que estuve ahorrando todo el año, era un Rand McNally Cosmopolitan World Atlas que mi abuela me envió por correo a Corea. Todavía recuerdo la dedicatoria escrita con bolígrafo en la primera página con su caligrafía pulcra y redonda. «¡Feliz Navidad, 1983! ¡Los atlas también son una de nuestras aficiones favoritas! Con cariño, tus abuelos». Aquello significó mucho para mí a aquella edad; la idea de que, aparte de mí, alguien *entendiese*; que los atlas fueran, de hecho, algo que los adultos encontraban aceptable decir que les gustaba.

Mi abuela murió a causa de una dolencia pulmonar hace casi diez años. Poco después de que Mindy y yo nos casáramos. No llegó a conocer a sus bisnietos y, ahora que lo pienso, nunca hablé de mapas con ella siendo adulto. Mi abuelo está todo lo bien que se puede esperar de un hombre de ochenta y dos años y, como vive cerca, cena con nosotros cada miércoles. No es difícil que hable de su difunta esposa, a la que es obvio que echa mucho de menos.

«¿Por qué a la abuela le gustaron siempre los mapas y los atlas?», le pregunto una noche al recoger la mesa después de cenar.

«Bueno, su madre se casó con un hombre llamado Elcock». (Por mi experiencia en muchas conversaciones anteriores con mi abuelo, no me sorprende que esta historia (a) empiece décadas antes de lo que pensaba y (b) estén implicadas en ella personas a las que nunca he llegado a conocer). «Era un sinvergüenza. Un borracho. Betty recuerda que la enviaban a los bares para intentar hacerle volver a casa». Sigue hablando de su mujer en presente; algunas veces se equivoca y se refiere a ella como «tu madre», una costumbre que debió adquirir al criar a sus tres hijas.

«La madre de Betty se divorció de ese tal Elcock, luego se volvió a casar con él y después se divorció de nuevo. Tras el divorcio, su madre tuvo que empezar a trabajar a tiempo completo. Cambiaron muchas veces de casa. Una vez, cuando estaban en Salt Lake City, estuvimos conduciendo toda la tarde mirando las casas en que había vivido. Recuerdo cuatro, cinco, seis de ellas. Durante el verano, ella y Teddy» —mi tía abuela, la hermana pequeña de mi abuela— «fueron enviadas a vivir con unos familiares porque su madre trabajaba sin parar. Se pasaban el día en la biblioteca pública, y tu madre miraba los atlas». Allí fue donde empezó todo: una turbulenta vida familiar y una acogedora biblioteca con páginas y páginas de hermosos mapas. Werner Muensterberger, que escribió sobre los mapas antiguos en su libro *Collecting: An Unruly Passion* (El coleccionismo: una pasión incontrolable) señaló que los amantes de los mapas a menudo procedían de familias desestructuradas (como la de

mi abuela) o de familias que se habían trasladado muchas veces (como la mía). Los mapas nos proporcionan una sensación de lugar, estabilidad y origen, de la que de lo contrario careceríamos.

«Era más lista que el hambre», dice con pesar. «Esa fue su gran pena, no haber acabado el colegio».

«¿Seguía mirando mapas cuando estabais casados?».

«Bueno, creía en la historia. En la década de los sesenta empezó a asistir a seminarios de genealogía, y no se puede entender la genealogía sin conocer la historia de una localidad o una zona. Sobre mi cama —su cama— hay un mapa de Nueva Inglaterra del *National Geographic*. Siguió el rastro de su familia hasta los días de la colonización inglesa y luego hasta Inglaterra. Todavía tengo el mapa. No he sacado muchas de sus cosas». Se para a pensar. «Tal vez debería, pero no lo he hecho».

Me gusta la idea de proceder de una larga tradición de amantes de los mapas, de pertenecer a un largo linaje de conservadores de la llama, como una versión cartográfica de los caballeros templarios. Gracias a los años de estudio genealógico de mi abuela, sé que su familia descendía de los pioneros mormones que se establecieron en Utah en 1847. Supongo que esto significa que yo ni siquiera existiría de no ser por aquellos grandes mapas del oeste del siglo XIX a los que eché una ojeada en la Biblioteca del Congreso. Sin los mapas de un tal Charles Preuss, el cartógrafo alemán de las expediciones de John C. Frémont, Brigham Young nunca habría llegado al Gran Lago Salado.

Pero últimamente me preocupa tal vez no haber transmitido mis genes cartográficos con la suficiente fuerza. Mis hijos, a pesar de adoptar una nueva obsesión compulsiva más o menos cada semana, nunca han parecido demasiado interesados por los mapas. Les compramos un mapa de tela de Estados Unidos del tamaño de una pared en FAO Schwarz hace algunas navidades y lo colgamos en la habitación de juegos, pero nunca les he visto dedicarle demasiado tiempo. Por el momento, todas las pequeñas piezas de velcro (referencias, cultivos y qué sé yo) están colocadas aleatoriamente en las aguas del golfo de México; la única parte del mapa a la que alcanza mi hija de tres años. A los dos les encanta el navegador GPS del coche, pero «Daniel» indica las direcciones tan bien que nunca *tienes* que mirar el mapa; en gran medida es el antimapa. Obviamente, el amor a mis hijos no depende de que sepan o no que Santa Fe, Nuevo México, es la capital estatal de mayor altitud, o que Thimphu, la capital de Bután, no tiene semáforos. Pero recuerdo lo importantes que eran para mí los mapas a su edad, y me gustaría poder compartir con ellos de nuevo esa felicidad, ahora que soy un viejo maniático aficionado a la geografía en lugar de un joven idealista.

Una noche, asomo la cabeza en la habitación de Dylan para meterlo en la cama. «Las nueve, chico. Apaga la luz».

«¿Casi has acabado tu libro de mapas?», pregunta medio dormido.

Lo pregunta muy a menudo, pero únicamente por su propio interés, no por

cartofilia. «El libro de mapas» siempre es la razón que le doy cuando no puedo jugar con él todo el santo día. ¿Quieres que me ponga una máscara ninja mientras me disparas balas de esponja en la frente? Lo siento, libro de mapas.

«En realidad, casi he terminado», digo. «Hoy estaba intentando decidir qué partes del libro deberían incluir ilustraciones de mapas».

«Si quieres puedes poner mi mapa en tu libro. Lo he dibujado hoy».

«¿En serio? ¿Has dibujado un mapa? A ver».

El mapa —el primer mapa— está sobre una pila de libros en la cabecera de la cama, justo donde yo guardaba mi *Atlas Medallion*. «Es el Mar de los Tiburones», dice. «Tienes que seguir esta línea de puntos a través de los tiburones, los pulpos y las medusas para llegar al lugar marcado con la X.».

«¿Qué hay en la X?».

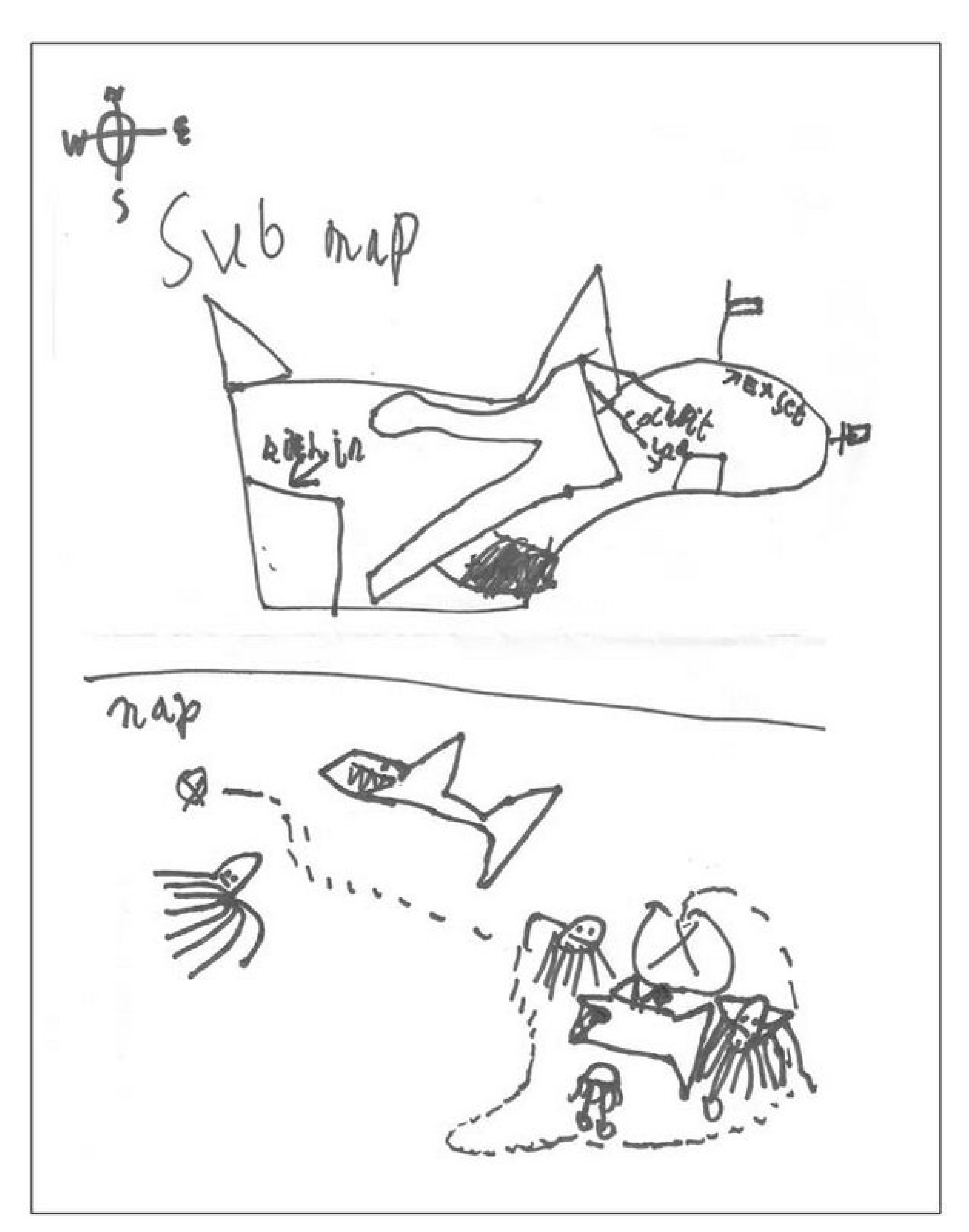
Aparentemente es la pregunta más tonta que nadie ha hecho jamás.

«¡El tesoro!», grita. «Mañana haré un mapa de mi submarino. ¿Lo pondrás en tu libro?».

«Ya veremos. Buenas noches, chaval».

«Buenas noches, papá».

Puede que el gen siga vivo después de todo. Bajo las escaleras sonriendo y no puedo evitar pensar que Dylan se estará sumergiendo para explorar el Mar de los Tiburones.



¿Tienes un mapa en la cabeza?

En las presentaciones del lanzamiento de *Un mapa en la cabeza*, después de la lectura suelo realizar un pequeño test de geografía en el que cuento con la

participación del público. Las personas que gritan la respuesta correcta reciben un caramelo lanzado peligrosamente en dirección a su cabeza, lo cual probablemente constituye una violación de las normas de seguridad de las librerías y bibliotecas. (Le pregunté a mi mujer qué clase de caramelo sería un premio divertido en un concurso de geografía. Compró Nerds[358]. ¡Señoras y señores, Mindy Jennings!).

A continuación encontraréis la misma lista de preguntas que leo mientras lanzo duros caramelos cuadrados a las caras de la gente. Siempre acabo el juego con una ronda eliminatoria con tres finalistas y el ganador se lleva un libro gratis. Como tengo que elegir al mejor entre los mejores, las preguntas tienen que ir desde las no muy difíciles hasta las terriblemente complicadas. De manera que, si te parece difícil, no te desanimes; no eres el único. Por ejemplo, no sé si alguna vez algún finalista ha acertado la número 34.

¡Suerte!

Preguntas

1. ¿Qué línea imaginaria rodea el mundo a aproximadamente 23 grados y medio al sur del Ecuador?

2. ¿En qué país se encuentra el lago de Ládoga, el mayor de Europa?

3. ¿Cuál es el nombre de la ciudad más poblada de la India desde 1996?

4. ¿De qué país es el Loira el río más largo?

5. ¿Cuál es la provincia más poblada de Canadá?

6. ¿De qué continente es la península de Cabo Verde en Senegal el

punto más occidental?

7. ¿En qué país se encuentran Babi, Buton, Buru, Biak y Bali?

8. Si has escalado los 915 metros de El Capitán, ¿en qué parque nacional estás?

9. ¿Dónde están Wilkes Land, Ellsworth Land, Palmer Land y Queen Maud Land?

10. ¿Qué mar se extiende entre las islas Aleutianas y Rusia?

11. Si viajas hacia el norte desde prácticamente cualquier lugar de Texas, ¿cuál será el primer estado al que llegarás?

12. ¿Cuál es el único país que tiene frontera terrestre con República Dominicana?

13. ¿De qué país es Basra el puerto más importante?

14. ¿Qué nación de la antigua Yugoslavia es actualmente miembro de la UE?

15. ¿Qué ciudad se extiende bajo el Pão de Açúcar, o montaña del Pan de Azúcar?

16. ¿En qué estado se encuentra la montaña más alta de Estados Unidos, el Monte McKinley?

17. De las cuatro grandes islas de Japón, ¿cuál es la que se encuentra más al norte?

18. ¿Qué bahía se extiende entre la India y Myanmar?

19. ¿Cuál es el único país africano que tiene el mismo nombre que su capital?

20. ¿Con qué otro mar conectan los Dardanelos y el Bósforo el mar Mediterráneo?

21. Nombra una de las Antillas Menores o «islas ABC» del mar

Caribe.

22. ¿Cuál fue hasta 2011 el país de mayor extensión de África?

23. ¿Qué isla era conocida por los romanos como Hibernia?

24. El mayor desierto del mundo no es el Sáhara. ¿Cuál lo es técnicamente hablando?

25. ¿Cuál es el volcán más alto de Europa y el punto más alto de la isla de Sicilia?

26. ¿Qué isla densamente poblada se encuentra al sur de la península de Kowloon?

27. ¿De qué país es la antigua ciudad de Petra la atracción más visitada?

28. ¿Cuál es el estado de Estados Unidos cuya capital tiene un nombre formado por tres palabras?

29. ¿De qué país del Pacífico es Viti Levu, cuya capital es Suva, la mayor isla?

30. ¿Cuál es la capital más alta del mundo, situada a 3650 metros sobre el nivel del mar?

31. ¿De qué país son, aparte de su capital, Antofagasta, Concepción y Valparaíso sus principales ciudades?

32. Las montañas más altas de Chipre y Grecia comparten nombre. ¿Cuál es?

33. ¿Cuál era el único de los trece estados originales de Estados Unidos que no daba al Atlántico?

34. ¿Qué país africano administra oficialmente el enclave de Cabinda?

35. ¿Cuál es la capital de Queensland, Australia?

36. ¿De qué cordillera es la isla de Nueva Zembla el extremo más septentrional?

37. ¿Cuál de los siete países de Asia Central cuyo nombre acaba en «—stan» está completamente rodeado por el resto?

38. ¿Qué golfo se conoce también como Mar de Cortés?

39. ¿Cuántas naciones del mundo incluyen en su nombre la palabra «Guinea»?

40. ¿Qué bahía canadiense tiene las mayores mareas del mundo?

Respuestas más adelante.

Puntuación

0: ¿Has hecho el test? Inténtalo de nuevo. *La respuesta a la pregunta número 4 es «Francia»*.

1-6: Naufragio en tierra.

9-12: El atlas se encoge de hombros.

3-15: Alumno de instituto de Estados Unidos.

16-18: Alumno de la Logse.

19-20: ¡Alemán o japonés! Muy bien.

21-25: Cartográficamente listo.

26-30: *Sensei* de la orientación.

31-38: ¡Tienes un mapa en la cabeza!

39-40: Has hecho trampas.

Respuestas

1. Trópico de Capricornio.

2. Rusia.

3. Mumbai (antes Bombay).

4. Francia.

5. Ontario.

6. África.

7. Indonesia.

8. Yosemite National Park.

9. La Antártida.

10. El mar de Bering.

11. Oklahoma.

12. Haití.

13. Irak.

14. Eslovenia.

15. Río de Janeiro.

16. Alaska.

17. Hokkaido.

18. Bahía de Bengala.

19. Djibouti.

20. El mar Negro.

21. Aruba, Bonaire, o Curaçao.

22. Sudán (Argelia se convirtió en el más grande cuando Sudán del Sur obtuvo la independencia).

23. Irlanda.

24. La Antártida (técnicamente la definición de desierto exige únicamente que haya pocas precipitaciones, y la Antártida es, con mucha diferencia, el continente más seco).

25. Monte Etna.

26. Hong Kong.

27. Jordania.

28. Utah (Salt Lake City).

29. Fiji.

30. La Paz, Bolivia.

31. Chile.

32. Monte Olimpo.

33. Pennsylvania.

34. Angola.

35. Brisbane.

36. Los montes Urales.

37. Uzbekistán.

38. El golfo de California

39. Cuatro (Guinea, Guinea-Bissau, Guinea Ecuatorial y Papúa Nueva Guinea).

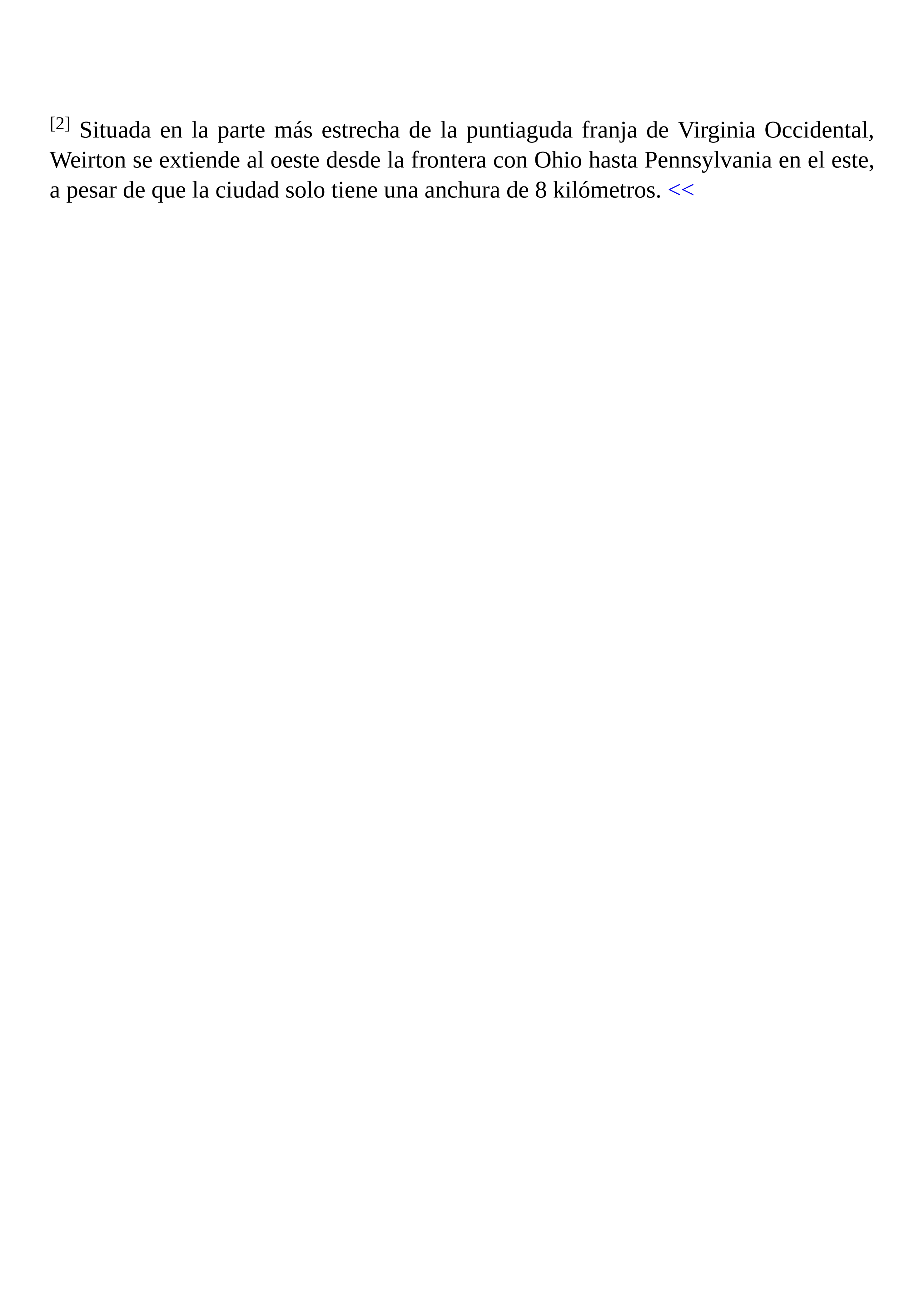
40. La bahía de Fundy.



KENNETH WAYNE «KEN» JENNINGS III (Washington, USA, 1974). Ingeniero, autor de libros y «concursante profesional» en concursos televisivos en Estados Unidos, ostentando el récord de ganancias en *Jeopardy!* (un concurso con preguntas tipo trivia que abarcan numerosos temas entre los que se incluye historia, idiomas, literatura, cultura popular, bellas artes, ciencias, geografía, y deportes), lo que supuso un hito televisivo. Tras su victoria ha escrito libros sobre su experiencia en dicho concurso y sobre el mundo del trivial y se ha prodigado en otros programas televisivos del estilo, siendo actualmente la segunda persona que más ganancias ha obtenido participando en concursos televisivos estadounidenses.

Notas

[1] Pat Conroy, *El príncipe de las mareas* (Nueva York: Dial, 1986), p. 1. <<



[2] Situada en la parte más estrecha de la puntiaguda franja de Virginia Occidental, Weirton se extiende al oeste desde la frontera con Ohio hasta Pennsylvania en el este, a pesar de que la ciudad solo tiene una anchura de 8 kilómetros. <<

[3] En ocasiones, este «honor» ha sido reivindicado por Vulcan Point, en el lago Taal en Filipinas. Pero si introducimos en cualquier mapa de Internet las coordenadas 69. 793° N, 108.241° W, veremos que la isla sin nombre en un lago de una isla en un lago de la isla Victoria en Canadá es mucho mayor. <<

[4] Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas* (Madrid: Ediciones Cátedra, 2005. Trad. de Araceli García Ríos). <<

[5] Personalmente, mi favorita ha sido siempre Bir Tawil, una minúscula porción de desierto de forma trapezoidal en la frontera entre Egipto y Sudán que, debido a un tratado internacional, no puede ser reclamada por ningún país. (A causa de razones complejas que se remontan al acuerdo del condominio anglo-egipcio de 1899, tanto Egipto como Sudán perderían su derecho a reclamar una parte del territorio mucho más atractiva denominada Triángulo de Hala'Ib en caso de reclamar Bir Tawil). En consecuencia, Bir Tawil es una de las últimas porciones de *terra nullius*, tierra que no pertenece a nadie, que quedan en el mundo. <<

[6] Este tipo de fama tiene un inconveniente, tal como descubrió *The Boston Globe* en 2001 al escribir una reseña sobre Karen Keller, la única habitante de Hibberts Gore. La oficina del censo no emite información demográfica sobre particulares, pero sí la *media* del total de todos los pueblos y ciudades, lo que significa que el salario de Keller, por ejemplo, se publicó al referirse a los ingresos medios de Hibberts Gore. <<

[7] Cindy Rodriguez, «Population: 1», *The Boston Globe*, 19 de abril de 2001. <<

[8] Yasser Arafat declaró una vez que se pasaba una hora al día doblando su kufiyya (pañuelo para la cabeza) para que pareciese un mapa de su anhelado Estado palestino, demostrando a todo el mundo que Palestina estaba siempre en su cabeza, ¡literalmente! No creo que el pueblo tailandés estuviera siempre en la mente de Gorby, pero esa era la impresión que daba sin querer a todos los fanáticos de los mapas. <<

[9] Said K. Aburish, *Arafat: From Defender to Dictator* (Nueva York: Bloomsbury, 1998), p. 82. <<

[10] Los mapas hipsométricos han caído en desuso entre muchos cartógrafos, los cuales consideran que inducen a error. Los lectores asumen a menudo que los matices hipsométricos representan vegetación, no elevaciones. Sin embargo, en este tipo de mapas el más árido desierto puede aparecer dibujado en color verde si está suficientemente bajo. Por el contrario, tierras altas cubiertas de vegetación pueden ser de un color beige apagado. <<

[11] Stephanie Meece, «A Bird’s Eye View—of a Leopard’s Spots», *Anatolian Studies* 56 (2006), pp. 1-16. <<



[12] Angus Stocking, «The World’s Oldest Map», *The American Surveyor*, junio de 2006. <<

[13] Una de las razones de estos grandes intervalos es que muchos mapas antiguos, a pesar de haber sido profusamente utilizados, no han sobrevivido hasta nuestros días. La cronología es irregular y fragmentada por la misma razón que, pongamos, un cromo de béisbol de Honus Wagner o el primer ejemplar de *Action Comics* son tan valiosos. Porque todas las madres los tiraron a la basura. Del mismo modo que la elaboración de mapas es una ciencia de omisiones, ya que el cartógrafo no puede incluir todo en el mapa, por muy tentador que parezca, también la historia de los mapas es una serie de lagunas y omisiones. <<

[14] Margaret Drabble, *The Pattern in the Carpet: A Personal History with Jigsaws* (Nueva York: Houghton Mifflin Harcourt, 2009), p. 111. <<



[15] Samuel Beckett, *Esperando a Godot* (Barcelona: Tusquets Editores, 1995. Trad. de Ana María Moix). <<

[16] Carta a Charles Darwin, 1 de febrero de 1846. *The Correspondence of Charles Darwin: 1844-1846* (Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1987), p. 283. <<

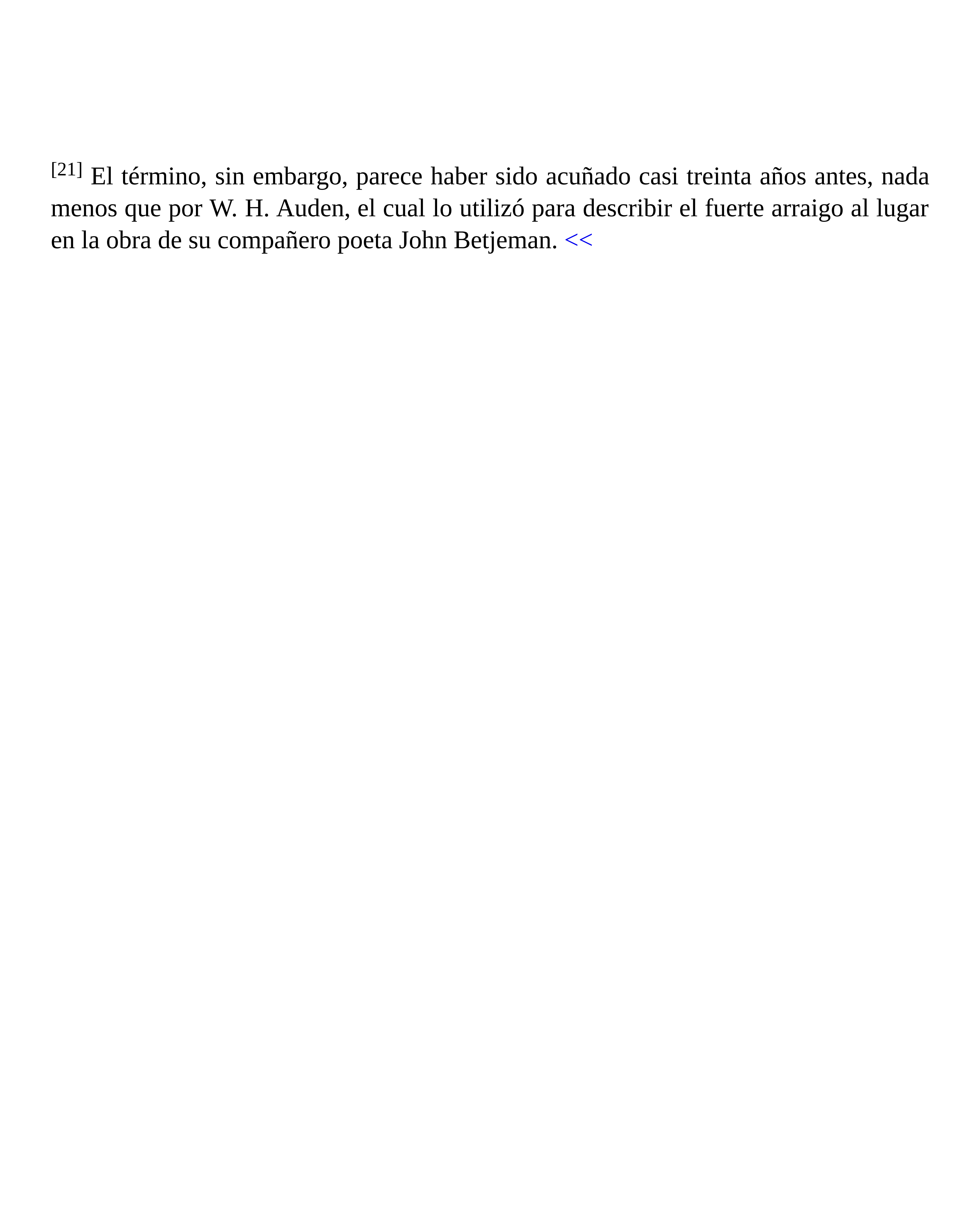
[17] Citado en Edward Relph, *Place and Placelessness* (Londres: Pion, 1976), p. 43. <<

[18] James Joyce, *A Portrait of the Artist as a Young Man* (Nueva York: Norton, 1916/2007), p. 13. <<



[19] Peirce Lewis, «Beyond Description», *Annals of the Association of American Geographers* 75, nº 4 (diciembre de 1985), pp. 465-477. <<

[20] *Topophilia: A Study of Environmental Perception, Attitudes and Values* (Nueva York: Prentice Hall, 1974). <<



[21] El término, sin embargo, parece haber sido acuñado casi treinta años antes, nada menos que por W. H. Auden, el cual lo utilizó para describir el fuerte arraigo al lugar en la obra de su compañero poeta John Betjeman. <<

[22] Introducción a John Betjeman, *Slick but Not Streamlined* (Nueva York: Doubleday, 1947), p. 11. <<

[23] Citado en Gianni Granzotto, *Christopher Columbus* (Nueva York: Doubleday, 1985), p. 57. <<

[24] Citado en Henry Vignaud, *Toscanelli and Columbus* (Londres: Sands, 1902), p. 220. <<

[25] El coste de perderse en un territorio desconocido era mucho mayor hace siglos, ya que podías ser asaltado o naufragar o ser devorado por lobos hambrientos si te desviabas del camino. G. Malcolm Lewis sostiene que los mapas eran la forma en que la humanidad se vacunaba contra el miedo a lo desconocido: al mirar el mapa de un nuevo territorio te obligabas a enfrentarte a tu miedo mediante la terapia conductual que actualmente podríamos denominar insensibilización. <<

[26] Eleanor A. Maguire et al., «Navigation-related Structural Change in the Hippocampi of Taxi Drivers», *Proceedings of the National Academy of Sciences* 97, nº 8 (11 de abril de 2000), pp. 4398-4403. <<

[27] Rápido, ¿Los Ángeles está al este o al oeste de Reno? ¿Cuál es el primer estado de Estados Unidos con el que te toparías si viajases hacia el norte desde Ecuador, en la costa oeste de Sudamérica? Las respuestas (este y Florida respectivamente) pueden parecer contrarias a la intuición si nunca has visto este tipo concreto de rompecabezas geográficos con anterioridad. Los errores subyacentes son aquí el resultado de la incapacidad de nuestro cerebro para recordar y gestionar las relaciones diagonales. En nuestra representación mental las simplificamos, de manera que California está al oeste de Nevada y Sudamérica al sur de Norteamérica, cuando en realidad la relación es mucho menos rectilínea. <<

[28] Barbara Tversky, «Distortions in Memory for Maps», *Cognitive Psychology* 13 (1981), pp. 407-433. <<

[29] El geógrafo holandés Harm de Blij afirma que, contrariamente a lo que cabría esperar, los norteamericanos tienen un sentido innato de la orientación mucho mejor que los europeos, porque los norteamericanos tienen más experiencia en orientarse en ciudades ordenadas y cuadriculadas. Al parecer, las calles sinuosas y adoquinadas no agudizan la habilidad de las personas, solo les hacen dar aspavientos, gritar «Zut alors!», «Achs du lieber!» o cosas así, y desistir. <<

[30] Harm de Blij, *Why Geography Matters* (Nueva York: Oxford University Press, 2005), p. 27. <<

[31] La mayoría de estas conclusiones sobre niños y mapas proceden del trabajo de Lynn S. Liben en Penn State. Un buen resumen del mismo se encuentra en su obra «The Road to Understanding Maps», *Current Directions in Psychological Science* 18, nº 6 (diciembre de 2009), pp. 310-315. <<



[32] Esta idea ya pasada de moda se anticipó perfectamente en la teoría de la «cartografía natural» de James Blaut. <<

[33] David Woodward y G. Malcolm Lewis, *The History of Cartography*, vol. 2, libro 3 (Chicago: University of Chicago Press, 1998), p. 4. <<

[34] Por el psicólogo conductual de Berkeley, Edward Tolman. <<

[35] Muchos de esos ejemplos de orientación proceden de Colin Ellard, *You Are Here: Why We Can Find Our Way to the Moon but Get Lost in the Mall* (Nueva York: Doubleday, 2009). La anécdota de la pardela aparece en Rosario Mazzeo, «Homing of the Manx Shearwater», *The Auk* 70, nº 2 (abril de 1953), pp. 200-201. <<

[36] Stéphan Reebs, *Fish Behavior in the Aquarium and in the Wild* (Ithaca, N. Y.: Cornell University Press, 2001), p. 84. <<

[37] Durante muchos años, la impresionante capacidad de orientación de las hormigas del desierto de Túnez fue uno de los mayores misterios del reino animal. La mayoría de las especies de hormigas encuentran el camino a casa siguiendo el rastro del olor dejado por otras hormigas, pero eso no sirve en el ventoso y arenoso Sáhara. Un zoólogo suizo llamado Rüdiger Wehner dedicó años a tratar de descifrar el secreto de los odorímetros internos de las hormigas mediante una serie de ingeniosos experimentos. Con el fin de averiguar si las hormigas calculan las distancias basándose en el «flujo óptico», la velocidad a la que pasa el paisaje que les rodea, les bloqueó la visión con minúsculas «vendas» de pintura. Para averiguar si juzgan las distancias basándose en un esfuerzo metabólico, a cada una le colocó una mochila diminuta. Por último, su equipo decidió alterar la longitud de los pasos de las hormigas colocándoles unos zancos minúsculos hechos de pelos de cerdo. ¡Sorpresa! Las hormigas que avanzaban con zancos se apartaron por completo de su destino, demostrando a los investigadores que las hormigas calculan la distancia recorrida contando sus pasos de forma instintiva. Lo mejor de todo es que ahora los investigadores tienen una encantadora colección de accesorios de moda a medida de las hormigas para cualquier ocasión. <<

[37] Este experimento fue realizado por primera vez por Emil Menzel en SUNY-Stony Brook. Véase «Chimpanzee spatial memory organization», *Science* 182, nº 4115 (30 de noviembre de 1973), pp. 943-945. <<

[39] Probablemente habrás leído que la Gran Muralla China es el único objeto realizado por el hombre visible desde el espacio, pero es una bobada. Los astronautas del proyecto Mercurio declararon haber visto toda clase de cosas, desde trenes hasta monasterios tibetanos, pasando por refinerías de petróleo. Cuando Gordon Cooper informó a Houston que estaba viendo un camión de gran tonelaje avanzando por una autopista de Texas, la NASA dio por sentado que estaba sufriendo una alucinación, hasta que los operarios investigaron posteriormente y lograron identificar el camión en cuestión. <<



[40] «Log of Glenn’s Historic Day Circling Globe», *Chicago Daily Tribune*, 21 de febrero de 1962. <<

[41] Muchos de estos bellos mapas aparecen reproducidos en Katharine Harmon, *You Are Here: Personal Geographies and Other Maps of the Imagination* (Princeton, N. J.: Princeton Architectural Press, 2003). El homenaje a Matt Groening se encuentra en el libro más grande que tengo: *Kramer's Ergot 7* (Oakland, Calif.: Buenaventura Press, 2008). <<

[42] La ensoñadora poesía de *terza rima* de Dante no se presta realmente a la cartografía, pero, no obstante, concebir mapas «precisos» de su Infierno, Purgatorio y Paraíso se convirtió en un pasatiempo popular durante el Renacimiento que atrajo a luminarias como Botticelli y Galileo. Se trataba de una actividad académica digna de mejor causa, igual que sucede con los «Sherlockianos» actuales, los cuales escriben impasibles tratados eruditos sobre Holmes y Watson como si se tratase de personajes históricos reales. <<

[43] «Third Culture Kids: Focus of Major Study», *Newslinks* 12, nº 3 (enero de 1993), p. 1. Ahora que el propio presidente de Estados Unidos es un niño de la tercera cultura, el término parece algo menos exótico. <<

[44] También existe un Riverside, Delaware, un Centerville, Delaware, y un Fairview, Delaware; pero eso era de esperar. Según el Sistema de Información de Nombres Geográficos de Estados Unidos, Riverside, Centerville y Fairview son los nombres de lugares más comunes en Estados Unidos. <<

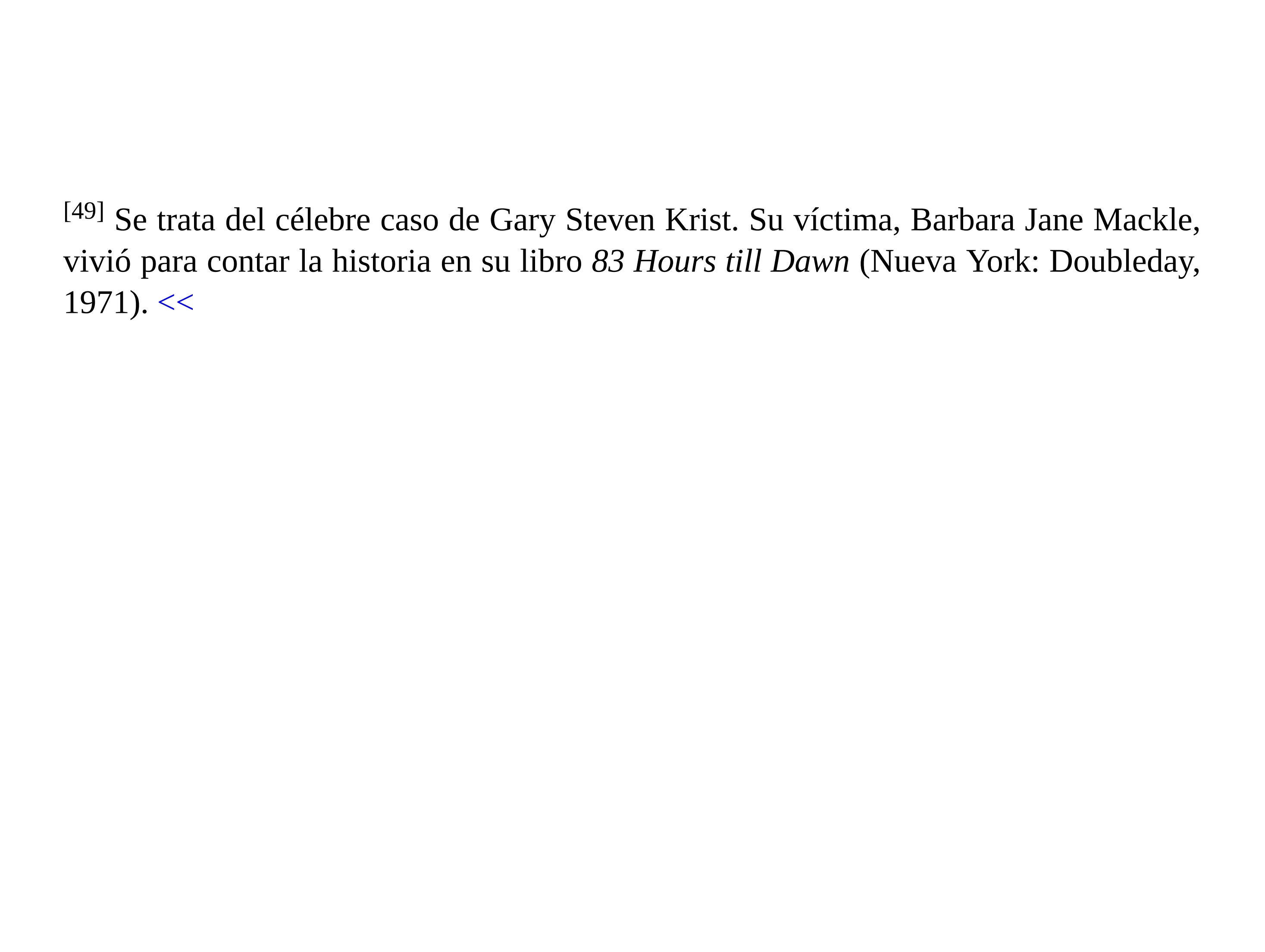
[45] Simone Weil, *The Need for Roots: Prelude to a Declaration of Duties Toward Mankind* (Boston: Beacon Press, 1955), p. 42. <<

[46] Steve Neal, «A Casual Approach Amid Controversy», *Chicago Tribune*, 9 de enero de 1983. <<

[47] La mejor versión de su trascendental encontronazo con la fama es el artículo escrito por el mismo sobre el tema: «Place Name Ignorance Is National News», *Journal of Geography* 82 (julio-agosto de 1983), pp. 176-178. <<

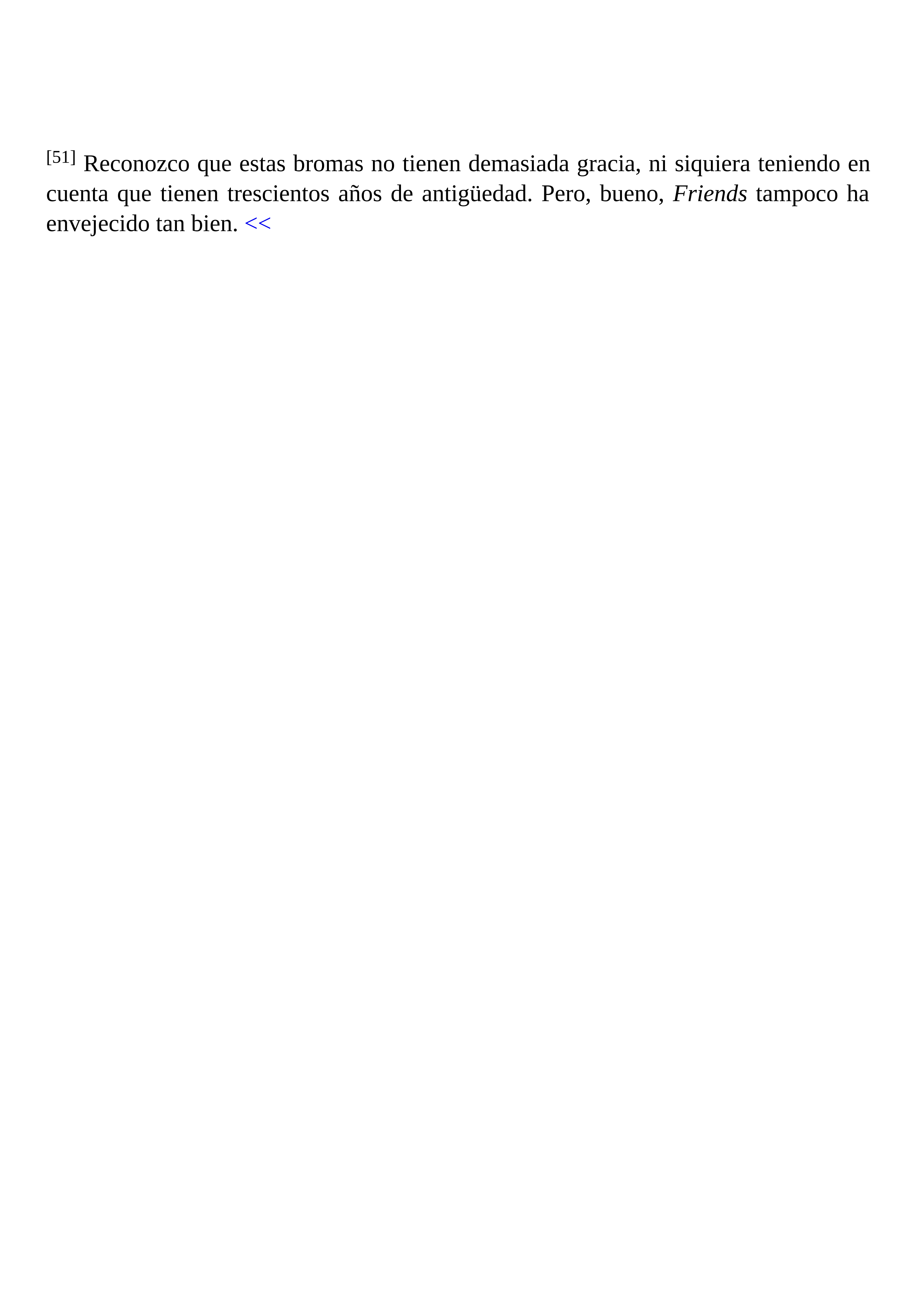


[48] Bueno, prácticamente. Incluso en 1983, casi nadie miraba el programa matinal de la CBS. <<



[49] Se trata del célebre caso de Gary Steven Krist. Su víctima, Barbara Jane Mackle, vivió para contar la historia en su libro *83 Hours till Dawn* (Nueva York: Doubleday, 1971). <<

[50] Citado en «Old Maps and New», *Blackwood’s Edinburgh Magazine* 94, nº 577 (noviembre de 1863), pp. 540-553. <<



[51] Reconozco que estas bromas no tienen demasiada gracia, ni siquiera teniendo en cuenta que tienen trescientos años de antigüedad. Pero, bueno, *Friends* tampoco ha envejecido tan bien. <<

[52] En *Years of Renewal* (Nueva York: Touchstone, 1999), p. 72, citado en De Blij, *Why Geography Matters*, p. 13. <<

[53] www.snopes.com/politics/obama/57states.asp. <<



[54] Lourdes Heredia, «Spain Puzzled by McCain Comments», *BBC News*, 18 de septiembre de 2008. <<



[55] Frank Rich, «The Moose Stops Here», *The New York Times*, 16 de noviembre de 2008. <<



[56] Una búsqueda en YouTube de «al franken map» da como resultado al menos tres vídeos que abarcan veinte años. <<

[57] Mi opinión sobre los conocimientos de geografía de los famosos se forjó cuando veía de pequeño el concurso *Win, Lose, or Draw (Gana, Pierde o Empata)*, un clon del *Pictionary* producido nada más y nada menos que por Burt Reynolds. Cuando la pista era un lugar de Estados Unidos, el famoso invitado —ya fuese Tony Danza, Som DeLuise o Loretta Swit— empezaba siempre dibujando en su caballete exactamente el mismo «mapa»: una forma vagamente rectangular que casi salía por la parte inferior derecha debido a la presencia de una gigantesca y fálica Florida. <<

[58] Rebecca Traister, «Miss Dumb Blond USA?», Salon.com, 29 de agosto de 2007. Upton explotó más adelante su ignorancia geográfica en el *reality show* de viajes de la CBS *The Amazing Race*; ella y su novio Brent acabaron en tercer lugar. <<

[59] Andrew Dickson White, *Autobiography*, vol. 1 (Nueva York: Century, 1905), p. 258. <<



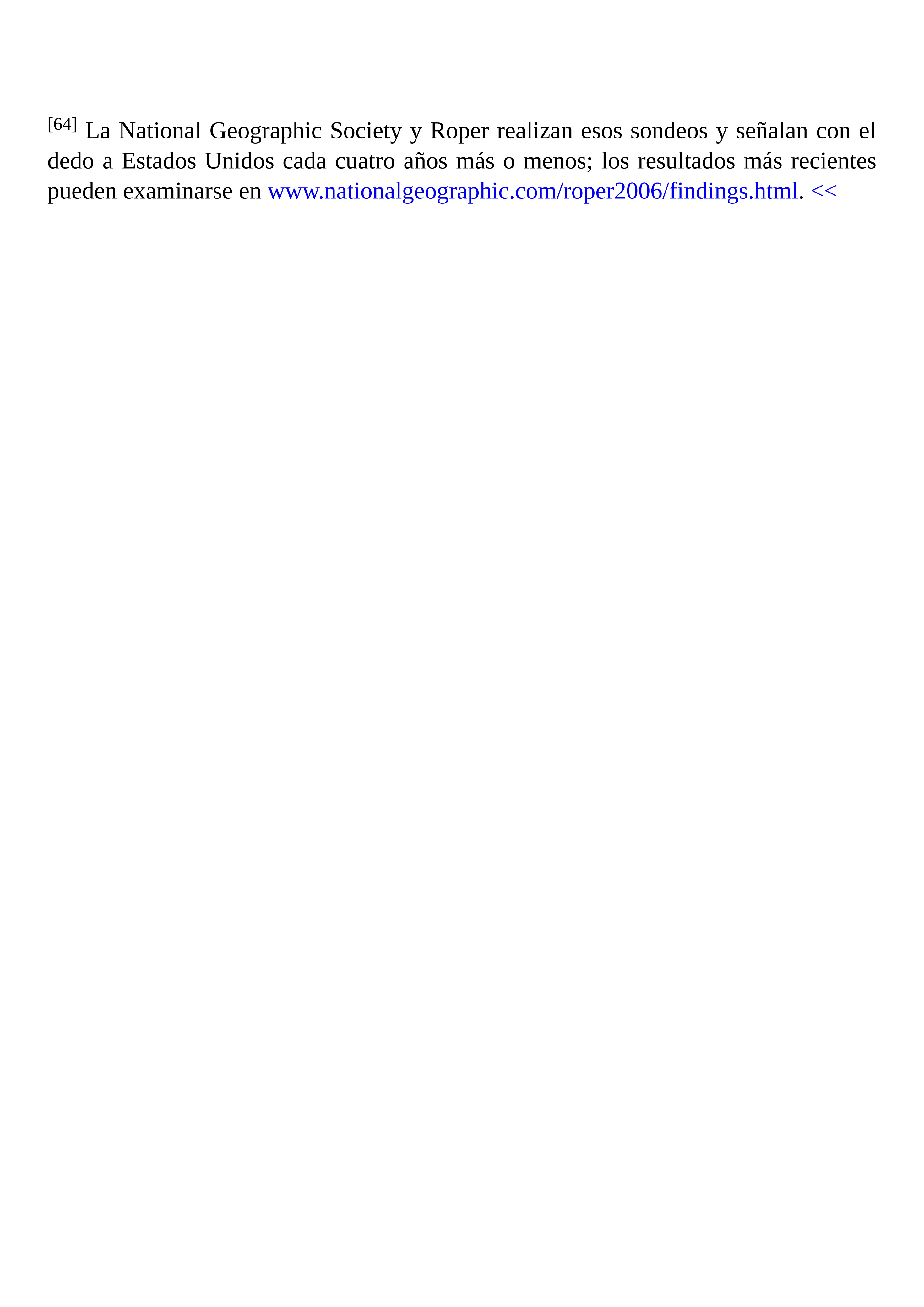
[60] Howard Wilson, «Americans Held Lax on Geography», *The New York Times*, 2 de enero de 1942. <<

[61] Kenneth J. Williams, «A Survey of the Knowledge of Incoming Students in College Geography», *Journal of Geography* 51, nº 4 (abril de 1952), pp. 157-162. <<

[62] Cuando los medios de comunicación muestran un interés desproporcionado en una historia, te enterarás de ella, sea noticiable o no. Un ejemplo me viene a la cabeza inmediatamente: yo estaba convencido de que mi permanencia durante seis meses en el concurso televisivo *Jeopardy!* en 2004 constituía únicamente una curiosa noticia de interés local, de la que solo serían conscientes mis amigos cercanos. Había pasado por alto un hecho: los locos de los concursos televisivos, por lo demás inempleables, a menudo se convierten en expertos en cultura popular y personalidades radiofónicas al crecer. Así que mi bombazo en *Jeopardy!* se convirtió en un tema central en *blogs* y programas de radio, tanto si a alguien más le importaba como si no. <<



[63] «Fifteen Year Follow-up Geography Skills Test Administered in Indiana, 1987 and 2002», *Journal of Geography* 108, nº 1 (enero de 2009), pp. 30-36. <<



[64] La National Geographic Society y Roper realizan esos sondeos y señalan con el dedo a Estados Unidos cada cuatro años más o menos; los resultados más recientes pueden examinarse en www.nationalgeographic.com/roper2006/findings.html. <<



[65] Documental estadounidense de dibujos animados de 1952 en el que una tortuga enseñaba qué hacer en caso de producirse una explosión nuclear. *(N. del T.)*. <<

[66] National Geographic-Roper 2002 Global Geographic Literacy Survey, www.nationalgeographic.com/geosurvey2002/download/RoperSurvey.pdf. <<

[67] Tom Stoppard, *Rosencrantz and Guildenstern Are Dead* (Nueva York: Grove, 1967), p. 108. <<

[68] De Blij, *Why Geography Matters*, pp. 15, 45. <<

[69] Esto puede parecer un poco tonto, pero los mapas locales han aportado a menudo información decisiva a los servicios de inteligencia. A finales de los años ochenta, por ejemplo, los mapas de Irak empezaron a clasificar a Kuwait como la decimonovena provincia iraquí, señal anticipada de conflicto años antes de la llegada de los tanques. <<

[70] Arthur Jay Klinghoffer, *The Power of Projections: How Maps Reflect Global Politics and History* (Westport, Conn.: Praeger, 2006), p. 126. <<

[71] Estas estadísticas han sido extraídas de libros escritos sobre los niños actuales sobreprotegidos y que odian el aire libre, especialmente Lenore Skenazy, *Free Range Kids: Giving Children the Freedom We Had Without Going Nuts with Worry* (San Francisco: Jossey-Bass, 2009) y Richard Louv, *Last Child in the Woods: Saving Our Children from Nature-Deficit Disorder* (Chapel Hill, N. C.: Algonquin, 2005), y sus correspondientes páginas web. <<



[72] «The Walk Felt ’Round the World», *The Commercial Dispatch*, 23 de marzo de 2009. <<



[73] Nancy Gibbs, «The Growing Backlash Against Overparenting», *Time*, 20 de noviembre de 2009. <<

[74] Oliver Pergams y Patricia A. Zaradic, «Evidence for a Fundamental and Pervasive Shift Away from Nature-Based Recreation», *Proceedings of the National Academy of Sciences* 105, nº 7 (19 de febrero de 2008), pp. 2295-2300. <<

[75] Craig Lambert, «Nonstop», *Harvard Magazine*, marzo-abril de 2010. <<



[76] Julie Henry, «Countryside Ban for Children Because Mums Cannot Read Maps and Hate Mud», *The Daily Telegraph*, 20 de febrero de 2010. <<

[77] James Prior, *Memoir of the Life and Character of the Right Hon. Edmund Burke*, vol. 1 (Londres: Baldwin, Cradock, and Joy, 1826), p. 512. <<

[78] David N. Livingstone, *The Geographical Tradition: Episodes in the History of a Contested Enterprise* (Oxford, Inglaterra: Blackwell, 1992), p. 311. <<



[79] Mark Monmonier, *How to Lie with Maps* (Chicago: University of Chicago Press, 1996), p. XI. <<



[80] Jean-Jacques Rousseau, *Emilio o de la educación* (Madrid: Alianza Editorial, 2011. Trad. de Mauro Armiño). <<

[81] Peirce Lewis, «Beyond Description», *Annals of the Association of American Geographers* 75, nº 4 (diciembre de 1985), pp. 465—477. <<

[82] «Old Maps and New», p. 540. <<

[83] «Cool Survey Results from Nokia Maps Guys», Nokia «Conversations» blog, http://blogs.windows.com/devices/2008/11/26/cool-survey-results-from-nokia-maps-guys/. <<



[84] Richard Serrano y Mark Fineman, «Army Describes What Went Wrong for Jessica Lynch's Unit», *Los Angeles Times*, 10 de julio de 2003. <<



[85] «Graphicacy Should Be the Fourth Ace in the Pack», *The Cartographer* 3, nº 1 (junio de 1966), pp. 23-28. <<

[86] *In Search of Pedagogy*, vol. 1 (Nueva York: Routledge, 2006), p. 36. <<

[87] Robert Harbison, *Eccentric Spaces* (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1977/2000), p. 124. <<

[88] Y, ¿por qué no? No hay ninguna razón mágica para que nuestro hemisferio esté en la parte superior, aparte de nuestra insidiosa preponderancia norteña. Los mapas medievales estaban habitualmente alineados, de manera que el este estaba arriba, razón por la cual utilizamos la palabra «oriente» tanto para referirnos al «este» como para «alinear espacialmente» (orientar). La famosa foto realizada por la NASA de la «gran canica azul» en la que aparece la Tierra desde el espacio, tenía el sur en la parte superior cuando fue tomada, así que la agencia le dio la vuelta para publicarla. <<



[89] «Geography Catches Up», Comunicado de prensa de National Geographic, 14 de julio de 2005. <<

[90] Barry Lopez, «The Mappist», en *Light Action in the Caribbean* (Nueva York: Knopf, 2000), p. 159. <<

[91] Esta infortunada expedición —la única vez, por lo que yo sé, que un presidente de Estados Unidos ha derrotado a una bacteria carnívora— está narrada con fascinante lujo de detalles en Candice Millard, *The River of Doubt: Theodore Roosevelt's Darkest Journey* (Nueva York: Anchor, 2006). <<



[92] «From the Halls of Montezuma / To the Shores of Tripoli», así empieza la letra del himno del cuerpo de Marines de Estados Unidos. *(N. del T.)*. <<

[93] Los mapas de la nieve y de Normandía, entre muchos otros, pueden encontrarse en Jeremy Harwood, *To the Ends of the Earth: 100 Maps That Changed the World* (Newton Abbott, Devon: Davis & Charles, 2006). <<

[94] En 1942, la BBC pidió a sus oyentes que enviaran postales y fotos de vacaciones anteriores a la guerra de las playas de Europa. Llegaron siete millones, las cuales mostraban líneas de costa desde Noruega hasta los Pirineos, y sirvieron para que Normandía fuera el lugar elegido para el primer desembarco. <<

[95] John Noble Wilford, *The Mapmakers* (Nueva York: Vintage, 2000), p. 427. <<

[96] Ralph E. Ehrenberg, *Library of Congress Geography and Maps: An Illustrated Guide* (Washington, D. C.: Library of Congress, 1996). <<

[97] Mark Monmonier, *How to Lie with Maps* (Chicago: University of Chicago Press, 1996), p. 127. <<

[98] James R. Akerman y Robert W. Karrow, Jr., eds., *Maps: Finding Our Place in the World* (Chicago: University of Chicago Press, 2007), p. 156. El único mapa completamente vacío del Gran Lago Salado es, según creo, el 41112C6, conocido como «Rozel Point SW», pero hay otros que muestran únicamente un puente de ferrocarril o una línea fronteriza. <<

[99] Ibíd., p. 137. <<

[100] Los cartógrafos británicos utilizaban todos los trucos posibles para que el imperio pareciera mejor y más grande. Una proyección cilíndrica elegida cuidadosamente hacía que Canadá aumentase varias veces su tamaño real, por ejemplo, y algunos mapas extendían incluso el globo 420 grados, de manera que Australia y Nueva Zelanda apareciesen dos veces, una en cada extremo del mapa. <<



[101] Se trataba del «Mapa del Mundo del Imperio Británico», la creación del profesor canadiense George Parkin. Klinghoffer, *The Power of Projections*, p. 79. <<

[102] Puede verse una comparativa en «Disputed Territory? Google Maps Localizes Borders Based on Local Laws», Mesa redonda sobre motores de búsqueda, 1 de diciembre de 2009, www.seroundtable.com/archives/021249.html. <<



[103] Nadav Shragai et al., «Olmert Backs Tamir's Proposal to Include Green Line in Textbook Maps», *Ha'aretz*, 12 de junio de 2006. <<

[104] La mayoría de los turistas no sabrán nunca que la ubicación de las Cuatro Esquinas no es solo desértica, sino completamente arbitraria. El monumento actual es el resultado de un estudio inexacto del siglo XIX, y se encuentra a 550 metros al este del auténtico cuadripunto ordenado por el Congreso en 1863. El punto «verdadero», por si alguien tiene curiosidad, se encuentra en un lugar igualmente desértico, pero en el que hay menos puestos de souvenirs en los que se venden mantas de los indios navajos. <<



[105] Elizabeth White, «Four Corners Marker Is Off Target», *Denver Post*, 23 de abril de 2009. <<

[106] En su divertidísimo *Map Addict* (Londres: Collins, 2009), p. 131. *Map Addict* fue publicado mientras yo escribía este libro y es una versión muy británica del compromiso de un loco de los mapas. <<

[107] James W. Loewen, *Lies Across America: What Our Historic Sites Get Wrong* (Nueva York: Touchstone, 2007), p. 39. <<



[108] «Dago», «Chink» y «Polack» son formas despectivas de referirse a italianos, chinos y polacos, respectivamente. *(N. del T.)*. <<

[109] Mark Monmonier, *From Squaw Tit to Whorehouse Meadow: How Maps Name, Claim, and Inflame* (Chicago: University of Chicago Press, 2006), p. 64. El libro de Monmonier es una excelente investigación sobre los topónimos políticamente incorrectos y los problemas que acarrean. <<

[110] El libro —*Theatrum Orbis Terrarium* o «Teatro del Mundo»— es considerado actualmente el primer atlas mundial moderno. Si Ortelius se hubiera salido con la suya, los atlas actualmente se denominarían «teatros», pero, en cambio, optamos por la nomenclatura de su amigo Gerardus Mercator. Este dedicó su libro a Atlas —no al titán que sostenía los cielos sobre sus hombros, sino a otro personaje mítico del mismo nombre, un rey filósofo fenicio de quien se decía que había inventado el primer globo terráqueo—. <<

[111] Wilford, *The Mapmakers*, p. 165. <<

[112] Hablando de Ortelius y de continentes: el cartógrafo fue también la primera persona en plantear la teoría de la deriva continental, basándose en cómo parecen encajar las costas de África y Sudamérica. ¡Sin embargo, son otros los que se han llevado la fama, ya que las anotaciones de Ortelius de 1596 sobre el tema no se descubrieron hasta 1994! <<

[113] James Romm, «A New Forerunner of Continental Drift», *Nature* 367 (3 de febrero de 1994), pp. 407-408. <<

[114] Literalmente, «Puta tetuda», «Culo áspero», «Rabo húmedo», «Teta del Este» y «Juego de polla». *(N. del T.)*. <<

[115] La mayoría de los ejemplos los he sacado del ingenioso libro de David Jouris *All over the Map: An Extraordinary Atlas of the United States* (Berkeley: Ten Speed Press, 1994). Si buscas mapas de Estados Unidos que describen 75 nombres de localidades relacionados con la Navidad o 250 poblaciones con nombres de escritores famosos, este es tu libro. <<

[116] El cruce de la piel de gallina. *(N. del T.)*. <<

[117] Temblor de queso. *(N. del T.)*. <<



[118] Meic Stephens, *The Oxford Companion to the Literature of Wales* (Oxford: Oxford University Press, 1986), p. 354. <<

[119] Thorpe era natural de Oklahoma y nunca había puesto un pie en Mauch Chunk, pero, en 1953, la municipalidad de Pennsylvania compró desvergonzadamente los restos mortales del atleta a su viuda y construyó un impresionante monumento en su memoria con la esperanza de seguir en el mapa a pesar de que su industria del carbón estaba agonizando. <<

[120] William Drenttel, «What Ever Happened to Half.com, Oregon?», *Design Observer*, 29 de agosto de 2006, www.designobserver.com/observatory/entry.html?entry=4707. <<

[121] «Gambling Site Offers to Buy Town’s Name», *Associated Press*, 26 de septiembre de 2005. <<

[122] «Carretera del ano». *(N. del T.)*. <<



[123] «Residents of “Butt Hole Road” Club Together to Change Street’s Unfortunate Name», *Daily Mail*, 26 de mayo de 2009. <<



[124] En inglés «butt» puede significar, entre otras cosas, tanto «tonel» como «culo». *(N. del T.)*. <<

[125] En la misma línea, la ciudad filipina de Sexmoan (*gemido sexual*) era un destino popular entre los militares estadounidenses tras la Segunda Guerra Mundial, pero todos se llevaban la misma decepción: el nombre no era más que una deformación producida durante la época española de la palabra local «Sasmuan». En 1987, Sexmoan pasó a llamarse oficial y definitivamente Sasmuan. <<



[126] David Usborne, «The Town That Refuses to Be Ashamed of Its Name», *The Independent*, 22 de marzo de 1995. <<

[127] Famish Gut, Cuckolds Cove, Silly Cove y Gayside podrían traducirse por algo así como «Barriga Hambrienta», «Cala de los Cornudos», «Cala de los Tontos» y «Ladera de los Gays», respectivamente. *(N. del T.)*. <<

[128] Harwood, *To the Ends of the Earth*, p. 80. <<

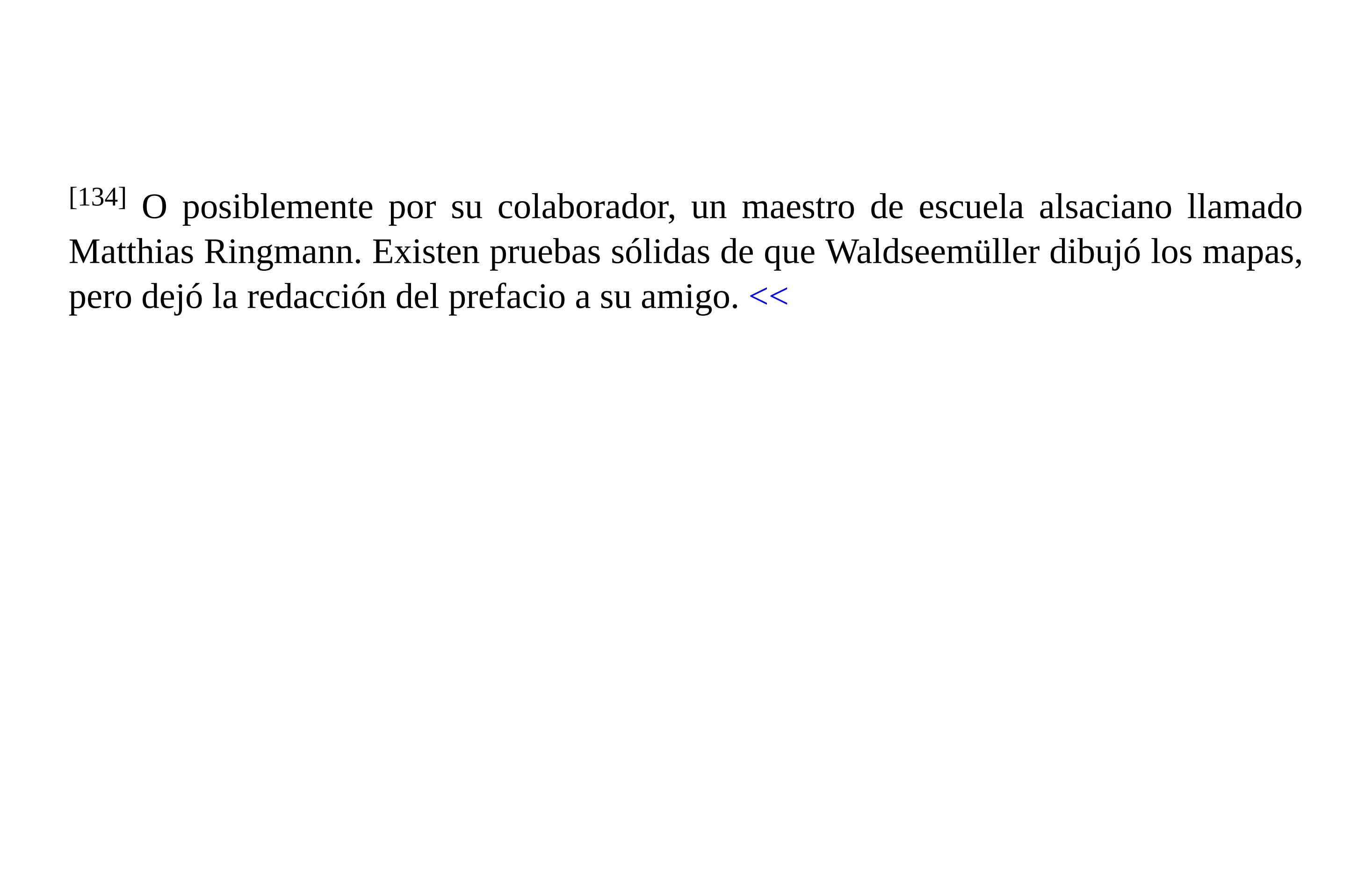
[129] Vincent Virga, *Cartographia: Mapping Civilizations* (Nueva York: Little, Brown, 2007), p. 76. <<

[130] Michael Theodoulou, «Ideological Gulf Enflames Iran», *The Times*, 3 de diciembre de 2004. <<

[131] Tom Hundley, «A Gulf by Other Name», GlobalPost, 15 de marzo de 2010, www.globalpost.com/dispatch/middle-east/100312/persian-gulf-arabian. <<

[132] Marcel Proust, *Swann's Way* (Nueva York: Modern Library, 1913/2003), pp. 550-551. <<

[133] Esta cita y otros detalles históricos acerca de la creación y el descubrimiento del mapa, proceden de Toby Lester, *The Fourth Part of the World: The Race to the Ends of the Earth, and the Epic Story of the Map That Gave America Its Name* (Nueva York: Free Press, 2009). <<



[134] O posiblemente por su colaborador, un maestro de escuela alsaciano llamado Matthias Ringmann. Existen pruebas sólidas de que Waldseemüller dibujó los mapas, pero dejó la redacción del prefacio a su amigo. <<

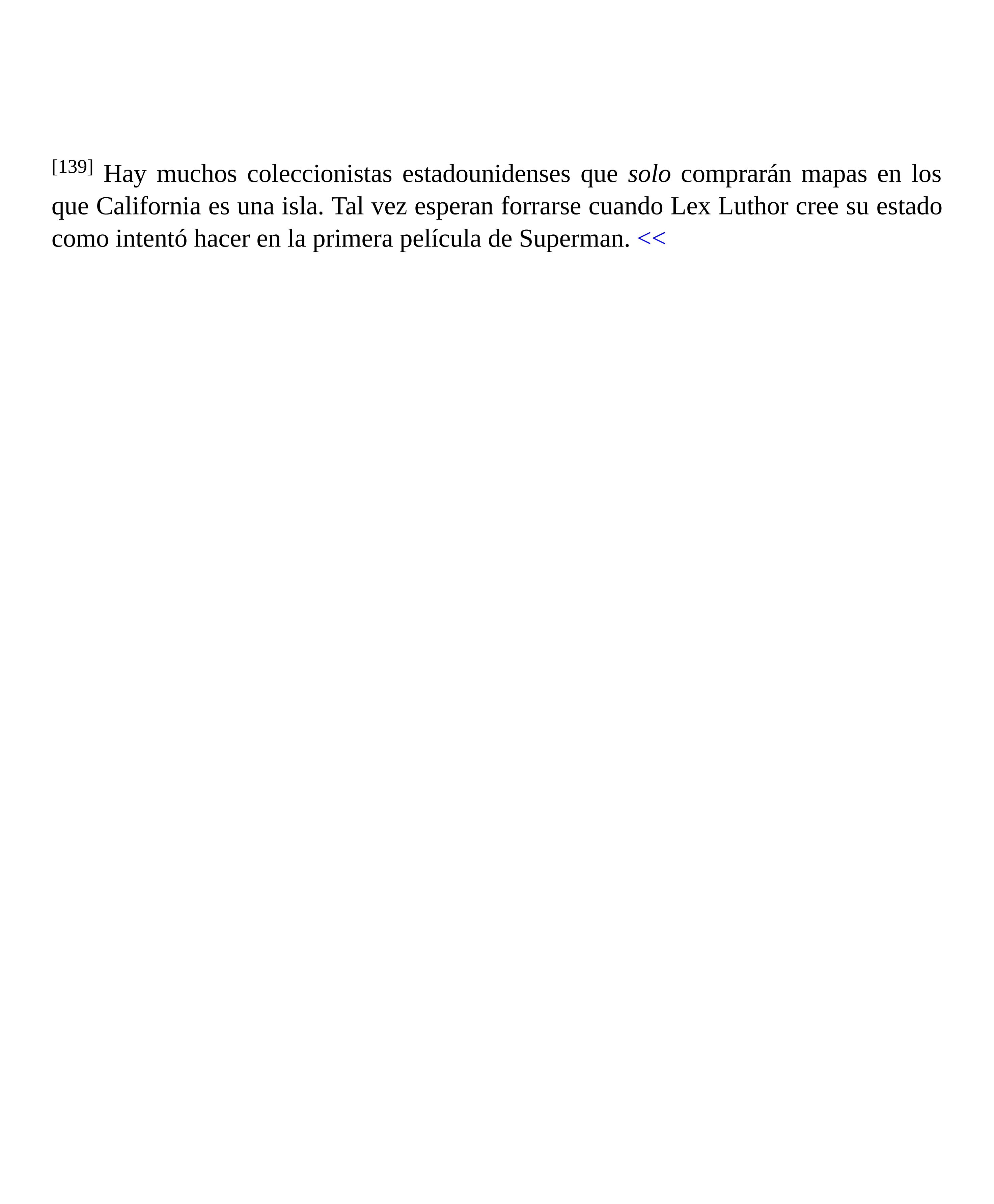
[135] Jack Hitt, «Original Spin: How Lurid Sex Fantasies Gave Us "America"», *Washington Monthly*, marzo de 1993, p. 25. <<

[136] *Biography for Beginners* (Londres: T. W. Laurie, 1905), p. 5. <<

[137] «Million-Dollar Map Tops Julia’s Winter Auction», Antiques and the Arts Online, 9 de febrero de 2010, www.antiquesandthearts.com/million-dollar-map-tops-julia-winter-auction/. <<



[138] En inglés, la palabra «anorak» se utiliza tanto para definir a la prenda de ropa como para referirse a una persona obsesionada por algún tema. *(N. del T.)*. <<



[139] Hay muchos coleccionistas estadounidenses que *solo* comprarán mapas en los que California es una isla. Tal vez esperan forrarse cuando Lex Luthor cree su estado como intentó hacer en la primera película de Superman. <<

[140] En el futuro, sin embargo, cuando las islas desaparezcan de los mapas, ello se deberá probablemente a que también habrán desaparecido del océano. En marzo de 2010, la isla de New Moore, un pequeño punto en la bahía de Bengala, desapareció bajo las aguas a causa del aumento del nivel del mar. India y Bangladesh se habían disputado acaloradamente la propiedad de la isla durante años; ese problema ya está resuelto, pero la zona se enfrenta ahora a problemas más graves. Casi una quinta parte de Bangladesh estará hundida si el nivel del mar aumenta un solo metro durante los próximos cuarenta años tal como predicen algunos modelos climáticos. <<

[141] Raymond H. Ramsey, *No Longer on the Map: Discovering Places That Never Were* (Nueva York: Viking, 1972), p. 215. <<

[142] James R. Akerman y Robert W. Karrow, Jr., eds., *Maps: Finding Our Place in the World* (Chicago: University of Chicago Press, 2007), p. 145. <<

[143] La existencia de esta isla se consideraba artículo de fe por los marinos de la época, aunque ninguno la había visto jamás. Colón llegó incluso a planear atracar allí en su viaje de 1492, y quedó sorprendido al ver que no había nada que descubrir. <<

[144] Vincent Virga, *Cartographia: Mapping Civilizations* (Nueva York: Little, Brown, 2007), p. 24. <<

[145] ¡Brindemos por Francis «chico malo» Billington! Me encanta la idea de un colono rebelde, probablemente con su gran sombrero negro mal colocado y la hebilla de plata sin lustrar. «¿Contra qué te rebelas, Francis?», le preguntarían los ancianos del lugar, y su respuesta sería seguramente: «¿Qué pasa con vosotros?». <<

[146] Descubrí esta maravillosa anécdota en John Noble Wilford, *The Mapmakers* (Nueva York: Vintage, 2000, p. 167) y me enteré del accidentado pasado de Francis en los diarios de Bradford, *The Mayflower Papers* (Londres: Penguin, 2007), p. 120. <<

[147] Virga, *Cartographia*, p. 206. <<

[148] La primera inspección de este tipo tuvo lugar en Francia durante la década de 1670 y fue llevada a cabo por Giovanni Cassini. La tarea resultó de tales proporciones que la finalizaría su *nieto* más de un siglo después. Fue el primer mapa topográfico de toda una nación, pero reveló que la superficie de Francia era mucho menor de la que se le había atribuido siempre. «Su trabajo me ha costado una gran parte de mi Estado», se dice que comentó enfurruñado el rey Luis XIV. Las triangulaciones a gran escala como la de Cassini resultaban demasiado laboriosas como para ser emuladas por otras naciones, así que la ciencia cayó en desuso antes de volver con gran fuerza en la década de 1840 impulsada por, bueno, la mierda. Los nuevos sistemas de saneamiento que se instalaban en las grandes ciudades europeas fueron los primeros proyectos de construcción suficientemente grandes para necesitar la precisión de la trigonometría. <<

[149] Harwood, *To the Ends of the Earth: 100 Maps That Changed the World* (Newton Abbott, Devon: Davis & Charles, 2006), p. 108. <<

[150] Akerman y Karrow, *Maps*, p. 155. <<

[151] De hecho, antes de la Gran Medición Trigonométrica, nadie tenía ni idea de cuál era la montaña más alta del mundo. Cuando el topógrafo general Andrew Waugh publicó por primera vez en 1856 la altura del Everest, anunció que medía 29 002 pies (8839,81 metros) por encima del nivel del mar. De hecho, los topógrafos habían calculado 29 000 pies (8839,2 metros) exactamente, pero Waugh temía que nadie creyese una cifra tan sospechosamente redonda. <<

[152] Harwood, *To the Ends of the Earth*, p. 125. <<

[153] Clements R. Markham, *Major James Rennell and the Rise of Modern English Geography* (Londres: Cassell, 1895), p. 48. <<

[154] La extraordinaria historia de Singh ha sido contada muchas veces; yo me he referido aquí al capítulo sobre los expertos de John Noble Wilford, *The Mapmakers*. <<

[155] Los británicos tomaron una palabra hindi que significaba «instruido» para describir a estos exploradores nativos, y de ella derivó la palabra moderna para referirse a todo aquel que se autoproclama experto. Los llamaron «pundits» (expertos). <<

[156] Charles Kendall Adams, *Christopher Columbus: His Life and His Work* (Nueva York: Dodd, Mead, and Co., 1892), p. 20. <<

[157] C. Edwards Lester, *The Life and Voyages of Americus Vespucius* (New Haven, Conn.: Horace Mansfield, 1858), p. 70. <<

[158] Gemma Bowes, «Eastern Europe Braced for Palin Effect», *The Observer*, 16 de septiembre de 2007. En la política electoral de Estados Unidos el «efecto Palin» es otra cosa, ¿sabes? <<



[159] Como resultado del robo de un importante mapa llevado a cabo por un espía italiano llamado Alberto Cantino. Harwood, *To the Ends of the Earth*, p. 64. <<



[160] Bill Keller, «Soviet Aide Admits Maps Were Faked for 50 Years», *The New York Times*, 3 de septiembre de 1988. <<

[161] Seúl cuenta con una impresionante densidad de población de 17 219 habitantes por kilómetro cuadrado. Ello equivale al doble de la densidad de Ciudad de México y ocho veces más que la de Nueva York. <<

[162] La mejor explicación del caso Smiley es la ofrecida por Kim Martineau en *Hartford Courant* y por William Finnegan en «A Theft in the Library: The Case of the Missing Maps», *The New Yorker*, 17 de octubre de 2005, pp. 64-78. <<



[163] Se trataba de una copia del mismo mapa de John Smith mencionado en el capítulo anterior, el primero en el que aparece el nombre «Nueva Inglaterra». <<

[164] Lillian Thomas, «Valuable Maps Too Easily Stolen from Books, Libraries», *Pittsburgh Post-Gazette*, 16 de agosto de 2005. <<



[165] Sandra Laville, «British Library Seeks £300,000 Damages from Book Vandal», *The Guardian*, 17 de enero de 2009. <<

[166] Rumsey ha pasado la última década poniendo muchos de los 150 000 mapas de su colección en Internet para que puedan ser consultados gratuitamente en Google Earth. <<

[167] Con el tiempo, esas vitrinas se convirtieron en los primeros museos de historia natural. El médico inglés Hans Sloane, conocido como «el último coleccionista universal» (y, por otra parte, inventor del chocolate con leche), invitaba a personajes importantes a su casa de Bloomsbury para que observasen su colección. (Durante una de esas visitas, el compositor Händel lo enfureció al colocar una magdalena con mantequilla sobre un manuscrito medieval de incalculable valor). A su muerte, legó su colección a la Corona, y así fue como se fundó el Museo Británico. <<

[168] Philipp Blom, *To Have and To Hold: An Intimate History of Collectors and Collecting* (Nueva York: Overlook, 2003), p. 82. <<



[169] De inventarios que encontré en el libro de Blom, así como en Umberto Eco, *The Infinity of Lists* (Nueva York: Rizzoli, 2009). <<

[170] En su prólogo a *The English Euclid*. <<

[171] John Aubrey, *Brief Lives* (Oxford, Inglaterra: Clarendon, 1898), p. 329. <<

[172] Jonathan Potter, *Collecting Antique Maps: An Introduction to the History of Cartography* (Londres: Jonathan Potter, 2002), p. 10. <<

[173] Catherine Delano Smith, «Map Ownership in Sixteenth-Century Cambridge», *Imago Mundi* 47, nº 1 (1995), pp. 67-93. <<

[174] James A. Welu, «Vermeer: His Cartographic Sources», *Art Bulletin* 57 (diciembre de 1975), pp. 529-547. <<

[175] Los adinerados compradores del atlas Blaeu de 594 mapas de 1665 pudieron incluso pagar un poco más para que el escudo de armas de su familia apareciese estampado en oro en la cubierta. Qué diferencia con la mala vida que se les da a nuestros atlas actuales, arrugados en los asientos traseros de nuestros coches bajo un alud de recibos de restaurantes de comida rápida (o, si uno tiene hijos pequeños, de galletitas saladas). <<

[176] De hecho, los judíos eran el arma secreta de Portugal en su batalla con España por la supremacía cartográfica, tal como evidencian las letras hebreas utilizadas con mucha frecuencia en sus mapas. Los cartógrafos cristianos estaban limitados por tradiciones bíblicas tan bobas que ni siquiera la Junta Educativa de Texas las seguiría hoy en día, pero en el siglo XVI desvirtuaban constantemente la precisión geográfica. Pensemos, por ejemplo en 2 Esdras 6:42, que empieza así: «El tercer día ordenaste a las aguas que se reunieran en la séptima parte de la tierra y que dejaran secas las otras seis partes». Este texto se interpretaba de manera que solo una séptima parte de la tierra estaba cubierta por agua, prácticamente lo contrario a lo que sucede en realidad. Según los mapas medievales, el tamaño de los océanos era muy inferior al real, con potenciales consecuencias catastróficas para los navegantes. <<

[177] Daniel Boorstin, *The Discoverers* (Nueva York: Vintage, 1985), p. 148. <<

[178] C. S. Lewis, *The Voyage of the Dawn Treader* (Nueva York: HarperCollins, 1952), p. 5. <<

[179] Los recuerdos de los Wright sobre su padre pueden encontrarse en la introducción de Sylvia Wright a la segunda edición de *Islandia* (Nueva York: Rinehart, 1958). <<

[180] Actualmente a Sylvia Wright se la recuerda especialmente por acuñar la palabra «mondegreen» para referirse a errores al interpretar la letra de una canción por la similitud fonética de algunas palabras, como en el caso de «Excuse me while I kiss this guy» (*Discúlpame mientras beso a este tío*) de la canción *Purple Haze* de Jimi Hendrix, que dice en realidad «Excuse me while I kiss the sky» (*Discúlpame mientras beso el cielo*). El término apareció por vez primera en un ensayo publicado en *Harper's* en el que Wright contaba cómo, de pequeña, al escuchar una balada del siglo XVI que decía «They hae slain the Earl O'Moray, and laid him on the green» (*Asesinaron al conde O'Moray y lo dejaron tendido en la hierba*) ella entendía «They hae slain the Earl O'Moray and Lady Mondegreen» (*Asesinaron al conde O'Moray y a lady Mondegreen*). <<

[181] «Daydream», *Time*, 18 de mayo de 1942, p. 86. *Time* estaba tan entusiasmada por la geografía de *Islandia* que sus editores encargaron la realización de un nuevo mapa de la isla para adjuntarlo a su reseña. <<

[182] Jo Piazza, «Audiences Experience *Avatar* Blues», CNN, 11 de enero de 2010. <<

[183] Como recordará el lector del capítulo 1, los mapas coropléticos son aquellos en los que la información sobre diferentes territorios está codificada mediante colores. <<

[184] Lloyd Osbourne, *An Intimate Portrait of R. L.S.* (Nueva York: Scribner's, 1924), p. 41. <<

[185] Stevenson era un gran entusiasta de los mapas y siempre relacionó su afición con su imaginación infantil. En un ensayo sobre *La Isla del Tesoro* publicado en una revista en 1894, escribió: «Me dicen que hay gente a la que no le importan los mapas y me cuesta creerlo. Los nombres, las formas de los bosques, el curso de los caminos y los ríos, las pisadas de hombres prehistóricos que todavía se pueden discernir claramente en las colinas y en los valles, los molinos y las ruinas, los estanques y las barcas, tal vez un MEGALITO o un CÍRCULO DRUÍDICO en el centro; son una inagotable fuente de interés para todo aquel que tenga ojos en la cara o un ápice de imaginación. Cualquier niño puede recordar haber apoyado la cabeza en la hierba para contemplar el bosque infinitesimal y verlo llenarse de ejércitos de hadas». <<

[186] Robert Louis Stevenson, «My First Book», *McClure's* nº 3 (septiembre de 1894), p. 283. <<

[187] *Peter Pan y Wendy* (Barcelona: Editorial Juventud, 1925. Trad. de María Luz Morales). <<

[188] Probablemente los niños disfrutan con la traviesa emoción de juguetear en los dominios de Dios; los cartógrafos imaginarios son, al fin y al cabo, los doctores Frankenstein de la cartografía, modificando los paisajes naturales a voluntad. Wim Delvoye, por ejemplo, es un artista belga famoso por sus impactantes instalaciones, como una en la que tatúa cerdos vivos o hace ventanas con radiografías de sus amigos teniendo relaciones sexuales en una clínica radiológica. Su obra más conocida es «Cloaca», una máquina que mastica comida y la digiere produciendo heces con olor real que luego vende a los visitantes de la galería. Pero Delvoye también es el artista detrás de «Atlas», una serie de reproducciones minuciosamente detalladas y totalmente plausibles de continentes imaginarios. Los mapas parecen sosos comparados con el resto de la escandalosa obra de Delvoye, pero en cierto modo representan algo igual de transgresor: no simplemente la reinvención de un cerdo, sino la de un mundo. <<

[189] Katharine Harmon, *You Are Here; Personal Geographies and Other Maps of the Imagination* (Princeton, N. J.: Princeton Architectural Press, 2003), p. 186. <<

[190] De pequeño, mis videojuegos favoritos, tanto de aventuras como *Zork* o de disparos como el clásico *Time Bandit*, tenían una cosa en común: tenías que hacer un mapa si querías ganar. Los videojuegos en 3-D actuales no están planteados con el mapa aéreo con el que crecí, pero los mapas siguen siendo importantes para los jugadores. Al no sacar Sony un atlas de su juego online EverQuest, los jugadores crearon el suyo propio. <<

[191] O los chicos, si es que se trata de una chica heterosexual aficionada a los mapas o de un chico gay. No conozco demasiados trabajos que estudien la relación entre la cartofilia y la orientación sexual, pero el escritor de viajes británico Mike Parker dice que su foro de debate en Internet de gays entusiastas de los mapas tiene casi cien miembros. La relación entre mapas y género se ha estudiado en mucha más profundidad, como se verá en el capítulo 7. <<

[192] Mike Parker, *Map Addict* (Londres: Collins, 2009), p. 258. <<

[193] Según una carta escrita a uno de sus lectores en 1957. Douglas A. Anderson, *Tales Before Tolkien* (Nueva York: Del Rey, 2003), p. 372. <<

[194] Igual que tus ojos se acaban de desplazar hasta esta nota al pie. <<

[195] Como era de esperar, Lewis era aficionado a los mapas desde joven. Según su albacea literario, Walter Hooper, la propia Narnia recibió este nombre por Narni, un pueblo italiano que Lewis descubrió en un atlas cuando era pequeño. <<

[196] Walter Hooper y Roger Lancelyn Green, *C. S. Lewis: A Biography* (Nueva York: HarperCollins, 2002), p. 306. <<

[197] Cuatro de las ediciones originales británicas en cartoné de *Las crónicas de Narnia* sí que contenían excelentes mapas de Pauline Baynes, pero no fueron incluidos en las ediciones americanas. Baynes fue recomendada a Lewis como ilustradora por su amigo J. R. R. Tolkien, al que le encantaban sus dibujos, pero afortunadamente tenía también ciertos conocimientos de cartografía, pues había elaborado mapas para el Ministerio de Defensa durante la Segunda Guerra Mundial. <<

[198] «Pauline Baynes», obituario, *The Daily Telegraph*, 8 de agosto de 2008. <<

[199] Esta forma aparentemente inversa de estructurar una narración es sorprendentemente común en la fantasía de ficción. Incluso Brandon tiene por ahí un manuscrito «steampunk» sin publicar inspirado en un mapa dibujado por él; en este caso, un mapa de Estados Unidos en el que cada estado es una isla. El mapa como punto de partida de las novelas de género fantástico se refleja también en juegos de rol como *Dragones y mazmorras*. En su variante más simple, dichos juegos consisten en que un jugador dibuja un mapa en papel cuadriculado y a continuación todos se sientan a ver qué aventuras les inspira. <<

[200] David y Lee Eddings, *The Rivan Codex* (Nueva York: Del Rey, 1998), p. 10. <<

[201] El mundo actual está lleno de peculiaridades que son consecuencia del hecho de que los agrimensores europeos nunca visitaron los territorios que cartografiaron. Algunas son peculiaridades inofensivas, como Badwin Street en Dunedin, Nueva Zelanda. La calle más empinada del mundo desciende bruscamente 35 grados hacia el valle de Lindsay Creek, lo cual se debe a la cuidadosa cuadrícula trazada por urbanistas londinenses que nunca estuvieron allí. No obstante, otras reliquias coloniales resultan menos divertidas. Las bonitas y rectas fronteras del nuevo Oriente Próximo debieron de parecer preciosas sobre el papel cuando Gran Bretaña y Francia se repartieron la zona después de la Primera Guerra Mundial, pero, en la práctica, esas líneas un tanto arbitrarias no han funcionado tan bien durante el tormentoso siglo pasado. <<

[202] Simon Warren, *100 Greatest Cycling Climbs* (Londres: Frances Lincoln, 2010), p. 10. <<

[203] *The Romance of the Commonplace* (San Francisco: Paul Elder y Morgan Shepherd, 1902), p. 91. <<

[204] Uno de los grandes momentos de la historia de la cartografía, masacrado por John Keats en su famosa versión. En su soneto «Al asomarse por primera vez al Homero de Chapman», Keats dedica cuatro versos a atribuir el descubrimiento al «gran Cortés», a pesar de que Hernán Cortés no llegó siquiera a visitar Panamá. <<

[205] Robert Harbison, *Eccentric Spaces* (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1977/2000), p. 125. <<

[206] De hecho, la palabra «paraíso» tiene una etimología totalmente sosa y terrenal: procede de la antigua palabra iraní «apiri-daeza», que significa jardín o finca amurallada. Entonces el cielo era más concreto, menos etéreo. <<

[207] Estudiar un tema tan en profundidad da confianza. Cuando a Caitlin le preguntaron en el segundo concurso qué país de África Occidental es el mayor productor de bauxita, ni siquiera se puso a sudar, porque había hecho una lista de los recursos naturales de cada país del mundo. (La respuesta es Guinea, pero estoy seguro de que ya lo sabías…). <<

[208] Pero ya lo esperaba. Después de ver en primera persona las obsesivas técnicas de estudio de Caitlin Snaring, le propuse un concurso de geografía: ella y yo, mano a mano: el supercampeón de *Jeopardy!* contra la estudiante de segundo curso de instituto. A pesar de llevar dos años sin estudiar geografía, Caitlin aceptó el reto. Le di una lista de las veinte preguntas sobre geografía más difíciles que me habían preguntado en varios concursos televisivos, dando por hecho que la haría sudar tinta. No solo me ganó, sino que me dio una paliza: diecinueve a ocho. <<

[209] «National Geography Bee?», *Focus on Geography* 38, nº 2 (verano de 1988), pp. 33-36. <<

[210] La aterradora televisión de mi infancia durante la época de Reagan siempre tenía que ver con la guerra nuclear: *El día después*, desde luego, pero también el episodio de la telecomedia *Benson* en el que los protagonistas se preparan para el Armagedón en un búnker bajo la mansión del gobernador. Soy la única persona del mundo que todavía tiene pesadillas con *Benson*. <<



[211] David Brooks, «Mount Washington Gust Record Gone with the Wind», *Nashua Telegraph*, 27 de enero de 2010. <<

[212] Bueno, no soy el único que siente un poco de vértigo cuando cambian los mapas, como comprobaron los funcionarios de transportes de Londres en 2009. El mapa del metro de Londres fue creado en 1931 por el ingeniero Harry Beck, el cual se inspiró en los diagramas de circuitos eléctricos para crear un mapa preciso esquemáticamente pero no desde un punto de vista geográfico, y al cual se le pagaron cinco libras por su trabajo. El mapa se ha convertido en parte del tejido de la vida londinense; aparece en innumerables camisetas, tazas de café, paraguas, etc, y en 2006 fue votado como el segundo mejor diseño de la historia de Gran Bretaña (el Concorde se alzó con el primer puesto). La última vez que la ciudad revisó el mapa, decidió que podía suprimirse la línea azul pálido que representa al río Támesis —¿necesitas realmente saber dónde está el río cuando vas en metro?— y la eliminó. No estaba en absoluto preparada para el escándalo consiguiente, ya que los londinenses reaccionaron como si se hubiera construido una presa en el río real. Un editor de BBC News comparó el hecho con «borrar la sonrisa de la Mona Lisa». El alcalde de Londres, Boris Johnson, que se encontraba en Nueva York en viaje de trabajo cuando se produjo el cambio, se puso furioso. «¡No puedo creer que el Támesis haya desaparecido del mapa del metro mientras estaba fuera del país! Será reinstaurado», dijo a sus ciudadanos a través de Twitter. Los mapas cambian, por supuesto —en el globo terráqueo de mi despacho no aparece Yugoslavia, y no digamos Pangea—, pero confiamos en ellos para fingir en todo momento que no lo hacen. <<



[213] «The Great British Design Quest», *The Culture Show*, BBC Two, 2 de marzo de 2006. <<



[214] Mark Easton, «Map of the Week: Londres without the Thames», BBC News, 16 de septiembre de 2009. <<

[215] @MayorOfLondon, estado de Twitter, 17 de septiembre de 2009. <<



[216] Las joyas de la corona sueca, sin embargo, son las únicas que incluyen un orbe con auténticos continentes esmaltados en él, lo que tal vez sea un signo del secreto deseo de Suecia de dominar el mundo. <<

[217] Peter Barber y Christopher Board, *Tales from the Map Room: Fact and Fiction About Maps and Their Makers* (Londres: BBC Books, 1993), p. 74. <<

[218] Se llama así en honor de Gilbert Grosvenor, yerno de Alexander Graham Bell, primer editor de la revista *National Geographic*. <<



[219] Ben Paynter, «Why Are Indian Kids So Good at Spelling?», *Slate*, 2 de junio de 2010, www.slate.com/id/2255622. <<

[220] La autora Deborah Tannen dice que este es el tema sobre el que le preguntan más a menudo en relación con su *best-seller* sobre comunicación entre géneros *You Just Don't Understand* (Simplemente no entiendes) publicado en 1990. <<

[221] Missy Globerman, «Linguist and Author Lectures on Differences in Men’s and Women’s Conversational Styles», *Cornell Chronicle*, 10 de julio de 1997. <<

[222] Mike Parker, *Map Addict* (Londres: Collins, 2009), p. 254. <<



[223] Ashley Sims inventó más tarde los «Jellyatrics» (algo así como «gelatinátricos»), una variedad británica de caramelos de goma en la cual las gominolas tienen forma de —lo has adivinado— ancianos. <<

[224] James R. Akerman y Robert W. Karrow, Jr., eds., *Maps: Finding Our Place in the World* (Chicago: University of Chicago Press, 2007), p. 35. <<

[225] Gopal Sharma, «Everest “Death Zone” Set for a Spring Clean Up», Reuters, 19 de abril de 2010. <<

[226] Algunos socios, sin embargo, han conseguido ver todos los continentes antes de alcanzar la edad de, ejem, la incontinencia. La socia más joven del TCC es Lani Shea, la cual visitó su país número cien a la tierna edad de dos años y ocho meses. Sus padres, por supuesto, también son socios. <<

[227] La cifra se mantuvo invariable alrededor del 20% hasta que cambios legislativos recientes exigieron disponer de pasaporte para visitar Canadá, México y el Caribe, y a partir de ese momento tan solo ha aumentado ligeramente. <<



[228] Lornet Turnbull, «Many in U. S. to Need Passport», *The Seattle Times*, 6 de abril de 2005. <<

[229] Katie Couric, «Exclusive: Palin on Foreign Policy», *CBS Evening News*, 25 de septiembre de 2008. <<

[230] Dado que la más remota de las Aleutianas se encuentra al otro lado de la línea internacional de cambio de fecha, también son, paradójicamente, las islas más orientales de Estados Unidos según una definición un tanto pedante. <<

[231] Jack Longacre, «The Birth of the Highpointers Club», *Apex to Zenith* (newsletter) 14 (3.er trimestre de 1991), p. 9. <<

[232] La extraña ortografía de «congreso» y del lema del club: «Sigue eskalando» no son una muestra de simpatía hacia el Ku Klux Klan. Más bien se debe a que a Longacre, conocido por su tacañería, le gustaba decirle a la gente que tenía una máquina de escribir usada con la tecla «C» rota. <<

[233] Durante muchos años, la elevación más inaccesible de Estados Unidos no fue el pico McKinley de 6000 metros de altura y cubierto de hielo, sino la Jerimoth Hill en Long Island, de tan solo 250 metros. Ello se debía a que la única forma de acceder a la colina era por el camino de acceso a la casa de Henry Richardson, un lugareño cascarrabias que amenazaba con emplear la violencia contra los excursionistas siempre que estos llamaban a su puerta. Richardson murió en 2001, y el Highpointers Club logró abrir la inalcanzable cumbre a los visitantes. <<

[234] Helen O'Neill, «Why Molehill Is Nation's Most Challenging Mountain», *Los Angeles Times*, 2 de julio de 2000. <<

[235] Los puntos más elevados tienen que ser elevaciones naturales, no obra del hombre. De lo contrario, los aficionados subirían las escaleras de la Torre Willis de Chicago (antigua Torre Sears) o el One Shell Square de Nueva Orleans, edificios más altos que cualquier colina en sus respectivos estados. <<

[236] Winter se llama en realidad Rafael Lozano, pero le molesta que los medios de comunicación no se refieran a él por su apodo autoimpuesto. Durante muchos años, Starbucks abría establecimientos más rápido de lo que él podía visitarlos, pero la reciente crisis económica ha hecho que cierren cerca de mil cafeterías, con lo cual se trata de un objetivo alcanzable. Sin embargo, cada cierre le hace sufrir, declaró a *The Wall Street Journal*. Si un establecimiento cierra sin haberlo visitado, «perdería otro trozo de mi alma». No preguntéis por quién doblan las campanas; doblan por Winter. <<



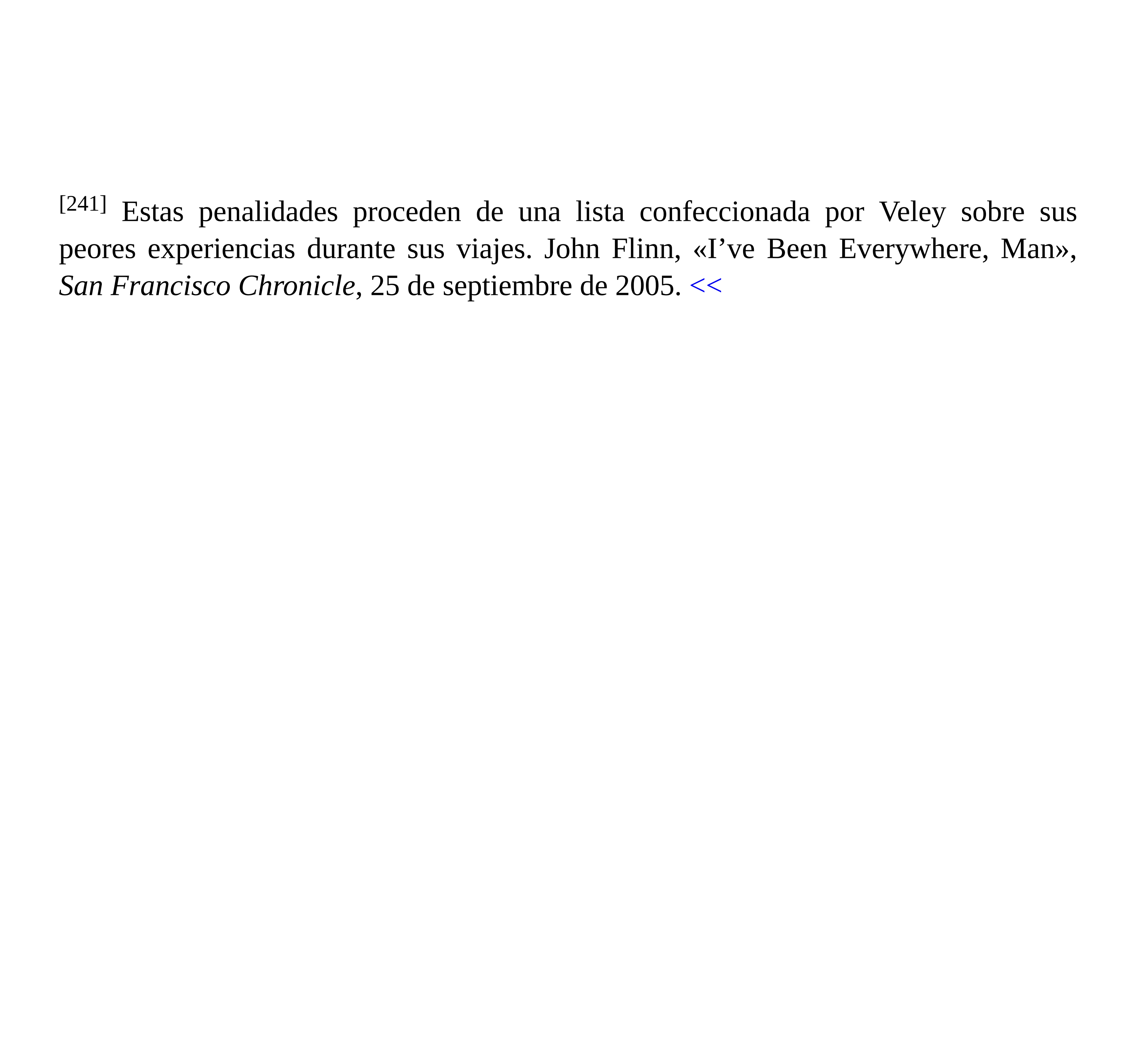
[237] Julie Jargon, «A Fan Hits a Roadblock on a Drive to See Every Starbucks», *The Wall Street Journal*, 23 de mayo de 2009. <<



[238] Susan Sheehan y Howard Means, *The Banana Sculptor, the Purple Lady, and the All-Night Swimmer* (Nueva York: Simon & Schuster, 2002), p. 104. <<

[239] *Starbucking*, dirigido por Bill Tangeman, Heretic Films, 2005. <<

[240] Hogenauer completó su objetivo en Alaska en 1980, y dice que tuvieron que pasar 25 años antes de que alguien realizase la misma hazaña. «¡Lo cual es obsceno!», exclama. «Son lugares fabulosos para visitar, todos pagamos millones al año para mantenerlos y ¿tienen que pasar 25 años antes de que alguien los visite todos?». Actualmente, el Servicio Nacional de Parques Naturales dispone de un programa de «pasaporte» en el que a los visitantes se les pone un sello en un librito en cada parque, en un intento de que cada estadounidense se convierta en un «viajero sistemático». <<



[241] Estas penalidades proceden de una lista confeccionada por Veley sobre sus peores experiencias durante sus viajes. John Flinn, «I’ve Been Everywhere, Man», *San Francisco Chronicle*, 25 de septiembre de 2005. <<

[242] Me pregunto si Veley tendrá alguna vez ocasión de visitar la isla Ferdinandea, un volcán sumergido que surge de vez en cuando en el Mediterráneo, al sur de Sicilia, solo para hundirse o erosionarse de nuevo. La última vez que emergió, en 1831, provocó una oleada de turistas, así como conflictos diplomáticos sobre quién era el titular del territorio. Ferdinandea fue noticia por última vez cuando Estados Unidos la bombardeó en 1986 al confundirla con un submarino libio, pero los científicos predicen que la reciente actividad volcánica podría hacerla reaparecer dentro de poco tiempo. <<

[243] Richard Owen, «Italy Stakes Early Claim to Submerged Island», *The Times*, 27 de noviembre de 2002. <<

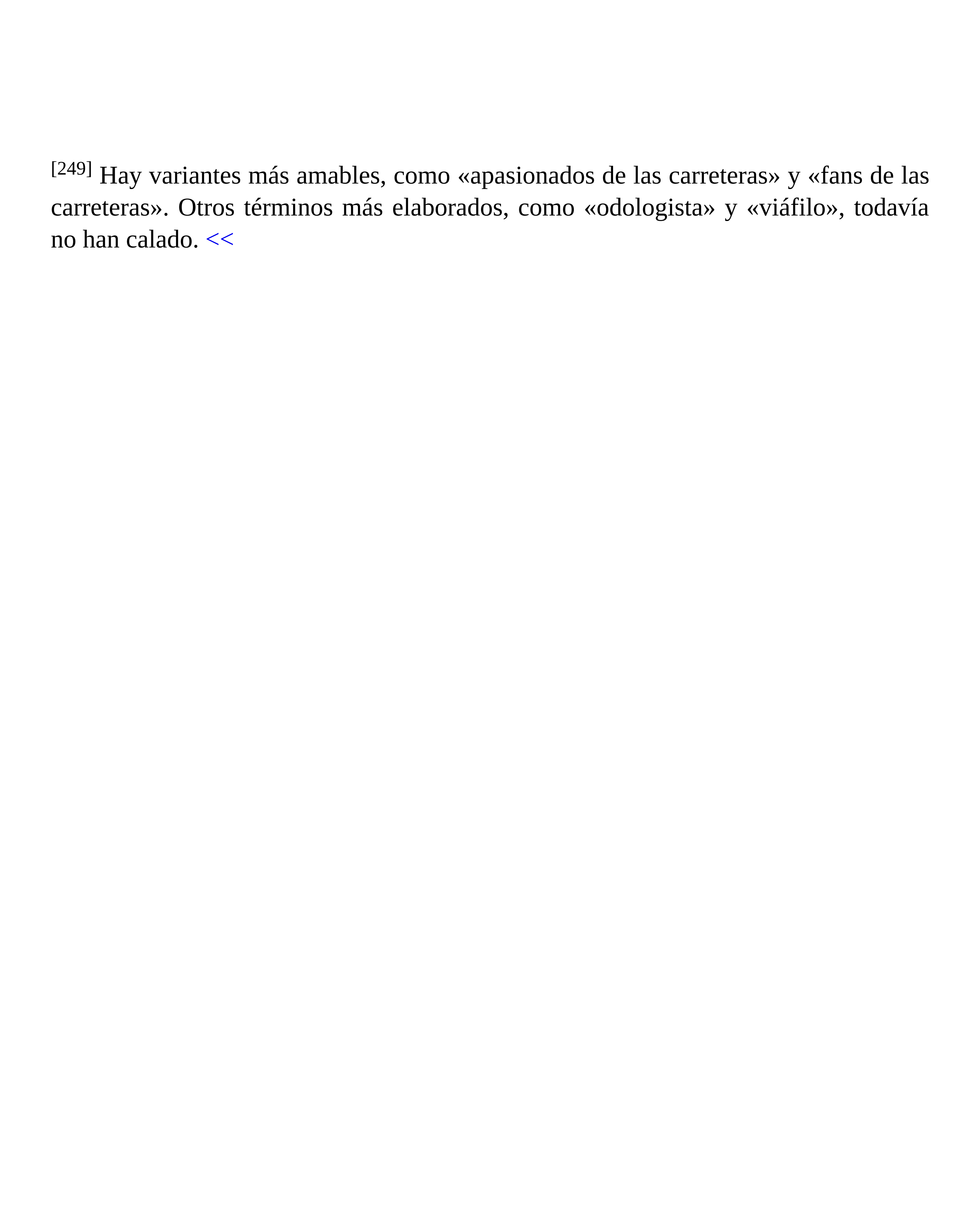
[244] Me he apropiado de esta frase del gran historietista escocés Eddie Campbell. <<

[245] El Lemon Charlie es el resultado de los esfuerzos del barman del Ritz por replicar un cóctel de limoncello que Charles y su mujer probaron una vez en la costa amalfitana. En realidad fue Moss la que puso nombre al combinado cuando pronunció mal sin darse cuenta la palabra «limoncello». <<

[246] Rolf Potts, «Mister Universe», *The New York Times*, 16 de noviembre de 2008. <<

[247] Roger Rowlett, «An Interview with Club Founder Jack Longacre», *Apex to Zenith* (newsletter) 57 (2.o trimestre de 2002), p. 10. <<

[248] John Steinbeck, *Viajes con Charley: en busca de América* (Barcelona: Ediciones Península, 1998. Trad. de José Manuel Álvarez Flórez). <<



[249] Hay variantes más amables, como «apasionados de las carreteras» y «fans de las carreteras». Otros términos más elaborados, como «odologista» y «viáfilo», todavía no han calado. <<



[250] La I-76 del oeste se denominó I-80S hasta 1975, cuando los funcionarios empezaron a retirar los sufijos de letras de las denominaciones viarias. <<



[251] Aviso a los visitantes del Mountain State: el número superior es la ruta principal a partir de la cual se bifurca la carretera rural, y el número inferior informa de cuál es la bifurcación. <<

[252] Una ciudad control es el destino probable que aparece en las señales viarias. En un cruce en el que se indica que un carril continúa por la I-380 en dirección norte hacia Cedar Rapids, mientras que el carril derecho conduce a la I-80 hacia el oeste y Des Moines, las ciudades control son Cedar Rapids y Des Moines. <<

[253] No cada kilómetro *de cada carril*. Eso sería una tontería. <<

[2] Los datos sobre estas penosas expediciones proceden de William Greany, «Principal Facts Concerning the First Transcontinental Army Motor Transport Expedition, Washington to San Francisco, July 7 to September 6, 1919», Dwight D. Eisenhower Presidential Library and Museum, www.eisenhower.archives.gov/research/online_documents/1919_convoy/principal_fac
<<

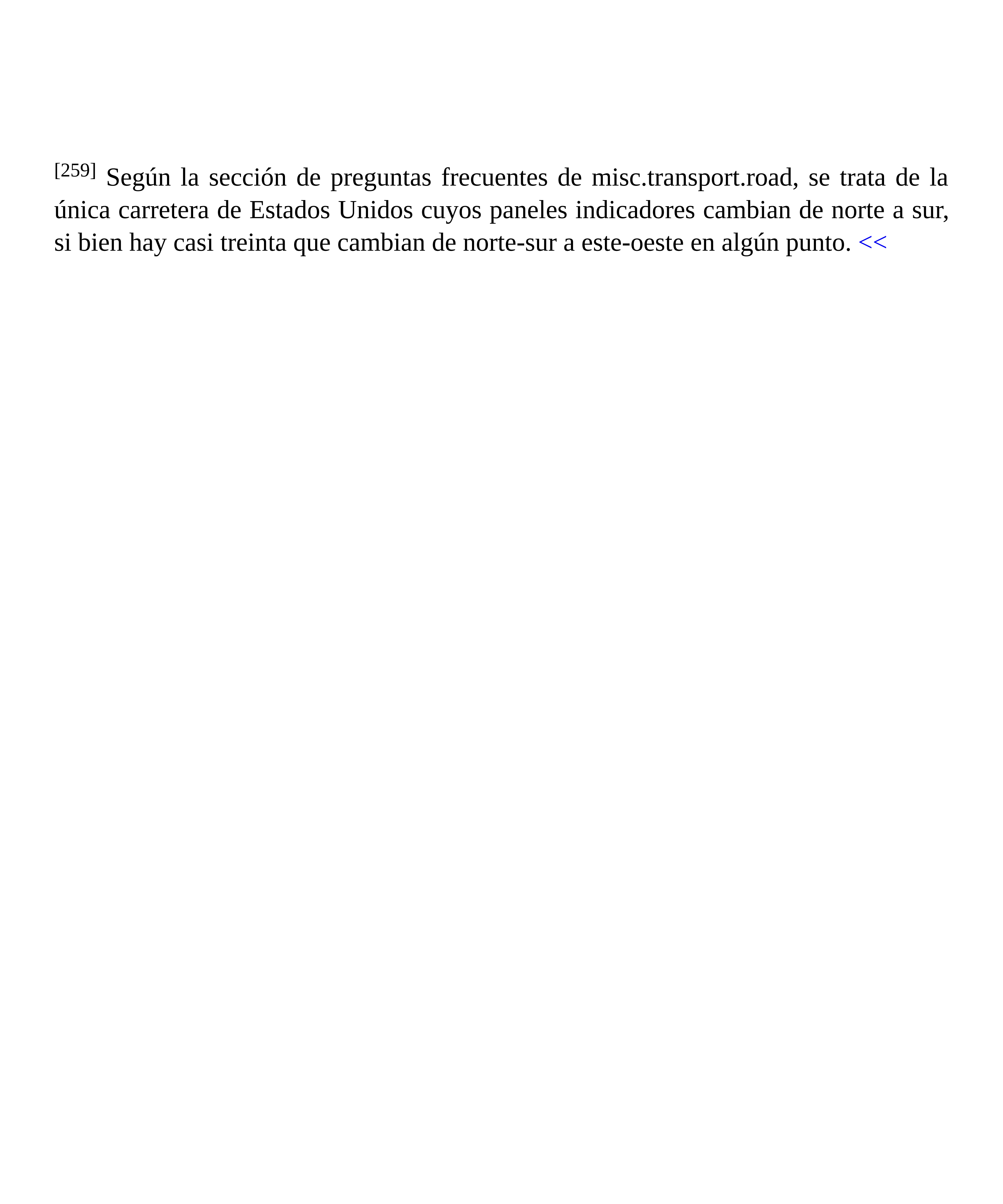
[255] A causa de heridas; afortunadamente no se produjeron muertes. <<

[256] U. S. Bureau of Public Roads, 1961, www.fhwa.dot.gov/infrastructure/50size.cfm. <<



[257] «Irish in Syracuse Keep Green on Top, Even on Stop Light», *The New York Times*, 7 de abril de 1976. <<

[258] Se trata de una distinción muy controvertida, ya que en algunas zonas (como en mi antiguo estado de Utah) se añaden dos ceros a los números de las calles, las cuales tienen nombres como «800 South» cuando en realidad se trataría de 8th South. La 1010th Street en Wisconsin tiene el número más alto descubierto hasta la fecha por los obsesos del misc.transport.road newsgroup. <<



[259] Según la sección de preguntas frecuentes de misc.transport.road, se trata de la única carretera de Estados Unidos cuyos paneles indicadores cambian de norte a sur, si bien hay casi treinta que cambian de norte-sur a este-oeste en algún punto. <<

[260] Shuster insistió en que el nombre I-99 sería más «pegadizo». Sean D. Hamill, «Road Stirs Up Debate, Even on Its Name», *The New York Times*, 27 de diciembre de 2008. <<

[261] Craig Stephens, «Richard Ankrom’s Freeway Art», *L. A. Weekly*, 30 de diciembre de 2009. <<

[262] Para disgusto de Ankrom, el antiguo cartel indicador fue aplastado y convertido en un amasijo de metal y enviado a China. Igual que *Los picapedreros* de Gustave Courbet y *Una visión del juicio final* de William Blake, otra obra de arte de incalculable valor perdida para siempre. <<



[263] Ambos superlativos proceden de nuevo de las preguntas frecuentes publicadas periódicamente en misc.transport.road. <<

[264] «Daleks Get Stamp of Approval», BBC News, 5 de febrero de 1999. <<

[265] «From One Revolution to Another», Ordnance Survey, www.ordnancesurvey.co.uk/about/overview/history.html. <<

[266] *Notes from a Small Island* (Nueva York: William Morrow, 1995), p. 94. <<

[267] Arthur Jay Klinghoffer, *The Power of Projections: How Maps Reflect Global Politics and History* (Westport, Conn.: Praeger, 2006), p. 90. <<

[268] Douglas A. Yorke y John Margolies, *Hitting the Road: The Art of the American Road Map* (San Francisco: Chronicle, 1996), p. 17. <<

[269] Empresas como Google siguen teniendo que hacer frente a estos problemas al indicar direcciones en lugares del mundo sin sistemas de indicación ampliamente utilizados. La solución es similar a la empleada por Rand McNally: basar las direcciones en puntos de referencia, no en nombres de calles. En lugar de decir: «Diríjase al sur en Bannerghatta Rd y luego gire a la izquierda en Hosur Main Rd», un conductor de Bangalore, India, verá «Diríjase al sur en dirección al hospital, luego gire a la izquierda al final de la calle». Sin embargo, la conducción basada en puntos de referencia no está exenta de errores. La especialista en SIG de Google Jessica Pfund me contó que un usuario paquistaní siempre había utilizado la pared azul brillante junto a su casa como referencia. La semana pasada, se quejaba, la habían pintado de gris, y ahora nadie podía encontrarle. <<

[270] Ibíd., p. 40. <<

[271] Ibíd., p. 6. <<

[272] Billy Wilder utilizó el mismo truco en su infravalorada película bélica de 1943 *Cinco tumbas al Cairo*. Las «tumbas» del título son en realidad alijos de material repartidos por el Sáhara. Su ubicación está oculta en el mapa de manera extremadamente simple: se dejaron en los lugares del desierto correspondientes a las letras E, G, Y, P y T que aparecían en el mapa. <<

[273] «La carta robada», Edgar Allan Poe: *Cuentos* (Madrid, Alianza Editorial, 2010. Traducción de Julio Cortázar). <<

[274] «On the President’s Announcement on the Global Positioning System», comunicado de prensa de la White House Office of Science and Technology Policy, 1 de mayo de 2000. <<

[275] Este primer «geoescondite» histórico hace tiempo que desapareció, pero otro nuevo, con una placa conmemorativa, fue colocado en el mismo sitio por el «Equipo360» en 2003 para comodidad de los participantes que peregrinaban hasta allí. La lata de judías original fue encontrada en las inmediaciones por el Equipo360 en aquella ocasión y se ha convertido en una venerada reliquia, la cual, cuando se exhibe en reuniones de geocaching, provoca un silencio solo interrumpido por murmullos de admiración, como si fuera un hueso del dedo de un santo o una astilla de la Santa Cruz. <<

[276] «The Great American GPS Stash Hunt!», sci.geo.satellite-nav Usenet newsgroup, 3 de mayo de 2000. La meteórica propagación del geocaching en sus primeras semanas puede leerse de primera mano en los archivos de este grupo, ahora prácticamente desaparecido. <<

[277] Si esto es cierto, ello explicaría prácticamente cualquier afición inventada por el hombre, desde los golfistas a los coleccionistas, o esos aterradores ancianos que se ven pasando detectores de metales por la porquería en parques y playas. <<

[278] La comunidad geocaching sigue situada en la intersección de un diagrama de Venn entre aficionados al aire libre y al interior. Las primeras unidades GPS tenían nombres que evocaban resistencia, como si se tratase de todoterrenos ligeros —Venture, SportTrek, Oregon— a pesar del hecho de que muchos de ellos eran comprados por ratones de biblioteca aficionados a los chismes. <<

[279] Como prueba de que la página de Irish fue decisiva para la popularización del geocaching, basta ver algunos de los otros juegos mediante GPS aparecidos más recientemente, como Geodashing (básicamente como el geocaching en puntos elegidos al azar), Shuttersport (geocaching a partir de fotos) y GeoVexilla (un juego global de capturar la bandera). Todos ellos son juegos bien diseñados pero jugados por docenas o cientos de personas en todo el mundo, no por los millones de personas que practican geocaching. <<



[280] Nicole Tsong, «Geocachers to Descend on Seattle This Weekend in Search of the “Triad”», *The Seattle Times*, 1 de julio de 2010. <<

[281] Mia Farrow habló con entusiasmo sobre el geocaching en *Time Out New York* en noviembre de 2006, mientras que Ryan Phillippe lo sacó a colación en el *talk show* de George López en mayo de 2010. Wil Wheaton y Rikki Rockett practicaban el geocaching como GroundskeeperWillie (¡formidable pseudónimo!) y PoisonDrummer (no tan formidable pseudónimo) respectivamente, aunque ninguno de los dos ha registrado un hallazgo durante años. <<

[282] Sí, algunos de los aficionados al geocaching tienen la irritante costumbre de añadir el prefijo «geo» a todas las palabras. El resultado recuerda a los personajes de una serie de ciencia ficción de los años cincuenta, que comen «fruta espacial» en el «desayuno espacial» en su «cocina espacial». <<

[283] El primer equipo que logró recuperar el Psycho Urban Cache #13 utilizó un complejo sistema de cuerdas, cables e imanes para atrapar y restituir la caja sin abandonar tierra firme; el segundo logró enganchar un garfio de sujeción en la parte superior del pilón mediante un arco y una flecha y escaló las paredes de piedra. <<

[284] Este botín fue depositado nada más y nada menos que por Richard «Lord British» Garriott, el desarrollador de videojuegos con cuya serie *Ultima* pasé jugando (y haciendo mapas) gran parte de mi infancia. Garriott, hijo de un ex astronauta de la NASA, también ha estado en el espacio: fue el sexto «turista espacial» en acceder a la Estación Espacial Internacional. <<

[285] Steve O'Gara, «New World Record—1157 Geocache Finds in 24 Hours», Groundspeak forums, 2 de octubre de 2010, http://forums.groundspeak.com/GC/index.php?showtopic=261055. <<

[286] Los ventura_kids lograron antes el récord de velocidad en 2009, consiguiendo 413 *smileys* en las carreteras cercanas al aeropuerto de Denver para celebrar el cincuenta cumpleaños de su compañero «EMC de Northridge, Ca», el cual, junto a «f0t0m0m», los acompañó en su búsqueda del récord. EMC es en realidad Elin Carlson, una consumada soprano, cuyo mérito más *friki* es, aparte de su prolífica carrera en el mundo del geocaching, el hecho de ser la responsable de las etéreas voces «oo-wooooo» de la última versión del tema de *Star Trek*. <<

[287] Scubasonic, al que conoceremos en breve, ha sido interrogado por la policía en no menos de 25 ocasiones. <<

[288] Seis semanas después de esconder su primer tesoro, Dave Ulmer predijo este problema, y se alarmó tanto por el monstruo ecológico que había creado que el 17 de junio de 2001 escribió: «¡De acuerdo, de acuerdo. Lo dejo! El geocaching tiene que acabar». Pero ya era demasiado tarde. <<

[289] «Giving Up…», GPSStash list, Yahoo! Groups, mensaje 2040, 17 de junio de 2001. <<

[290] «Primero de Nicaragua», cache GCH30B, www.geocaching.com. <<

[291] «Geocaching Level of Addiction, What's Yours?», Foro de Geocaching, 23 de junio de 2008, forums.groundspeak.com/GC/index.php?showtoic=196941. En el mismo hilo, confiesa que cuando pasa demasiado tiempo mirando geocaches en Internet, tranquiliza a su mujer diciéndole que está mirando porno. <<

[292] Apsley Cherry-Garrard, *The Worst Journey in the World* (Nueva York: Carroll & Graf, 1922/1965), p. 525. <<

[293] De hecho, Scott y su grupo perecieron en una tormenta durante el viaje de vuelta. Afortunadamente, los practicantes del geocaching por lo general corren muchos menos riesgos. <<

[294] Eso es: cuando tratas de lograr el máximo número de hallazgos, dice Van Bokke, «los giros a la izquierda en entornos urbanos son absolutamente criminales. Estás parado en el semáforo. Sigues parado, sigues parado… ¡Entonces tienes que hacer otro giro a la izquierda para volver!». «Un momento», pregunto incrédulo, «¿es ese el secreto de su éxito? ¿No girar a la izquierda?». «Es uno de ellos». <<

[295] Niall Ferguson, *Empire: The Rise and Demise of British World Order and the Lessons for Global Power* (Nueva York: Basic Books, 2003), p. 200. <<

[296] Vincent Virga, *Cartographia: Mapping Civilizations* (Nueva York: Little, Brown, 2007), p. 153. <<

[297] Charles Hoskinson, «GPS Receivers Add Twist to Hide and Seek», *The Washington Times*, 7 de noviembre de 2004. <<

[298] *Geocache*, dirigida por David Liban, 2007, www.cultureunplugged.com/play/1023/Geocache. <<

[299] «Sugar’s Compost Pile», cache GC229E8, www.geocaching.com. <<

[300] Citado en John Noble Wilford, *The Mapmakers* (Nueva York: Vintage, 2000), p. 112. <<

[301] Lewis Carroll, *Sylvie and Bruno Concluded* (Londres: Macmillan, 1893), p. 169.
<<

[302] Umberto Eco, «On the Impossibility of Drawing a Map of the Empire on a Scale of 1 to 1», en *How to Travel with a Salmon and Other Essays* (Orlando, Fla.: Harcourt, 1994), p. 95. <<

[303] Por cierto, en el mismo capítulo en el que inventó el mapa a tamaño real, Carroll inventó el moderno deporte del *paintball*. No, en serio. «Mein Herr» les habla a los niños de un planeta en el que, cuando había guerra, «las balas estaban hechas de un material negro y suave que dejaba marca en todo lo que tocaba. Así que, después de una batalla, solo había que contar cuántos soldados habían “muerto” en cada bando; es decir, cuántos habían sido marcados en la espalda, pues las marcas en la parte delantera no contaban». <<

[304] Stewart Brand, *The Clock of the Long Now: Time and Responsibility* (Nueva York: Basic Books, 1999), p. 87. <<

[305] La fotogrametría aérea es la tecnología que sustituyó por fin los estudios trigonométricos a gran escala como tecnología de vanguardia aplicada a la cartografía. Sin embargo, es mucho más antigua que Google Earth —durante la campaña peninsular de la guerra de Secesión, el general George McClellan ordenó a algunos de sus oficiales que subieran a 150 metros en un globo amarrado y realizaran mapas de las líneas confederadas. El reciente graduado de West Point que pasó más tiempo en el globo no fue otro que el joven George Armstrong Custer. Un siglo más tarde, los primeros satélites militares de Estados Unidos estaban equipados con cámaras de alta resolución para tomar fotografías aéreas, pero no podían revelar las películas ni enviar las imágenes a Tierra. En consecuencia, los satélites estaban diseñados para dejar caer los paquetes de películas en la atmósfera con paracaídas, donde podían ser recuperados (al menos la mayoría de las veces) por aviones militares de transporte. <<

[306] Jeffry D. Wert, *Custer* (Nueva York: Touchstone, 1996), p. 50. <<

[307] Nicholas M. Short, *The Remote Sensing Tutorial* (Washington, D. C.: Federation of American Scientists, 2001), http://rst.gsfc.nasa.gov/Intro/Part2_26e.html. <<

[308] Daniel Hernández, «Tensions High Between Nicaragua, Costa Rica in Border Dispute», *Los Angeles Times*, 19 de noviembre de 2010. <<

[309] Martin Dodge y Chris Perkins, «Reclaiming the Map: British Geography and Ambivalent Cartographic Practice», *Environment and Planning A* 40, nº 6 (junio de 2008), pp. 1271-1276. <<

[310] Sí, de hecho Google desveló la existencia de una motonieve para el Street View al publicar las fotos durante los Juegos Olímpicos de Invierno de 2010. Durante mi visita al Googleplex, conocí a Dan Ratner, el cual ha contribuido al diseño de todos los vehículos de la flota del servicio Street View. Además de los coches y motonieves hay también un «triciclo» ideado por Ratner durante una visita a Barcelona cuando se dio cuenta de que muchas de las calles adoquinadas eran demasiado estrechas para los coches normales de Google. Desde entonces, el triciclo ha sido utilizado para cartografiar los parques nacionales y los parques temáticos, pero cuando empieza a rodar, los transeúntes lo confunden siempre con un carrito de helados. En Legoland, los niños le pidieron un helado al conductor, pero lo mismo le ocurrió en una ocasión a un célebre premio Nobel durante una conferencia tecnológica. Ratner también me enseñó al miembro más reciente de la familia Street View: un carrito capaz de captar imágenes en interiores. Nadie me quiso decir dónde estaba filmando el carrito. ¿El Louvre? ¿El Taj Majal? ¿La Mansión Playboy? Era *top secret*. <<



[311] «Google Admits “Mistake” of Wrong Depiction of Arunachal», *The Times of India*, 8 de agosto de 2009. <<

[312] Por esa razón el nombre del elemento procede del dios griego del Sol, Helios. <<



[313] Richard Macey, «Opal Miner Stumbles on Mega Meteorite Crater», *The Sydney Morning Herald*, 23 de noviembre de 2008. <<

[314] «Internet Maps Reveal Roman Villa», BBC News, 21 de septiembre de 2005. <<

[315] Ed Caesar, «Google Earth Helps Find El Dorado», *The Sunday Times*, 10 de enero de 2010. <<



[316] Louise Gray, «Scientists Discover New Forest with Undiscovered Species on Google Earth», *The Daily Telegraph*, 21 de diciembre de 2008. <<

[317] Una extraña curiosidad de la que no se habla mucho en el material de prensa de Google es la llamada esvástica del bosque, descubierta en los años noventa en fotografías aéreas del nordeste de Alemania. Durante la época en que el Tercer Reich se hallaba en pleno apogeo, al parecer los funcionarios nazis plantaron una esvástica de alerces en un bosque de pinos de Brandemburgo. El efecto solamente era visible durante unas pocas semanas en primavera y otoño, cuando las pálidas hojas de los alerces formaban una brillante esvástica amarilla entre las copas de los árboles. Los árboles ofensivos fueron talados en 2000 después de que los tabloides alemanes publicaran fotos de la esvástica. <<

[318] «German Forest Loses Swastika», BBC News, 4 de diciembre de 2000. <<



[319] Thomas H. Maugh II, «Tip Them Over and They Still Point North», *Los Angeles Times*, 26 de agosto de 2008. <<



[320] Las líneas de rumbo se denominan también «loxodrómicas», lo cual siempre me suena a algún medicamento sospechoso. «Pregúntale a tu médico si la loxodrómica te iría bien». <<

[321] Incluso Mercator sabía que su proyección se cargaba los polos. Su primer mapa de este tipo se dejaba todo el Ártico, mostrándolo como un pequeño recuadro, como hacemos nosotros con Alaska y Hawái. <<

[322] Ralph E. Ehrenberg, *Mapping the World: An Illustrated History of Cartography* (Washington, D. C.: National Geographic, 2006), p. 111. <<

[323] La única forma de ver la totalidad de un mapa cilíndrico desde el mismo punto sin distorsiones es visitando el Mapparium de Boston, una maravillosa rareza construida por la Iglesia de la Ciencia Cristiana en 1935. El Mapparium es una esfera de nueve metros de altura de cristal de colores en la que pueden introducirse los visitantes (atravesando un puente ecuatorial) y en la que sus ojos se encuentran a la misma distancia de todos los puntos de la Tierra a la vez. Dada la dificultad que entraña sustituir los 608 paneles de cristal, el mapa está paralizado en el momento de su finalización y todavía muestra a los turistas curiosos lugares desaparecidos hace tiempo como Bechuanalandia, el Omán de la Tregua y las Indias Holandesas. <<

[324] Thomas F. Saarinen, Michael Parton y Roy Billberg, «Relative Size of Continents on World Sketch Maps», *Cartographica* 33, nº 2 (verano de 1996), pp. 37-48. <<

[325] El compromiso de Peters con la justicia social empezó siendo muy joven; su padre, Bruno, había sido encarcelado por los nazis en 1945 a causa de su activismo sindical, y habría sido ejecutado de no haber concluido la guerra poco después. <<

[326] «Arno Peters and His New Geography», *American Cartographer* 12 (1985), pp. 103-111. <<

[327] Existe una muy buena razón para ello: preservar los ángulos rectos en primer plano. La primera versión de Google Maps utilizaba una proyección mejor, pero las calles de las ciudades escandinavas de altas latitudes se cruzaban en ángulos torcidos.
<<

[328] Un contraejemplo es la ciudad de Argleton, en West Lancashire, la cual aparece en Google Maps y Google Earth, pero desgraciadamente no en la vida real. Oficialmente, Google atribuyó la anomalía a «errores puntuales» en su base de datos y eliminó el nombre del mapa, aunque todavía se puede encontrar si se busca. El descubrimiento de Argleton llenó titulares en todo el mundo, convirtiéndola en la ciudad inexistente más famosa desde Goblu y Beatosu, Ohio, que aparecieron en el mapa oficial de carreteras del estado de Michigan en 1978. El alumno de la Universidad de Michigan Peter Fletcher, que presidía en aquel momento la Comisión de Carreteras del Estado, introdujo esas poblaciones ficticias para provocar a los hinchas de Ohio State. Sus nombres significan «Go Blue» (Ánimo Blues) y «Beat OSU» (Venced a OSU) respectivamente. <<

[329] Rebecca Lefort, «Mystery of Argleton, the “Google” Town That Only Exists Online», *The Daily Telegraph*, 31 de octubre de 2009. <<

[330] Mark Monmonier, *How to Lie with Maps*, (Chicago: University of Chicago Press, 1996), p. 50. <<

[331] Avi Bar-Zeev, el cofundador de Keyhole que escribió gran parte del primer código de Google Earth, recuerda haber tenido una motivación similar a la hora de hacer que el movimiento de punto a punto del navegador fuese un «salto» orbital en lugar de un «vuelo»: quería utilizar el software para enfatizar la interconexión de todos los lugares del planeta. <<

[332] Según Google, el proyecto Street View nació cuando Larry Page, uno de los fundadores de la empresa, filmó con una videocámara su desplazamiento matutino al trabajo desde la perspectiva del conductor y le dijo al equipo de geolocalización: «Haced esto». Sin embargo, debe de haberse arrepentido de la idea. En 2008, en respuesta a la controversia acerca de que Street View «espiaba», un organismo de defensa de la privacidad empleó el Street View para elaborar un informe sobre la vida privada de Page, utilizando fotos de Google para revelar el nombre de su empresa de jardinería y la matrícula de su Lexus SUV. <<

[333] «Google Executive», National Legal and Policy Center, 30 de junio de 2008. <<

[334] John Sellers, «Wayne Coyne Confirms Google Street View Sighting», *True/Slant*, 5 de febrero de 2010, http://trueslant.com/john sellers/2010/02/05/wayne-coyne-flaming-lips-confirms-google-streetview-sighting/. <<

[335] Jerome Dobson y Peter Fisher, *«Geoslavery»*, *IEEE Technology and Society Magazine 22*, nº 1 (primavera de 2003), pp. 47-52. <<

[336] Amy Davidson, «A Map of Thousands», *The New Yorker*, «Close Read» blog, 24 de febrero de 2010, www.newyorker.com/news/amy-davidson/a-map-of-thousands. <<

[337] Google Groups, «CrisisMappers», 4 de febrero de 2010, http://groups.google.com/group/crisismappers/msg/54a9be63091dbab9. <<

[338] Google Map Maker tiene una compleja serie de protocolos para evitar el «Wikivandalismo» en sus mapas. «¿Así que si dibujo carreteras imaginarias con nombres ofensivos en medio de Siberia me pillaréis?», le pregunté a Jessica Pfund de Google. «Oh, ya nos hemos encontrado con eso», dijo con cansancio. <<



[339] «Swedish Tourists Miss Island Due to GPS Typo», *Seattle Times*, 28 de julio de 2009. <<



[340] Alex Hutchinson, «Global Impositioning Systems», *The Walrus*, noviembre de 2009, pp. 67-71. <<



[341] Richard Melcher, «Dusting Off the Britannica», *Business Week*, 20 de octubre de 1997, pp. 143-146. <<

[342] Richard Cahan, *Chicago: Rising from the Prairie* (Carlsbad, Calif.: Heritage Media, 2000), p. 323. <<

[343] En 2010, aproximadamente un año después de hablar con Minster (y solo unos pocos meses antes de que abandonara la empresa), Rand McNally actualizó por fin la interfaz del mapa en su página web. <<

[344] T. S. Eliot, «Little Gidding», *Poesías reunidas, 1909-1962* (Madrid: Alianza Editorial, 1999.Trad. de José María Valverde). <<

[345] «43° N 72° W (visit #1)», Proyecto de Confluencia de Grados, 20 de febrero de 1996, http://confluence.org/confluence.php?visitid=1. <<

[346] Si hacemos el cálculo, veremos que hay 64 442 puntos de confluencia de latitud y longitud, pero la mayoría de ellos se encuentran en el agua o en los casquetes polares. Jarrett y compañía también han desestimado muchas de las confluencias de altas latitudes porque allí convergen líneas de longitud. A medida que te alejas del Ecuador, las confluencias se agolpan hasta que se separan menos de 3 kilómetros en los polos. <<

[347] «Preguntas frecuentes», Degree Confluence Project, http://confluence.org/faq.php. <<

[348] Joseph Kerski, «To the Nth Degree… and Minute, and Second: Confluence Hunting on Planet Earth», *Earthzine*, 8 de diciembre de 2009, http://earthzine.org/2009/12/08/to-the-nth-degreeand-minute-and-second-confluence-hunting-on-planet-earth/. <<

[349] «If the Earth Were a Sandwich», www.zefrank.com/sandwich/. <<

[350] La palabra «antípoda» como forma singular de «antípodas» no debería existir. En griego, la forma singular de *antipodes* es *antipous*; «antípodas» es una construcción posterior de procedencia dudosa. <<

[351] En el festival «Crystal Day» celebrado por los Bunnymen en honor de su ciudad natal en 1984, el grupo dirigió a cientos de ciudadanos de Liverpool en un recorrido ciclista por la ciudad diseñado para formar la silueta de un conejo. El conejo había sido dibujado en un mapa de la ciudad por el excéntrico representante del grupo Bill Drummond, con el ombligo situado en una boca de alcantarilla al final de Mathew Street, frente al famoso Cavern Club. Hubo que hacer algunos ajustes de última hora en el recorrido cuando se comprobó que la ruta trazada apresuradamente implicaría que el pelotón atravesase pedaleando la catedral y se dirigiera directamente al río Mersey. <<

[352] Robert Sandall, «Bill Drummond: Pop’s Prankster Heads for Destruction», *The Daily Telegraph*, 19 de agosto de 2008. <<

[353] Chris Adams, *Turquoise Days: The Weird World of Echo & the Bunnymen* (Nueva York: Soft Skull Press, 2002), p. 153. <<

[354] Bradford J. Frye, *From Barrier to Crossroads: An Administrative History of Capitol Reef National Park, Utah*, National Park Service, www.nps.gov/parkhistory/online_books/care/adhi/adhi.htm. <<



[355] Tomad nota, amantes de los mapas: vuestra pareja no os creerá cuando le digáis que leéis el *National Geographic* «solo por los artículos». <<



[356] Sí, somos conscientes de que esto puede explicar muchas cosas sobre nuestra hija. Especialmente algunas de nuestras dificultades para quitarle los pañales. <<

[357] En español en el original. *(N. del T.)*. <<



[358] Nerds es una marca de caramelos que podría traducirse como «bichos raros». *(N. del T.)*. <<